Federico Lara Peinado

LEYENDAS DE LA ANTIGUA MESOPOTAMIA

Dioses, héroes y seres fantásticos

temas de hoy.

Federico Lara Peinado

LEYENDAS DE LA ANTIGUA MESOPOTAMIA

DIOSES, HÉROES Y SERES FANTÁSTICOS

temas de hoy.

Otros títulos publicados

José María Merino
Leyendas españolas

Manuel Bendala
Tartesios, iberos y celtas

Juan Luis Arsuaga / Ignacio Martínez
La especie elegida

Juan Luis Arsuaga
El collar del neandertal

Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid
www.temasdehoy.es
Diseño de cubierta: Rudesindo de la Fuente y Mónica Calle C.
Ilustración de cubierta: Friso de ladrillo esmaltado (Babilonia). Foto: Index
Primera edición: octubre de 2002
ISBN: 84-8460-226-5
Depósito legal: M-35.412-2002
Compuesto en J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impreso en: Gráficas Rogar, S. A.
Printed in Spain–Impreso en España

LEYENDAS DE LA ANTIGUA MESOPOTAMIA

ÍNDICE

Introducción

El mito es el cimiento de la vida; es el esquema sin tiempo, la fórmula piadosa en la que fluye la vida cuando reproduce sus rasgos fuera del inconsciente.

THOMAS MANN.

El mito es un pasado con un futuro que se ejercita en el presente.

CARLOS FUENTES.

La complejidad que encierran la naturaleza, significado y funciones de los mitos ha quedado reflejada en la abundante bibliografía que esta parcela del pensamiento humano ha producido a través de los tiempos. Es imposible, y creemos que cae fuera de los límites que nos hemos propuesto al recopilar la presente antología de mitos mesopotámicos, detenernos en analizar escuelas y tendencias que se han dedicado a examinar muy detalladamente la interpretación de los mitos.

Detenernos ahora en este particular nos conduciría a un complicado laberinto de ideas y sistemas que nos abocarían a planteamientos puramente académicos, encorsetados en la bondad o no de las cuatro grandes tendencias a que pueden reducirse las distintas escuelas que se han ocupado del mito.

Creemos que el mito se inserta dentro de la problemática del ser humano como colectividad y que, como tal, estuvo sujeto a

variaciones, que podemos detener en el momento en que la industrialización tomó carta de naturaleza en el desarrollo histórico del hombre. Ello quiere decir que aceptamos la tesis de que los mitos como conjunto lingüístico (oral o escrito) y religioso (en relación o no con los ritos) se dieron fundamentalmente en pueblos a nivel preindustrial. De ahí que las sociedades antiguas o las de los pueblos primitivos actuales tuvieran y desarrollaran códigos comunicativos —sobre todo en el campo de la Religión— basados en una riquísima gama de mitos, comprendidos en profundidad tan sólo por grupos sociales muy específicos y con lazos muy afines de geografía, lengua e historia.

Esta postura no descarta que en nuestros días, a comienzos del siglo XXI, también se den determinados mitos; pero sus arquetipos y connotaciones quedan muy alejados de lo que creemos se entiende por mito tradicional.

La mitografía como tal arranca del siglo XVIII con las figuras de dos grandes precursores en este campo: B. le Bovier de Fontenelle, triunfador en los salones parisinos y autor de meritorias obras de alta divulgación científica y religiosa, y F. Marie Arouet, «Voltaire», escritor de notabilísima influencia, cuyos principios contribuyeron en gran medida a la formación del espíritu racionalista de la época.

Tras ellos hay que señalar, en el siglo XIX, a F. W. Josep von Schelling, filósofo alemán y autor de unas famosísimas lecciones sobre filosofía de la mitología, y a una pléyade de expertos mitógrafos (A. Kuhn, M. Müller, O. Müller, E. B. Taylor, etc.) para continuar en el siglo XX con estudiosos tan destacados como B. Malinowski (*Teoría del funcionalismo*), S. Freud (*Aplicación del psicoanálisis a la mitología*), C. G. Jung (*Psicoanálisis y núcleo inconsciente*) y finalizar con la escuela subjetivista, mágico-totémica, de J. G. Frazer, la fenomenología comparativista de M. Elíade y el estructuralismo de C. Lévi-Strauss.

Si hemos de tomar postura, creemos que el mito, que tiene evidente vigencia, sobre todo cultural, en nuestras sociedades, se reduce a un cuadro literario que se adecua a la expresión de muchas

de las facetas del hombre (pensamiento y medio ambiente) bajo el ropaje de la ficción o alegoría eminentemente religiosa en conexión o no con el culto ritual.

LOS MITOS EN LA ANTIGUA MESOPOTAMIA

La masa de textos que se posee de la antigua Mesopotamia, lugar tradicionalmente considerado como el de la invención de la escritura, es impresionante, como es sabido, atendiendo tanto a su número como a las materias específicas de que tratan.

Ya desde finales del tercer milenio a.C. la producción literaria en general y de tema mitológico en particular hubo de ser copiosa y en cierta manera paralela en importancia al resto de la producción escrita (documentos administrativos, jurídicos y económicos). El específico carácter y significado del mito haría que tal temática se prolongase en copias y más copias hasta épocas muy tardías.

Fue en el país de Sumer y de Akkad donde tuvo lugar también la invención del mito, tanto como un hecho puramente religioso, como el de una necesidad literaria. Y esta evidencia histórica debe ser remarcada y tenida en cuenta a la hora de abordar el estudio del mito en sus orígenes y en sí mismo y no dejarse constreñir tanto por la mitología clásica (hasta el extremo de atribuir a los griegos la paternidad del mito) o por la exótica de las sociedades primitivas.

Poemas y composiciones literarias fueron puestos por escrito en diferentes ciudades de la antigua Mesopotamia por anónimos escritores y copistas, recogiendo en ellos las tradiciones locales sobre el origen del cosmos, de los dioses, de la humanidad, de los cataclismos y otras facetas del hecho religioso y cotidiano, todo ello como reacción a la necesidad de una orientación válida de la existencia y de la realidad en que estaban inmersos.

Sin embargo, los mitos mesopotámicos presentan no pocas dificultades al estudioso actual, que van desde la propia presentación

formal (la mayoría de las tablillas de barro con los textos cuneiformes se hallan incompletas o muy deterioradas) hasta lo puramente lexicológico (sobre todo en lo que atañe a la lengua sumeria). A esto debe sumarse el hecho de que no todos los textos (las tablillas se cuentan por millares en los diferentes museos) se hallan todavía publicados en su totalidad, dadas sus dificultades internas y externas, circunstancia que podría alterar la fijación de un texto o frustrar el empeño de haber «canonizado» una determinada composición mítica.

Testimonios literarios y arqueológicos

Las excavaciones que se efectuaron a partir del siglo XIX en diferentes enclaves ubicados en lo que fue la antigua Mesopotamia han permitido conocer las singulares civilizaciones que en tal marco geográfico se desarrollaron a partir del tercer milenio a.C.

El estudio de las tablillas con escritura cuneiforme, halladas en el transcurso de tales excavaciones, amplió —y lo sigue haciendo, considerablemente— el conocimiento de la historia interna y sobre todo de la primitiva religión que de babilonios y asirios se poseía a través de las referencias de los historiadores Beroso y Heródoto así como del Antiguo Testamento. Al tiempo se logró rescatar del olvido la historia de otro importante pueblo, el de los sumerios.

Gracias a ese estudio es posible hoy ahondar en la materia religiosa de aquellas gentes y para el largo periodo temporal que abarca desde la época sumeria (a partir del 3500 a.C.) hasta la época seleúcida (mitad del siglo III a.C.).

Tales tablillas, y se prescinde aquí de las de contenido histórico, jurídico, económico, científico o literario, nos presentan un cuadro bastante complejo de la actividad religiosa de los mesopotámicos. Entre ellas destacan las que contienen textos litúrgicos, a base de oraciones, himnos o cánticos; las de carácter ritual, con textos dedicados a la consagración de templos, ritos a cumplir ante los eclipses lunares, ceremonias del Año Nuevo; las tablillas con textos de

encantamiento, hechizos o presagios; las de contenido astrológico en directa conexión con el panteón de dioses; y, finalmente, las de contenido mitológico, con gran riqueza de temas, muchos de ellos de enorme éxito y gran difusión.

No obstante, toda esta documentación epigráfica es incompleta y unilateral, habida cuenta de la gran masa de textos económicos e inscripciones reales que predominan sobre los de carácter religioso y, sobre todo, a que su elaboración fue mayor en la época babilonia, siendo muy escasa durante la sumeria.

Junto a estos testimonios literarios, de inapreciable valor, uno de los complementos imprescindibles para el estudio de la religión sumero-acadia lo constituyen los restos arqueológicos, destacando entre ellos la gran cantidad de cilindro-sellos, de diferentes tamaños y ornamentación, trabajados en piedras duras y que nos aportan representaciones de dioses o escenas de actos rituales y míticos; esculturas, relieves y estelas, de variadas tipologías y con figuraciones de dioses, animales sagrados o símbolos religiosos, así como los restos de las sepulturas con sus ajuares funerarios y los de los propios templos y altares que nos han mostrado sus disposiciones y estructuras, a partir de los cuales (y junto con sus enseres y objetos cultuales) se puede intuir el uso religioso que se hacía de ellos.

Gracias a estas dos fuentes, complementadas con referencias directas o indirectas en otros tipos de textos escritos, podemos elaborar a grandes rasgos la religión de los antiguos habitantes de Mesopotamia, con la cual está íntimamente conectada la mayoría de los mitos que en tal región se elaboraron.

Consideraciones sobre los mitos mesopotámicos

Para poder captar el valor literario de los textos míticos mesopotámicos (y entendemos esta etiqueta como la producción mitológica de sumerios, acadios, babilonios, cassitas y asirios) y, en general, de toda su literatura, hay que hacer determinadas consi-

deraciones a la amplia producción escrita que de tales culturas nos ha llegado.

En primer lugar, se trata de una literatura que en sus 3.000 años de existencia no demostró ningún espíritu innovador, al menos en sus formas externas. Ante los textos literarios y religiosos mesopotámicos parece concluirse que los primeros escribas sumerios lograron fijar unos cuantos temas originales y que luego los escribas semitas se contentaron con traducirlos a su propia lengua (la acadia), en adaptar o combinar, todo lo más, varias obras literarias para obtener otras nuevas, o en fijar definitivamente determinadas composiciones que, a su vez, volverían de nuevo a ser copiadas.

Sin embargo, los poetas sumero-acadios supieron compensar la uniformidad argumental de sus relatos con un rico contenido conceptual de donde emergen sencillas y a la vez fastuosas imágenes que perfilan con toda nitidez la vida de los antiguos mesopotámicos, tanto más cuanto que por más elaborados que fueran sus textos la presencia del hombre ocupaba un lugar preeminente.

Los textos míticos o cultuales, los textos mágicos y religiosos, en fin, los textos más simples, redactados en Mesopotamia, siempre giran en torno del ser humano, haciéndonos partícipes sus autores de la honda preocupación que el ser humano representaba para aquellas sociedades.

Otra característica a señalar es el casi general anonimato de sus poetas y escritores, lo que llevó a señalar al gran especialista B. Meissner que «en el antiguo Oriente la personalidad no valía mucho». Esta verdad hubo de serlo a medias, ya que las honrosas excepciones (caso, por citar uno sólo, de Kabti-ilani-Marduk, autor del famoso *Poema de Erra*) hacen presumir que la personalidad del autor se sacrificaba en aras de la colectividad, circunstancia que puede hacernos pensar que nunca los escribas sumerios y acadios escribieron movidos por fines estéticos, sino que sólo se preocuparon en conservar con un cierto trasfondo religioso y enciclopédico los recuerdos de la Antigüedad o bien en adaptarlos con el mínimo de concesiones al momento en que escribían.

Y esa preocupación era el papel que en relación con el cosmos o con lo divino creían desempeñar. Eso nos determina el carácter casi exclusivamente religioso que se desprende de la totalidad de la literatura mesopotámica. No sólo eran sacerdotes (o solían serlo) los escribas, no sólo los temas, por más variados que éstos fueran, conectaban por evidentes razones religiosas con las divinidades en mayor o menor grado, sino que, incluso, era en los templos (y luego en bibliotecas palatinas, caso de la famosa de Assurbanipal) donde se solían guardar no importa qué tipos de documentos escritos.

Otra consideración a tener en cuenta fue el progresismo intelectual en la concepción de los dioses y de la religión y en la del hombre y de la política, progresismo que ha de saber verse calibrando las diferencias temáticas, aparentemente ancladas a lo largo de los siglos en un ropaje formal que se copiaba una y otra vez.

Unida a esta tendencia de progresismo hay que señalar —y esto no ha sido suficientemente remarcado— la diversidad de escuelas teológicas existentes en las ciudades mesopotámicas, cuyos criterios religiosos y literarios no tenían por qué coincidir en razón de su propia peculiaridad no sólo mental sino también política.

Todas aquellas escuelas teológicas trabajaron a fondo en la concepción o estereotipo de sus divinidades políadas o nacionales, pero la evolución en cuanto a contenido religioso de las mismas, su eclecticismo e incluso una gradual tendencia al enoteísmo son evidencias que se constatan palpablemente, sabiendo asimilar sus dirigentes espirituales lo importante y desechar aquello que era superfluo.

Dato a tener en cuenta fue el primitivo carácter oral de las composiciones religiosas y literarias que precisaron de un larguísimo «rodaje» en la memoria colectiva antes de recogerse por escrito a comienzos del tercer milenio a.C. Hay, pues, que admitir la existencia de una gran actividad oral antes de que los textos se fijasen por escrito en las tablillas de barro y se depositasen en los templos o en las bibliotecas. Uno de los casos más claros fue el *Poema de Gilgamesh*, que en su fase oral conoció diferentes episodios hasta ser fijado por escrito, momento en que se realizaron retoques, revisiones, se orillaron episodios o se incluyeron otros nuevos para

darle la adecuada unidad. Es innegable que las composiciones al fijarse por escrito se «canonizaban», aparte de enriquecerse con una mayor calidad literaria.

PROBLEMAS CRONOLÓGICOS

Si grande es la dificultad para establecer una cronología que nos fije los acontecimientos históricos del antiguo Oriente Próximo, basada últimamente en datos astronómicos conjugados con los arqueológicos, quizá sea mayor la empresa para determinar una fecha para las composiciones literarias. El largo proceso oral, la transmisión y fijación de los textos, sus nuevas «ediciones» o copias, sus aditamentos, expurgos, recensiones y su dispersión, motivan que el esfuerzo por establecer el «cuándo» cuente con dificultades prácticamente insalvables.

Ello ha hecho imposible el poder pergeñar con método científico una historia de la literatura sumero-acadia, al estilo de las de otros pueblos y culturas tanto de la Antigüedad como de nuestros días. Han sido memorables los intentos de B. Teloni, O. Weber, B. Meissner, G. Furlani o G. Rinaldi, por citar unos cuantos especialistas, en este sentido, pero sus enfoques metodológicos han consistido, casi invariablemente, en establecer una literatura mesopotámica por «géneros», remarcados en una amplia trayectoria diacrónica.

Sin embargo, fijar también la paternidad de una idea, de un tema e incluso de una composición mesopotámica todavía es una labor mucho más ardua, toda vez que las modificaciones léxicas, la pérdida de textos, la época de difusión, la variación en los gustos literarios y otras consideraciones menores no permiten prejuzgar paternidades exclusivistas.

A todo esto se suma la diferencia idiomática entre los textos redactados en sumerio (lengua no semita y de origen no determinado todavía) y los registrados en acadio (lengua semita, hablada y escrita durante largo tiempo), idiomas cuyas resultantes literarias no permiten, hoy por hoy —a pesar de sus diferencias—, poder

aislar lo específicamente acadio de lo sumerio, en razón de la fusión de culturas, de la temprana presencia de semitas detectados en el país de Sumer y de la pervivencia del sumerio como lengua culta y religiosa hasta muchos siglos después de que los sumerios hubiesen desaparecido de la historia como pueblo.

LA RELIGIÓN EN LA ANTIGUA MESOPOTAMIA

A efectos didácticos o de divulgación ha sido corriente en muchas obras dedicadas al estudio de la religión de la antigua Mesopotamia unificar la practicada por las culturas sumeria y acadia. Es evidente que esto no responde a la realidad vivida en aquellos milenios y por dichas culturas, toda vez que se trataba de pueblos de diferente etnia, lengua y mentalidad.

Por lo que hoy puede deducirse, los sumerios tuvieron una religión con divinidades concebidas antropomórficamente y muy cercanas en su diaria actividad a la de los hombres, desempeñando funciones muy definidas de acuerdo con su específica naturaleza y contenido teológico; al propio tiempo tampoco fue una religión estancada, sino que a lo largo de su desarrollo histórico fue evolucionando, si bien es difícil todavía hoy analizar en qué grado y con qué alcances se produjo esta evolución.

Reflejo de ello sería la diversidad de concepciones en torno a las cosmogonías y teologías, pudiendo aislarse diferentes tradiciones representadas por las escuelas de las ciudades de Nippur, Shuruppak, Eridu y Uruk.

Otra nota de especial importancia es la íntima relación entre religión y poder político, que descansaba en la concepción de ciudad-estado (últimamente en revisión) y cuya cabeza visible ostentaba el cargo de *ensi* (especie de sacerdote-rey) con un estamento clerical por debajo suyo que desempeñaba un destacadísimo papel.

En cambio, la religión acadia (o, si se quiere, la de acadios, babilonios, cassitas y asirios) quedó marcada por la especial significación otorgada a la trascendencia de la divinidad, cuya omnipoten-

cia eclipsaba todo lo demás, siendo también evidente reflejo o trasunto de la estructura política acadia, tendente al nacionalismo e incluso a entidades políticas más complejas, supraterritoriales. Era necesaria la presencia de una divinidad aglutinadora de todas las demás, lo mismo que lo era la del *sharru* (el rey) en la tierra respecto a sus estados, príncipes, súbditos y esclavos.

El panteón sumerio y el acadio

La superior cultura sumeria no quedó eclipsada tras la desaparición de dicho pueblo, sino que fue adoptada por sus continuadores, los semitas acadios, llegando a fundirse tan íntimamente ambas culturas que ya no se desligarían jamás, motivando con ello el que sea muy difícil determinar qué elementos de la religión acadia eran originalmente semitas y cuáles sumerios.

Tanto los sumerios como los acadios admitieron la existencia de muchísimas divinidades de carácter celestial, en unos casos, e infernal, en otros. Estas divinidades tuvieron un origen que, en ambas concepciones religiosas, se hundía en un principio acuoso primigenio.

Por lo que respecta a lo propiamente sumerio (y hacemos abstracción de sus diferentes escuelas teológicas), de un principio amorfo y húmedo (alusión a la diosa Nammu, el océano primordial) se hizo nacer por emanaciones sucesivas el cielo y la tierra, que estaban en un principio unidos como una montaña cósmica, hasta que fueron separados por el dios Enlil. Después de ello, se procedió a un reparto: An se hizo cargo del cielo y Enlil de la tierra (identificada ésta, a veces, con la diosa Ninhursag).

A continuación, otra serie de dioses dieron origen a la luz del día, a la vida vegetal y animal y, finalmente, a los seres humanos a partir —si bien hay variantes— del barro del abismo (el Abzu) y por obra de Nammu, Enki y Ninmah. En todo esto hay evidentemente una teología desordenada, muy mezclada, y por ello difícil de aislar. Sin embargo, de esa maraña de nombres divinos se aísla

un hecho primario: la separación del cielo y de la tierra. A partir de ahí, las escuelas teológicas sumerias se cuidarían de elaborar sus mitos acompasándolos a su propio panteón y sentir religioso.

Los sumerios creyeron en una organización del mundo divino a imagen del mundo terrestre. Así, sus dioses fueron considerados bajo presupuestos antropomórficos, como antes se dijo: bebían, comían, sufrían, hacían el amor, peleaban, repitiendo el modelo de las pasiones y debilidades humanas.

No imaginaron ni creyeron en un dios todopoderoso y por esa razón quizá les faltó una organización unitaria de sus dioses, los cuales quedaron ligados a las diferentes ciudades-estado. Esta particularidad local, reflejo tal vez del antiguo nomadismo de los sumerios, se mantuvo durante toda la fase sumeria; no obstante, pueden aislarse importantísimas divinidades que gozaron de gran preeminencia en todo el país. Las mismas, y no podemos caer aquí en una larga lista de nombres, fueron por orden de importancia las que a continuación se reseñan.

Una primera tríada cósmica, constituida por An (Anu, entre los acadios), dios del cielo; Enlil, dios del viento y del diluvio, y Enki (Ea, entre los acadios), dios de la tierra o más exactamente del fundamento. A ella le seguía otra tríada de carácter astral, formada por Zuen (Sin en acadio), el dios luna; Utu (Shamash, en acadio), el dios Sol, e Inanna (Ishtar, entre los acadios), personificación de los dos aspectos de la vida diaria, la lucha y la procreación.

Tras ellas tributaron también veneración a otras divinidades, ya más secundarias, entre las que podemos citar a Nergal, dios de los Infiernos, y a su esposa Ereshkigal, hermana de Inanna; a Iskur, el señor de la tempestad; a Ninurta, dios guerrero y campeón del olimpo sumerio; a Dumuzi, dios de la fertilidad agrícola; a Ningizzida; a Ningirsu, y a un larguísimo etcétera, divinidades todas ellas que estuvieron constantemente presentes en la vida religiosa y en los relatos míticos de la fase sumeria.

En la concepción acadia, también el panteón divino se estructuró a partir de un principio acuoso, del cual se aislaron dos entes primarios, el Abzu (o Apsu), representación masculina del océano

que rodeaba al mundo, y Tiamat, forma femenina del agua salada. Ambos principios dieron origen a todos los seres, naciendo de ellos las deidades Lahmu y Lahamu, dos monstruosas serpientes, cuya función religiosa pronto quedó borrada.

Tras ellos se generaron Anshar y Kishar, representantes de la totalidad del cielo y de la tierra. A su vez, esta pareja dio origen a una tríada suprema, en cierta manera calco de la sumeria que antes hemos visto, formada por Anu, Enlil y Ea, quienes se repartieron la totalidad de lo creado.

Los acadios aceptaron también una segunda tríada de carácter astral, formada por Sin, el dios luna, y sus hijos Shamash, el sol, e Ishtar, el planeta Venus. Como se ve, los acadios en un afán sincrético tomaron las divinidades sumerias y las amoldaron a sus propias necesidades religiosas, limitándose en la práctica a un cambio onomástico.

Sin embargo, el politeísmo sumerio y el propio semítico evolucionaron en la fase acadia hacia una sistematización más cuidada y sobre todo hacia una simplificación, unificando en algunas divinidades las esferas de soberanía de otros singulares dioses. Si los acadios y babilonios tendieron hacia un nacionalismo político fue muy natural que a uno de sus dioses se le elevara a la categoría de dios supremo, quedando los demás como un pálido reflejo de esa divinidad, al igual que las ciudades lo eran de la capital del estado o del imperio.

Ese dios supremo fue Marduk, el cual obtuvo su exaltación una vez lograda la unidad de las regiones de Mesopotamia. Coincidió con la gloriosa época de la dinastía amorrea y de su máximo representante, Hammurabi. Al propio tiempo, se elaboraron nuevas versiones de las antiguas leyendas sumerias, para elevar a Marduk con total legitimidad a la supremacía del panteón divino. Anu cedió, pues, todo su poder a Marduk; Ea, el padre de Marduk, llegó incluso a traspasarle su propio nombre; Enlil, que poseía la Tablilla de los Destinos, fue obligado, mediante la elaboración de un nuevo episodio, incluido en el *Poema de la Creación* (conocido técnicamente como *Enuma elish*), a entregar dicha Tablilla a Marduk por haber

sido éste el vencedor de la peligrosa diosa Tiamat y, en consecuencia, haberse convertido en el campeón de todos los dioses.

Existieron, asimismo, otras muchísimas divinidades de importancia secundaria o menor, creídas personificaciones de la naturaleza, de la guerra y de la destrucción, de los ríos, canales y arroyos, de la fertilidad, del alimento, del ganado o de la actividad intelectual, divinidades tan complejas en cuanto a su número y contenido religioso que hubo necesidad de elaborar largas listas de dioses que constantemente había que revisar y poner al día.

Junto a los dioses, y tanto en la religión sumeria como en la acadia, se hallaban infinidad de espíritus y demonios, buenos y malos, que acompañaban al hombre durante toda su vida para premiarlo o castigarlo.

Último eslabón de todo ello era el mundo subterráneo del Más Allá, situado bajo el abismo del Apsu, siendo la casa de la que no se podía salir después de haber entrado en ella, eterno lugar reservado a la totalidad de los hombres, y reino gobernado, asimismo, por altas divinidades.

En íntima conexión con este panteón sumero-acadio, los mesopotámicos, para darle adecuada significación y razón de ser, estructuraron un jerarquizado clero masculino y femenino que gozó de grandes prebendas económicas y cuya tarea fundamental consistió en edificar fastuosas construcciones religiosas (templos y torres escalonadas: las famosas *ziqqurratu*), cuyas ruinas pueden verse todavía hoy diseminadas por el país de los dos ríos. En aquellas construcciones tuvieron lugar un sinfín de ceremonias y ritos de gran prolijidad formal, lo que nos habla todo ello del primerísimo papel que la religión tuvo en la vida oficial y privada de Mesopotamia.

A pesar de haber explicado las escuelas teológicas el origen del hombre de diferentes maneras, se estuvo de acuerdo en puntualizar que los seres humanos habían sido creados exclusivamente para servir a los dioses. Ello les marcaba su actuación terrena, de manera que si el hombre fracasaba en las obligaciones de su vivir cotidiano, en cierta manera no había sabido servir con integridad a los dioses y, por lo tanto, era reo de castigo, actuando en estos casos

los dioses con total libertad, enviando sequías, diluvios, hambres, peste y enfermedades.

De ahí que el primer deber religioso del mesopotámico, resignado a su suerte marcada por los dioses, fuese el de temer a la divinidad, siendo su segunda obligación el proporcionar a los dioses sacrificios, ofrendas, libaciones y quema de plantas aromáticas, todo ello complementado con los adecuados rezos y oraciones.

A las faltas del hombre, que eran castigadas inflexiblemente, también y de modo paralelo, correspondieron recompensas y premios, si bien el hombre únicamente podía esperar de sus dioses el disfrute de una larga vida y el alcanzar la tranquilidad en la ultratumba, para lo cual era condición indispensable recibir sepultura, ya que hasta que no se enterraba el cuerpo, según creían, el espíritu del difunto andaba errante por la estepa, aterrando a los vivos y sin encontrar el sosiego.

Precisamente, el conocimiento de los elementos que informan la religión mesopotámica, en los que no podemos detenernos, constituye un factor importantísimo para poder interpretar los textos míticos. Remitimos al lector a la bibliografía específica que sobre este tema incluimos al final del libro.

NATURALEZA DE LOS MITOS SUMERIOS

Los mitos sumerios de carácter cultual y religioso han llegado a nuestros días perfectamente fijados por escrito gracias a la labor de los *dubsar* o escribas, que supieron presentarlos con un ropaje literario muy bien elaborado, aunque no se alcanzaran excesivas cotas de calidad literaria. Externamente, se presentan a base de largos recitados, con numerosos pasajes donde el paralelismo y la repetición todavía nos hacen pensar en el *nar* o trovador ambulante que los recitaba ante un determinado público. En cuanto a la narrativa argumental de tales mitos se trata de temas simples, al menos en apariencia, pero con los elementos necesarios para lograr mantener el interés de la acción que se cuenta.

En todos ellos se refleja un hondo espíritu mítico que tiene su origen en una larga trayectoria religiosa preocupada sobre todo por problemas conectados con la creación del universo, el nacimiento de los dioses, el culto a la fertilidad, el significado del hombre en el cosmos, el problema del mal, la guerra, el Diluvio universal, la enfermedad, etc. Y todo, sin embargo, sin tener una idea muy clara de lo que era el cosmos, la divinidad y aun el hombre y su propia ética.

Entre los mitos que nos han llegado los hay de carácter y alcance local, que hubieron de lograr un éxito muy restringido; de carácter urbano, en donde se aúnan sabiamente la cosmología y la política de la ciudad-estado; y de carácter universal, caso del *Mito del Diluvio*, que tanto eco habría de tener en la mitología posterior.

Un hecho se puede aislar incluso en los mitos más complejos: la tendencia a relacionar dos personajes o dos argumentos en apariencia independientes, pero que, amalgamados de modo adecuado, dieron como resultante un mito de alto interés, en donde casi, invariablemente, aparece el hombre en su medio ambiental, frente a las fuerzas de la naturaleza, de la política o de la economía, fuerzas que pesan sobre su destino, decretado de antemano por los dioses. El sumerio es capaz de reflexionar sobre ellos y sabe plantear de forma magistral los temores y aspiraciones que le atormentan o ilusionan. Y todo ello bajo la envoltura mítica, que es a un tiempo teología, filosofía, historia, epopeya, novela y poema.

PRINCIPALES MITOS SUMERIOS

Los diferentes mitos sumerios que nos han llegado pueden encuadrarse dentro de siete grandes apartados a tenor de su contenido temático, o en ciclos si se enfocan por las divinidades presentes en los mismos.

Los hay de contenido cosmogónico, corrientemente denominados por los especialistas como *mitos sobre los orígenes*, en donde se remarca siempre la idea de un ser superior, de naturaleza divina, a

partir del cual se origina y organiza el resto del mundo. Entre ellos, podemos citar los titulados *Enki y Ninhursag*, cuyo argumento se centra en las bondades del Paraíso sumerio; *Lahar y Ashnan*, que, a modo de disputa, plantea la supremacía de la agricultura; *El origen de los cereales*, donde la divinidad se dispone a dar el grano a los hombres; *Una hierogamia cósmica*, en la que asistimos al origen de los vegetales en general; *Enlil y Ninlil*, en torno al nacimiento del dios luna; y, sobre todo, el denominado *Diluvio sumerio*, en el cual un dios, tal vez Enlil, decide castigar a la humanidad, siendo terriblemente diezmada, pero que, gracias a la acción de Enki, podrá escapar del desastre total.

Un segundo bloque de la mitopoética sumeria está formado por lo que podrían llamarse *mitos de organización*, a través de los cuales vemos cómo el cosmos se va estructurando orgánicamente. Son de gran interés, dentro de este apartado, los titulados *Enki y la fundación del Eengurra*, en donde, tras remontarse la narración a los orígenes de la humanidad, se describe la fundación de tal templo en el Abzu; *Enki y el orden del mundo*, uno de los mitos sumerios más importantes, que nos plantea la potencia generosa de Enki y la eficacia de su palabra; *El viaje de Nanna a Nippur*, en el que vemos cómo dicho dios, después de viajar a Nippur, solicita de Enlil lo mejor para Ur, la ciudad de dicha divinidad lunar; *Emesh y Enten*, o la disputa acerca de la primacía del invierno sobre el verano; *La creación del zapapico*, en el que se remarca la utilidad de tal instrumento agrícola al comienzo de los tiempos; y *El matrimonio de Martu*, interesante narración con justas pugilísticas incluidas, cuya recompensa al vencedor es la concesión de la mano de una princesa.

Un apartado propio lo exigen los *mitos de contacto dioses-hombres* con soberbios ejemplares, como el de *Inanna y Shukalletuda*, que nos cuenta la violación de la diosa por parte de un humano y las represalias que aquélla toma contra los hombres por el ultraje recibido; *Enlil y Namzitarra*, en donde el dios Enlil, a pesar de su aspecto, es reconocido por su sirviente; *Nungal en el Ekur*, centrado en el hombre que ha abandonado a su dios personal, pero que luego

es perdonado gracias a la intercesión de la diosa Nungal. El mito de *Los siete sabios*, de carácter etiológico, nos informa de la existencia de siete personajes, encargados de enseñar las técnicas y las artes de la civilización a la humanidad.

Determinadas leyendas de corte mitopoético y con trasfondo histórico pueden ser incluidas aquí, caso de *La leyenda sumeria de Sargón*, con su victoria sobre Urzababa, de ignorado final, y la de *La expulsión de los qutu*, población que había asolado gran parte de Mesopotamia y que a la postre sería expulsada.

También el héroe como tal fue centro de interés mítico, gozando de gran aceptación las gestas de diferentes personajes (Sumer conoció una edad heroica al igual que más tarde la conocerían griegos, hindúes y teutones, por ejemplo), en torno a los cuales se aglutinaron diferentes episodios de variada longitud y sin aparente conexión entre sí. Esta verdadera literatura épica se centró en torno a las figuras de Enmerkar (*Enmerkar y el señor de Aratta*; *Enmerkar y Ensuhkeshdanna*), de Lugalbanda (*Lugalbanda y el Pájaro del Trueno*) y, especialmente, de Gilgamesh, el rey de Uruk, siendo sujeto este último de cinco narraciones épicas de gran calidad literaria y temática: *Gilgamesh y Agga de Kish*, donde se narra el asedio de Uruk por parte del rey Agga; *Gilgamesh y el País de la Vida*, en donde se plantea la necesidad que el hombre tenía de que su nombre fuese inmortal al no poder alcanzar la vida eterna en el Más Allá; *La muerte de Huwawa*, con la narración del final trágico del mítico guardián del Bosque de los Cedros; *Gilgamesh, Enkidu y los Infiernos*, que nos describe la triste situación de la ultratumba, y *La muerte de Gilgamesh*, que describe la muerte del héroe y su posterior presentación ante los dioses del Mundo Inferior, del que llegará a formar parte en calidad de juez.

Otro apartado de notable importancia dentro de los mitos sumerios es el formado por las narraciones míticas *sobre el Más Allá*, en las que se concibe el reino de los Infiernos como un lugar sombrío, al cual deben ir a parar inexcusablemente todos los mortales, habida cuenta de que el cielo estaba reservado sólo a los dioses. Cabe aquí reseñar los conocidos como *La pasión del Lil en la tumba*, que nos describe los intentos de resurrección de tal dios ante la reiterada

petición de sus divinos parientes; *El descenso de Inanna a los Infiernos*, adonde había acudido tal diosa por razones de ambición, pero que su estancia en él le acarrearía serios problemas; y *La lamentación de Urnamma en los Infiernos*, en cuyo relato el rey de Ur se queja del triste sino de su vida y su persona, pues a pesar de haberse dedicado a los dioses, fue castigado como todos a un sombrío Más Allá.

Un sexto apartado lo formarían los *mitos de exaltación*, con la narración de *El matrimonio de Sud*, en la cual la diosa Sud, una divinidad de la ciudad de Eresh, llegaría a casarse nada menos que con Enlil; dos mitos centrados en la diosa Inanna, en donde se realza su figura (*Inanna y el monte Ebih*, *Inanna y su omnipotencia*), y el celebérrimo relato de *Ninurta y las piedras*, de corte inequívocamente épico, en el que se celebra la personalidad del héroe Ninurta. Frente a este soberbio mito deben citarse los más modestos, también en torno a Ninurta, de *El regreso de Ninurta a Nippur* y el curioso relato conocido popularmente como *Ninurta y la tortuga*, de carácter irónico, en el que tal dios se ve comprometido por una humilde tortuga.

El último bloque lo constituyen los numerosos relatos mitopoéticos que tuvieron como sujetos a Inanna y Dumuzi, divinidades cuyos amoríos facilitaron abundante material para los poetas sumerios. De desigual longitud, calidad y argumento, todos los relatos se centran en los amores, infidelidades, juramentos de ambos amantes. Sin embargo, trágicas circunstancias, a las que no fue ajena Inanna, harían que la muerte de Dumuzi pusiese fin a aquellos amores. Sin embargo, los lamentos por la misma darían nuevo juego para otras composiciones de Dumuzi e Inanna. *Dumuzi y Enkimdu*, *La boda de Dumuzi e Inanna*, *La muerte de Dumuzi*, *En el desierto, junto a la hierba temprana* —por citar unos pocos títulos de la serie—, remarcan la calidad de los mismos.

NATURALEZA DE LOS MITOS ACADIOS

La producción mitopoética acadia, que hubo de ser también muy copiosa en razón de lo que nos ha llegado, supo recoger los mitos

sumerios, copiarlos, sistematizarlos adecuadamente y aun exportarlos fuera de su ámbito geográfico (caso de las copias del *Poema de Gilgamesh* en Asia Menor y Palestina, o de los mitos de *Adapa* y de *Nergal y Ereshkigal* de Tell el-Amarna, en Egipto).

Sin embargo, no solamente se limitaron a copiarlos y difundirlos, sino que también supieron mantener el interés por ellos durante largo tiempo. Esto motivó la existencia de varias versiones de un mismo mito para diferentes periodos de tiempo, lo que redundó literalmente en beneficio de los propios mitos.

Si bien se mantuvieron los mismos o parecidos temas de época sumeria, los acadios lograron crear nuevos argumentos míticos, aunque no en excesivo número, caso del tema de *ascensión*, en el que un mortal o un mítico sabio (Adapa, Etana) suben al cielo por diversas razones, así como dar una mayor abstracción a los dioses, que ahora quedan instalados prácticamente en un único panteón con evidentes tendencias hacia un enoteísmo religioso, como ya se apuntó con anterioridad (caso de Marduk).

Asimismo, el nuevo orden de cosas —política nacionalista, planteamientos sociales, justicia, administración— incidirá también en el contenido temático de los mitos. Éstos reflejan ahora un interés menor por los problemas de la fertilidad o del cosmos y, en cambio, lo tienen para temas relacionados con los poderes de la realeza (*Mito de Erra*), la relación entre rey y divinización personal (Gilgamesh, Sargón de Akkad) y la organización del mundo mesopotámico en torno a una ciudad y un dios supremo nacional (*Enuma elish*), con lo cual el mito se ajustará a las pautas dictadas desde las escuelas teológicas oficialistas.

Los mitos acadios tendieron a una integración conceptual y en cierto modo a una mayor variedad formal, siendo por ello más prosaicos y extensos que sus prototipos sumerios; conocerán una mayor longitud material que se reflejaría fundamentalmente en los tres magnos poemas de este momento, el de *Atrahasis*, el de *Gilgamesh* y el *Enuma elish*, todos ellos de enorme importancia por su valor artístico y hallazgos temáticos, aparte del interés religioso y cosmológico que evidencian; perderán variedad conceptual y se

estabilizarán hacia la abstracción y jerarquización, reflejo inequívoco —como se dijo— del nuevo orden de cosas. En fin, sabrán reelaborar los argumentos preexistentes a su ámbito cultural, dotando a sus narraciones de grandes recursos literarios.

PRINCIPALES MITOS ACADIOS

Al igual que hemos hecho para la división de los mitos sumerios, la mitopoética acadia puede agruparse también en siete grandes bloques atendiendo a su contenido temático.

Dicha clasificación puede ser iniciada con los *mitos sobre los orígenes*, apartado en donde podemos incluir el mito de *La creación del mundo y de los dioses*, episodio que forma parte de la primera tablilla del *Enuma elish*, que nos narra el largo proceso habido desde el caos primigenio hasta la fijación del orden cósmico. Otro episodio de gran interés, e incorporado asimismo al mencionado poema, es el que podemos titular *La creación del hombre*, en el cual el dios Ea modela al ser humano a partir de la sangre del dios rebelde Kingu. Relacionado con idéntica temática nos ha llegado el *Mito de los dioses Lamga*, que nos presenta prácticamente una narración similar.

La importancia del tema, el estudio previo de los textos y las diatribas religiosas motivaron que las escuelas teológicas se lanzasen a elaborar sus propias teorías sobre cosmogonía y teogonía. De esta actividad nos ha llegado la *Teogonía de Dunnu*, la *Cosmogonía de los sacerdotes kalu* y la llamada *Cosmogonía caldea*, todas ellas en torno al cosmos y a los dioses.

Algunos autores incluyen como tema de interés mítico la breve narración, presente en un sortilegio acadio, sobre el famosísimo *Árbol de Eridu*, que bien puede ser considerado como el prototipo del Árbol de la Vida. Un *Encantamiento contra el orzuelo* y el mito del *Gusano causante del dolor de muelas* hacen conectar la causa del mal (y en general de todos los males) a la divinidad o primer motor de la creación.

El segundo bloque temático, *mitos de lucha y victoria*, recoge relatos en los que a una lucha aparentemente desigual sobreviene la victoria de la parte más débil, pero superior en cualidades divinas. Aquí podemos incluir el *Mito de Anzu*, en sus dos versiones, con la clara victoria de Ninurta sobre dicho pájaro maléfico que había logrado apoderarse de las Tablillas de los Destinos; el episodio de la «Victoria de Marduk sobre Tiamat», que daría contenido a la totalidad de la cuarta tablilla del *Enuma elish*; y el famosísimo episodio de «Gilgamesh, Ishtar y el Toro celeste», mito de resonancias sumerias y que fue incorporado al *Poema de Gilgamesh*, episodio en el que se narra la muerte del Toro celeste y el desprecio sufrido por Ishtar.

Dentro de los mitos que podríamos calificar de *destrucción y de salvación* hay que incluir tres extraordinarias narraciones. Una de temática sumeria, el *Diluvio universal*, pero entendido bajo nuevas perspectivas, y que se incluiría en la tablilla undécima del *Poema de Gilgamesh*, texto que presenta tantos parecidos con el relato bíblico del *Génesis*; otra, el *Mito de Atrahasis*, con argumento centrado en la protesta de los dioses por la carga que suponía el trabajo que, al comienzo de los tiempos, debían realizar, en la creación del hombre para asumir ese trabajo oprobioso, y en el Diluvio universal, al cual escaparon Atrahasis y su familia. La tercera narración es la del magnífico *Poema de Erra*, larga composición dialogada acerca del papel destructivo de Erra para con Babilonia y la vuelta a la normalidad bajo las directrices de Marduk. Una corta *Balada de los héroes de antaño* testimonia que las gentes de espíritu práctico no eran ajenas al *carpe diem*.

El cuarto apartado lo constituyen los *mitos sobre el Más Allá*, esto es, los relatos que se ocupaban del Mundo Inferior y los que planteaban el problema de la inmortalidad, ansiado deseo de los hombres de todas las épocas y lugares. Ejemplo de ello serían los mitos titulados *Nergal y Ereshkigal*, donde se narra el matrimonio de ambas divinidades y se describe el reino de la ultratumba; el mito del *Descenso de Ishtar a los Infiernos*, cuyo antecedente es la narración sumeria de idéntico título, si bien varían algunos detalles; la extraña narra-

ción titulada *Una visión del Mundo Inferior*, donde se nos presenta a un personaje principesco asirio, que servirá de pretexto para mostrarnos una visión «dantesca» del Infierno mesopotámico. Finalmente, cabe añadir aquí la bellísima narración sobre «La planta de la inmortalidad», pasaje que se incluyó también en la tablilla undécima del *Poema de Gilgamesh*, y que nos pone en conexión directa con el deseo de pervivir que tiene el hombre antes o después de haber traspasado el trance de la muerte.

Importante y novedosa temática acadia fueron los *mitos de ascensión*, con dos extraordinarias narraciones, el *Mito de Adapa* y el *Mito de Etana*, en los que Adapa, en un caso, uno de los siete sabios míticos de Mesopotamia, intenta conseguir la Vida eterna, pero verá frustrados sus deseos, y en el otro, Etana, un rey de la dinastía de Kish, llegará al cielo a lomos de un águila en busca de la milagrosa planta del nacimiento a fin de que con su ingesta su esposa pudiese darle descendencia.

Una serie de *mitos de exaltación divina y humana* se centraron en elevar a diferentes dioses o en divinizar y mitificar a reyes concretos. Dentro de este apartado podemos recoger la llamada *Exaltación de Ishtar*, que de divinidad secundaria en sus orígenes será elevada a la categoría de soberana de los dioses; el *Poema de Saltu y Agushaya*, centrado también en la exaltación de Ishtar en cuanto divinidad guerrera; *El nacimiento de Marduk*, que formó parte de la primera tablilla del *Enuma elish* y en donde se nos cuentan las extraordinarias cualidades de dicha divinidad; el *Himno a Marduk*, breve composición donde se tiende a la unicidad religiosa, centrada en tal dios babilonio; *Los cincuenta nombres de Marduk*, recogidos en una larga y críptica letanía inserta al final del *Enuma elish*.

Y, en fin, seis mitos en torno a tres personajes históricos: Gilgamesh (*Plegaria al divinizado Gilgamesh*), Sargón de Akkad (*El nacimiento de Sargón*; *Sargón, rey de la victoria*; y *Sargón, rey del combate*), Naram-Sin (*La estela de Naram-Sin*; *El sitio de Apishal por Naram-Sin*).

Un *Himno a Sin, el dios luna*, además del interesante texto profético, de contenido histórico, justificativo de los «exilios» de Marduk (*La profecía de Marduk*) y el extraño e incompleto mito de

Girra y Elamatum, en donde el dios del fuego ha vencido a la Ishtar del Elam, cierran este apartado.

El séptimo y último bloque podría girar en torno a *mitos con seres fantásticos*, en los cuales la imaginación mesopotámica supera cuanto podamos pensar. Aquí incluiríamos los mitos de *El dragón Labbu*, bestia fabulosa que atormentaba despiadadamente a la humanidad; *La serpiente-dragón*, de similar temática a la pieza anterior; *Los siete* Utukku *malignos*, responsables de los eclipses y de calamidades sin cuento; y *Las veintiún cataplasmas* o remedios más mágicos que médicos, venidos de la morada de Ea.

CONCLUSIONES

A la vista de todo lo anteriormente dicho, podemos concluir esta breve introducción señalando que los mitos mesopotámicos son los más antiguos de los que tengamos constancia histórica. Es incuestionable que tales narraciones, trasunto de creencias religiosas, cósmicas o del medio ambiente mesopotámico, proporcionaron una guía espiritual importante y un adecuado complemento ritualista, sabiendo ofrecer en sus contenidos mitográficos explicaciones más o menos clarividentes de los misterios y problemas fundamentales sobre el cosmos, los dioses, la vida y la muerte.

Fueron los sumerios quienes legaron esa riqueza cultural a la humanidad, y los babilonios y asirios que les sucedieron en el espacio y en el tiempo los que aceptaron, amoldaron y conservaron todo el conglomerado de ritos, mitos y creencias para, a su vez, difundirlos junto con lo específicamente acadio a los tiempos posteriores.

Las respuestas mesopotámicas a las cuestiones esenciales que se planteaba el ser humano fueron lógicas y razonadas y su reflejo en la teoría de ritos que han pervivido hasta nuestros días así hacen constatarlo.

El hombre vivía, estaba inmerso en un mundo en el que lo fundamental era el agua. De ahí la lógica conclusión de que tal elemento era la fuente, el origen de todas las cosas, con lo cual

sentaban precedentes de alto alcance filosófico y científico, conclusión retomada más tarde por otras culturas.

La atmósfera, también agua en definitiva, que separaba el cielo de la tierra, contaba con determinados elementos divinos: la luna, el sol y las estrellas, componentes necesarios para la posibilidad de una perfecta organización cósmica y para el mejor desarrollo científico del hombre.

El universo y su organización, dada su magnitud y escala cósmica, fue creado y puesto en funcionamiento gracias a la acción de seres superiores, de dioses, imaginados por los hombres como entes antropomorfos y con ribetes anímicos cercanos a los de los simples mortales. Aquellos seres superiores, en número indeterminado y estructurados en tríadas y en pirámides categóricas, estaban por naturaleza y origen distanciados del hombre y del resto de lo creado. El número ilimitado de seres divinos venía exigido por la necesidad de hacer frente a la complejidad física y espiritual del mundo y de sus habitantes.

La correcta armonía del mundo precisaba de unas reglas estrictas que debían ser respetadas por dioses y hombres, reglas que bajo el nombre sumerio de *me* funcionarían para siempre sin deterioro de ningún tipo. Sin embargo, el resquicio mínimo que se observa en el comportamiento del hombre y aun de los dioses (se conocen protestas de dioses contra las grandes divinidades) alteraron las normas cósmicas, lo que fue considerado argumento por los dioses superiores para intentar llevar a cabo la destrucción de dioses rebeldes, hombres e incluso de lo creado, cuyo reflejo más directo se plasmó en forma de leyendas diluviales. Sería, sin embargo, la propia divinidad, Enki o Ea, la salvadora en última instancia de los hombres, de los cuales, en realidad, no se podía prescindir por ser la mano de obra barata de los dioses.

El hombre, que no podía disfrutar de la prerrogativa de la inmortalidad, reservada en exclusiva a los dioses, sintió a lo largo de su existencia una constante desazón, a la que supo hacer frente buscando la eterna fama del nombre y del buen comportamiento personal; supo resignarse a su destino prosaico y realista: sólo podía

esperar la muerte y todo lo más un relativo bienestar en el Más Allá, en el reino de los misterios, región oscura adonde se accedía tras el preceptivo juicio realizado por el dios Shamash ayudado por los Anunnaki.

Si bien esta vida de ultratumba, que seguía reflejando diferencias sociales, no era lo apetecible o «salvadora» que los mesopotámicos deseaban, no por ello dejaron de invocar a los dioses y honrarlos durante su vida terrena con ceremonias y cultos más o menos sentidos, siendo la más espectacular e importante la fiesta que conmemoraba las nupcias del dios y de la diosa (papeles asumidos por el rey de turno y una sacerdotisa principal), tendente a propiciar la fertilidad de la tierra.

En pocas palabras, la religión, el mito y el rito desempeñaron una función central en la vida de la antigua Mesopotamia. La religión y su entorno conceptual y cultual fue fuente inspiradora de extraordinarios textos religiosos y literarios, magníficos templos y diferentes obras de arte. Todas estas manifestaciones, grandiosas y espectaculares, encontraron su eco en casi todo el mundo antiguo durante varios milenios, sobre todo, como dijo S. N. Kramer, «en aquellos primeros tiempos, cuando las poderosas fuerzas naturales eran totalmente inexplicables para los atemorizados humanos».

Post scriptum

Respecto a la presentación y contenido de los mitos que siguen, se debe indicar que todos ellos tienen sus adecuados fundamentos científicos, reflejados en el aparato bibliográfico que se indica al final de la obra. No obstante, hay que señalar que no se ha seguido la presentación usual empleada en este tipo de textos (edición en versos o líneas, abundancia de corchetes y paréntesis, interrogantes), habida cuenta la usual pérdida material de pasajes en las propias tablillas originales, el mal estado de las mismas, la imprecisión de determinados giros idiomáticos, las diferentes lecturas que les dan los especialistas a un mismo texto, etc. En consecuencia, los mitos

se han presentado aquí bajo una redacción muy genérica, rellenando lagunas donde las había e introduciendo pasajes, totalmente libres, de acuerdo con lo que dejaba deducir el contexto. De esta manera —y así lo esperamos—, el lector degustará mejor el espíritu del texto que, en todos los casos, ha sido extraído de los mejores especialistas.

La presente obra, en suma, es deudora de un primer libro que publicamos en el año 1984 (*Mitos sumerios y acadios*) en Editora Nacional, libro hoy totalmente agotado. Por supuesto, es también deudora de cuantos libros, monografías y estudios hemos manejado y que citamos en la pertinente bibliografía.

Finalmente, deseo manifestar en esta introducción mi agradecimiento, como siempre, a mis hijas Blanca María, que me ha ayudado en resolver determinadas traducciones inglesas y alemanas, y Beatriz por la atenta lectura del manuscrito y sus agudas indicaciones.

Viena-Madrid-Lleida, 2000-2002.

I

Mitos sumerios

Mitos sobre los orígenes

ENKI Y NINHURSAG

El mito sumerio alusivo al Paraíso en el que residían las divinidades de tal pueblo se halla escrito en una tablilla que se localizó en la antigua ciudad de Nippur. Se desconoce su fecha de redacción, pero por su grafía se sostiene que fue fijado en la primera mitad del segundo milenio a.C.

La tierra Dilmun, allá en el golfo Pérsico, era pura y, además, era limpia y de lo más resplandeciente. Los dioses se la habían reservado como Paraíso. En aquel lugar, solos, se asentaron un día el dios Enki, creador del género humano, y una de sus esposas, la diosa Ninsikilla, la dama pura. Ambos se asentaron en aquel lugar resplandeciente, en su cámara divina.

Se sabía que en Dilmun el cuervo no profería graznidos, que el pájaro-*ittidu* no profería grito alguno, que el león no mataba, que el lobo no devoraba ovejas. Incluso era desconocido el perro salvaje, insaciable devorador de cabritos. También lo era el jabalí, devorador de grano. Ni siquiera los pájaros tenían necesidad de preocuparse por sus crías. Y la paloma no inclinaba la cabeza.

La persona enferma nunca decía: «Tengo mal en los ojos.» El enfermo aquejado de dolor de cabeza no decía: «Tengo mal de cabeza.» La mujer anciana no decía: «Soy una mujer vieja.» Y el

anciano tampoco tenía necesidad de decir: «Soy un hombre viejo.» Cualquier doncella, al ser tan pura, no precisaba del agua purificadora. Tampoco, tras una ceremonia religiosa, se precisaba del agua lustral. Quien cruzaba el Río, para arribar a Dilmun, no profería palabras de recuerdo, ni añoraba lo dejado atrás. El sacerdote de los lamentos, al ser Dilmun un lugar puro, no precisaba efectuar ceremonias funerarias. El sacerdote cantor tampoco recitaba sus versos en los funerales, que no existían. No precisaban actuar en Dilmun, pues no se conocían allí necrópolis.

En uno de aquellos días Ninsikilla, observando que faltaba un elemento fundamental, le dijo a su esposo Enki:

—La ciudad que tú me has regalado carece de agua. Los campos necesitan agua, las granjas precisan de abrevaderos.

El dios Enki le respondió:

—Es verdad. Que la luminaria diurna del cielo, el dios Utu, y la luminaria de las noches, el dios Nanna, te otorguen lo que pides. Que traigan agua dulce para este lugar, que te la traigan de la boca de donde fluye el agua de la tierra. Que ambos seres divinos hagan a tu ciudad beber de esa boca acuosa. Que Dilmun beba las aguas de la abundancia. Que tu pozo de agua salada se convierta en uno de agua dulce. Que tus campos roturados sostengan tu grano y que las granjas puedan disponer de agua. Que tu ciudad se convierta en la casa nutricia de Dilmun.

Aquellas palabras fueron oídas por los dos dioses, Utu y Nanna, y ambos le concedieron a Ninsikilla lo que solicitaba. Una inundación fecundante y beneficiosa sobrevino sobre Dilmun. Días y noches las aguas hicieron presencia en Dilmun. Finalizadas las lluvias los pozos de agua salada se convirtieron en pozos de agua dulce. Los campos de cereales produjeron grano en abundante cantidad.

Sin embargo, Enki se sentía solo. No le bastaban las caricias de su esposa. Por eso, un día se presentó ante la sabia diosa Nintu, la madre del país. Ante ella, y mediante su sabiduría, llenó todas las zanjas y canales con su esperma, hizo que con la expulsión de su divino semen nacieran las hierbas y las cañas en los cañaverales. Tras aquella acción le dijo a la diosa Nintu:

—Nadie, excepto yo, caminará por la laguna. Preciso estar solo.

Y después de pronunciar un juramento por la vida de An, el padre de todos los dioses, Enki reservó su esperma para Damgalnunna, su esposa, que se hallaba acostada en un paraje de la laguna. La diosa, en calidad de Ninhursag, esto es, como Señora de la Montaña, lo recibió en su regazo. Enki, sí, vertió su semen en el seno de Damgalnunna.

Después de que transcurrieran los nueve meses de la maternidad, que para las diosas eran tan sólo nueve días, Nintu, la diosa madre del país, hizo que Ninhursag diera a luz a Ninsar, hermosa divinidad que creció en la resplandeciente y pura tierra de Dilmun, originando las plantas nutricias.

Sin embargo, un día, la hermosa Ninsar salió a pasear por los jardines y marjales de las afueras de la ciudad. Y Enki, que se hallaba en su barca por allí, casualmente, al ver desde lejos a aquella doncella, de inimaginable belleza, no pudo menos que, arrobado por el deseo, decir a su mensajero, Isimu, que le acompañaba:

—Isimu, ¿no besaré a la joven, a la hermosa doncella? ¿No besaré a Ninsar, la hermosa doncella?

Su mensajero, Isimu, mirando a su señor, se atrevió a contestarle:

—Como dios de la sabiduría lo sabes todo, sabes que se llama Ninsar. Si ése es tu deseo besa a la joven doncella, besa a la encantadora Ninsar. Levantaré un viento favorable para que puedas arribar a la orilla y acercarte a la hermosa doncella.

De modo mágico, Isimu se convirtió en viento propicio y Enki, solo en el barco, llegó felizmente a tierra firme, en donde puso su pie.

Sin más dilación se acercó a la bella Ninsar y la abrazó, la besó. Es más, Enki vertió su semen en el seno de Ninsar.

Tras haber transcurrido los nueve meses de la maternidad, como crema maravillosa, como buena crema que se hacía en el establo de los dioses, Ninsar dio a luz a Ninkura. Ninkura, que llegaría a ser la señora de las plantas fibrosas, creció en la resplandeciente y

pura tierra de Dilmun. Su belleza aumentaba con el paso de los meses.

Un día, la hermosa Ninkura salió a pasear por los jardines y marjales de las afueras de la ciudad. También entonces, casualmente, Enki se hallaba navegando en su barca por el pantano. Vio desde la distancia a aquella joven diosa. De nuevo, encendido por la pasión, le dijo a su mensajero Isimu:

—Isimu, ¿no besaré a la joven, a la hermosa doncella? ¿No besaré a Ninkura, la hermosa doncella?

Igual que había ocurrido con Ninsar, el dios Enki, favorecido por el viento de Isimu, llegó a la orilla y desembarcó. Sin tardanza se acercó a la bella Ninkura y la abrazó, la besó. También vertió su semen en el seno de Ninkura.

Tras haber transcurrido los nueve meses de la maternidad, la bella Ninkura dio a luz a Uttu, que creció plena de hermosura, y que supo acrecentarla con hermosos vestidos multicolores de lana y lino, dado que se había convertido en la Señora de los tejidos.

Nintu, la madre del país, cuando ya Uttu había alcanzado su edad apropiada, le salió a su encuentro y le dijo:

—Uttu, te voy a dar un consejo. Espero que lo aceptes. Acepta la palabra que voy a decirte. ¡Escucha! Alguien entre los marjales, siempre, se halla mirando a su alrededor, siempre está al acecho de hermosas doncellas.

Uttu le hizo caso a la madre del país. Se recogió en su casa y se dedicó a sus tareas. Sin embargo, sabedor Enki de la existencia de Uttu, deseó poseerla. Para poder llegar ante ella y seducirla se vio obligado a producir hermosos frutos. A tal fin, llenó de agua canales y acequias, hizo que las aguas diesen nacimiento a variados frutos.

Un día, un diligente jardinero, que en su pequeño huerto se cuidaba de los albaricoques, de las manzanas y de las uvas que crecían gracias al agua fecundante, propiciada por Enki, recibió la visita del dios. Tras acogerle cordialmente y abrazarle le dijo:

—¿Quién eres tú, que has regado mi jardín?

Enki, tras un breve saludo, y sin darle ninguna explicación, le pidió al jardinero que le entregara los mejores albaricoques, manzanas y uvas del jardín. Recibidos aquellos frutos, los más cuidadosamente escogidos, el dios Enki los amontonó en su regazo y, con toda diligencia, ataviado con sus mejores galas, cogiendo su bastón, dirigió sus pasos hacia la casa de Uttu.

—¿Quién eres? —preguntó Uttu.

—¡Abre! ¡Abre! —replicó Enki—. Soy el jardinero, que te trae los frutos del jardín para satisfacer tu deseo —respondió, mintiendo, Enki.

Uttu, al ver a Enki, desoyendo las advertencias de Nintu, con el corazón alegre, abrió la puerta de su casa. Enki, amablemente, le dio los albaricoques, las manzanas y las uvas, que la hermosa doncella aceptó con gusto, al tiempo que aplaudía.

Enki, embrujado por la belleza de la diosa, después de haberle regalado los frutos, la abrazó, la besó, la cubrió de caricias y vertió su semen en ella. Uttu recibió en su vientre el esperma de Enki.

—¡Mis piernas! ¡Mi cuerpo! ¡Mi vientre! —gimió Uttu.

Al oír aquellas palabras, Ninhursag mágicamente, pudo quitar el semen de la vulva de Uttu. La diosa hizo que de entre los muslos de Uttu, gracias al semen del dios, brotaran ocho nuevas y diferentes plantas: la planta-árbol, la planta-miel, la planta-mala hierba, la planta-de agua, la planta-espino, la planta-de la alcaparra, la planta-ramosa, la planta-casia, la planta-de la canela, la planta aromática..., que fueron creciendo con toda lozanía.

Embarcado, como de costumbre, con su mensajero Isimu, un día Enki vio desde los marjales aquellas hermosas plantas. Atraído por la hermosura de las mismas, le dijo a Isimu:

—Isimu, mensajero mío, todavía no he decretado el destino de esas plantas. ¿Cómo es posible? Quiero decretar el destino de las plantas que veo allí. Quiero conocer qué contienen, cuál es su naturaleza.

Con toda diligencia, el mensajero le fue diciendo, uno a uno, el nombre de las plantas. Tras indicar el nombre, fue cortando peda-

zos de todas ellas y los entregó a Enki, quien los fue engullendo. Hecho lo cual, Enki pudo conocer la naturaleza de todas ellas y determinarles su destino.

Al instante, Ninhursag, conocedora de aquella acción sacrílega, montó en cólera y maldijo el nombre de Enki.

—Hasta que esté muerto no miraré a Enki nunca más con el Ojo de la Vida. ¡Morirá! Además —sentenció—, abandonaré Dilmun.

Pasaron años y años y Ninhursag no regresaba. Los campos, ante la ausencia de la diosa, no producían lo suficiente. Se agostaban. Asimismo, Enki, que había caído enfermo, se iba debilitando. Los dioses Anunna, acompañantes de An en el Cielo, se hallaban un día hablando de aquel hecho, pero ninguno hallaba la solución, tampoco Enlil, titular de los destinos de dioses, hombres y ciudades, lograba nada.

Sin embargo, tal dios tuvo al fin una feliz idea: llamaría al zorro para que con su astucia buscase una solución. El zorro, pues, surgido del marjal, le dijo al dios Enlil:

—Si te traigo a Ninhursag ante ti ¿cuál será mi recompensa?

Enlil le contestó:

—Si me traes a Ninhursag, plantaré árboles y campos para ti en mi ciudad; podrás corretear y vivir entre ellos. Plantaré también un árbol *kishkanu*. Además, tu nombre se hará famoso, será pronunciado en todos los lugares.

El zorro al instante mudó su piel y se pintó el rostro. Perdió su aspecto usual. Deseoso de que su nombre fuese venerado en todos los rincones, rápidamente se encaminó a Nippur. Allí averiguaría de los sacerdotes de Enlil todo lo que pudiera. Igualmente acudiría a Ur, a Larsa, a Uruk. En todas aquellas ciudades indagaría datos acerca de Ninhursag, la diosa que había maldecido a Enki, la causante de su enfermedad.

Gracias a las informaciones recabadas de los sacerdotes de los dioses Enlil, Nanna, Utu e Inanna, el zorro pudo dar con la diosa, con quien retornó a Dilmun.

Los dioses Anunna se alegraron, Enlil pudo decretar el destino y Ninhursag sentó a Enki junto a su regazo, tras haberse reconciliado ambos esposos.

No obstante, los años no habían pasado en balde. Enki no se había curado de su enfermedad que, incluso, se había agravado al propagarse por distintas partes de su cuerpo. Ninhursag, solícita, se interesaba por cada uno de los males que le aquejaban.

—¿Qué es lo que te duele?

—Mi cabeza me duele.

—No te preocupes. Voy a crear para ti al dios Abau —respondió Ninhursag—. ¿Te duele algo más?

—Sí, mis cabellos.

—Bien. Voy a crear para ti a la diosa Ninsikila.

Y Ninhursag, en un alarde de amor, hizo que, mágicamente, para cada uno de los restantes achaques que aquejaban el cuerpo de Enki —la nariz, la boca, la garganta, el brazo, las costillas, las entrañas— naciera una divinidad a fin de aliviarle. Finalmente, a todas ellas, en número de ocho, coincidente con el número de plantas que había comido Enki, les decretó su destino, diciendo:

—Que Abau sea el rey de las plantas. Que Ninsikila sea la señora del lejano país de Magan. Que Ninkiriutu se case con Ninazu. Que Ninkasi sea aquella que sacie los deseos. Que Nazi se case con el guerrero Nindara. Que Azimua se case con el dios de la vegetación, Ningishzida. Que Ninti, la dama que hace vivir, sea la reina de los meses. Que Enshaag, el señor del país, sea el señor de Dilmun.

Tras aquellas palabras, Enki volvió a su estado primigenio.

Dilmun pudo gozar de paz y felicidad.

ENKI Y NINMAH

Gracias a diferentes tablillas sumerias, algunas con lagunas textuales, y a una muy fragmentada versión acadia, se ha podido reconstruir un

interesante mito, puesto por escrito en época paleobabilónica, acerca de los orígenes de las cosas y también del hombre, creado a partir del barro. El acto creador se inserta en una controversia entre Enki y Ninmah de la que sale vencedor Enki.

En aquellos días, cuando el cielo y la tierra habían sido ya separados, en aquellas noches en las que cielo y tierra ya habían sido desunidos, en aquel año en el que se determinaron los destinos de los dioses, cuando los Anunna —progenie celeste— fueron creados, cuando las diosas se hubieron desposado, cuando cada una de ellas se hubo situado en su lugar —unas en el cielo, otras en la tierra—, cuando fueron fecundadas y se convirtieron en madres, y cuando los dioses debían procurarse su comida y su bebida, todos pusieron su atención e interés en el trabajo.

Los dioses de primer rango realizaban trabajos de responsabilidad, trabajos llevaderos, pero los de segundo rango se ocupaban de los trabajos más fatigosos. Excavaban canales, amontonaban la tierra en Harali, molían el cereal. ¡Por eso se lamentaban de su suerte!

Cuando ocurría todo aquello, Enki, el sumamente sabio, el creador de todos los dioses, se hallaba descansando en su lecho: no cesaba de dormir. Y los dioses no se cansaban de gemir y de protestar, diciendo:

—La causa de nuestro malhumor la tiene Él, que siempre está durmiendo, ¡que nunca se levanta!

Nammu, sin embargo, la madre primordial, la que dio a luz a todos los dioses, llevó a su hijo Enki la queja de los dioses:

—¡Hijo mío, tú reposas, estás durmiendo, no interrumpes tu sueño, pero los dioses, mis criaturas, te recriminan eso. Abandona tu lecho, ejerce tus talentos con inteligencia y fabrica unos sustitutos a los dioses a fin de que ellos cesen de trabajar.

A las palabras de Nammu, su madre, Enki se levantó de su lecho y tras abandonar su morada, el inteligente, el sabio, el avisado, el hábil, el creador que da formas a todo, confeccionó una matriz que situó cerca de sí y que estudió con suma atención.

Y cuando Enki, el creador por naturaleza, hubo sutilmente puesto a punto el proyecto, se dirigió a su madre, a Nammu, y le dijo:

—Madre mía, la criatura en la que tú habías pensado, mírala aquí, dispuesta a librar a los dioses de su trabajo. Cuando hayas mezclado un pedazo de barro sacado de las orillas del Abzu, el barro tomará la forma de esta matriz, de este molde, y, cuando quieras, tú misma le darás la naturaleza, su espíritu, y se convertirá en hombre.

Tras decirle aquellas importantes palabras acerca de la creación de un nuevo ser, Enki continuó:

—En tal tarea te asistirá Ninmah, la diosa tierra. Y también Ninimma, Shuzianna, Ninmada, Ninbara, Ninbug, Musargaba y Ninguna. Todas ellas serán tus auxiliares. Y tú, madre mía, decidirás el destino de la nuevas criaturas. Y Ninmah les ordenará que trabajen por los dioses. ¡Así ellos quedarán liberados de tal tarea!

A continuación, y tal como les había sido ordenado, las diosas dieron origen a los hombres, a la humanidad. Uno tras otro, numerosos pedazos de barro eran encerrados en la matriz creada por Enki. Y aquel molde fue alumbrando figuras y figuras humanas.

Enki se alegró de su obra, llevó el júbilo a su corazón. Y las diosas se felicitaron también. Para celebrar aquel éxito Enki organizó una gran fiesta en honor de Nammu, su madre, y de Ninmah. A Nammu, la responsable de la primera matriz, le dio a comer *gusag* a modo de pan. Y para An, dios del cielo y padre de los dioses, y Enlil, dios del viento y del diluvio, el señor Nudimmud, creador del hombre, hizo asar soberbios cabritos.

Todos los dioses celebraron aquel acontecimiento y no cesaron de alabar a Enki, el autor del proyecto:

—¡Oh señor del gran entendimiento! ¿Quién es más sabio que tú? Enki, gran señor, ¿quién puede igualar tus acciones? Como padre y progenitor eres tú quien tiene los grandes poderes del mundo. Tú eres el gran poder, tienes los *me*.

Y dado que Enki y Ninmah después de haber bebido cerveza con abundancia tenían su corazón totalmente alegre, dijo Ninmah a Enki:

—La naturaleza de los hombres puede ser tanto buena como mala. Yo puedo procurarles, según disponga mi corazón, un destino bueno o malo.

Enki respondió a Ninmah:

—¡Bien, Ninmah! Tengo los medios para compensar el desequilibrio que se pueda producir. Yo corregiré el destino que les des según tu agrado, sea bueno o malo.

Ninmah, entonces, tomó barro de las orillas del Abzu. Premeditadamente, dio la vida a varios seres humanos con muy serias deformaciones y carencias. En efecto, el primer hombre que ella formó no podía tener nada en sus manos anquilosadas. Pero Enki, a aquel hombre, incapaz de retener nada en sus manos enfermas, le asignó como destino el entrar al servicio del rey, trabajar en la corte.

El segundo hombre que creó la diosa no podía ver, era ciego. Enki, a aquel hombre ciego, incapaz de ver, le asignó como destino el arte del canto. Hizo de él el gran maestro del Ushumgal, esto es, el maestro músico al servicio del rey de los dioses.

El tercer ser que ella creó fue uno que tenía las piernas paralizadas, a causa de la excesiva humedad. Mas Enki, a aquel hombre de piernas paralizadas, le asignó un cierto resplandor sobrenatural, semejante al brillo de una jarra de plata: dominaría su intelecto.

El cuarto que hizo la diosa no podía retener su esperma. Sin embargo, Enki, a aquel hombre que no podía retener su esperma, le curó mediante un baño, recitando a un tiempo el exorcismo apropiado.

El quinto que creó fue una mujer que no podía concebir hijos. Enki, a aquella mujer que no podía dar a luz, le asignó por destino el residir en el harén.

El sexto ser que creó no tenía ni pene ni vulva en el cuerpo. El dios, a aquel ser al que llamó Enlil-kigal, le asignó como destino el estar a disposición de aquél a quien Enlil designase como rey. Sería, pues, eunuco.

Enki, gracias a sus poderes, consiguió dar acomodo a todos los seres creados por Ninmah mientras tenía el espíritu alegre a causa de la cerveza que había bebido. Tras aquellas acciones positivas en

las que Enki había solucionado el problema de aquellos humanos con deficiencias, el dios, comportándose con genio, dado su poderío, situó el molde en tierra, y le dijo a Ninmah:

—A todo lo que tú has hecho, como ves, le he asignado un destino y dado algo con lo que puedan vivir a pesar de sus carencias físicas. Ahora, a mi vez, yo te fabricaré cualquier cosa. Asígnale de golpe, improvisadamente, un destino. ¡Encuéntrale un empleo adecuado!

Y dicho aquello, Enki hizo una especie de cabeza, una boca y unas partes internas. Tras lo cual dijo a Ninmah:

—Después de verter en el seno de una mujer el esperma de lo que acabo de crear la ha dejado encinta. Dentro del tiempo surgirá la criatura.

Pasado el tiempo de la gestación Ninmah asistió al nacimiento del nuevo ser. La mujer había dado a luz un elemento que se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en un *umul*, una criatura semejante a un anciano.

Aquel ser tenía la cabeza inerte, la respiración entrecortada, el tórax raquítico, el pecho flácido, el corazón enfermo y el vientre también enfermo. Las manos eran incapaces de aguantar la cabeza, incluso de llevarse el alimento a la boca, la columna la tenía penosamente curvada, los hombros caídos, los pies dificultosos, incapaces para caminar por el campo.

Ante aquel extraño ser, Enki le dijo a Ninmah:

—Recuerda, Ninmah, que a todo lo que habías hecho yo le designé un destino y le di algo para que pudiera vivir. Al ser que ha resultado de la cosa que creé desígnale tú ahora un destino para que también pueda vivir. Ésta es la respuesta a tu reto.

La diosa Ninmah, vuelta hacia el *umul*, lo examinó con suma atención, se acercó a él, se retiró de él, dio vueltas a su alrededor. Le llegó a hacer preguntas, pero aquel ser no podía responderle, no sabía hablar. A continuación la diosa le ofreció pan, pero él no lo pudo coger, era incapaz a causa de sus defectuosas manos. El *umul* se hallaba de pie, no podía ni sentarse ni acostarse, era incapaz de hacerse una casa, no podía comer.

A la vista de ello Ninmah se dirigió a Enki y le respondió:

—Lo que tú has fabricado no está ni vivo ni muerto: no puede hacer nada.

Pero Enki volvió a argumentarle a Ninmah que ella había creado a siete seres, todos ellos enfermos, a los que él les había decretado un destino para que pudiesen, dentro de su desgracia, tener algo con lo que vivir. Le insistió en que diese una solución para el *umul*.

—Ninmah, hermana mía, te ruego que a lo que he hecho le des un destino para que pueda vivir de él. Tú misma dijiste que lo que yo hiciera tú podrías remediarlo.

Ambos dioses continuaron hablando acerca de aquellos seres. Sin embargo, Ninamah fue incapaz de decretar el destino del ser creado por Enki.

Pasados los años, aquella creación del *umul* tomó su asiento en la tierra. La deformidad, la enfermedad y los achaques de una vejez larga pasaron a convertirse en males irremediables. Fueron muchos otros seres, copias del primigenio *umul*, los que llegaron a habitar en las ciudades, arrastrando su desgraciada vida. Incluso vivieron muchos en la ciudad de la propia diosa Ninmah, en la ciudad llamada Kesh, que hubo de soportar, además, diferentes ataques y destrucciones. Ninmah se había visto obligada a abandonar su templo y refugiarse en el Ekur, el templo de Enlil, allá en Nippur.

No pudiendo soportar más aquella situación, un día se atrevió a dirigirse a Enki en son de amenaza:

—¡Cuántos males me han sobrevenido por aquel reto que te hice! ¡Oh Enki, ojalá que no emerjas de la tierra, que no puedas salir de tu Abzu! ¡Que tus palabras no sean oídas!

Constantemente, durante largo tiempo la diosa seguía lamentándose:

—Estoy llena de rabia. Mi ciudad ha sido destruida, mis hijos han sido hechos cautivos, he sido privada del sueño. He tenido que dejar mi propio templo.

Enki no pudo eludir la maldición, pues eran palabras pronunciadas por la boca de una diosa. Para evitar sus dañinos efectos el dios reflexionó. Debía buscar una solución. Debía acercarse a Ninmah y hablarle. Acordado un encuentro mediante sus respectivos embajadores, ambas divinidades reconocieron sus culpas. La fiesta y el excesivo consumo de cerveza, que habían seguido al proceso de la creación de los seres humanos, habían sido la causa de lanzarse un reto de tan graves consecuencias.

—Cierto es, Ninmah —comenzó diciendo Enki—, que hice frente a tus propuestas de si era o no capaz de hacer frente a los destinos que tú asignaras, buenos o malos, a las criaturas. Y así lo hice. Pero recuerda que yo soy el dios de la sabiduría, soy Nudimmud. Lo que dice mi boca no lo puede cambiar nadie. Además debes recordar que yo quise que estuvieses presente en el acto creador, junto a otras diosas.

—Desde luego —le respondió la diosa—. Reconozco que la cerveza me llevó a olvidarme de mi exacta posición. Fui muy orgullosa. ¿Quién puede escapar a tus órdenes? —terminó diciendo Ninmah.

Enki, a aquellas palabras, respondió:

—Ninmah, ¿quién va a dudar de las palabras salidas de tu boca? Acoge en tu regazo al *umul*, a esa criatura impotente. ¡Existe ya en la tierra! A tu obra, a lo que hiciste, yo he mirado favorablemente. Lo que creaste imperfecto yo traté de que sobreviviera. ¿Quién puede contradecirlo? ¡Está ahí, guste o no!

Después de aquellas palabras y viendo que Ninmah permanecía callada, reconociendo que lo hecho era imposible de eludir, el gran dios Enki finalizó diciendo:

—Que se celebre mi poder creador, brillante en su sabiduría. Que Enkum y Ninkum, dioses de mi entorno, canten también mis alabanzas. Reconoce mi superioridad, hermana mía, glorifica todo lo que he hecho. Y que los dioses, una vez informados de esto, me erijan un templo en recuerdo de este asunto del *umul*.

Como se ha visto, ¡Ninmah no pudo rivalizar con el gran señor Enki!

Varias tablillas, redactadas en doble versión (sumeria y acadia), copiadas de un original sumerio anterior a finales del segundo milenio a.C., recogen una versión acerca de la creación de los hombres a partir de la sangre de dos dioses inmolados para tal finalidad. El texto más antiguo procede de la biblioteca del rey asirio Tiglat-pileser I (siglo XII *a.C.) y fue copiado y cotejado por el escriba Kidin-Sin, hijo de Sutu, escriba real. Se está así ante una de las escasas obras de tema mítico de las que se conoce el nombre de su copista.*

Cuando el cielo hubo sido separado de la tierra —hasta entonces sólidamente unidos— y cuando las diosas madres hubieron aparecido, cuando la tierra hubo sido fundada y puesta en su lugar, cuando los dioses hubieron establecido el programa del universo y cuando para preparar el sistema de irrigación hubieron constituido los cursos del Tigris y del Éufrates, entonces An, Enlil, Enki y Ninmah, los dioses mayores, así como los otros grandes dioses, los Anunna, tomaron lugar sobre su Alto Estrado y deliberaron entre sí.

Como ya habían establecido el programa del universo y con el fin de preparar el sistema de irrigación, a partir de los cursos del Tigris y del Éufrates, Enlil solicitó a los demás dioses:

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a crear?

Los grandes dioses, allí presentes con los Anunna, asignadores de los destinos, respondieron al unísono a Enlil:

—En la «fábrica de carne», esto es, en el Uzumua de Duranki, vamos a inmolar dos Alla divinos* , y con su sangre daremos nacimiento a los hombres.

Después de indicarle a Enlil que el hombre sería creado a partir

* Los Alla eran dioses ancestrales que, por su avanzada edad, serían inmolados para dar nacimiento a los hombres. Tal acción tuvo lugar en el Uzumua, la «fábrica de la carne [humana]» existente en Duranki (Nippur).

de la inmolación de dos dioses Alla, los grandes dioses le justificaron la finalidad de tal creación.

—El trabajo forzoso de los dioses será el trabajo de los hombres: delimitarán los campos de una vez por todas y tomarán en sus manos azadas y espuertas en provecho de la Casa de los grandes dioses, sede digna del Alto Estrado. Añadirán tierra de labor a otra tierra de labor, delimitarán los campos de una vez por todas, pondrán en funcionamiento el sistema de regadío para inundar los campos y hacer así crecer todo tipo de plantas. Cuando la lluvia sea escasa, el regadío la sustituirá. Así cultivarán los campos de los Anunna, aumentando las riquezas del país, celebrando dignamente las festividades de los dioses y vertiendo el agua fresca en la Gran residencia, digna sede del Alto Estrado. Se les llamará Ullegarra y Annegarra* y multiplicarán para la prosperidad del país bóvidos, óvidos, otros tipos de animales, peces y pájaros.

Esto fue lo que decidieron, con su sagrada boca, Enul y Ninul, el «Señor» y la «Señora de la edad arcaica», dos ancestros lejanos de Enlil, hablando en nombre de todos los dioses.

El amplio programa acordado fue ratificado por Aruru, digna soberana. Técnicos tras técnicos, palurdos tras palurdos se generaron de entre ellos mismos, esto es, de entre la humanidad, como el grano. Los primeros asegurarían el progreso, los segundos ejecutarían el trabajo asignado por los técnicos. Y eso, al igual que las estrellas eternas del cielo, no cambiaría nunca.

Después de aquello, se celebró dignamente, día y noche, la festividad de los dioses, según el amplio programa que habían establecido An, Enlil, Enki y Ninmah, los dioses mayores.

Y allí mismo, en donde los dioses habían sido creados, Nisaba, la diosa de los cereales, fue instalada como soberana.

Esto constituye una doctrina secreta: ¡no se debe hablar de este asunto nada más que entre personas competentes!

---

* Según este mito, éstos fueron los nombres de los dos primeros seres humanos.

Un texto sumerio, de finales del tercer milenio a.C., nos presenta un mito relacionado con el nacimiento de la vegetación, resultado de una hierogamia cósmica. Recogemos únicamente el comienzo del mito.

En aquellos días lejanos la Gran Tierra se hizo resplandecer a sí misma, su grandioso cuerpo floreció alegremente. La Gran Tierra sujetó a su cuerpo hermosos ornamentos de metal precioso y de rico y brillante lapislázuli. En efecto, se atavió mágicamente con negra y purísima diorita, con calcedonia, con irisada cornalina y con resplandeciente *elmeshu*, piedras componentes todas de los más exquisitos vestidos nupciales.

Por su parte, el Cielo, el todopoderoso An, se levantó majestuosamente allá en su bóveda. La Tierra pura se mostró engalanada al puro An. Se mostró ataviada en una plaza inmaculada, en una plaza cósmica, inimaginable de concebir con el pensamiento. An, el Alto Cielo, consumó el matrimonio con la Gran Tierra, implantó mágicamente el esperma de los bosques y cañas en su seno.

La Tierra, a modo de diosa madre, recibió la buena simiente de An. La Tierra se consagró toda a dar feliz nacimiento a la vegetación, a las plantas que facilitaban la vida de las gentes. La Tierra, alegremente, originó la abundancia, exudó vino y miel.

Sí. Habiendo dado nacimiento al bosque y al cañaveral, luego amontonó las uvas y la miel en los almacenes.

Mientras el cañaveral verdeaba y también verdeaba el bosque, ambos estuvieron en plena armonía. Bosque y cañaveral, juntos, con sus tallos espléndidos, con sus frondosas ramas, cantaban sus propias alabanzas. El bosque, sabedor de su superioridad, no se mostraba orgulloso al cañaveral. En la profundidad de su espesura, en el vasto interior de la montaña, iba completando sus troncos, trabajosamente. El cañaveral, por su parte, se elevaba del carrizo como una nube de saltamontes, haciendo crecer las gruesas y nudosas cañas, los grandes marjales, la caña *ushshu*.

Era a ellos a quienes las primigenias olas hacían engrandecer; a

quienes, las nubes, llevando el agua del cielo, hacían crecer.

De pronto, el gran bosque hizo relumbrar al universo en una plenitud lujuriante. El bosque, sobre los campos cultivados, pasó a ser con el arado como hermano y hermana. Sí, el bosque era el hermano; el arado era la hermana. En donde ponía su pie surgían los más variados productos. Regalaba almacenes repletos de productos. Incluso Ezinu-an, que así se llamaba el trigo, y que era el consuelo de las gentes y del país, pues gracias a él podían vivir, levantaba su cabeza hacia el cielo.

La Tierra, toda entera, y sus hermosos campos cultivados amontonaban montones de trigo para el rey Shulgi. Los dátiles, la higuera, el níspero, el árbol *mipar*, el granado, el manzano, la viña de abiertos pámpanos, el árbol *lam*, el roble, el álamo, la madera *urzinum*, el olivo, el alfóncigo eran productos del bosque. Y el bosque, como tributo y regalo, con toda alegría, los estrechaba en su pecho...

ENLIL Y NINLIL

Gracias a una veintena de tablillas, de época paleobabilónica, redactadas en sumerio y localizadas en Nippur, y otras dos escritas en bilingüe (sumerio y acadio), se conoce un mito arcaico, justificativo del poderío de Enlil y de cómo había engendrado al dios Sin, el dios luna (un dios «de arriba») y también a tres dioses infernales («de abajo»), todos ellos, a pesar de la incongruencia teológica, considerados hijos del mismo dios. La estructura del texto, con la repetición de amplios pasajes y sus epítetos iterativos, evidencian una tradición oral anterior. El mito presenta a Enlil y a su paredra Ninlil bajo los condicionantes de las pasiones puramente humanas, traduciendo así la moral sexual corriente de la antigua Mesopotamia.

Cuando todavía no existían ni la tierra, ni los hombres, ni el ganado ni las plantas, en la celeste Nippur, residencia de los dioses, habitaba también la diosa Nunbarshegunu, la «vieja diosa» asocia-

da a los cereales. Ésta tenía por hija a Ninlil, bellísima y joven divinidad, todavía virgen y de la que se había enamorado perdidamente Enlil, a la sazón también muy joven y por lo demás alegre dios, cuya presencia y poderío hacían palidecer a cualquier otra figura residente en la ciudad. Nunbarshegunu, conocedora de aquella pasión, había decidido autorizar el matrimonio de su querida hija.

La ciudad de Nippur está llena de hermosas palmeras, la atraviesa una vía de agua pura, llamada «Canal de las damas». Su muelle, el «Muelle del vino», siempre está repleto de barcas atiborradas de cargamento, que va a parar a los almacenes de su embarcadero, el «Muelle del abordaje». Su manantial de agua dulce, el «Pozo melifluo», facilita fresca agua a los dioses. Un «Canal principesco», a modo de camino de agua centelleante, la atraviesa. Su terreno cultivable, extensísimo y de muy buena calidad, facilita amplios huertos a cada uno de sus propietarios.

Pues bien, en esta ciudad habitaba Enlil, su apuesto joven. Allí también —como se ha dicho— vivía Ninlil, su jovencita. Y la madre de ésta Nunbarshegunu, su «vieja diosa».

Un día, ya decidida Nunbarshegunu a casar a Ninlil con Enlil, de acuerdo con las más estrictas normas matrimoniales, llamó a su hija y le dio las instrucciones siguientes:

—En la vía de agua pura, en el «Canal de las damas», no te bañes, joven niña, no te bañes en él. Tampoco, Ninlil, te pasees por el «Canal principesco». El ser de mirada brillante, el Señor, el ser de mirada brillante pondría los ojos sobre ti. El «Gran Monte», el venerable Enlil, de mirada brillante, pondría los ojos sobre ti. El pastor, que determina los destinos se fijaría en ti. Allí mismo te abrazaría y te besaría. Te dejaría embarazada de su divina semilla. Yo quiero que tu matrimonio con Enlil se ajuste a las buenas costumbres.

Aquellas advertencias no dejaban de ser muy sabias palabras, porque la madre conocía a su hija, todavía virgen, pero aventurera y poco inclinada a seguir los consejos maternos.

Como era de esperar, en contra de los consejos de su madre, Ninlil tomó un baño en la vía de agua pura. También se paseó por el «Canal principesco». Y el señor de mirada brillante, tal como había indicado Nunbarshegunu, puso los ojos sobre la hermosa joven. Sí, el «Gran Monte», el venerable Enlil se fijó en ella.

—Quiero abrazarte —le dijo el señor.

Ninlil le rechazó.

—Quiero besarte —insistió Enlil.

La joven diosa rehusó.

—Soy demasiado joven para unirme a un dios. No sé nada del amor. Si mi madre se entera, ella me castigará, si mi padre llega a saberlo, me arrojará fuera de casa. Además —añadió Ninlil— mis amigas se burlarían de mí.

Enlil, ante aquella negativa se dirigió a su visir Nusku para pedirle consejo. Con vehementes palabras le hizo partícipe del deseo que sentía por la bellísima Ninlil.

—Nusku, visir mío, mi arquitecto del Ekur, el templo preferido de Nippur. Amo a esta jovencita, tan agradable, tan radiante. A Ninlil, tan agradable, tan radiante, nadie la ha abrazado, nadie la ha besado. ¿Qué debo hacer para atraerla hacia mí?

Nusku, en muy poco tiempo, le procuró a su señor una gran barca con la que podría surcar las vías de agua de Nippur con toda rapidez. Sería un instrumento que permitiría a Enlil, desde las aguas, seguir los pasos de Ninlil.

Días más tarde, cuando el dios advirtió que Ninlil paseaba a orillas del «Canal principesco», subió a la barca y deslizándose silenciosamente por las aguas del cañaveral que crecía en las orillas, saltó a tierra y abrazó y besó a Ninlil. El venerable Enlil, a continuación, en un ribazo del canal abusó de la diosa. Depositó en su seno la semilla del que llegaría a ser, nada menos que Sin-Ashimbabbar, el dios luna, el de nacimiento brillante.

Aquella acción inmoral fue conocida en el Consejo de los dioses. Y un día, mientras Enlil se entretenía midiendo los terrenos del Kiur, uno de los santuarios de Nippur, los grandes dioses, cin-

cuenta en total, más los dioses que deciden los destinos, todos siete, se apoderaron de Enlil en el Kiur, diciéndole:

—Enlil, ser inmortal, violentador de las normas, sal de la ciudad. ¡Abandona la ciudad, oh Nunamnir, violador de doncellas!

Enlil, conocido también con el apelativo de Nunamnir, siguiendo la decisión tomada por los grandes dioses, se puso en camino hacia el Más Allá, hacia las regiones inferiores. Expulsado «de arriba» debería habitar, hasta que lo decidiera el Consejo de los dioses, en las regiones «de abajo». Sin embargo, Ninlil, que se hallaba encinta del dios, y de quien se había enamorado, le siguió. Se negó a quedarse atrás, en el cielo. ¡Había decidido acompañarle en el destierro!

Aquella decisión inquietó sobremanera a Enlil. Si aceptaba la compañía de la hermosa Ninlil, su hijo Sin-Ashimbabbar, destinado en el principio de los tiempos a gobernar la Luna, se vería relegado a las regiones infernales, pues el parto, a no dudar, tendría lugar en la Casa de las tinieblas. Sin-Ashimbabbar no gobernaría desde el cielo sino desde el Infierno.

Para evitar aquella desgracia, el dios urdió un plan complejo, pero de resultados que esperaba positivos.

Enlil llegó, por fin, ante la muralla del Infierno. Tras él arribó Ninlil.

—¡Portero! —dijo Enlil—. ¡Hombre del cerrojo! ¡Hombre de la cerradura! Ninlil, tu reina, va a venir. Si te hace preguntas acerca de mí, tú no le dirás nada de mí, no le dirás quién soy. ¡Ahora, vete, déjame ocupar tu lugar!

En efecto, Ninlil, nada más llegar a la Gran Puerta del Infierno, se dirigió a quien creía que era el portero:

—¡Hombre del cerrojo! ¡Hombre de la cerradura! ¿Dónde se halla tu soberano?

Y Enlil, haciéndose pasar por el portero, le respondió:

—Mi rey no me ha informado de nada. Tan sólo me ha dicho Enlil algo acerca de mi cuerpo. También que ha dejado a su amor en el cielo. Eso es lo que me ha dicho Enlil, el rey del mundo.

—Si Enlil es tu rey, yo soy tu reina —respondió ella—. ¡Ábreme la puerta!

—Si tú eres mi señora deja que te toque tu mejilla.

—¿Cómo te atreves a eso? En mi seno está la semilla. Traigo en mi seno la brillante semilla de Sin —replicó Ninlil.

—Bien —dijo él—, que la semilla de mi rey suba allí arriba, al Cielo, pero que la mía descienda a la tierra, allá abajo. Que mi semilla, en lugar de la de mi señor, vaya a la Tierra, allá abajo. Si quieres proseguir tu camino y encontrar a Enlil deja que yazga contigo.

Ninlil en su deseo de ver a su amado hubo de ceder a aquella petición. Y Enlil, bajo el aspecto del portero se acostó junto a ella en una estancia que se abría en el espesor de la muralla del Infierno. Allí la abrazó, la besó, se unió a ella. ¡Vertió en su seno la semilla de Nergal-Meslamtaea, el futuro rey del Infierno!

Tras ello Enlil se puso nuevamente en ruta. Pero Ninlil le seguía. Nunamnir continuó su camino, pero Ninlil le seguía. En su nueva etapa el dios encontró al «hombre del río infernal», vigilante de aquella tenebrosa vía de agua y devorador de las gentes. Enlil le puso sobre aviso de la llegada de Ninlil. Le dijo las mismas palabras que había dicho al portero del Infierno. Es más, Enlil utilizó el mismo ardid. Tomó el aspecto del «hombre del río infernal» y volvió a unirse a Ninlil, a la que le había exigido la relación para poder continuar su camino. Enlil vertió en ella la semilla de Ninazu, el patrón del Egidda, el «templo largo» de la ciudad de Enegi.

A los tres primeros encuentros con Ninlil, todos ellos urdidos con mentiras, y fruto de los cuales serían los nacimientos de Sin, Nergal y Ninazu, todavía le siguió un cuarto.

Enlil continuaba en su camino a su destino final, el centro del Infierno. Pero Ninlil, perdidamente enamorada, al tiempo que ultrajada, le seguía. Enlil encontró a Silulim, el barquero del Infierno. Después de haberse identificado y decirle que Ninlil iba a llegar tras sus pasos, Enlil tomó el aspecto de Silulim. Llegada la diosa, le solicitó al barquero del Infierno que la condujese al Palacio infernal, pues buscaba a Enlil, allí desterrado. Además, le indicó que traía en su seno la semilla de Sin.

Enlil, bajo el aspecto de Silulim, le solicitó también relaciones. De hecho, había acabado por enamorarse locamente de la joven diosa. Y ésta, hubo de ceder nuevamente a aquella petición, en su irrefrenable deseo de alcanzar a Enlil. El dios, uniéndose a ella, depositó en su seno la semilla de Enbilulu, el regidor de los canales.

Enlil, pues, fecundó a Ninlil con tres divinidades infernales para que reemplazasen en el Infierno a Sin, su hermano mayor, que iba a nacer allí. De esta manera, la diosa del Infierno, Ereshkigal, permitiría a Sin remontarse al cielo y ocupar su sede lunar. Desde allí sería la luminaria nocturna de los cielos.

Aquella sustitución liberadora —tres por uno— había exigido un gran sacrificio personal a Ninlil, que hubo de yacer otras tres veces con su propio amado, sin ella saberlo. Con el rey, el todopoderoso señor, el señor de la abundancia.

Mitos de organización

ENKI Y EL ORDEN DEL MUNDO

La composición, con trazos míticos muy marcados, titulada Enki y el orden del mundo, *está considerada como uno de los textos más importantes de la literatura sumeria. Fechado hacia el año 1900 a.C., su contenido ha podido ser reconstruido modernamente a partir de diferentes materiales —en su mayoría hallados en Nippur—, dispersos hoy en distintos museos. El texto, de considerable extensión, viene a constituir una larga alabanza al dios Enki en la que se intercalan episodios de gran interés social, económico, mítico y religioso. Desgraciadamente, la pérdida de los últimos versos impide conocer el final del mito.*

—¡Señor! —comenzó diciendo el escriba—. ¡Sublime en la totalidad del universo! ¡Soberano por naturaleza y virtud propia! ¡Venerable Enki, Señor del fundamento, nacido de un toro, engendrado por el uro! ¡Sí! ¡Tu padre es el celeste An, al que admirativamente se le compara con los feroces toros y uros, verdaderos prototipos de la fuerza divina!

Tras estas palabras el escriba pronunció una larga alabanza en honor de Enki que iba interrumpiendo a trechos.

—Eres querido por Enlil, el Gran Monte, el Señor del diluvio, el bienamado del santo An. Eres, en verdad, oh Enki, un rey, eres un árbol *mes* plantado en el Abzu, eres el dominador de la tierra.

Estás erguido en Eridu, la más antigua ciudad sumeria, como un altivo dragón a cuya sombra se acoge el mundo. Eres un frondoso bosque que extiende sus ramajes por todo el país.

—Enki, señor de la opulencia para los Anunna, la simiente del cielo, a la que quiere sobremanera An. Nudimmud, omnipotente en el Ekur, poderoso en cielos y tierra. Tú posees un palacio sin rival, establecido en el Abzu, en el abismo primordial, en el reino de las aguas dulces, palacio que constituye la gran columna del cielo y de la tierra.

—Con una sola mirada, Enki, tú trastornas la montaña de donde provienen fieras y ciervos, jabalíes y cerdos salvajes. Hasta las praderas, hasta los precipicios de las montañas, hasta los cielos tornasolados e impenetrables tú diriges tus miradas, semejantes a las cañas *halhal*.

—Tú eres quien cuenta los días, pones en su casa a los meses y das fin a los años. Y, cuando concluye cada uno, expones al Consejo, en la Sala de los destinos, la decisión exacta y declaras, en presencia de todos, la sentencia.

—Venerable Enki, tú eres el rey de la totalidad de los hombres en su conjunto. Apenas has terminado de hablar, todo abunda y la opulencia llega a la tierra. Tus árboles, cargados de frutos, árboles que tú has propiciado, adornan y enriquecen el espacio reservado a los dioses. Lo mismo ocurre con tus corderos y rebaños escogidos. Y cuando se han trabajado tus campos, montones y montones de grano quedan reunidos en ellos. En las campiñas, pastores y establos dispensan la rica y pura leche, el pastor modula alegremente su canción, el pastor maza con paciencia el odre de leche. Y tú, tú dispones según los ritos todos sus productos en los platos para el comedor de los dioses.

—Dispuestos los bienes para los seres divinos tu palabra también llena de fuerza al hombre joven, semejante a un toro que acornea en la arena. A tus palabras, la hermosa joven ajusta en su cabeza su encantador tocado, que todo el mundo admira. Por otro lado, Enlil, el Gran Monte, te ha otorgado tener alborozados, alegrar su corazón, a señores y reyes.

—Enki, señor de la abundancia y del saber hacer, Enki, conocido también como Ea el ingenioso, señor querido de An con predilección, ornamento de Eridu, tu santa ciudad. Tú eres quien planea órdenes y decisiones, quien detienes a sabiendas los destinos. Tú eres quien cuenta los días, quien pones en su casa a los meses, quien haces medir el cielo a las estrellas, cuyo número tú conoces. Tú eres quien ha instalado a las gentes en sus lugares y tienes cuidado de que ellos sigan a su pastor, tú que les has hecho dejar en sus hogares las armas asegurándoles así vivir en paz.

—Ahora voy a recordar a las gentes, con mis humildes palabras, los beneficios recibidos del dios. Efectivamente, cuando el venerable Enki recorrió la tierra sembrada, ¡cómo hizo crecer la fecunda semilla! Cuando Nudimmud —así era conocido Enki en cuanto procreador del hombre— apareció entre nuestras fecundas ovejas, ¡hizo nacer hermosos corderos! Cuando apareció entre nuestras fecundas vacas, ¡hizo nacer rollizos terneros! Cuando apareció entre nuestras ubérrimas cabras, ¡hizo nacer sanos cabritillos! Cuando tú, oh Enki, acabaste de visitar nuestros campos y campiñas, sobre la alta llanura amontonaste el grano en montículos. A poco que tú te preocupes, los lugares más áridos del país se convierten en verdeantes pastos.

—Sé que Enki, el señor del Abzu, en su irresistible majestad, se glorificó en estos términos que deseo que conozcáis:

—«Mi padre, el soberano del cielo y de la tierra, me ha situado en el primer rango del universo. Mi hermano mayor, el rey de todos los países, ha reunido en mis manos todos los poderes, y desde el Ekur, el templo de Enlil, yo he traído a Eridu, a mi Abzu, todas las técnicas. ¡Yo soy el heredero legítimo, nacido del Toro, el hijo que honra a An!»

—Tras aquellas palabras, dichas con su potente voz, signo de su gran autoridad, Enki continuó su autoglorificación:

—«Soy el enorme huracán, surgido de debajo de la tierra, soy el gran señor del país, el primero de los reyes, el padre del mundo, el hermano primogénito de los dioses, el creador de la opu-

lencia, el canciller del cielo y de la tierra. Soy la destreza y la ingeniosidad supremas. Soy quien, junto con An, sobre su trono, imparte justicia. El que, para organizar los destinos, escruta la tierra junto a Enlil. Es éste quien me ha confiado tal encargo hasta los confines del mundo. Soy el verdadero preferido de Nintu, la madre de los dioses; soy quien ha recibido de Ninhursag, la paredra de Enlil, un destino dichoso. Soy el jefe de los Anunna, el hijo más importante de An, el que honra a su padre.»

—Y cuando el señor hubo proclamado, de esta manera, su supremacía y el gran príncipe hubo finalizado su propia alabanza, los dioses Anunna, de pie ante él, le rogaron y le invocaron así:

—«Señor que tienes la guarda de todas las técnicas, experto en decisiones, digno de aplauso, oh Enki, gloria a ti.»

—Aquellas palabras le agradaron sobremanera a Enki, quien por segunda vez, majestuosamente se glorificó de esta manera:

—«Soy yo el señor del orden indiscutible, soy quien tiene el primer rango del universo, el que está a la cabeza de todo. A mi orden han sido construidos los pesebres y cercados los rediles. Si toco el cielo, chorrea una lluvia de prosperidad, si toco la tierra, se produce la crecida de las aguas, si toco las verdes praderas, se amontonan pilas de grano, todo ello a mi orden.»

—Los dioses Anunna, con sus ojos fijos en Enki, todos silenciosos, asentían a las palabras del dios. Y éste, a continuación les recordó cómo había edificado su templo, el Abzu.

—«En un lugar santo he edificado mi palacio, mi santuario. Le di un nombre favorable. En Eridu, en la boca de las aguas, he erigido mi Abzu, mi santuario, y le he decretado un destino dichoso. Su sombra se extiende sobre la adormecida laguna, en donde, entre las dulces plantas, los peces *suhur-mash*, peces de gran tamaño, agitan sus agallas. Por entre los cañaverales las carpas mueven sus colas y los numerosos pajarillos gorjean en sus nidos. Los encargados del santuario acuden a mí y guardan silencio ante mi majestad. Diferentes sacerdotes se purifican con agua en mi presencia. Tras ello, entonan sus cantos sagrados y conjuros. Palabras de oración llenan mi Abzu.»

—A continuación Enki, con su poderosa voz, habló a los Anunna de su maravillosa barca.

—«Sabed que mi barca, a la que llamo "Corona del rebeco del Abzu", me transporta alegremente allá a donde quiera ir. Sobre la excelsa laguna, mi sitio favorito, balancea sus flancos, levanta hacia mí su proa y sus remeros saben remar tan bien, al son de acompasados cantos, que el río exulta de alegría. Su capitán, Nimgirsig, levanta su bastón de oro para gobernar la "Corona del rebeco del Abzu", mi barca.»

—Dichas aquellas palabras a los Anunna, Enki decidió embarcarse para visitar todos sus dominios y preparar así, adecuadamente, sus destinos, pues era llegado el tiempo para ello.

—«Queridos Anunna, me despido de vosotros. Quiero marcharme, voy a recorrer mi país, voy a organizarlo y determinarle su destino. ¡Alegraos!»

—A continuación Enki les comunicó que primero visitaría la totalidad de Sumer. Haría que a sus gentes les llegasen los ricos productos de Magan, lejano país al borde del océano, y de Dilmun, tierra mítica, perdida en el mar, así como el oro y la plata de Meluhha, la Montaña Negra, en el extremo de Oriente. En cuanto a las gentes salvajes, aquellas que no tenían casas ni ciudades —como, por ejemplo, los *martu*, que habitaban en Occidente—, a ellos les ofrecería compartir rebaños. Deseaba que, sobre todo, arribasen aquellas riquezas a Nippur, la ciudad en la que se levantaba el majestuoso templo de Enlil, el rey de todas las tierras.

—Los Anunna, dirigiéndose entonces al gran príncipe que estaba a punto de marchar para visitar sus tierras, le hablaron así:

—«¡Señor, señor de los grandes poderes, de las santas normas, cargado de grandes poderes, de innumerables poderes. Tú, el de más idea en todo el enorme universo, tú, que para Eridu, el santo lugar, has reservado los más importantes poderes, Enki, señor del universo, te glorificamos!»

—A continuación, todos los señores y todos los reyes, todos los exorcistas de Eridu, todos los sacerdotes de Sumer, vestidos de lino, cumplieron las liturgias lustrales del Abzu, que dedicaron al gran

príncipe que partía para visitar sus tierras. Pusieron sus pies en el santo lugar, lugar incomparable, reservado al venerable Enki, y en él efectuaron abluciones, estancia tras estancia. Purificaron el Abzu, el noble santuario, asperjándolo con largas ramas de enebro, planta santa.

—Después de preparar la pasarela de Eridu, la que conducía al muelle espléndido, y una vez anclada la «Corona rebeco del Abzu», en aquel mismo muelle, santo y prestigioso, prepararon el oratorio sagrado. Allí recitaron infinidad de plegarias para Enki.

—A continuación se levantó en el Abzu el gran estandarte, hecho para que, como quitasol protector, recubriese con su sombra el territorio entero y tranquilizase a las gentes. Dominando la laguna, se erigió el gran mástil, enhiesto sobre el universo. Enki, el gran príncipe del Abzu, de pie sobre su barca, dio las últimas instrucciones para la partida.

—Magnífico, cual un árbol *mes*, crecido en el Abzu, él, que para Eridu, el santo lugar, el lugar incomparable había reservado los poderes más sublimes, el altísimo inspector de la tierra, el hijo de Enlil, empuñó el bichero sagrado.

—Al fin, el capitán Nimgirsig, frente al señor, levantó su bastón de oro, al tiempo que los cincuenta *lahamu* —los cincuenta dioses primigenios que habitaban en las aguas— se dirigían a Enki rindiéndole homenaje. Los remeros, cual pájaros *hagam*, procedieron en sus asientos a impulsar la barca con rítmicos golpes de remo.

—Al cabo de la navegación Enki, el venerable, se detuvo en Sumer a fin de que, tras su visita, la abundancia prevaleciese por todos los lugares. Sin más dilación se puso a determinar el destino en estos términos:

—«¡Oh Sumer, gran país, territorio infinito, cubierto con una luz indefectible, dispensador de normas a todos los pueblos de Oriente y Occidente! Sublimes e inaccesibles son tus poderes y tu corazón insondable está lleno de misterio. Tu habilidad inventiva, que puede hacer infantiles incluso a los dioses, es tan imposible de alcanzar como el mismo cielo. Tú generas, cual matriz verdadera, no sólo a reyes a los que ciñes con diadema auténtica, sino también a

los sacerdotes provistos de tiara. Eminentísimo, tu señor Enlil se asienta junto a An, sobre su trono. Tu rey, el venerable Enlil, el Gran Monte, el padre del universo, te ha cubierto con un precioso mantel de riquezas. Los Anunna, los grandes dioses, instalados en tus residencias, festejan su alegría en sus *giguna* entre innumerables clases de embriagadores olores, destilados por sus árboles.»

—Dichas aquellas palabras alusivas al ingenio y habilidad de las gentes de Sumer, el dios Enki finalizó sus palabras con la siguiente predicción:

—«¡Casa de Sumer, te edificarán numerosos establos y se multiplicará en ellos tu ganado mayor! Se construirán gran número de apriscos e innumerable será, por lo tanto, tu ganado menor. Tu *giguna* tocará las nubes, la *ziqqurratu*, torre escalonada de tu santuario auténtico, alcanzará el cielo. Y los Anunna, allí, determinarán los destinos.»

—Después, vuelto a su barca, Enki se encaminó a la ciudad de Ur. Llegado allí, a la santa ciudad del dios Luna, el rey del Abzu se dispuso a decretarle su destino:

—«¡Ciudad perfecta, que tienes tus pies en el agua, toro potente, rico estrado que domina la tierra, verde como la cima de una montaña, arboleda de cedros *hasur*, bosquecillo embalsamado, de distendida sombra, seguro de tu fuerza! Las normas dispuestas para ti te colmarán, porque Enlil, el Gran Monte, ha proclamado tu sublime nombre en el cielo y en la tierra. ¡Ciudad santa de Ur, serás enaltecida hasta el cielo!»

—El dios Enki, prosiguiendo con su navegación, arribó nada menos que al país de Meluhha, la Montaña Negra, situada en el lejano Oriente. También le decretó sus destinos.

—«¡Oh país de gentes de tez oscura! Tus árboles serán vigorosos y tus bosques tupidos. Los tronos que con ellos se fabricarán tendrán su digno lugar en los palacios de los reyes. Tus cañas, tus bambúes, serán gigantes: los valientes las blandirán como armas en los campos de batalla. Poderosos serán tus toros, tus toros indígenas; sus mugidos serán semejantes al de los uros. Grandes poderes

de los dioses se están preparando para ti. Tus pájaros *ittidu*, esto es, tus francolines, dispondrán de un vistoso plumaje de cornalina, tus pájaros serán crías de pájaros *haia*, es decir, de soberbios pavos reales, cuyos chillidos resonarán en los palacios de los reyes. Tu plata será oro y tu cobre será bronce. ¡Oh región, que cuanto poseas, se incremente! ¡Que tus habitantes se multipliquen y que cada uno de tus hombres sea un toro para los otros!»

—Desde Meluhha, el dios Enki, el rey del Abzu, se dirigió a Magan. También le decretó sus destinos. Rápidamente, de allí pasó al país de Dilmun, el cual, tras ser purificado por el dios, fue entregado a Ninsikila, una de las diosas del círculo de Enki. Al templo más importante le concedió diversas lagunas para que pudiese abastecerse de peces. Asimismo, asignó hermosos palmerales a su tierra cultivable para que fuese abundante en dátiles.

—Dictados estos decretos, decidió los relativos al Elam y a Marhashi, países belicosos, enemigos de Sumer, devoradores de cualquier cosa. Para ellos decretó que el rey, al que Enlil había entregado el poder, destruyera sus casas, destruyera sus murallas y que aportase a Enlil, el rey del universo, a Nippur, su plata, su lapislázuli y la totalidad de sus tesoros. Con relación a aquellos que no tienen ni ciudades ni casas, los *martu*, él les concedió compartir rebaños.

—Cuando el venerable Enki hubo alejado su atención de todos aquellos lugares y la fijó sobre el río Éufrates, plantó sus pies y como un toro impaciente puso en erección su pene, eyaculando a continuación. Así llenó de agua corriente el río. Luego, el Tigris se sometió al dios, como se somete alguien a un toro impaciente. Enki, con su pene erecto, produjo el regalo nupcial. Cual un uro gigante en trance de atacar, hizo gozar al Tigris. Y el agua que produjo así fue agua corriente, suave y enervante. El grano que produjo Enki por doquier fue grano abigarrado, además de excelente alimento para los hombres.

—De esta suerte, el dios colmó de riquezas el Ekur, la residencia de Enlil, y gracias a él, Enlil se alegró y Nippur estuvo en regocijo.

—Enki se ciñó entonces la diadema de la soberanía y se cubrió con la noble tiara real. Después, habiendo tocado el suelo con su mano izquierda, la opulencia brotó de la tierra.

—Enki, rey del Abzu, puso al frente de los dos ríos al que tiene el bastón en su derecha, al que declama alegremente palabras dispuestas a entremezclar las aguas del Tigris y del Éufrates, al que hace rezumar la prosperidad del palacio, como rezuma el aceite, a Enbilulu, el inspector de los canales.

—A continuación llamó a la laguna, que se llenó de carpas y de peces *sahur*, invocó al cañaveral que se enriqueció de cañas, tanto verdeantes como secas. A aquél, a cuyas redes no escapa ningún pez, a quien ningún animal se le escapa de las trampas, a quien ningún pájaro se le escapa de los lazos, a Nanna, querido por los peces, lo puso al frente de la laguna.

—Entregados aquellos encargos, Enki levantó un templo, hermoso y laberíntico santuario: lo erigió en pleno mar. Era un santuario fantástico, de planta tan complicada como una trenza, cuya parte inferior parecía la constelación de Pegaso y la alta la del Carro, cubierto con una ola agitada y dotado de un resplandor sobrenatural. Dada su majestuosidad, ¡los propios Anunna, los grandes dioses, no se atrevían ni siquiera a acercarse!

—El palacio estalló en alegría, los Anunna, puestos de pie, se hallaban rogando e invocando ante aquel templo marino. Luego, para Enki levantaron un alto y suntuoso trono.

—En suma, el gran príncipe llenó de riquezas el Ekur, la residencia de Enlil, templo que gracias a él quedó sumergido en la alegría que poco antes había estallado. Asimismo, Nippur, la ciudad donde se levantaba el Ekur, estuvo en regocijo.

—A aquella que cabalga en el precioso santuario, a la que propicia el apareamiento, la gran ola marina, la marejada, la gran corriente surgida de las huecas olas del mar, a la señora de Sirara, Nanshe, la venerable, la puso al frente del mar en toda su amplitud.

—Enseguida, Enki invocó a la lluvia, al agua del cielo, a la que situó allá a lo lejos, balanceándose, bajo el aspecto de nubes flotantes. Y rechazó hasta el horizonte al viento que las mueve a fin de transformar los eriales en campos de cereales.

—Al cabalgador de las tempestades, que arremete sobre el relámpago, al que encierra el cielo con su augusto cerrojo, al hijo de An, al inspector del universo, a Ishkur, señor de la abundancia, a él Enki lo puso al frente.

—Enki creó entonces el arado, dotado de yugo y tiro constituido por cornudos bueyes, a fin de que se pudieran abrir los nobles surcos y así hacer crecer el cereal en los campos cultivados.

—Y fue al señor coronado con el «terror de la llanura», al hábil granjero de Enlil, a Enkimdu, patrón de los surcos y de los terraplenes, a quien le encargó la agricultura.

—Después, el señor se volvió hacia el campo cultivado y lo dotó de *gunu*, de arvejas, de lentejas, de habas. Amontonó en él pilas de grano *eshtub*, de grano *gunu*, de grano *innuha*. Multiplicó allí las gavillas y las piedras de molino. Y para Enlil extendió la opulencia en la región.

—Y fue a la señora de cabeza y cuerpo moteado, de rostro chorreante de miel, la procreadora, la vigorosa del país, vida de los «cabezas-negras», fue a Ashnan, el buen-grano, el alimento de todos, a quien puso al frente de los cereales.

—Tras ello, el gran príncipe aseguró la piqueta con una cuerda, dispuso el molde de fabricar los ladrillos, y cortó, como se hace con la buena mantequilla, pedazos de la argamasa del interior del molde.

—Y fue al dios de la piqueta, cuyo penetrante diente semeja una serpiente que devora carroña, cuyo sólido molde de ladrillos no tiene igual, a Kulla, que sitúa rectamente los ladrillos ya tallados, a quien le encargó tal industria.

—Después, Enki sacó la cuerda de medir, trazó los cimientos rec-

tilíneos y, de acuerdo con la voluntad de la Asamblea, dibujó una casa para la cual hizo ejecutar las lustraciones preliminares. Tras ello, el gran príncipe excavó los cimientos y dispuso, por encima, los ladrillos.

—Y fue al dios de las hiladas firmes de los edificios que nunca se desploman y cuyos andamiajes, como un arco iris, tocan el firmamento, a Mushdamma, el gran albañil de Enlil, a quien le encomendó aquel arte.

—Poco después Enki puso sobre la llanura inmensa una noble corona. Aplicó sobre la estepa una capa de lapislázuli sobre la que colocó una diadema de tal piedra semipreciosa. También dotó a la tierra fértil con abundante vegetación lozana, acrecentó los rebaños y los instaló a su gusto, multiplicando entre los pastos carneros y ovejas, a los que hizo que procrearan.

—Y fue al héroe, a la corona de la estepa, al rey de la llanura, al gran león del páramo, el puño sublime y poderoso de Enlil, a Shakan, el rey de la montaña, a quien le encargó de la vida pastoril.

—Enseguida construyó los establos y reguló su mantenimiento. Levantó los apriscos que enriqueció con la mejor leche cremosa. Así llevo alegría al comedor de los dioses. Además, por la estepa verdeante expandió el bienestar.

Y fue al rey, al proveedor fiel del Eanna, la casa del cielo, de Uruk, al amigo de An, al yerno bien amado del valeroso Sin, el amante de la santa Inanna —señora y reina de todas las grandes normas, la que prodiga el amor en las calles de Kullab, un distrito de Uruk—, a Dumuzi Ushumgalanna, amigo de An, a quien puso al frente del pastoreo.

—De aquella manera llenó de bienes el Ekur, la residencia de Enlil, y, gracias a Enki, Enlil se alegró y Nippur estuvo en fiestas.

—Después, determinó el catastro y señaló el suelo con mojones. Enki dispuso para los Anunna lugares de habitación en las ciudades y terrenos para ellos en el abierto campo.

—Y fue al héroe, al toro salido de un bosque *hashur*, rugiente león, a Utu el valiente, el toro bien plantado, que ostenta con orgullo su poderío, el padre de la «Gran Ciudad», en el Oriente, el gran heraldo del santo An, el juez que dicta las sentencias en el lugar de los dioses, aquel que, adornado de una barba de lapislázuli, sube al horizonte del cielo, a Utu, el hijo de la diosa Ningal y del dios Sin, a quien le confió la totalidad del universo.

—Luego atirantó la urdimbre y dispuso la trama. Con ello Enki perfeccionó grandemente lo que es trabajo de mujer. Así, gracias a Enki, se pudieron confeccionar vestidos preciosos.

—Y fue al ornamento de los palacios, al adorno de los reyes, a Uttu, la fiel y silenciosa, a quien le entregó tal tarea.

—Sin embargo, aquella que no había recibido en absoluto ningún tipo de oficio acudió a su padre, Enki, y, humillada, se puso a recriminarle, llorando con gran alboroto. En medio de sus lágrimas pudo decirle:

—«Padre Enki, de entre todos los Anunna, los grandes dioses, Enlil te ha dejado en libertad para decretar el destino. Pero a mí, la mujer, ¿por qué me has dejado a un lado? ¿Por qué me tratas de otro modo?»

—Tras aquellas palabras, la diosa continuó con su queja elevando incluso un poco más su voz.

—«¿Cuáles son las funciones para la santa Inanna? ¿Te has olvidado de mí?»

—Después de una breve pausa, y sin dar tiempo a que Enki le contestase, prosiguió Inanna recordándole las atribuciones que había otorgado a otras diosas.

—«Aruru, la hermana de Enlil, conocida también como Nintu, patrona del nacimiento, ha recibido como signo de su prerrogativa el ladrillo sagrado del parto, sobre el cual las mujeres dan a luz a sus hijos. Ella posee el instrumento para cortar el cordón umbilical, la piedra imantada, ha recibido el vaso *silgarra* de lapislázuli, ha recibido el santo *ala*, recipiente consagrado. De esta manera Aruru

se ha convertido en la comadrona del país, en la mujer sabia del mundo. ¡Le ha sido encargado el nacimiento de reyes y dignatarios!»

—Enki la escuchó muy atentamente. Pero Inanna, sollozando, prosiguió con su queja.

—«Mi noble hermana, la santa Ninisinna, ha recibido la insignia de la piedra *shuba*. Y gracias a ella se ha convertido en la hieródula de An. Ella está a su disposición y le dice con voz alta lo que su corazón desea. Por otra parte, mi noble hermana Ninmug ha recibido el formón de oro, el martillo de plata, el ancho cuchillo de sílex. Se ha convertido, pues, en el país, en la artista de la madera y de los metales, capaz de modelar a los reyes ciñéndoles la diadema a perpetuidad, además de poner la corona sobre el soberano legítimo.»

—Hecha una breve pausa y calmándose poco a poco, pero sin olvidar el desprecio a que, según ella, había sido sometida, Inanna prosiguió.

—«Mi noble hermana, la santa Nisaba ha recibido la regla de medir y guarda en su costado el patrón de lapislázuli. Difunde los grandes poderes, fija las fronteras, marca los mojones. Se ha convertido en la secretaria del país e incluso le ha sido encomendada la contabilidad de la comida y bebida de los dioses. Por otra parte —prosiguió la diosa— Nanshe, la gran señora, a cuyos pies se detiene la lechuza, se ha convertido en la responsable de los productos de la pesca y de la caza. Peces escogidos y pájaros de los más suculentos los presenta a su padre Enlil en Nippur.»

—Finalmente, volviendo Inanna a arreciar en sus llantos, terminó su queja diciendo:

—«¿Por qué me has dejado de lado? ¿Por qué me has tratado así, de modo diferente? ¿Dónde están mis prerrogativas?»

—Enki con voz suave le respondió a la santa Inanna, a su hija, con estas preguntas:

—«¿Qué es lo que se te ha negado? ¿Qué es lo que se te ha negado, señora? ¿Qué podría conferirte ahora, joven Inanna? ¿Qué te he negado?»

—Enki continuó diciendo:

—«Inanna, tú que eres la que proclama el amor, tú que llevas el vestido "vigor de los hombres", tú que determinas las palabras que es preciso pronunciar, tú que posees cetro, bastón y cayado de pastor, los símbolos de la realeza, ¿qué es lo que se te ha denegado, joven Inanna? Recuerda —prosiguió Enki— que tú eres la que prepara y anuncia las batallas y las guerras. En pleno combate, tú, que no eres pájaro *arabu*, esto es, de mal agüero, sabes pronunciar las palabras fatídicas. Eres tú quien retuerce lo que está derecho y endereza lo que está torcido. Tú amontonas como polvo las cabezas degolladas, tú las desparramas como simiente. Además barres de encima de la tierra aquello que no debería ser barrido, Inanna. Tú quitas del tamboril de las lamentaciones la piel que lo recubre y la guardas en su estuche, oh joven Inanna, al igual que a los alegres instrumentos *tigi* y *adab*, esto es, tambores y liras. Además, no te cansas nunca de la mirada de tus admiradores.»

—Dichas aquellas palabras, Enki finalizó su respuesta de esta manera:

—«Joven Inanna, ¿no sabes "atar las cuerdas para los pozos profundos"? He aquí que el corazón de Enlil ha desbordado, el país ha sido puesto en orden. La inundación de Enlil ha venido, el país está restaurado. No es momento de que ejerzas tus prerrogativas belicosas que se te habían concedido y que yo te he mantenido. Que sepas que Enlil ha decidido una era de paz.»

EL VIAJE DE NANNA A NIPPUR

El mito sumerio del Viaje de Nanna a Nippur, *conocido por los fragmentos de una treintena de copias, todas paleobabilónicas, se inscribe dentro del contexto de la indiscutible importancia que Enlil, dios titular de Nippur, tuvo sobre todo Sumer.*

El héroe Nanna-Suen, esto es, el dios luna, decidió volver a la ciudad de su madre. A la ciudad de su madre, Suen-Ashimbabbar, el de brillante salida, decidió volver. ¡Sí! Nanna-Suen a la ciudad

de su madre y de su padre decidió volver. Ashimbabbar decidió volver a la ciudad de Enlil, dios de la atmósfera y rey del diluvio, y de Ninlil, su querida esposa. Se dijo a sí mismo:

—Yo, el héroe, quiero acudir a la ciudad en donde nací, Nippur. Retornaré a mi ciudad: allí iré a visitar a mi padre. Iré a visitar a mi padre Enlil. También, por supuesto, iré a visitar a mi madre. Iré a visitar a mi madre Ninlil. Visitaré aquella ciudad luminosa, en verdad, un santo lugar.

Tras aquellas palabras continuó el dios Nanna con su monólogo:

—Sí. Mi ciudad, Nippur, es inmensa, en ella se yerguen sobre un emplazamiento bendito numerosos árboles *kishkanu*. En ella se halla mi santuario de Nippur, rodeado de *kishkanu*. ¡Oh, Nippur mío, de asiento tan favorable! ¡Santuario mío de Nippur, con nombre de buen augurio! ¡Nippur mío, de asiento tan favorable! ¡Santuario mío de Nippur, con nombre de buen augurio! Ciudad extraordinaria en la que ya crecían palmeras mucho antes de que existiera Dilmun, el paradisíaco lugar de los dioses. ¡Nippur! Ciudad en la que Ninlil, la gran diosa madre, va vestida de precioso lino.

Después de alabar a la ciudad de Nippur, Suen envió por todas partes a mensajeros comisionados a fin de poderse construir una pequeña flotilla fluvial en la que sobresaliera un precioso barco real que le sirviera para acudir, embarcado en él, a dicha ciudad. Envió, por lo tanto, a buscar, en primer lugar, abundantísimos manojos de cañas. Para buscar las cañas de la futura barca Nanna-Suen envió a un mensajero a Tummal. Para acopiarse del asfalto necesario para la barca Ashimbabbar envió al Abzu a un mensajero. Para sus millares de manojos de esparto Nanna-Suen envió a un mensajero a Duashaga. Para procurarse sus bicheros, Ashimbabbar envió a un mensajero al Bosque de los Cedros. Para la madera con la que construir la carena del barco Nanna-Suen envió a un mensajero al Bosque de Kununna. Para los maderos del codaste Ashimbabbar envió a un mensajero a la montaña de los cedros olorosos. Para el suelo del barco Ashimbabbar envió a un mensajero al Bosque de

Ebla. Para la entibación de abetos Nanna-Suen envió a un mensajero al Bosque de los Cedros olorosos. Para la pala de su timón de enebro Ashimbabbar envió a un mensajero a Langi. Para proteger los costados del barco con adecuadas cañas Nanna-Suen envió a diferentes mensajeros a lugares ricos en cañaverales.

Luego, tras volver los comisionados de aquellos lugares con los materiales solicitados por el dios Nanna-Suen para la construcción de su barca y de la flotilla, éste quedó satisfecho.

Pudo con ellos y con la colaboración de expertos madereros, metalistas, calafateros y marineros construir sus naves, sobresaliendo entre ellas un impresionante barco real sobre el que, finalmente, tras acopiar en él todo lo necesario, embarcó. Puestos sus divinos pies en la embarcación, Nanna-Suen orgullosamente dijo:

—Yo, Nanna-Suen, yo, quiero acudir a la residencia de Enlil. Yo, Ashimbabbar, quiero ir en este admirable barco a la residencia de mi padre Enlil. Le llevaré los ricos presentes que he dispuesto en mis barcos.

Nanna-Suen se puso, pues, en ruta hacia la residencia de Enlil. Llevaba en sus barcos rebaños de bueyes para el templo de Enlil. Ashimbabbar conducía también grasas ovejas para el templo de Enlil. Nanna-Suen había vaciado sus establos y llevaba con él todo el ganado para el templo de Enlil: sus cabras alimentadas con ricos forrajes, sus puerco espines, sus pajarillos *kuda*. Ashimbabbar llevaba de sus corrales variada volatería y pequeños *azangunu* para el templo de Enlil. Asimismo, había amontonado carpas gigantes y peces, que bullían en las proas de los barcos para el templo de Enlil. También llevaba en sus barcos abundante aceite y cervezas embriagadoras. Nanna-Suen había llenado grandes cestos de huevos para el templo de Enlil. Ashimbabbar se había procurado cañas tiernas y retoños para el templo de Enlil.

De sus numerosas ovejas, Nanna-Suen había obtenido corderillos, habiéndolos engendrado sus moruecos, para distribuirlos a lo largo de las riberas del brazo del Éufrates, conocido como Turungal, en su camino hacia el templo de Enlil. De sus numerosas cabras, Ashimbabbar había obtenido cabritillos que habían sido engen-

drados por sus machos cabríos, para distribuirlos a lo largo de las riberas de Turungal en su camino hacia el templo de Enlil. De sus numerosas vacas, Nanna-Suen había obtenido terneros que habían sido engendrados por sus valientes toros, para distribuirlos a lo largo de las riberas de Turungal en su camino hacia el templo de Enlil.

¡El comienzo de la hilera de presentes del convoy fluvial llegaba al muelle de Enegi, cuando su final todavía se hallaba en Ur, la residencia de Nanna!

La diosa de aquella ciudad, que nunca abandonaba su templo, enterada de la presencia de aquellos barcos, salió a ver qué ocurría. Ningirida, la paredra de Ninazu, que nunca abandonaba su templo de Enegi, se acercó al muelle y dijo:

—¡Bienvenido! ¡Bienvenido! ¡Bienvenido, oh barco! ¡Barco de Suen, bienvenido! ¡Bienvenido, oh barco!

Tras estas palabras, la diosa ya embarcada en la nave real se dirigió, sin más, hacia la reserva de harina, en la cual hundió sus manos. A continuación se acercó a una de las cubas de cerveza que transportaba el barco, retirando con su mano la bisagra de su tapadera.

—Esta clavija —dijo ella— voy a untarla con precioso ungüento. ¡Qué gran abundancia de mantequilla, miel y vino hay aquí! Además, carpas gigantes y peces bullen de alegría por delante del barco en las límpidas aguas.

Sin embargo, el barco no dejó allí nada de su carga. Nanna-Suen, sin efectuar comentario alguno a las palabras de Ningirida, dijo:

—¡Me voy a Nippur!

El comienzo de la hilera de presentes del convoy fluvial llegó luego a Larsa, cuando su final todavía se hallaba en Enegi, etapa que había dejado atrás.

Otra diosa, que tampoco abandonaba nunca su templo, enterada de la presencia de aquellos barcos, salió a ver qué ocurría. La paredra del gran Shamash, el dios sol, de nombre Sherida, que nunca abandonaba su templo, se acercó al muelle y dijo:

—¡Bienvenido! ¡Bienvenido! ¡Bienvenido, oh barco! ¡Barco de mi padre, bienvenido! ¡Bienvenido, oh barco!

Dichas aquellas palabras gozosas, la diosa, ya embarcada en la nave real, se dirigió, sin más, hacia la reserva de harina, en la cual hundió sus manos. A continuación se acercó a una de las cubas de cerveza, retirando con su mano la bisagra de su tapadera.

—Esta clavija —dijo ella— voy a untarla con precioso ungüento. ¡Qué gran abundancia de mantequilla, miel y vino hay aquí! Además, carpas gigantes y peces bullen de alegría por delante del barco en las límpidas aguas.

No obstante, al igual que había ocurrido en al atraque anterior, Nanna-Suen no hizo ningún comentario. Los barcos no dejaron allí nada de su carga. Nanna-Suen volvió a decir:

—¡Me voy a Nippur!

Otro tanto sucedió cuando los barcos arribaron a Uruk, la ciudad de la que Inanna era la diosa titular. A pesar de sus palabras de bienvenida, Nanna-Suen partió del muelle de Uruk sin dejar nada en ella y se encaminó a Shuruppak. Era digno de ver el largo convoy, que conectaba Shuruppak con la recién abandonada Uruk. En Shuruppak, sede de la diosa Ninunu, paredra de Ninsazu, ocurrió lo mismo. E igualmente en Tummal, sede de la amable Ninlil, precisamente la madre de Nanna-Suen.

Sin embargo, el dios tampoco quiso dejar nada en Tummal. Tan sólo deseaba arribar cuanto antes a Nippur, objetivo de su viaje.

Finalmente, el convoy atracó en el espléndido muelle de Nippur, cuando todavía su último barco no había abandonado Tummal.

Desembarcado el dios, se acercó al templo de su padre y creador. Arribado al nártex del Ekur, interpeló al portero de su padre:

—¡Portero, abre el templo! ¡Abre el templo! ¡Kalkal! ¡Abre el templo, abre el templo!

A continuación Nanna-Suen comenzó a enumerar al portero los presentes que traía para su padre: rebaños de bueyes, grasas ovejas, ganado de sus establos, cabras, puerco espines, pajarillos *kuda*, variada volatería y pequeños *azangunu*, carpas gigantes y peces. A todo ello se añadía abundante aceite, cervezas embriagadoras, cestos repletos de huevos y cañas tiernas y retoños. Asimismo, Nanna-Suen

había ido dejando por la ribera del Turungal los corderillos, cabritillos y terneros que habían ido pariendo sus ovejas, cabras y vacas.

Después de haber enumerado los regalos, insistió ante el portero:

—¡Abre el templo, portero! ¡Kalkal! ¡Abre el templo! Te daré como aguinaldo lo que traigo en la proa de mi barco y como regalo de despedida lo que llevo en su popa.

Al oír aquellas palabras, el portero, muy feliz, muy contento, abrió el templo. El portero, Kalkal, el hombre del cerrojo, muy dichoso, abrió el templo. Y en el templo de Enlil, ante el Gran Monte, Nanna-Suen presentó sus ofrendas.

Enlil, encantado con aquellos presentes, se dispuso a ofrecer un banquete a su hijo Suen. Satisfecho por la gentileza de Suen, Enlil dijo suavemente a sus servidores:

—Servid a este joven los más ricos pasteles; le gustan mucho. Servid a mi Nanna pasteles; los adora. Traednos del Ekur cualquier galguería, por supuesto de las mejores. Escanciadle la más fina de mis cervezas. Es más, preparadle la jarra de cerveza más sólida y grande.

Finalmente, con faz risueña conminó a sus criados:

—¡Rápido! Preparadle pasteles, dulces, panes y agua fresca.

A su vez, Suen, después de degustar manjares y bebidas, respondió a su padre y creador:

—Padre mío, estoy colmado de atenciones por tu parte. He comido y bebido en abundancia. Cierto es que donde tú pones tu mirada allí se extiende tu soberanía. ¡Cuán fastuosa es tu opulencia, oh Enlil! ¡Concédemela, Enlil, concédemela para llevármela a Ur, mi ciudad! Concédeme la crecida del río antes de que vuelva a Ur. Concédeme el grano de los campos antes de que regrese a Ur. Otórgame las carpas de los marjales y las carpas gigantes para mis viveros antes de que vuelva a Ur. Otórgame poblar los cañaverales con cañas tiernas y jóvenes retoños antes de que regrese a Ur.

Nanna-Suen, agradecido y con todo respeto, continuó pidiendo otros favores a su padre. Entre ellos, le pidió carneros salvajes y

cabras montesas con los que llenar sus espesos bosques; asimismo, abundancia de *mashgur* en sus campos, vides en sus vergeles. Tras aquellas peticiones, le hizo otra muchísimo más importante.

—¡Padre, concédeme larga vida en el palacio real, antes de que retorne a Ur!

Y Enlil concedió a su hijo todo lo que había pedido antes de que se marchara a su ciudad. Como gratitud por todo aquello Nanna-Suen glorificó durante larguísimo tiempo a su padre Enlil.

EL MATRIMONIO DE MARTU

Una tablilla, localizada en Nippur, redactada en la primera mitad del segundo milenio a.C., y de unas 140 líneas de extensión, copiaba un antiguo mito sumerio alusivo a la situación de los martu, *de origen semita, y a su incorporación a la civilización de los pueblos sedentarios, simbolizado en el matrimonio entre el nómada dios Martu y la sedentaria diosa Adnigkidu. Aunque el texto ha llegado de modo fragmentario, gran parte de su desarrollo permite seguir su argumento.*

La ciudad de Ninab existía, pero no Girtab. La diadema señorial existía, pero no la corona real. La noble vegetación existía, pero no los nobles cedros. La digna sal existía, pero no la digna hierba con potasa. Sin embargo, como montes y prominencias sí existían, así como partos de animales en pleno campo, fuiste tú, Ninab, quien fue la progenitora de los cedros, la progenitora de los cedros brillantes; tú, el ancestro de los árboles *mes*, tú el padre y la madre de los cedros blancos, la propia cepa de los cipreses.

Existía, en aquel tiempo, en medio de todas las ciudades, un país magnífico, principesco. Y en medio de todas aquellas ciudades, ese país magnífico era Ninab. Su príncipe era Tigiubaala, siempre acompañado de su esposa y de su hijo que también estaba con ellos.

Vivían entonces, en los alrededores de la ciudad, unos seminómadas. Sí, unos seminómadas vivían entonces en los alrededores de Ninab. Y aquellas gentes iban allí a cumplir sus asuntos sagrados y a sacrificar sus corderos.

Un día, ya llegado el atardecer, cuando se acude al lugar en donde se paga a los trabajadores, ante el dios se distribuían los panes a los trabajadores como remuneración por su jornada. El que tenía una esposa recibía como ración dos panes, el que además tenía un niño, recibía tres. Pero quien era todavía célibe, soltero, recibía solamente uno. Sin embargo, Martu, que estaba soltero, recibió dos panes aquella tarde. Se fue entonces a ver a su madre y progenitora. Entró en su casa y le dijo:

—¿Cómo es que en mi localidad mis amigos tienen esposas y mis compañeros también y yo, entre todos ellos, soy el único que no la tiene? No tengo ni esposa ni hijos. Y, sin embargo, he recibido dos panes, la misma ración que mis amigos casados. He obtenido igual remuneración que mis compañeros que tienen esposa.

Otro día, también ya caída la tarde, cuando se acudía al lugar en donde se paga a los trabajadores, ante el dios se distribuían otra vez los panes entre los jornaleros. Quien tenía una esposa recibía dos panes como ración, quien tenía además un niño, recibía tres. Pero quien estaba soltero recibía uno sólo. Sin embargo, Martu, que estaba todavía soltero, volvió a recibir dos panes.

Como había ocurrido la vez anterior, se fue al encuentro de su madre y progenitora. Después de entrar en su casa, le dijo:

—Elígeme una esposa, madre mía, y yo te aportaré mis raciones de pan.

Su madre le respondió:

—Hijo mío, te voy a hacer mis recomendaciones. Recíbelas. Escucha lo que te voy a decir: escoge tú mismo una esposa, en donde quiera que sea. Toma la esposa que tú desees. No quiero ser rigurosa ni exigente. Escoge una joven que sea servicial. Entre los tuyos que viven en los alrededores de la ciudad, hay quienes se han

edificado casas. Entre tus compañeros que viven en los alrededores de la ciudad, los hay que han excavado pozos. Entre ellos podrás encontrarla.

Tiempo después, en la ciudad se organizó una fiesta. Una fiesta por todo lo alto se organizó en la ciudad de Ninab.

—¡Venid, amigos!

—¡Vayamos allí, vayamos allí! ¡Vayamos! ¡Acerquémonos a las tabernas de Ninab!

El dios Numushda asistía también a la fiesta. Se hallaban igualmente presentes su hija preferida, de nombre Adnigkidu, así como su esposa, la graciosa Namrat.

En la ciudad resonaban los cuatro excitantes gongs de bronce y retumbaban, en eco, los siete tambores. El oficiante, revestido tan sólo de un taparrabos, presentaba unas ofrendas a Numushda en el santuario. Y en el templo de Ninab, le entonaban canciones.

Martu, ya maravillado al oír en la lejanía el sonido de los instrumentos musicales, llegó, pues, a Ninab en el momento en que la fiesta alcanzaba su momento álgido. Llegó a Ninab, totalmente admirado, cuando la fiesta estaba en su mejor momento, una vez que el oficiante se había vuelto a vestir con sus ropas talares.

En el templo de Ninab, por otra parte, tenían lugar combates de pugilato y de lucha, todos ellos espectaculares. Martu, ya en el gran patio, a la vista de aquellos luchadores, determinó tomar parte en el torneo, buscando enfrentarse con los más potentes adversarios, deseando provocar a los más vigorosos rivales. Martu decidió aquello en el gran patio del templo.

Y luchó de modo victorioso, sabiendo dosificar sus choques y encuentros con sus adversarios, a los que dejaba tendidos por todos los lugares del gran patio.

El dios Numushda, encantado con el coraje de aquel púgil, en el gran patio de Ninab le ofreció a Martu plata como recompensa, pero él no la quiso. Le presentó piedras finas, pero tampoco las quiso.

Sigue una laguna de unas 50 líneas. Parece ser que Martu no aceptó los presentes que le daba Numushda, sino que, como buscaba una esposa, le solicitó la mano de su hija, tal como se deduce de dos líneas llegadas intactas.

—Tu plata y tus piedras finas, Numushda, ¿de qué me servirían? ¿A qué me conducirían? ¡No! Lo que yo quiero es desposar a Adnigkidu, tu hija —le dijo Martu al dios.

Las veinte líneas siguientes, dado su mal estado, impiden su reconstrucción textual. Sin embargo, el punto clave sí puede leerse.

—Está bien —le repondió Numushda—, te entrego a mi hija Adnigkidu. ¡Sí, te entrego a mi hija Adnigkidu!

Otras 16 líneas son prácticamente ilegibles. Estarían dedicadas, según se deduce de algunas palabras sueltas, a explicar los preparativos de la boda, con la indicación de los regalos de oro que los ancianos y oficiales de Ninab hacían llegar a la hija de Numushda. Sin embargo, cuando el texto se hace legible, aparece una amiga que intenta disuadir a Adnigkidu de que se case con Martu.

Un día, antes de que se llevara a término la boda, una joven amiga de Adnigkidu le dijo a ésta:

—No te cases, querida amiga, con ese nómada y enemigo de la civilización, cuya gente no tiene templos asentados para rezar a sus dioses. Va vestido con pieles de corderos, vive bajo una tienda, sometido a las inclemencias del viento y de la lluvia. No ofrece sacrificios. Vagabundea armado por la estepa. Desentierra las trufas, las *kamatu*, y no sabe doblegar la rodilla. Come carne cruda, pasa su vida sin tener una casa y cuando muera, no será enterrado según los ritos funerarios. ¿Cómo podrás tú, amiga mía, casarte con ese Martu?

Pero Adnigkidu replicó a su joven compañera:

—¡A pesar de todo, me casaré con Martu!

¡Bien, bien para Ninab!

Uno de los más largos mitos sumerios (alrededor de 800 versos inscritos en dos tablillas), literariamente de poca calidad, recoge la entrega de los poderes —los me*— del dios Enki a la diosa Inanna, convirtiéndose con ello en una divinidad absoluta. Redactado hacia el 2000 a.C. su contenido hace referencia a conceptos mucho más antiguos a esa fecha. El mito tiene una importancia capital, dado que permite conocer los decretos divinos que posibilitaban la vida sumeria. Su enumeración viene a constituir el balance civilizador de aquella cultura. Lamentablemente, el comienzo y algunos que otros pasajes se han perdido.*

Inanna, tras pasar unos alegres días con Dumuzi, decidió encaminarse a la ciudad de Eridu y presentar sus respetos al gran dios Enki, residente en el Abzu. Mediante una sentida plegaria esperaba obtener de él algunas prerrogativas o leyes, sobre todo de carácter práctico, que daban sentido civilizador a la vida, y de las que no había podido disfrutar durante su estancia en la estepa junto a su amado Dumuzi. Con aquellos principios, denominados *me*, en su poder incrementaría también la prosperidad de Uruk, su ciudad, haciéndola centro de todo Sumer.

Sola, pues, sin compañía de nadie, se encaminó hacia el Abzu de Eridu, palaciega mansión del dios Enki. Hallándose todavía algo lejos del palacio, Enki, el sabio por excelencia, que tenía en su mano todas las prerrogativas, todos los poderes del cielo y de la tierra, que era capaz de penetrar, incluso desde lejos, en el corazón de todos los dioses, y conocer así sus pensamientos y deseos, Enki, rey del Abzu, el omnisciente, ante la llegada de la hermosa Inanna, llamó a su presencia a Isimu, su mensajero y paje. A este servidor suyo, muy querido, le dio las siguientes instrucciones:

—Ven, mensajero mío, acude ante mí y escúchame bien. Sé que Inanna, sola, se está encaminando hacia aquí, viene a presentarme sus respetos. Está ya a punto de entrar en mi estimado Abzu. Cuando haya traspasado su umbral dale a comer las ricas galletas de mantequilla, que se le vierta agua fresca, regalo para el corazón. En

cuanto pase por las estatuas de los leones que guardan el portón del palacio —continuó diciendo—, ofrécele de inmediato cerveza. Recíbela amigablemente, trátala familiarmente, como a un pariente. En el altar sagrado, en la mesa celeste, dale la bienvenida a la santa Inanna.

Después de haberle hablado así, Isimu se dispuso a tratar a la diosa de acuerdo con las órdenes recibidas de su soberano. Introdujo a la joven diosa en el Abzu de Eridu. En tal templo y palacio fue introducida Inanna. Una vez que entró, la diosa se deleitó degustando las galletas de mantequilla, bebiendo la fresca agua. Llegada ante las estatuas de los leones, Isimu le ofreció cerveza. Recibió a la diosa con amistad, la trató con toda familiaridad. Ante el altar sagrado, en la mesa celeste le dio la bienvenida a la diosa.

Luego, Enki junto a Inanna se pusieron a beber en el Abzu. Consumieron cerveza y vino a grandes tragos. Sus cubiletes broncíneos se llenaban una y otra vez de aquellas bebidas. Una y otra vez los apuraban en animada charla. Si al principio bebieron ruidosamente, luego sorbían sus vasos sin prisas ni preocupaciones. Bebida la excelente cerveza y degustado a placer el dulce vino, el dios Enki dijo a su mensajero y paje Isimu:

—Ven aquí, paje mío, escúchame bien. Por mi poderío, por mi Abzu, ¡quiero ofrecer a la santa Inanna, mi hija, sin que nadie me lo impida, las leyes divinas, los *me*! ¡Serán de ella la Función de *en*, la de *lagal*, la Función sagrada, la Augusta corona legítima y el Trono real!

Inanna, sin decir palabra, aceptó aquellos poderes.

—Por mi poderío, por mi Abzu, a mi hija ¡quiero ofrecerle el Augusto cetro, el Bastón de mando, el Noble manto, el Gobierno y la Realeza!

Inanna, sin decir palabra, aceptó aquellos poderes.

—Por mi poderío, por mi Abzu —volvió a decir Enki—, ¡quiero ofrecerle a mi hija el oficio de *egizi*, esto es, la duradera «Señoría», el oficio de *nindingir* o gran dignidad sacerdotal, y los de *ishib*, *lumah* y *gudu*, poderes todos ellos sacerdotales!

Inanna, sin decir palabra, aceptó aquellos poderes.

Enki, cada vez más enervado por la bebida, sin saber exactamente la gravedad de lo que estaba realizando, continuó ofreciendo a Inanna los dones que constituían, de hecho, sus poderes. Y así, en una larga lista de *me*, le entregó la Verdad, el Descenso a los Infiernos, el Regreso de los Infiernos, el Travestismo, el Puñal y el Garrote, el Estado de cinedo, el Vestido negro, el Vestido polícromo, la Cabellera echada sobre la nuca y también la recogida en la nuca.

Inanna, sin decir palabra, aceptaba aquellos poderes.

Enki, que seguía apurando cubiletes de vino, emocionado cada vez más por los encantos de Inanna, continuaba diciendo:

—Por mi poderío, por mi Abzu, a la santa Inanna, a mi hija, le voy a ofrecer el Estandarte de las batallas, el Carcaj, el Erotismo, las Relaciones sexuales, la Prostitución, la Ley, el Hablar franco, la Hipocresía, la Adulación, el Estado de oblata y la Taberna santa.

Inanna, naturalmente, aceptaba aquellos regalos sin abrir la boca.

Enki continuaba diciendo:

—Por mi poderío, por mi Abzu, a mi hija, le voy a ofrecer el Santo *nigingar*, la Hierodulía celeste, la Orquesta sonora, el Arte del canto, la Función de anciano, la Guerra, la Autoridad militar, la Perfidia, la Rectitud, la Destrucción de ciudades, la Lamentación, y las Alegrías del corazón.

Inanna aceptó también todos aquellos regalos.

Enki seguía, en su alocado ofrecimiento, regalándole más y más leyes divinas, todas ellas principios civilizadores.

—También quiero ofrecerle la Astucia, la Rebelión, la Prosperidad, el Viajar, la Seguridad de las viviendas, el Arte de trabajar la madera y los metales, la Escritura, la Profesión de metalista, de curtidor, de tejedor de ropas, de albañil, de cestero.

Enki, desde su sitial, miraba a Inanna, que seguía callada, pero muy a la expectativa por la cantidad de poder que iba recibiendo y que le permitiría realzar su personalidad a primerísimo rango. Isimu, que no dejaba de manifestar su estupor por aquellas dádivas, también callaba.

—También quiero ofrecerte, Inanna, principios más importantes. Te voy a regalar la Inteligencia, la Atención, la Purificación sagra-

da, el Cercado donde engordan los animales, el Amontonamiento de las brasas, el Redil, el Respeto, la Reverencia, la Moderación, la Mentira, el Arte de encender el fuego, el Arte de apagarlo, el Trabajo, la Reunión de la familia, la Controversia, la Fatiga, la Victoria, el Consejo, el Corazón turbado, el Juicio, la Sentencia del juez, la Vida familiar, la Belleza de la mujer, el Secreto, el santo *tigi*, el santo *lilis*, el santo *ub*, el santo *mesi*, el santo *ala*, que son instrumentos musicales...

Isimu, que seguía sin salir de su asombro, había optado por retirarse prudentemente a otra estancia. Su señor, cuando estaba bebido, era siempre imprevisible. En esta ocasión lo había sido más que nunca.

Inanna, aceptó todos aquellos valiosos regalos. Y antes de cargarlos en su barca celeste para transportarlos a su ciudad, a Uruk, le fue repitiendo a Enki, uno a uno, todos los *me* que había recibido generosamente. A las palabras de Inanna, pronunciadas con queda voz, Enki asentía con una breve inclinación de cabeza.

Cuando terminó de hablar Inanna, Enki llamó, elevando su voz, a Isimu, su mensajero:

—¡Ven, Isimu, mi buen mensajero, personaje celeste! ¿Por qué te has marchado? ¡Acude aquí!

—Heme aquí, rey mío —dijo Isimu—. ¡Estoy a tu servicio! ¡Ordéname lo que quieras!

—Inanna quiere regresar a Uruk, al barrio de Kullab. Va a marchar antes de que salga el sol. Que pueda llegar allí sin ningún tipo de obstáculos. Así lo mando.

Inanna, reuniendo todos los poderes, los *me* de Enki, que había recibido, los cargó en su barca celeste, que se hallaba atracada en el muelle de Eridu. Soltadas las amarras partió hacia su ciudad con su precioso cargamento.

Enki, el gran Señor, una vez disipados los efectos de la cerveza y del vino, fijó su vista en el aposento en el que había estado bebiendo junto a Inanna. Levantándose de su sitial examinó el Abzu, luego llevó sus ojos sobre la totalidad de Eridu. Tras ello, mandó venir a Isimu, su mensajero.

—Heme aquí, rey mío. ¡Estoy a tu servicio! ¡Ordéname lo que quieras!

—¿Dónde están la función de *en*, de *lagal*, la Función sagrada, la Augusta corona legítima, y el Trono real?

—Rey mío —contestó Isimu—, ¡todo ello se lo has regalado a tu hija!

Enki, incrédulo, fue mirando los lugares en los que hasta entonces habían estado depositados los *me*. Ya no estaban allí. Por ninguna parte veía la Verdad, ni la Lamentación, ni el Arte de trabajar la madera, ni la Profesión de cestero, ni la Fatiga, ni... No había nada de nada. Ningún poder se hallaba en Eridu. Comenzó entonces a lamentar amargamente su munificencia. Había quedado desprovisto de todas las leyes que le otorgaban el poder, de todos los sacrosantos *me*.

Sin dudarlo, le dijo a su mensajero:

—Isimu, mi buen mensajero, personaje celeste, ¿dónde se halla en este momento la barca celeste de Inanna?

—Está en el muelle cercano.

—¡Bien! ¡Que los *Enkum* se apoderen de ella!

Isimu, con la rapidez que era consustancial a su espíritu de mensajero, dio alcance a la diosa Inanna.

—Reina mía, tu padre me ha enviado a buscarte. Lo que me ha dicho es muy grave. ¡No se pueden desdeñar órdenes tan solemnes!

—¿Qué te ha dicho mi padre? ¿Qué te ha mandado? ¿Cuáles son esas órdenes tan solemnes que no se pueden desdeñar?

—Enki me ha ordenado: «Inanna puede continuar a Uruk, pero el barco celeste debes traerlo a Eridu.»

La santa Inanna le contestó:

—¿Cómo ha podido mi padre cambiar su voluntad respecto a mí, violar la promesa que me ha hecho, quebrantar sus órdenes explícitas con las que me había favorecido? ¿Me habría hablado de modo mendaz? ¿Se habría dirigido a mí falazmente? ¿Acaso ha jurado con mendacidad por «su poderío» y por su «Abzu»? ¿Es por traición por lo que te ha enviado hacia mí?

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, ya los *Enkum*, que habían ido con Isimu, se habían apoderado de la barca celeste. Sin embargo, Inanna llamó rápidamente a su fiel asistente Ninshubur.

—¡Ven, acude rápido, mi fiel asistente del Eanna! ¡Mi asistente de palabras hábiles! ¡Mi mensajero de palabras eficaces! ¡Tu mano no ha tocado el agua, tu pie no ha tocado el agua!

Así Inanna, en virtud del no contacto de Ninshubur con el «Poder agua», logró que la barca celeste no cayera en manos de los *Enkum*. Consecuentemente, salvó para sí los poderes que se le habían ofrecido.

A la vista de aquel primer intento fallido, el príncipe Enki se dirigió a Isimu, su mensajero. Le convocó nuevamente. Al oír a su dios, se presentó Isimu.

—Isimu, mi buen mensajero, personaje celeste, ¿dónde se halla en este momento la barca?

—Está, justo, atracada en su segunda etapa, en el santo muelle.

—Bien —respondió Enki—. Que los Cincuenta gigantes de Eridu se apoderen de ella. Pero que dejen continuar camino a Inanna.

Al igual que había actuado con anterioridad, Isimu se presentó ante Inanna y le transmitió la orden de su padre. Inanna reaccionó de modo idéntico. Volvió a llamar a su asistente Ninshubur, quien, por el hecho de no haber tocado el agua, pudo evitar que los Cincuenta gigantes de Eridu se apoderaran de la barca celeste.

Una tercera vez ocurrió lo mismo. En este caso, Enki envió contra la barca celeste a los temibles Cincuenta *Lahamu* del Engur. Aquellos monstruos permitirían que Inanna llegase a Uruk, pero debían regresar a Eridu con la barca cargada con los *me*. Nuevamente, el mensajero de Inanna salvó aquella situación.

Ya en la cuarta etapa, ocurrió otro tanto. Enki no renunciaba a perder sus poderes, componentes necesarios para poder enriquecer y desarrollar una calidad de vida civilizada, que deseaba para todos los humanos, criaturas suyas. En este caso envió contra la barca al Gran pez para que chocara contra ella y así recuperarla. Otra vez

Ninshubur, a la llamada desesperada de Inanna, pudo salvar la barca de la acometida del Gran pez.

Enki, insistentemente exigía a su mensajero Isimu el retorno de la barca con su precioso contenido. En la quinta etapa, el dios envió a los guardianes de Uruk, subordinados suyos, a que se apoderaran de la barca. Nada se consiguió. Lo mismo ocurrió en la sexta y última etapa, ya en el Turungal, junto al que había atracado la barca celeste. Los guardas del Turungal, a pesar de las órdenes recibidas, fueron incapaces de oponerse a Ninshubur, el asistente de Inanna, incontaminado del contacto del agua.

Tras partir del Turungal, Ninshubur habló a la diosa:

—Mi reina y señora, la barca celeste ha sido conducida, hoy, hasta la gran puerta Nigulla, de la ciudad de Uruk.

De esta manera se salvó Inanna y la barca celeste con todos los poderes cargados en su interior.

La diosa le contestó a Ninshubur:

—En efecto, hoy se ha salvado la barca celeste, que por fin está en Uruk. ¡Que toda la gente recorra las calles, que inunde los caminos, que estalle la alegría! ¡Que los ancianos no emitan sus consejos, que descansen! ¡Que las viejas extiendan por doquier la noticia! ¡Que los jóvenes en edad militar rivalicen en el manejo de las armas! ¡Que los niños se diviertan a placer! ¡Que toda Uruk esté en fiesta!

Inanna, presa de la alegría, aún determinó otras acciones de tipo festivo: sacrificios de bueyes y corderos por parte del rey de la ciudad, libaciones de cerveza, redoble de tambores y tamboriles, música de los instrumentos *tigi*. En una palabra, Inanna exigió que todo su pueblo la glorificara. No era para menos, pues Uruk se iba a convertir en la ciudad más poderosa del universo.

Cuando, definitivamente, la barca celeste llegó a la gran puerta Nigulla de Uruk, ocurrió lo que la diosa había determinado. Las gentes llenaron calles y caminos y la algarabía y el júbilo se manifestaron en todos los rincones de la ciudad. Una vez atracada la barca cerca del Pozo sagrado del muelle, los sirvientes del templo sacaron la barca del agua y a ella y a los poderes ofrecidos a Inan-

na los hicieron pasar con toda solemnidad por la puerta del *gipar* para detenerse definitivamente ante la puerta del Enun. La santa Inanna determinó que allí se fijara la barca celeste. Aquél sería su santo emplazamiento.

Enki, desde Eridu, continuaba deseando saber la exacta situación de la barca, tras los fracasos de las criaturas que había enviado a por ella. Llamó, pues, a su mensajero Isimu y le preguntó:

—Isimu, mi buen mensajero, ¿dónde se halla en este momento la barca celeste?

—Está, señor, ahora, en el Muelle blanco de Uruk.

—Bien, no he podido hacer nada. Debo resignarme a la realidad de los hechos. ¡Que Inanna disponga de los poderes!

Mientras decía aquellas palabras se procedía en Uruk al desembarco de todos los *me*. Un equipo de oficiantes de Inanna iba tomando nota de cada uno de los poderes que se iban desembarcando, relacionándolos en adecuadas tablillas de barro. La lista era larga, pues todos los principios civilizadores los había recibido de Enki. Inanna, por su parte, muy afanosa, iba dando un nombre a cada uno de los lugares en donde situaba un poder.

Enki, sabedor de aquella acción y de que su hija haría buen uso de ellos, no pudo menos que exclamar desde su Abzu:

—¡Inanna, que a la puerta de tu santo *gipar*, el sumo sacerdote pase sus días en regocijo! ¡Que los ciudadanos y los niños de tu ciudad vivan en Uruk agradablemente! ¡En ella radican ahora los *me*! En cuanto a ti, Inanna, que tu ciudad permanezca debidamente aliada a Eridu. ¡Al igual que ésta, en la que yo resido, ha sido grande, que Uruk también lo sea!

Mitos de contacto dioses-hombres

INANNA Y SHUKALLETUDA

Dos tablillas, de 10 columnas cada una —y con algunos deterioros—, y otros pequeños fragmentos recogen un mito protagonizado por la diosa sumeria Inanna. El mismo fue compuesto en el primer tercio del segundo milenio a.C. Desde el punto de vista cultural el mito se centra en los orígenes y progresos de la hortofruticultura.

La Señora de los grandes poderes, digna de sentarse sobre el estrado celeste, Inanna, la de los grandes poderes, digna de sentarse sobre el estrado celeste, Inanna, la que ocupa el amable y grandioso templo Eanna, allá en Uruk, aquella joven mujer quiso un día descender aquí abajo, a la tierra.

Su venida se debió a su deseo de separar a los malvados de los justos, a su interés de sondear lo verdadero de lo falso. A ello se debió su venida a la tierra.

¡Qué no se habrá recitado allá arriba! ¡Qué no se habrá contado todavía!

Se trata de la Señora montada sobre el poderoso uro celeste, famosa por sus poderes. Se trata de Inanna, cabalgando sobre el enorme león terrestre, famosa por sus poderes.

En efecto, aquel día, la diosa abandonó el cielo para descender aquí abajo. Para descender a la tierra, ella hubo de dejar el Eanna,

el gran templo de Uruk. Para descender aquí abajo ella hubo de dejar el *giguna* de Zabalam. ¡Hubo de salir del Eanna, hubo de salir del *gipar*! Y para descender aquí abajo Inanna no dudó en revestirse con el incomparable mantón que asombra a los dioses.

No obstante, antes de tomar contacto con la tierra acudió a Enki, el gran dios de la sabiduría, el Señor del fundamento, para informarse acerca de algunas particularidades de la vasta tierra. Recibidos los consejos de Enki, Inanna con todo su esplendor y poderío bajó a la tierra, recorriéndola y explorándola.

En la tierra no todo era perfecto, pues faltaban determinados elementos, entre ellos, los árboles frutales. Sin que Inanna se diese cuenta, Enki apresuradamente dio nacimiento a la palmera y con ella dio nacimiento al primer jardín que existía en la tierra. Muy pronto acudió a morar entre sus hojas un cuervo.

Un día, el dios Enki interpeló al cuervo, dirigiéndole estas palabras:

—¡Escúchame, cuervo, tengo que decirte unas palabras! Cuervo, tengo que decirte una cosa. ¡Escúchame!

El cuervo prestó atención a las palabras de Enki, quien le continuó diciendo:

—El afeite de los exorcistas de Eridu, que se halla depositado en un rico ungüentario de lapislázuli, se encuentra en mi cámara principesca. Acude a ella y allí tritúralo, pulverízalo y planta sus restos entre los arriates, hasta el marjal de los puerros.

El cuervo, atendiendo las órdenes de su señor, acudió a la cámara principesca en donde trituró y pulverizó el afeite de los exorcistas de Eridu. Y el cuervo plantó los restos entre los arriates del jardín, hasta el marjal de los puerros. Y, como por arte divino, nació una hermosa palmera, de espeso follaje, ejemplar no visto jamás por nadie.

Aquel pájaro, el cuervo, hizo el trabajo que suelen hacer los hombres durante varios días: lanzó paletadas de tierra al aire para distribuir los surcos, echó paletadas de tierra a ras del suelo para arreglar el jardín. ¡Nadie había visto nunca nada igual! Así, aquel cuervo, siguiendo las órdenes de su señor, pudo hacer crecer la sin-

gular palmera. Se trataba de un ejemplar semejante en importancia a otro vegetal del jardín, el puerro, alimento de las gentes.

Tras aquellos trabajos, y ya crecido el árbol, el cuervo remontó un día el vuelo y se subió a la frondosa palmera. Picoteó los dulces dátiles, llenó su pico con ellos. Aquella soberbia palmera, que pudo crecer gracias al agua que fecunda, árbol inmortal, no había sido vista nunca por nadie.

Con los nervios de sus hojas se podían confeccionar diferentes instrumentos, con sus fibrosas hojas se podían construir esteras, sus serpollos servían como reglas de medir. No en vano aquel árbol, utilísimo, se hallaba en las tierras del rey. Sus palmas acompañarían las ordenanzas reales y sus dátiles serían depositados como ofrendas en los templos de los más importantes dioses.

Ahora bien, otro día, Shukalletuda —tal era el nombre del jardinero— se hundió en lágrimas y palideció a causa de la tristeza. Había regado adecuadamente los arriates, dispuesto los bancales y preparado los conductos de las aguas. Sin embargo, nada había crecido en el jardín. ¿Por qué?

Un huracanado viento lo había arrancado todo, todo lo había desarraigado. ¡Cuántos desastres causó aquel viento impetuoso! Incluso el polvo de las montañas había golpeado, sin piedad, el rostro de Shukalletuda hasta el punto de inflamarle los ojos. A pesar de ello, el jardinero hubo de desescombrar todo el jardín sin descanso.

Elevando sus ojos, en medio de su fatigoso trabajo, y ya de noche, contempló las estrellas de Oriente. Mirando hacia el cielo contempló las estrellas de Occidente. Tuvo cuidado, asimismo, de los espíritus que rondaban acechando, aislados. Analizó las señales de los demonios que vagabundeaban solitariamente. Aprendió los presagios inscritos en el cielo, vio cómo había que aplicar las leyes divinas, estudió las decisiones de los dioses. Todo ello para que su jardín no volviera a ser destruido por fuerzas adversas.

Después, tras comprender signos y presagios, primero en cinco, luego en diez lugares inaccesibles del jardín plantó una hilada de umbrosos árboles *sarbatu*: álamos de espesa fronda, cuya sombra

jamás faltaba ni por la mañana, al mediodía o por la tarde. Aquellos árboles detendrían vientos y polvaredas.

Un precioso día, la Señora, después de haber recorrido el cielo y recorrido la tierra, tras haber atravesado el Elam y el Shubur y bordear los sinuosos pasos de las montañas, la hieródula, totalmente fatigada, llegó al jardín y en él se acostó, al amor de la sombra, para reposar.

Shukalletuda, entre tanto, desde el otro extremo del jardín la pudo observar a escondidas. Delante de su pubis, a modo de cobertura, Inanna se había atado los Siete Poderes. Había dispuesto los Siete Poderes a modo de cubre-sexo.

Pero Shukalletuda, empujado por la morbidez de las formas de Inanna, por la belleza de su cuerpo, desató aquella cobertura protectora, la bajó y abusó de la diosa. Tras haberla poseído volvió al otro lado del jardín.

El sol salió, apareció el alba, la mujer, entonces, ya despertada, se examinó de cerca, Inanna miró su cuerpo. Comprendió que había sido ofendida. ¡Qué catástrofe no provocó a causa de su sexo ultrajado! ¡Qué no perpetró la santa Inanna a causa del ultraje a su sexo!

Llenó de sangre todos los pozos del país, llevó sangre a todas las albercas de los jardines. Si un sirviente iba a buscar leña: era sangre lo que podía beber. Si una esclava iba a llenar su cántaro de agua: era sangre lo que ella traería. ¡Todos los hombres no bebían más que sangre!

Inanna, una y otra vez, se repetía.

—¡Quiero descubrir al que ha abusado de mí! Debo encontrar a mi agresor, no importa dónde esté!

No cesó en la búsqueda del culpable. Recorrió numerosos lugares intentando localizar a su ofensor. Pero no encontró al que había abusado de ella.

Sin embargo, el joven hombre, el jardinero, se fue a la casa de su padre, Shukalletuda se marchó a decir a su padre:

—Padre mío, me he dedicado a trabajar en el jardín sin descanso. Pero un huracanado viento me lo ha destrozado todo. Al final com-

prendí que debía protegerlo con un cercado de árboles. Escogí el álamo y con él construí empalizadas en distintos lugares. A su fresca sombra acudió un día Inanna, a la cual vi desde el otro extremo del jardín. Me acerqué a ella y aprovechando que se hallaba dormida la besé y abusé de ella.

Shukalletuda, con el semblante muy serio, conocedor de su grave culpa, continuó exponiendo a Enki la venganza que había tomado la diosa. Todas las aguas las había convertido en sangre.

Finalmente, el jardinero le dijo al dios:

—Todavía Inanna no me ha podido encontrar. No ha tomado represalias contra mí. ¿Qué debo hacer?

Su padre, entonces, le respondió:

—Hijo mío, piérdete entre tus hermanos, que habitan en ciudades. Mézclate, ya, entre los «cabezas negras», tus semejantes. La mujer nunca te encontrará.

De acuerdo con aquellas palabras el jardinero se fue, dócilmente, a vivir entre sus hermanos, que habitaban en ciudades; se mezcló entre sus semejantes, los «cabezas negras». ¡La mujer no lo pudo encontrar!

Inanna por segunda vez, a causa de su sexo ultrajado, perpetró una nueva catástrofe. Ensartando una a una las nubes del cielo desencadenó los vientos malvados e hizo remolinar a los ciclones. Detrás de ella se levantaban fuertes ventoleras y tornados de polvo, que todo lo inundaban. Y a sus lados, arribados del desierto, la acompañaban espíritus maléficos que lanzaban sus terribles encantamientos.

La diosa repetía constantemente:

—¡Debo encontrar a mi agresor, en donde quiera que se halle!

Pero ella no lo pudo localizar.

El hombre joven, el jardinero, marchó de nuevo a la casa de su padre. Shukalletuda le dijo:

—Padre mío, la mujer de la que te hablé ha provocado una nueva catástrofe.

Y a continuación, como en la vez anterior, le comentó a Enki los daños originados a causa de los terribles vientos y tornados que se habían abatido insistentemente sobre el país.

Su padre le volvió a aconsejar la misma solución: ¡Mezclarse entre los hombres! ¡Pasar desapercibido!

Sin embargo, Inanna provocó todavía una tercera calamidad, a causa de su sexo ultrajado. Tomando sus poderes abrió la tierra y cortó así los caminos. Por ellos no se podía circular. Causó así terribles perjuicios a los «cabezas negras». ¡En verdad, no se resistía a quedar ultrajada!

Soportando Shukalletuda y las demás gentes aquella tercera calamidad, que había impedido la comunicación de los hombres y acarreado innumerables desgracias, no dudó en acudir de nuevo a casa de su padre a contarle la crítica situación por la que atravesaba el país. Enki volvió, sin inmutarse, a sugerirle que se mezclase entre los hombres para no ser localizado por la diosa.

Un día, hace ya mucho tiempo, cuando el sol ya había despuntado por el horizonte y el alba ya había aparecido, la mujer volvió a examinar su situación, volvió a repensar en el ultraje sufrido.

—¡Pobre de mí! —decía—. ¿Quién me ayudará?

Tras meditar largamente llegó a la conclusión de que el culpable de su ultraje tan sólo se podía haber refugiado en casa de Enki, el creador de la especie humana. Por eso no lo había podido localizar. En consecuencia, Inanna no dudó en ponerse en camino hacia el palacio de Enki, hacia el Abzu, la mansión que tenía el dios en Eridu.

Una vez que hubo llegado, la diosa, tras introducirse en el suntuoso templo, levantó la mano hacia el dios en gesto de plegaria y de adoración y le dijo:

—Venerable Enki, siempre me has socorrido y ayudado. Haz, pues, salir a ese hombre del Abzu, entrégamelo. No quiero más que conducirlo, sano y salvo, a mi santuario del Eanna, a Uruk.

Enki le respondió:

—Está bien. ¡Que así sea!

Entregado el jardinero a la diosa, aquélla le sometió a un interrogatorio, intentando averiguar cómo había podido ultrajarla. Shukalletuda, temeroso, le contó que la belleza de la diosa le había

impulsado a amarla. Que sabía lo terrible de su culpa, pero que no había podido sustraerse a sus encantos. La diosa no percibió señales de arrepentimiento en las palabras del jardinero, pero quedó halagada por haber sido capaz de despertar aquella pasión en un ser humano. No en vano, Inanna era la diosa del amor. Pero también de la guerra. Por lo tanto ideó un castigo contra Shukalletuda. Le perdonaría la vida, pero lo transmutaría en otro ser.

Y la santa Inanna, a continuación condujo a Shukalletuda con ella desde el Abzu de Eridu hacia el Eanna de Uruk. Durante la marcha, que se hizo a través del cielo —desde donde ella había descendido—, la diosa se situó en medio del firmamento como un multicolor arco iris. Cada vez que aquélla avanzaba a través del empíreo, Shukalletuda progresivamente se iba empequeñeciendo de tamaño. ¡Cada vez era más pequeño! Se iba convirtiendo en pájaro. ¡En cuervo!

Así transmutado, la santa diosa dijo a Shukalletuda:

—¡Sí! Al haberte convertido en cuervo no te he negado la existencia. Tu hazaña y tu nombre no caerán en el olvido. Subsistirás en cantos, en preciosos cantos. Y en los palacios de los reyes los jóvenes bardos los modularán al son de dulces instrumentos. Y en los apriscos, mientras los pastores baten la leche en sus mantequeras los tararearán.

Inanna y Shukalletuda desaparecieron entre las nubes.

LA EXPULSIÓN DE LOS QUTU

La expulsión de los guteos (o qutu) del país de Sumer fue un hecho histórico de enormes consecuencias políticas. El mérito le cupo a Utukhegal (2123-2113 a.C.), rey de Uruk, el cual dejó constancia de aquel acontecimiento en una inscripción monumental. Diferentes tablillas, redactadas en sumerio, copias de tal texto, han permitido conocer cómo se desarrolló aquella lucha que, además de contar con la mítica ayuda de Enlil y de otros dioses y héroes —incluso, hasta de un eclipse lunar—, significó el paso a una nueva y floreciente etapa histórica sumeria.

El dios Enlil, el titular de la atmósfera, el rey del diluvio y el señor de los destinos, había hecho descender de las montañas a seres primitivos, los guteos, que ignoraban los avances de la civilización, de la cual era espejo la ciudad de Uruk. Tras permanecer largos años como dominadores del país de Sumer, destruyéndolo todo, el propio Enlil, confortado con la opinión favorable de Inanna, deseó expulsarlos y hacer desaparecer a la horda Gutium.

Y así, contra Gutium, la serpiente, el escorpión de las montañas, que había violentado a los dioses, que había transferido la realeza de Sumer a manos extranjeras, que había llenado Sumer de toda iniquidad, que había robado su mujer al que tenía una mujer, que había robado su niño al que tenía un niño, que había instalado la iniquidad y la violencia en el país, contra él, Enlil, el rey de todos los países, le dio la misión a Utukhegal de aniquilar el nombre de los guteos.

Al hombre fuerte, al rey de la ciudad de Uruk, al rey de las cuatro regiones, que no vuelve nunca sobre sus propias palabras, Enlil, el rey de todos los países, le encargó destruirlos.

Utukhegal, advertido de ello, se dirigió al templo de Inanna, su señora, y le hizo este ruego:

—¡Oh mi señora, leona de los combates, tú que dominas los países extranjeros! Enlil me ha encargado la misión de restituir la realeza a Sumer. ¡Sé mi sostén! ¡Que las horas de Gutium sean extirpadas! Tiriqan, el rey de Gutium, ha hablado, pero nadie ha marchado contra él. Se ha establecido sobre las dos orillas del Tigris. En el sur ha saqueado los campos de Sumer, en el norte ha saqueado las caravanas. Sobre los caminos del país ha dejado que la hierba creciera muy alta.

Tras hablar así a la diosa Inanna, el rey, al que Enlil le había dotado de fuerza, al que Inanna había escogido en su corazón, Utukhegal, el hombre fuerte, marchó desde Uruk contra Tiriqan.

En el templo de Ishkur ofreció un sacrificio. Luego arengó a las gentes de su ciudad:

—¡Súbditos míos, Enlil me ha entregado Gutium! ¡Mi señora Inanna es mi sostén! ¡Dumuzi, que es Amaushumgalanna, ha pro-

nunciado mi destino! ¡Él me ha dado como protector a Gilgamesh, el hijo de Ninsun!

Con estas palabras, el rey llenó de alegría el corazón de los ciudadanos de Uruk y de los ciudadanos de Kullab. Su ciudad, como un solo hombre, le siguió. La ciudad hizo honor a sus obligaciones militares.

Habiendo abandonado el templo de Ishkur, al cuarto día ofreció un sacrificio en la pequeña ciudad de Naksu, sobre el canal Iturungal. Al quinto día ofreció un sacrificio en la capilla de Ilitap. Detuvo el rey a Urninazu y a Nabi-Enlil, dos generales que Tiriqan había enviado como embajadores a Sumer, y les puso los cepos.

Una vez dejada la capilla de Ilitap, al sexto día ofreció un sacrificio en la ciudad de Ennigi. El rey acudió ante Ishkur y le dirigió esta plegaria:

—¡Oh Ishkur! Enlil me ha dado las armas, ¡sé mi sostén!

En el transcurso de aquella noche, Nanna, el dios luna, se ocultó. El rey de Uruk fue al templo de Utu, el dios sol, y le hizo este ruego:

—¡Oh Utu! Enlil me ha entregado Gutium, ¡sé mi sostén!

Tras aquellas peticiones de ayuda, el rey puso fuego al territorio hostil de Gutium. Contra él guió a sus tropas. Utukhegal, el hombre fuerte, fue vencedor e hizo prisioneros a sus generales.

A la vista de aquella derrota, Tiriqan, el rey de Gutium, huyó a pie, en solitario. En la ciudad donde se refugió, en Dubrum, encontró asilo. Pero la gente de Dubrum, enterada de que Utukhegal era el rey a quien Enlil le había dado el poder, no dejó escapar a Tiriqan.

El enviado de Utukhegal capturó en Dubrum a Tiriqan, a su mujer y a sus hijos, les puso grilletes y los hizo comparecer ante él.

Tiriqan se arrojó a los pies de Utukhegal, el rey. Y éste le puso el pie sobre su nuca. Gutium, la serpiente, el escorpión de las montañas, fue aniquilado en su totalidad. El rey Utukhegal restituyó la realeza a Sumer.

Mitos sobre el héroe

ENMERKAR Y EL SEÑOR DE ARATTA

Una veintena de tablillas —entre ellas, una con más de 600 versos— y diferentes fragmentos recogen un antiquísimo y magnífico poema heroico centrado en las rivalidades que se suscitaron entre Uruk y su lejana colonia Aratta (en el altiplano iraní) por cuestiones tanto político-religiosas como económicas. Con un estilo elevado, metafórico en numerosos pasajes, y pleno de alusiones conectadas con la magia y rico en noticias (final de una mítica edad de oro, ingenio de sus gobernantes, justas entre campeones, tácticas de guerra, invención de la escritura, atribuida al rey Enmerkar), su anónimo autor supo penetrar agudamente en la mentalidad de los sumerios de finales del tercer milenio a.C. Lamentablemente, el final del relato ha llegado en muy malas condiciones, por lo que se desconocen muchas de las circunstancias que hubieron de narrarse en el poema.

En Kullab, fiero toro de aquel enclave, imbuido de dignidad e imponente nobleza, en Kullab, el barrio sagrado de Uruk, en donde se entonan himnos sagrados, lugar en donde, al amanecer, los dioses, presididos por Utu, el dios sol, titular de la justicia, toman decisiones; en Uruk, la gran montaña llevada en el corazón de la diosa Inanna, ciudad destinada en los días de antaño a ser el comedor de An, los grandes dioses, orgullosamente, se reunieron al final

de la jornada, en el Urugal, el templo de An. Por otra parte, una abundantísima inundación, generadora de carpas, y una lluvia que producía cebada veteada, se unieron en Uruk y Kullab para enriquecer ambos asentamientos sumerios.

En aquel tiempo cuando no existía aún el país de Dilmun, cuando el límite de la casa venida del cielo, el Eanna, estaba tocando el dique limítrofe de Kullab, la sagrada Inanna quiso hacer que su santo *giparu* —recóndita estancia— destacara sobre el adobe de Kullab como la plata destella en un filón.

Tampoco, entonces, los mercaderes descargaban mercancías ni comerciaban; ningún marinero llevaba cargamento ni hacía rutas por mar. Oro, plata, cobre, estaño, lapislázuli y la simple piedra de montaña: ninguno de estos bienes se bajaba de sus montañas. La gente no se bañaba para las fiestas en jofainas de cobre, no se sentaba en lujosos asientos, pasaba el día trabajando.

En la lejana Aratta, el señor de tal ciudad hizo para Inanna un lecho, ricamente adornado; hizo que, como el sol naciente, lanzara rayos de muchos colores. Construyó también para ella una casa, hecha de hermoso lapislázuli, verde y floreciente, como un árbol *mesu*. El señor de Aratta colocó, además, en la cabeza de Inanna una corona dorada. Pero a la diosa todo aquello no le agradó tanto como lo que hizo el señor de Kullab. El señor de Aratta, sin embargo, no fue capaz de construir para ella algo parecido al recinto del Eanna y al lugar sagrado, el *giparu*, que destacaba, brillando, sobre el adobe de Kullab.

Por otro lado, en aquellos días el señor, cuya imagen, desde las cimas de las montañas, estaba en el sagrado corazón de Inanna, Enmerkar, hijo de Utu y al tiempo hermano de Inanna, rogó a ésta, la reina que emite truenos en cuanto diosa de las tormentas, diciéndole:

—¡Hermana mía! ¡Que la ciudad de Aratta me trabaje con destreza oro y plata para Uruk, que me corte claro lapislázuli en bloques, y que con ámbar y brillante lapislázuli Aratta construya una

montaña pura! ¡Que Aratta edifique en un sitio elevado el exterior de tu morada, la casa bajada del cielo! ¡Que Aratta me haga con destreza el interior de tu residencia, el sagrado *giparu*! ¡Déjame saltar por allí como un ternero! ¡Que Aratta se someta a Uruk, que el pueblo de Aratta baje para mí piedra de montaña! ¡Que con esa piedra me construya el Urugal y que prepare el Gran santuario para mí, que haga surgir el Gran santuario, destinado a los dioses, y que me construya mi sagrado lugar en Kullab!

Después de solicitarle aquellos materiales necesarios para la edificación de recintos sagrados en Uruk y Kullab, Enmerkar también le requirió ayuda a fin de que se pudiera magnificar el Abzu, el templo que el dios de la sabiduría, Enki, tenía en Eridu. Continuó, pues, diciendo Enmerkar:

—¡Hermana mía! ¡Que Aratta haga que el templo Abzu surja ante mí como las puras montañas, que haga a Eridu prístino para mí como las estribaciones de las colinas, que haga que el recinto del Abzu destaque como la plata en un filón! En cuanto a mí, cuando haya hecho los rituales de alabanza desde el Abzu, haya traído el cargo sagrado de Eridu, haya hecho verdeante la corona de príncipe *en*, como si fuera una corona de basalto verde, cuando en Uruk y en Kullab coloque la sagrada corona en mi cabeza y me lleve el pontífice desde el Urugal al *giparu* y desde éste al Urugal, la gente me mirará admirada y Utu me verá con alegría.

Al finalizar aquí sus peticiones, la encantadora reina del cielo puro, la que vigila las montañas, Inanna; la joven cuyo *khol* se pone para agradar a su amado Amaushumgalanna, la reina de todas las tierras, le respondió a Enmerkar, el hijo de Utu:

—¡Ven aquí, Enmerkar, déjame instruirte! ¡Ojalá sigas mi consejo! ¡Déjame decirte algo! ¡Ojalá que me escuches!

Tras estas palabras, con las que exigía la máxima atención a Enmerkar, Inanna prosiguió diciendo:

—Cuando hayas escogido de entre tus tropas a un mensajero inteligente, que tenga fuertes muslos, ¿a dónde debería llevar el gran mensaje de la inteligente Inanna?

Enmerkar, mirando a su hermana, no supo responder a la pregunta. La reina del cielo le dio la solución:

—¡Escucha! Que tu enviado suba con el mensaje a las cordilleras de Zubi, que baje con él desde ellas, que las gentes de Susa hasta las montañas de Anshan le saluden como ratoncillos por respeto hacia mí, y que las gentes de todas las grandes cordilleras, que se han poblado por sí solas, ¡a una palabra, que se arrastren en el polvo por respeto a él!

Inanna continuó diciendo:

—Aratta se someterá a Uruk por mí. Las gentes de Aratta, cuando hayan bajado piedra de montaña de sus montañas, construirán el Urugal para ti, oh Enmerkar, prepararán el Gran santuario para ti, te harán surgir el Gran santuario, destinado a los dioses, y te edificarán tu sagrado lugar en Kullab. Asimismo, que hagan que el Abzu surja ante ti como las montañas puras, que hagan a Eridu prístina para ti como las estribaciones de las colinas, que hagan que el recinto del Abzu destaque como la plata en un filón.

Tras confirmarle la sumisión de Aratta a Uruk, la reina tuvo palabras directas para Enmerkar, que venían a ser la repetición de las peticiones de éste:

—En cuanto a ti, cuando hayas hecho los rituales de alabanza desde el Abzu, hayas traído el cargo sagrado de Eridu, hayas hecho la corona de príncipe *en* verdeante, como si fuera una corona de basalto verde, cuando en Uruk y en Kullab te pongas la sagrada corona en la cabeza y te lleve el pontífice desde el Urugal al *giparu* y desde éste al Urugal, ¡que la gente te mire con admiración y que Utu te vea con alegría!

Después, Inanna finalizó sus palabras, alabando a su hermano:

—Que la gente de Aratta, diariamente, tras el atardecer, después de que hayan cargado las cestas de trabajo, diariamente por la tarde, después de que hayan tomado alimento, que en el lugar donde Dumuzi guarda sus ovejas, cabras y corderos, en Akalaga, su campo, se arrodille para que tú duermas como duermen las ovejas de montaña. ¡Brilla como un disco solar en mi sagrado pecho! Verda-

deramente, eres tan querido como las joyas de mi garganta. ¡Alabado seas, Enmerkar, hijo de Utu!

El señor agradeció las sagradas palabras de Inanna y, haciéndole caso, escogió de entre sus tropas a un mensajero inteligente, que tuviera fuertes muslos. Una vez en su presencia, le dijo a éste:

—Mensajero, ¿adónde llevarás el gran mensaje de la inteligente Inanna? Sube a las cordilleras de Zubi, baja con él de ellas, que las gentes de Susa hasta las montañas de Anshan te saluden cual ratoncillos por respeto hacia ella, y que las gentes de todas las cordilleras, que se han poblado por sí solas, a una palabra, se arrastren en el polvo por respeto hacia ti.

Dicho esto, Enmerkar, después de indicarle que se equipara con todo lo necesario para el camino, le continuó diciendo:

—Mensajero, cuando hayas hablado con el señor de Aratta y dado detalles, dile lo siguiente: «Que no tenga yo que hacer que su ciudad vuele de él como las palomas salvajes de su árbol, que no tenga que hacerla volar como pájaros fuera de sus nidos, que no tenga que valorarla según el precio corriente del mercado para esclavos, y que no tenga que amasar polvo en ella como en una ciudad destruida. Que Enki no tenga que maldecir a Aratta como un asentamiento abandonado y que no tenga que destruirla también, como los lugares que otras veces ha destruido. Inanna se ha alzado por ella, ha gritado por ella, ha emitido lamentos por ella. Que no tenga que ahogarla además con una ola de inundación como las olas con las que ella ahoga.»

El rey Enmerkar se detuvo un instante en la exposición del mensaje que le estaba dando. Tras cerciorarse de que su mensajero iba reteniendo las palabras que le decía, prosiguió en su alocución:

—«Ello ocurrirá —dile así— a no ser que Aratta empaquete oro en forma de pepitas en bolsas de piel, haya alineado con él plata purificada en forma de polvo, haya añadido sacos de piedras preciosas, amarrado bolsas de silla de montar en los lomos de los asnos de todas las montañas, y no lo enviara todo a mí, cuya imagen está en el sagrado corazón de Enlil y en el de Nudimmud, esto es, en el corazón de Enki en cuanto creador del hombre. Que

el País Alto de inmaculados puestos sagrados, es decir, la tierra de Aratta, comience la construcción para mí. Que la esté haciendo atractiva como los árboles de seto, que la haga brillar para mí con rayos multicolores como brilla Utu, el sol, al emerger de su cámara por la mañana, y que haga que los postes ornamentales de las puertas se abran para mí, jamba tras jamba. Que en todas sus cámaras se entonen canciones sagradas y encantamientos, y que se recite el sortilegio de Nudimmud.»

Viendo la inexpresiva cara del mensajero, quien, con las cejas arqueadas, arrugada su frente y los ojos sin pestañear, evidenciaba extrañeza e ignorancia, el señor Enmerkar hubo de decirle:

—¡Oye este sortilegio!: «En aquellos días, al no haber serpientes, al no haber escorpiones, al no haber hienas, al no haber leones, al no haber perros ni lobos, al no haber cosa alguna que fuera pavorosa o pusiera los pelos de punta, la humanidad no tenía quien se le opusiera. En aquellos días en los países montañosos de Subartu y Hamazi, siendo Sumer, el gran país de los excelsos *me*, un lugar bilingüe, siendo la región de Uri, esto es, Akkad, un país en el que estaba lo que era apropiado, extendiéndose el país de Martu en pastos seguros, en todo el ámbito del cielo y de la tierra la humanidad entera podía dirigirse a Enlil, verdaderamente, en una sola lengua.»

Luego continuó:

—«En aquellos días se suscitó la lucha entre señores, ataques entre príncipes y guerras entre reyes. Enki, el promotor de aquellas guerras, fue el causante de las mismas. Además fue él, Enki, el señor de la abundancia, el señor de la palabra justa, el señor de la inteligencia, que preside el país, el sabio entre los dioses, el señor de Eridu, que distribuye sabiduría, quien puso en sus bocas unas lenguas confusas, habiéndoles instigado a la guerra. Con anterioridad la lengua de los hombres era única.»

Tras recitarle este sortilegio, gracias al cual Enki, al instituir las guerras y al dispersar al hombre por la confusión de lenguas, salvó a la humanidad de un desastre mayor, deseado por Enlil, cansado de la pesadez de los hombres al molestarle con el machaqueo de

un solo idioma, Enmerkar finalizó sus palabras con la siguiente orden a su mensajero que iba a ir a las montañas de Aratta:

—Mensajero, viaja de noche como si fueses el viento del sur, portador de lluvia, viaja de día como una tormenta que se cierne.

El mensajero prestó oídos a las palabras de su señor. Por la noche se guiaba sólo por las estrellas. Por el día podía guiarse por el divino sol del cielo. ¿Adónde llevó él las grandes palabras de Inanna que había impreso en su mente? Tuvo que subir a las cordilleras Zubi, bajar de las mismas. Las gentes de Susa hasta las montañas de Anshan le saludaron cual ratoncillos por respeto a ella. Las gentes de las cordilleras, que se habían poblado por sí solas, a una palabra se arrastraron por el polvo por respeto a él. Cinco montañas, seis montañas, siete montañas cruzó. Levantó sus ojos, se estaba acercando a Aratta. Y felizmente pisó, al fin, la corte de aquella ciudad.

Ante el señor de Aratta el mensajero proclamó la preeminencia de su señor. Estaba pronunciando decorosamente las palabras que se sabía de memoria, se las estaba transmitiendo al señor de Aratta:

—Ocurriendo que tu padre, mi señor, me ha enviado a ti, ocurriendo que el señor de Uruk y de Kullab me ha enviado a ti...

En este punto fue interrumpido por el señor de Aratta, quien se mofó de las palabras que intentaba decirle el mensajero de Uruk.

—¡Bien, bien! ¿Sabes qué es para mí la palabra de tu señor? ¡Qué más me da lo que te dijera después de esas primeras palabras que me has dirigido!

El mensajero ni se inmutó. Sin hacer caso a la impertinencia del señor de Aratta, volvió a hablar:

—Señor, ¿qué dijo mi rey? ¿Quieres saber qué dijo más? Al ocurrir que mi señor, adecuado a la corona desde su nacimiento, señor de Uruk, el más honrado portador de la diadema, que vive en Sumer, que pulveriza las montañas como harina, un águila de las altas montañas dotada de garras indómitas, hermoso como un macho cabrío después de que ha sido limpiado con puro jabón, nacido en el corazón de una buena vaca, Enmerkar, el hijo de Utu, me ha enviado a ti.

Tras estas palabras, y viendo que no era interrumpido por el señor de Aratta, el mensajero prosiguió diciendo:

—Lo que mi señor Enmerkar tiene que decir es: «Que no tenga que hacer que su ciudad vuele de él como pájaros de sus nidos, que no tenga que valorarla al precio corriente del mercado para esclavos, que no tenga que amasar polvo en ella como en una ciudad destruida. Que Enki no tenga que maldecir a Aratta como un asentamiento abandonado, que no tenga que destruirla también, como los lugares que otras veces ha destruido. Inanna se ha alzado por ella, ha gritado por ella, ha emitido lamentos por ella. Que no tenga que ahogarla además con una ola de inundación como las olas con las que ella ahoga, a no ser que Aratta empaquete oro en forma de pepitas en bolsas de piel, haya alineado con él plata purificada en forma de polvo, haya añadido sacos de piedras preciosas, amarrado bolsas de sillas de montar en los lomos de los asnos de todas las montañas, y no me lo enviara todo a mí, cuya imagen está en el sagrado corazón de Enlil y en el de Nudimmud. Que el País Alto de inmaculados puestos sagrados comience la construcción para mí. Que la esté haciendo atractiva para mí como los árboles de seto, que la haga brillar para mí con rayos multicolores, como brilla Utu al emerger de su cámara por la mañana y que haga que los postes ornamentales de las puertas se abran para mí, jamba tras jamba. Y que, cuando en todas sus cámaras se entonen canciones sagradas y encantamientos, me recite el sortilegio de Nudimmud.»

Tras dar cuenta literal del mensaje de Enmerkar, el mensajero le preguntó al señor de Aratta qué contestación debía llevar a Uruk. Le insistió acerca de ello.

—Cuando hayas dicho lo que tengas que decirme como respuesta acerca de lo que te he transmitido, déjame anunciarle el mensaje que me has de dar. Debo transmitirlo al vástago que porta una barba como el lapislázuli, al que fue alumbrado por su madre, poderosa vaca, en la meseta de las divinas leyes sagradas, a aquél cuya simiente se ha esparcido en la tierra de Aratta, al que fue alimentado con la leche de la ubre de una buena vaca, al que ocupa el

señorío de Kullab, terreno de un gran lugar sagrado. Debo comunicarle tu mensaje, como un buen mensaje, a Enmerkar, hijo de Utu, en el recinto del Eanna, en su *giparu*, adornado de flores como los nuevos brotes de los árboles *mesu*. ¡Déjame informar a mi señor, el señor de Kullab, de tus buenas palabras!

Después de que estuviera hablando así el mensajero de Uruk, el señor de Aratta, sin inmutarse, pues también se creía protegido de Inanna, desde la posición de su poderío y prestigio le dijo:

—Mensajero, cuando hayas hablado con tu señor, el señor de Kullab, y comentado acerca de mis palabras, dile como respuesta: «Yo soy el señor que sigue los ritos de purificación, a quien la reina del cielo y de la tierra, la medialuna del cielo, Inanna, dueña y señora de todos los *me* divinos, la santa Inanna, ha traído a Aratta, la montaña de los puros *me* divinos. Soy la persona a la que Inanna ha hecho cercar el acceso a la montaña, a este País Alto, como si fuera una puerta. ¿Cómo puede Aratta inclinarse ante Uruk?» Vete y dile: «¡No habrá sumisión alguna de Aratta a Uruk!»

Luego de haberle hablado de este modo, el mensajero replicó al señor de Aratta:

—La gran reina del cielo que cabalga en lo alto de las formidables leyes divinas, que habita sobre el trono de la cordillera de cimas montañosas, dispuesta en el estrado del trono de las cumbres, mira con todo afecto a mi señor. Siendo sirviente de ella, ¡An y la reina se han ido con él al Eanna! ¡El señor de Aratta se someterá! ¿Puedo decirle estas palabras en el palacio de ladrillos de Kullab?

Oídas aquellas palabras, impensables para el señor de Aratta, el corazón de aquel señor ardió, se le atoró la garganta, no supo qué replicar ante la osadía del mensajero. Intentó, una y otra vez, encontrar una respuesta. Con la cabeza inclinada miraba a sus pies fijamente con ojos como sin sueño. Poco a poco fue reaccionando. Intentó encontrar una réplica. Dejó, al fin, escapar un grito y ruidosamente, como un toro, bramó la réplica al mensaje del enviado.

—Mensajero —le dijo—, cuando hayas hablado a tu señor de Kullab y le hayas transmitido mis palabras, dile: «En la gran cordille-

ra, a modo de un magnífico árbol *mesu*, crecido hasta el cielo, en su base la red de raíces, en su copa un árbol frondoso, se halla el águila-pájaro del trueno. El ave, encadenados garras y pico con el grillete de Inanna, hace que la sangre del País Alto gotee por la cima de la montaña desde sus garras. Al estar encadenada el ave del trueno, portadora de la tormenta y de la lluvia benefactora, la sequía se ha manifestado. La ausencia de lluvia ha causado un grave daño al País Alto. ¡En Aratta, pues, la risa se ha convertido en llanto, se ha convertido en libaciones de agua y esparcimiento de harina! ¡En el País Alto la libación y la plegaria se han convertido en las más humildes súplicas! ¿Cómo podría tu señor, incluso con sólo diez hombres, sólo con cinco, introducir el ejército de Uruk en las cordilleras de Zubi? ¡Ojalá que tu señor se abalanzara sobre mis armas y yo pudiera abalanzarme en combate singular contra él! Él no sabe que el combate singular no es una lucha entre perros, que el toro no conoce al toro, su vecino. Cuando haya llegado a conocer esa clase de combate, el combate de campeones, cuando haya estado en la lucha de perros, que el toro haya llegado a conocer al otro toro, ¡yo le debería haber hecho dejar en paz el combate singular! Sin embargo, también con mi inteligencia, que ningún hombre puede igualar, le haré olvidarse de ello. ¡No deseo la guerra, pero sí un duelo de ingenio!»

Tras advertir que el mensajero no captaba la intención de sus palabras, el señor de Aratta, continuó diciendo:

—De nuevo, mensajero, hablo contigo. Ni quiero guerra ni combate singular. Por mi parte te prepararé otra petición. Espero que al comunicártela se conserve intacta y en el Eanna, recinto igual que un león que yace sobre sus zarpas o idéntico a un toro que brama ruidosamente por los cantos y músicas que salen de él, en su *gipa-ru* florido como los brotes de un árbol *mesu*, allí informa a tu señor, el señor de Kullab, diciéndole: «Si la cordillera, a modo de un guerrero manchado profusamente con gotas de sangre, cayéndole del rostro, augusto como el dios luna Nanna, y que camina bajo el cielo al ir a su casa al atardecer, yace obstruyendo los lugares de las montañas como el tronco de un árbol; si esa cordillera, cima sobre la cabeza de Aratta, quiere enviar directamente al amable genio del

País Alto, de los inmaculados *me* sagrados, la brisa de Aratta, similar al sagrado viento del norte, portador de lluvia, ¡deja que mi superioridad sea conocida en ese día!»

El señor de Aratta prosiguió:

—Como te acabo de decir yo preferiría, en vez de guerra, un combate singular entre dos mentes ingeniosas, cada una designada por el bando contendiente, pero mientras tanto en cuanto a la ayuda de grano que se nos debe, no le permitas a tu señor cargarla en carretas, no le permitas traerla por medio de porteadores a las montañas. Y, cuando la haya dispuesto, no le permitas colocarla en yugos de transporte; pero si, habiéndola llenado en redes de carga sobre asnos —y preparado asnos de reserva junto a ellos—, él la apila en el patio de Aratta, entonces sí que dice bien, e Inanna, el poder de la lluvia, la alegría del granero, habrá controlado a Aratta. Ya no habrá guerra. El guerrero, preparado para rivalizar en la polvorienta batalla, en la «danza de Inanna», se declarará derrotado. Habrá lanzado de la mano a Aratta, como si fuera una planta de «cadáver de perro», la planta que huele mal. En ese preciso día, yo, por mi parte, me inclinaré ante tu señor. Yo me someteré, al igual que la ciudad, como inferior. ¡Vete y díselo!

Después de que le hubo dicho esto, el señor de Aratta hizo que el mensajero reprodujera con su boca todas sus palabras.

El mensajero de Uruk, como un toro salvaje, durmió sobre su grupa, descansando como una mosca de la arena. Al amanecer estuvo listo para partir. En Kullab, enclave edificado de ladrillo, puso, finalmente, tras efectuar el viaje de regreso, los pies. Al patio principal, el patio del Consejo, se encaminó el mensajero y a su señor le transmitió de forma correcta el mensaje, lo rugió ante él como un toro, imitando la manera agresiva y chillona del señor de Aratta. Enmerkar, semejante a un pastor de bueyes, que no se intimida ante sus animales, prestó atención.

Oídas las palabras, el rey, pensativo, se acercó con paso lento al hogar de la regia estancia. Clavados un instante sus ojos sobre la leña que ardía, meditó durante breves segundos; luego, volvió junto a su mensajero.

—¡Dice bien el señor de Aratta! ¡Aratta debe saber que se le han dado instrucciones!

Llegó un nuevo día. El dios sol Utu, que se había levantado, hizo despertarse al rey del país, levantar también su cabeza. Después de haber sido aseado por sus esclavos, se dispuso a efectuar la ceremonia ritual cotidiana. Mezcló agua del Tigris con agua del Éufrates, mezcló agua del Éufrates con agua del Tigris, colocó las grandes jarras repletas de agua ante la imagen de An, apoyó las jarritas ceremoniales sobre sus caderas como corderos hambrientos y las puso junto a las brillantes jarras de An. El rey Enmerkar, el hijo de Utu, tomó en sus manos el cáliz *eshda*, repujado en oro, y efectuó la sagrada libación.

Aquel día la diosa que es como el metal brillante, la reluciente vaina del junco, la forma dorada, nacida en un día propicio, nacida en el verde Nanibgal, la diosa Nidaba, la dama de enorme inteligencia, abrió para el rey su «casa sagrada del saber», le dio una idea. Recibida ésta, el rey entró en el palacio de An, en su magnífico templo, en donde estuvo meditando.

Al salir del templo, el señor abrió la puerta de su gigantesco granero y puso en el suelo su enorme unidad de medida. El rey, luego, sacó del granero su viejo grano, empapó de agua el malta esparcido por el suelo y sus labios se cerraron como *sassatu* y maleza de *hirinnu*. Redujo en tamaño las mallas de las redes de carga para adecuarlas a las acémilas y los mayordomos las llenaron de grano. Las completaron con grano añadido para el picoteo de los pájaros.

Cuando hubo cargado con ellas los asnos de carga, y situado asnos de reserva a su lado, el señor de Uruk y de Kullab dio orden de que se dirigieran a Aratta. Los porteadores, como hormigas de las grietas del suelo, uno tras otro, junto a sus acémilas, se encaminaron a Aratta.

El señor dio al mensajero que se iba al País Alto otro mensaje para Aratta.

—Mensajero, cuando hayas hablado con el señor de Aratta y comentado sobre ello dile: «Mi cetro es un gran árbol, cuya base

está en el sagrado puesto de la realeza, su corona da sombra protectora a Kullab, bajo su enramada corona se refresca el recinto del Eanna, sede de la sagrada Inanna. Cuando él haya cortado de ese gran árbol un cetro, que lo lleve, que sea en su mano como si fuera de cornalina y lapislázuli y que el señor de Aratta lo traiga ante mí.»

Después de hablarle así, el mensajero que iba a Aratta, hundió su pie en el polvo del camino, desplazó ruidosamente las piedras de las cordilleras como a un basilisco que ronda por su desierto, sin que nadie se le enfrentara.

Transcurridas las largas jornadas de viaje, la gente de Aratta, cuando el mensajero todavía no había llegado a ella, acudió a él para admirar los asnos de carga, cargados de grano. Una vez llegado a la Corte de Aratta, el mensajero hizo a los mayordomos vaciar el grano en contenedores, reservando el resto de la porción que se había destinado para los pájaros.

Como si hubiera habido lluvias del cielo y tormentas, la abundancia colmó a Aratta. Como si los dioses hubieran retornado a sus moradas, el hambre de las gentes se apaciguó poco a poco, gracias a la ayuda enviada desde Uruk. El pueblo de Aratta sembró los campos con su malta empapada de agua. Los granos esparcidos por los labriegos caían en los surcos del suelo. No se perdía ni uno. Era necesario recoger al menos una cosecha para así sobrevivir otro año y escapar a una muerte inmediata.

El señor de Aratta explicó el asunto a sus súbditos, diciéndoles:

—Como si fuera una planta de «cadáver de perro», Inanna ha dejado de su mano a Aratta, ha dado su mano al señor de Uruk, ¡vayamos, en lo más penoso de nuestra miseria, en nuestra extrema hambre a arrastrarnos al señor de Kullab!

Todos los ancianos inteligentes entrelazaron sus manos, apoyaron sus hombros contra la pared y se dispusieron a colocar sus tesoros a disposición de su señor.

El mensajero estaba esperando. Precisaba una respuesta para llevarla a Uruk. En el palacio, le estaba diciendo las palabras que sabía de memoria al señor de Aratta:

—Señor, al ocurrir que tu padre mi señor, me ha enviado a ti, al ocurrir que Enmerkar, el hijo de Utu, me ha enviado a ti...

En este momento, el señor de Aratta, nuevamente con altanería, pues el hambre de su pueblo había sido calmada, le interrumpió y le dijo:

—¿Tu señor? Su palabra no es nada para mí. ¡Qué más me da lo que dijera después!

—Señor, ¿qué dijo mi rey? ¿Quieres saber qué dijo más? ¡Escucha lo que añadió!: «La base de mi cetro está en el puesto de la realeza, su corona da sombra protectora a Kullab, bajo su copa de ramas siempre crecientes se refresca el recinto del Eanna, sede de Inanna. Cuando haya cortado de ese gran árbol un cetro, que lo lleve y que sea en su mano como si fuera de cornalina y lapislázuli y que luego el señor de Aratta me lo traiga.» Realmente dijo esto.

Después de haber oído aquellas palabras, el señor de Aratta enmudeció. Dejando solo al mensajero, se retiró a la parte posterior de su dormitorio y estuvo allí, presa de un gran apuro. Llegó, incluso, hasta rechazar todo tipo de alimento. ¡Tal era su preocupación! ¡El cetro!

Un nuevo día despuntó. El señor de Aratta continuó buscando una solución. Hablaba consigo mismo, intentando hallar las palabras apropiadas que debía hacer llegar al señor de Uruk. Manejaba soluciones que no eran prudentes usar. Iba vadeando entre palabras como en forraje de asno. Al final, se dijo mentalmente:

—«¡Bueno!, ¿qué habrá dicho el hombre al hombre? ¿Y qué más habrá dicho el hombre al hombre, si son el uno como el otro? ¡Verdaderamente, que sea como el hombre dice al hombre!»

Tomada una decisión, mandó traer a su presencia al mensajero de Uruk, a quien le dijo:

—Mensajero, cuando hayas hablado a tu señor y comentado sobre ello, dile: «Que el cetro no sea de madera, ni llamado por el nombre de madera, cuando un hombre lo haya puesto en su mano y lo haya escudriñado, ¡que no sea álamo, que no sea madera de *kanaktu*, que no sea cedro, que no sea ciprés, que no sea cedro *hashur*,

que no sea boj, que no sea ébano, que no sea madera de árbol de la fresa, que no sea madera de *gigirra*, que no sea madera de *kidda*, que no sea madera de *usanna*, que no sea oro, que no sea cobre, que no sea buena plata refinada, ni plata blanca, que no sea cornalina, que no sea lapislázuli! Cuando haya cortado el cetro, que lo lleve, que lo coloque en su mano como si fuera de cornalina y de lapislázuli y que el señor de Kullab me lo traiga.» ¡Vete y dile esto!

Después de haberle hablado así, el mensajero partió a Uruk, dando alabanzas como un potro al que ya no le puede castigar el látigo. Como un asno salvaje de la estepa, galopando sobre el suelo seco, dejó huellas, estuvo todo el tiempo levantando la nariz hacia el viento como una oveja lanuda de largos mechones, una oveja que trota a su rebaño, deseosa de moverse entre las demás. En suma, el mensajero estaba deseando llegar a su casa.

Finalmente, puso su pie sin ningún contratiempo en el enladrillado de Kullab. A su señor, el titular de Kullab, le recitó todo lo que le había dicho el señor de Aratta, palabra por palabra.

Enmerkar no salía de su asombro. ¡Su súbdito de Aratta quería tratarlo de igual a igual! Aquella lejana colonia, que debía su existencia a Uruk, quería igualarse a la gran ciudad sumeria. ¡Era increíble! Por ello, Enmerkar no dudó en acudir al dios Enki, titular de la sabiduría, y dejarse aconsejar por él.

Enki prestó comprensión a Enmerkar. Y el señor de Kullab, según las augustas indicaciones recibidas del dios, dio las pertinentes instrucciones. El rey, a continuación, escogió de entre sus objetos mágicos un amuleto de piedra. Lo tomó en la mano, lo examinó atentamente, mordió en la piedra como en una hierba, y lo aplicó a una caña *sushima*. A tal caña reluciente la hizo pasar, gracias a aquel acto, «de la luz a la sombra» y «de la sombra a la luz».

Después de que hubieran pasado cinco o diez años, el señor de Kullab cortó la caña reluciente con un hacha purificada. El señor la miró dichoso, sobre su raíz vertió aceite de junípero, aceite extraído de las cimas de las montañas. En las manos del mensajero que se iba al País Alto puso el cetro. Por todo mensaje, esta vez le confió sólo el cetro. No le dijo ni una sola palabra.

El mensajero al irse a Aratta, hubo de pasar las montañas. Iba sobre las cordilleras como un búho, sobre las dunas de arena como una mosca, a través de los pantanos como una carpa. Al cabo de su marcha puso felizmente el pie en la Corte de Aratta. El cetro que portaba en sus manos lo habían pulido muy bien, se había hecho un buen trabajo. ¡Brillaba extraordinariamente! ¡Encerraba potencias mágicas!

El señor de Aratta recibió al mensajero. Éste tan sólo le entregó el cetro, sin decir palabra alguna. El señor de Aratta, de inmediato, hubo de protegerse los ojos a causa de la brillantez hiriente del cetro. Las irisaciones del mismo se le figuraban como dañinos seres monstruosos y como viscosa sangre que subía y bajaba. A su vista huyó despavorido y fue a refugiarse en su aposento privado. El señor, después de calmarse un poco, mandó llamar a su *shatammu*, el senescal, y le dijo:

—Aratta se ha convertido realmente en una oveja descarriada, en verdad su camino yace en tierra hostil. Malos presagios se ciernen sobre ella. Desde que la sagrada Inanna entregara la augusta Aratta al señor de Kullab, el mensajero enviado por éste logra hacer, como si fuera un sol naciente, aparentes los significados más nublados. Ahora la sagrada Inanna nos está mirando, así que, oh senescal, ¿adónde podría Aratta escapar de ella?, ¿cuánto tiempo pasará antes de que la mano se ponga sobre la azada otra vez? ¡Vayamos, en lo más penoso de nuestra necesidad, en nuestra extrema hambre a arrastrarnos ante el señor de Kullab!

Aquellas palabras significaban ceder a las exigencias de Enmerkar: la entrega de metales y piedras y la sumisión. Pero cambiando otra vez de idea, el señor de Aratta le confió al mensajero de Kullab unas nuevas palabras para cerrar definitivamente la cuestión. Al igual que un *kunukku*, un gran sello, con su impronta cierra el contenido de un recipiente, así esperaba el señor de Aratta que finalizaría su contencioso con Uruk.

—Mensajero, cuando hayas hablado con tu señor, el señor de Kullab, y comentado sobre ello, dile: «Que el campeón no sea negro, ni blanco, ni marrón, ni gris, ni verde, ni iridiscente, pero ¡que me

dé un campeón! Que mi campeón se enfrente en combate singular con su campeón, y ¡que el más fuerte se haga famoso! ¡Así será conocido quién es más fuerte, si Aratta o Uruk!» ¡Vete y díselo!

Después de que así le hubo hablado, el mensajero salió de Aratta. Anduvo caminando por espinos y cardos, atravesando montañas y sorteando peligros. Por fin llegó al enladrillado de Kullab y, sin tiempo para el reposo, acudió a su rey para transmitirle el mensaje.

El mensajero que venía del País Alto tenía el rostro asustado, como si se hubiera presentado ante él una enorme y silenciosa serpiente. Habló a su rey a borbotones.

Enmerkar, el hijo de Utu, después de oír a su mensajero, alzó el mentón, hizo un rictus con sus labios y se encolerizó. La insolencia del señor de Aratta le había colmado su paciencia. Desde su trono, como el poderoso reventón de un pantano, le dijo a su mensajero:

—Mensajero, descansa un poco, bien te lo mereces; pero vuelve otra vez a Aratta. Y, cuando hayas hablado con el señor de aquella ciudad, cuando hayas comentado sobre ello, dile como respuesta: «Que las ropas no sean negras, ni blancas, ni marrones, ni grises, ni verdes, ni iridiscentes, ¡déjame darle paño sin teñir! Mi campeón, el avisado campeón de Enlil, lo dejará para él como campeón. Dejaré a mi campeón hacer combate singular con su campeón y ¡que el más fuerte se haga famoso!»

Dicho esto, el señor de Kullab, levantando a lo alto el índice de su mano en señal de amenaza, y con el rostro demudado, se calló unos instantes. Enseguida retomó la palabra.

—Mensajero, después de que hayas hablado con él y hayas comentado sobre ello, dile también esto: «Que pase velozmente desde el subterfugio hasta el cuándo. Dicho más claramente, que cese en su táctica evasiva y ponga una fecha para el enfrentamiento de los campeones. Desde su ciudad que los hombres caminen como ovejas y que él les siga como su pastor. En su camino, en las montañas de plata y lapislázuli que recojan para él lo que equivalga, de plata y piedra, a una pila de una vara de alto. Además que traiga

oro, plata y ámbar para Inanna, señora del Eanna, y que todos esos bienes los apilen en la Corte de Aratta antes de traerlos a Uruk.»

El señor de Kullab nuevamente interrumpió sus palabras al llegar a este punto. Sin embargo, a las dos peticiones exigidas, añadió una tercera.

—En tercer lugar, cuando hayas hablado con él y hayas comentado sobre ello, dile: «Que yo no tenga que dispersar a su ciudad como a palomas salvajes de su árbol. Que no tenga que aplastarla como a una ciudad enemiga, que no tenga que valorarla según el precio corriente del mercado para esclavos. Que no tenga que dejar a la doncella del viento, un espíritu maligno, rondarla.»

Tras detenerse un momento, continuó diciendo:

—Cuando venga, después de que haya cargado piedra de montaña, que esté construyendo para mí el Urugal, que haga prístina a Eridu y que el templo Abzu brille y que decore sus cámaras por el exterior con jalbegue. Que haga que su sombra se extienda por todo el país para mí. Para que tú puedas traer de vuelta su promesa, ponle sobre aviso de todo esto.

En aquel día las palabras del señor de Kullab habían sido muchas. Además eran difíciles de retener y su significado no era para sondear. Al ser sus palabras difíciles, el mensajero no fue capaz esta vez de repetirlas de memoria, cuando su señor se las exigió. Como el mensajero, por ser las palabras difíciles y muchas, sería incapaz de transmitirlas verbalmente, el señor de Kullab tomó arcilla con su mano, la alisó y puso por escrito sus palabras en ella a la manera de una tablilla. Mientras que hasta entonces no había habido nadie que pusiera las palabras en la arcilla, ahora, en aquel día, así vino a suceder en realidad. El señor de Kullab puso palabras en arcilla. ¡Así sucedió realmente! ¡Había nacido la escritura!

El mensajero, como un pájaro, estaba batiendo las alas, como un lobo atacando a un gamo, estaba apresurándose para la matanza. Cinco montañas, seis montañas, siete montañas cruzó. Luego, levantando los ojos, vio que se estaba acercando a Aratta. Finalmente, puso el pie en la Corte de aquella ciudad.

El mensajero, en presencia del señor de Aratta, proclamó, como en ocasiones anteriores, la preeminencia de su señor. Y comenzó diciendo las palabras iniciales que sabía de memoria, se las estaba diciendo al señor de Aratta.

—Al ocurrir que tu padre, mi señor, me ha enviado a ti, al ocurrir que el señor de Uruk y de Kullab, me ha enviado a ti...

—¿Qué me importan las palabras de tu señor? —le interrumpió con altanería el señor de Aratta—. ¡Qué me importa lo que dijera a continuación!

—Señor —prosiguió el mensajero—, ¿qué dijo mi rey? ¿Quieres saber qué dijo más? Mi señor, descendiente de Enlil, crecido tan alto como un árbol *gishimmaru*, que es sobresaliente en señorío y majestad, Enmerkar, el hijo de Utu, me ha dado una tablilla. Cuando el señor de Aratta haya mirado la arcilla y comprendido el significado de las palabras que hay en ella y me haya dicho lo que tiene que decirme sobre ella, déjame anunciar tu opinión y mensaje a mi rey, al vástago que lleva una barba de lapislázuli, al que nació de su robusta vaca, en la tierra alta de inmaculados oficios, al que fue criado en el suelo de Aratta, al que fue amamantado con leche de la ubre de una buena vaca, al que es digno del señorío de Kullab, país de los altos cargos sagrados, a Enmerkar, el hijo de Utu, en el recinto del Eanna, en su *giparu*, florido como los brotes de un árbol *mesu*. ¡Déjame informar a mi señor, el señor de Kullab!

Después de que le hubo hablado así, el señor de Aratta tomó en sus manos el pedazo de arcilla del mensajero. El señor de Aratta escrutó la arcilla: nunca había visto nada igual. Las palabras dichas tenían forma de clavo, su estructura estaba grabada. El señor de Aratta siguió mirando el pedazo de arcilla. ¡No salía de su asombro! ¿Qué era aquello?

Sin embargo, he aquí que el hijo de Enlil, de nombre Ishkur, el tronador del cielo y de la tierra, la remolineante tormenta, el gran león, vio aquel día adecuado para fiarse, para enviar lluvias fertilizantes, para ser generoso con los humanos. Las montañas estaban

agitándose, las cordilleras rugían con él. Cuando se encontraron con su pavor y gloria, las cordilleras, empapadas de agua, levantaron sus cabezas llenas de deliciosa vegetación y en los agostados flancos de Aratta, en medio de las montañas, castigadas por la sequía, el trigo llegó a brotar por sí solo, y las viñas también brotaron por sí mismas. Aquel trigo, que había nacido espontáneamente, lo apilaron y lo llevaron hasta donde estaba el señor de Aratta. Lo amontonaron ante él en su Corte.

El señor de Aratta echó una ojeada al trigo y delante de todos sus supervisores se burló del mensajero. El señor de Aratta le dijo a éste:

—De la manera más magnífica, Inanna, reina de todas las tierras, se ha manifestado. Es evidente que no ha abandonado su hogar, Aratta. La diosa no se ha entregado a Uruk, no ha abandonado su casa de lapislázuli, no se ha ido al recinto del Eanna, no ha abandonado a la Montaña de los *me* inmaculados, no ha marchado al templo de Kullab, no se ha entregado al lecho lleno de flores *girin*. Ella no me ha abandonado, no me ha entregado al señor de Uruk y de Kullab. La reina de todas las tierras ha rodeado a Aratta, a derecha e izquierda, como con las aguas contenidas en una poderosa presa.

Dicho aquello, el señor de Aratta le relató brevemente al mensajero los orígenes milagrosos del pueblo de Aratta.

—¡Mensajero, escucha! Los hombres de Aratta son hombres elegidos entre los demás, son hombres a quienes Dumuzi escogió de entre los hombres. Ellos llevan a cabo las órdenes de la sagrada Inanna, son campeones despiertos, esclavos nacidos en la casa de Dumuzi, son verdaderamente excepcionales. Estuvieron en las aguas del Diluvio; pero una vez que pasó aquél, Inanna, la reina de todas las tierras, por su gran amor a Dumuzi, les roció con el agua de la vida, y puso el país bajo su mando.

El mensajero, puesto en antecedentes acerca de los tiempos lejanos de Aratta, retornó rápidamente a Uruk. Le contó a su señor todo lo ocurrido, explayándose especialmente en la milagrosa lluvia de Ishkur, la cual había facilitado trigo a Aratta de un modo inesperado, mágico.

Por su parte, el señor de Kullab, comprendiendo aquella señal divina y viendo que la guerra era una cosa inútil, no dejó de demostrar su sabiduría al enviarle al señor de Aratta a su campeón, cumpliendo con ello las exigencias que se le habían solicitado en tiempos pasados. Este campeón llegó a Aratta llevando en la cabeza un pequeño gorro, de color blanco y negro, que le cubría sólo la coronilla; pero iba vestido con una piel de león. Así había dado solución a la petición de un campeón de ningún color conocido. Su ingenio estaba a la altura del ingenio del señor de Aratta.

Enmerkar, deseoso de metales, lapislázuli y otras piedras preciosas, envió también a Aratta, en señal de paz, a uno de sus músicos favoritos, para que actuara en el templo de Inanna. Sus canciones complacieron a Dumuzi Amaushumgalanna. Las letras y las melodías de aquellas canciones, todas dulces, agradables a los sagrados oídos, fueron enseñadas por el cantante a los músicos de Aratta.

Tiempo después envió, asimismo, a una de sus consejeras, una mujer sabia, ricamente envuelta en un vestido blanco, pintados sus ojos con *khol*, peinados sus lisos cabellos negros, para tratar de buscar una solución a la petición de los materiales que se precisaban en Uruk, Kullab y Eridu. Tras cambiar regalos e impresiones con el señor de Aratta, la mujer sabia, de vuelta a Uruk, acudió ante su señor y le dijo:

—Mi señor, que lleven a Aratta las ovejas con sus corderos, que lleven a Aratta las cabras con sus cabritillos, que lleven a Aratta las vacas con sus terneros, que lleven a Aratta los asnos con sus potrillos. ¿Qué tendrá que decir a eso el señor de Aratta? Pues que talle piedra y que la apile. Cuando hayas hecho al señor de Aratta trocar las piedras con tu riqueza, haz que el País Alto llegue a saber las cosas que deseas. Traerá por ello su oro, su plata, su lapislázuli y sus piedras preciosas.

La mujer sabia, la consejera del señor de Kullab, le continuó diciendo:

—El señor de Aratta debe saber que su riqueza es el estaño y el claro lapislázuli, es su plata, su oro y sus piedras. Debe decírsele: «Enlil te ha dado numerosas riquezas. Haz que tus productos desea-

bles sean conocidos. Un río que no brilla no abunda en agua que fluye, no lleva agua. Que Enlil, el rey de todas las tierras, lo haga brillar en todo su esplendor.»

La mujer sabia le propuso las instrucciones para el trueque de productos con Aratta.

—Mi señor, para comerciar con los encargos de oro, plata y lapislázuli, las gentes de Aratta harán ajustes de valor con los productos que Uruk les pueda dar: variadas frutas, dátiles, trigo, cerveza, carne. Comerciarán con pepitas de metales preciosos y para Inanna, señora del Eanna, los apilarán en montones en el patio del Eanna. Mi señor, ¡ven!, ¡déjame aconsejarte y ojalá que sigas mi consejo! ¡Déjame decirte una palabra y ojalá que la sigas! Cuando estas gentes hayan mostrado los metales de las montañas al país, Aratta manifestará su pujanza, pero también será signo de haber pactado contigo.

Mirando a su señor que había permanecido totalmente en silencio, la consejera finalizó sus palabras diciendo:

—Mi señor, las gentes dirán: «Enmerkar fue capaz de traer oro a nuestra ciudad.» Tú podrás decir: «Cuando hube venido de allí, del País Alto, la reluciente reina me dio mi estado regio. An, el rey del cielo, me dio el señorío. En su ciudad no se habían construido templos, yo los construí. Los ornamenté con nobles metales, los teché con lapislázuli. No se cantaban canciones, yo hice que se cantaran canciones. A lo largo de los días hice que se entonaran cantos.»

Enmerkar miró a los ojos, intensamente negros, de su consejera. La tarde iba declinando, dejando el dios Utu en el horizonte algunos jirones de sus rojizos resplandores. Los templos de Uruk y de Kullab se iban recortando en el cielo a medida que el dios Nanna, personificado en la luna, avanzaba por él.

ENMERKAR Y ENSUHKESHDANNA

Una larga composición sumeria —282 líneas—, catalogada como «zami» y registrada en numerosas tablillas, sin que ninguna de ellas contenga la totalidad del relato, da a conocer otro interesante mito, centrado nueva-

mente en la figura de Enmerkar, el rey de Uruk, a quien el señor de Aratta le disputa la supremacía política, de acuerdo con planteamientos religiosos. Aparte de su innegable interés literario (verdadero poema épico, desarrollado en estrofas) e histórico (luchas mantenidas a comienzos del tercer milenio a.C.), debe remarcarse su contexto religioso (alusión al rito del matrimonio sagrado) con la presencia por primera vez en la historia de dos magos, hombre y mujer: Urgirnunna y Sagburru.

¡Uruk, obra de ladrillo que se alza en la brillante llanura! ¡Kullab, ciudad que ha crecido alta entre el cielo y la tierra! ¡Uruk, cuyo nombre es arco iris, arqueándose en el cielo con un resplandor multicolor! ¡En verdad, estando en el alto cielo como la luna nueva!

Los grandes *me* están construidos lujosamente, la lustrosa montaña fue fundada en un día favorable. Como la luz de la luna está brillando sobre la tierra; como la brillante luz del sol está irradiando sobre la tierra; como la vaca, el cabrito y el ternero están surgiendo, debido a la abundancia.

Uruk: su gloria alcanzaba la tierra alta, su brillantez, que es genuina plata refinada, cubría a Aratta como un vestido, la envolvía como lino.

En aquel momento, el día era «señor», la noche era «soberana», Utu era rey. Vivían, en aquel tiempo pasado, dos personajes. Uno era el ministro del señor de Aratta: su nombre era Ansiggaria. El otro, el ministro de Enmerkar, el señor de Kullab: su nombre era Namennatumma.

Desde ese día, desde esa noche un señor —el señor de Kullab— es él. Un príncipe, desde esos días, es él. Él era un hombre nacido para ser dios. Él era un hombre manifestado como un dios. Con este señor de Uruk y señor de Kullab él —el señor de Aratta— entabló una disputa. El señor de Aratta, Ensuhkeshdanna, entró en ella.

En primer lugar, en lo que respecta a Uruk, el señor de Aratta le dijo a su mensajero:

—Marcha a Uruk y dile a su rey que se me someta. Que el señor de Uruk lleve el yugo. Cuando se me haya sometido, realmente sometido, nuestra situación será ésta: «él puede vivir con la diosa Inanna en el Egar, pero yo viviré con Inanna en el templo Ezagin de Aratta. Él puede estar con ella en la espléndida cama, pero yo estaré en dulce sueño con ella en la cama adornada. Él podrá ver a Inanna por la noche en un sueño, pero yo conversaré con Inanna cara a cara, cuando esté despierta.»

Después de haberle indicado estas instrucciones en las que el señor de Aratta esgrimía prioridades religiosas frente a Uruk, centradas en el matrimonio sagrado, Ensuhkeshdanna siguió diciéndole a su mensajero:

—«Él podrá comer el ganso cebado, pero yo no lo probaré. Yo no mataré al ganso, que seguirá produciendo sus huevos y que me serán traídos en una cesta. No pondré su cría en mi cazuela; tampoco la pareja del ganso servirá para mi olla. En cualquier caso, como no lo voy a matar, el ganso cebado no abandonará la orilla del río. Cuando los *ensi* del país se hayan sometido, entonces comerán conmigo. El señor de Uruk sabe que el comer significa sometimiento, aparte de que comer gansos acarrea mala suerte.»

Éste fue el mensaje que el rey de Aratta le envió a Enmerkar de Uruk.

El mensajero corrió como un carnero salvaje, voló como un halcón, salió de Aratta al amanecer, al atardecer cruzaba las montañas. Como un enjambre al alba, se fue enseguida por el campo abierto; como un enjambre a media noche, llenó el interior de las montañas. Como pértiga él permanece al lado, como un onagro salvaje de Sakkan corre por las montañas, como un grande y poderoso onagro él corrió, se apresuró cual onagro esbelto y ágil que quiere correr. Iba al amanecer como un león suelto en el campo. Corría rápido como un lobo que coge un cordero.

Tras haber arribado a Uruk, acudió a presencia del señor, entrando en el sagrado *gipar*. Ante la majestad del rey de Uruk el mensajero dijo:

—Mi rey me ha enviado ante ti. El señor de Aratta, Ensuhkeshdanna, me ha enviado ante ti. Mi rey ha declarado esto: «Que se me someta. Que el rey de Uruk lleve el yugo. Cuando se me haya sometido, realmente sometido, entonces él puede vivir con la diosa Inanna en el Egar, pero yo viviré con Inanna en el Ezagin de Aratta...»

El mensajero repitió una a una todas las palabras que su rey le había dicho, sin omitir el más mínimo detalle.

Ante aquel mensaje, el señor de Uruk reaccionó.

—Yo no puedo someterme a Aratta, pues el señor de Uruk es su timón, él es su cepo de ancla que se afianza sobre ellos, tiene ascendencia sobre el lugar de sus cimientos. El señor de Uruk es su halcón, que vuela en el cielo, él es su trampa. Además la obra de ladrillo del templo de Aratta es subsidiaria de Uruk.

—Ensuhkeshdanna —continuó diciéndole al mensajero— puede vivir con Inanna en el Ezagin de Aratta, pero a mí la diosa me dejará vivir con ella cuando desde el cielo baje a la tierra. Él puede estar con ella en dulce sueño en la cama adornada, pero yo estaré en la cama espléndida de Inanna, que está llena de puras plantas. En la parte trasera de la cama, en el friso que la decora hay un león *ug* y en el cabecero un león *pirig*. El león *ug* caza al león *pirig*, el león *pirig* caza al león *ug*. El león *ug* está cazando al león *pirig*, el león *pirig* está cazando al león *ug*.

Después de describirle el friso ornamental, el rey de Uruk hizo una clara alusión al matrimonio sagrado tenido con la diosa.

—Dile a tu rey que el día no amanecía y que la noche no acababa de pasar. Yo mismo acompañé a Inanna durante 15 horas dobles. Utu, el sol, no mirará en mi sagrado *mush*, cuando Inanna entre en mi sagrado *gipar*.

—Enlil, la auténtica corona, el cetro de los dioses, Ninurta, el hijo de Enlil, me tuvo en su regazo como el pozo tiene al pellejo de agua. Aruru, la hermana de Enlil, me ofreció su pecho derecho, también me ofreció el izquierdo. Cuando hube subido al templo, la sacerdotisa *nu-gig* gritó como un joven pájaro Anzu; cuando hube subido allí, aunque ella no es un pato joven, ella graznó como uno joven.

Desde la ciudad de su nacimiento, ¿qué ciudad fue construida como una ciudadela? ¡Que Inanna viva en Uruk! En cuanto a Aratta, ¿qué le ocurrirá? ¡Que ella viva en la obra de ladrillo de Kullab! En cuanto a la montaña de los lustrosos *me*, ¿qué se le va a hacer? Durante cinco años, durante diez años, la diosa no irá a Aratta. ¿Cuándo podrá ir ella a Aratta, la gran sagrada dama del templo Eanna?

Los que estaban presentes en aquella recepción, tenida con el mensajero de Aratta, tomaron consejo sobre ello. Los de Uruk comprendieron las palabras de su rey. La diosa no podía ir a Aratta.

Enmerkar, además, añadió a sus palabras anteriores, parte del mensaje que había recibido del señor de Aratta, pero expresado en sentido contrario. Por eso, dirigiéndose al mensajero, le dijo:

—El que no tiene nada no comerá el ganso cebado. Respecto a mí, que la diosa me deje comer el ganso cebado. Yo me comeré el ganso y también sus huevos, traídos en una cesta. Su cría será para mi cazuela, la pareja del ganso será para mi olla. Por supuesto, dado que existe abundancia de gansos y tengo suministro continuo de ellos, el ganso cebado no abandonará la orilla del río. Y cuando los *ensi* del país se hayan sometido, ellos comerán conmigo. Ésa será la señal de mi poderío.

El mensajero de Enmerkar marchó a Aratta. Llegado a ella, acudió de inmediato ante Ensuhkeshdanna. Se acercó al sagrado *gipar*, su muy santo lugar, al muy sagrado lugar donde esta sentado el señor de Aratta.

A la vista de aquellas noticias, Ensuhkeshdanna pidió consejo. Buscó una respuesta. Los ayudantes *ishib*, *lu-mah*, *gudu* y *girsiga* que habitan en el *gipar* se reunieron y tomaron consejo.

—¿Qué le diré a él? —preguntaba el señor de Aratta—. ¿Qué le diré? Al señor de Uruk y señor de Kullab, ¿qué le diré? Su toro arremetió contra mi toro. El toro de Uruk se comportó con arrogancia. Su hombre trajo fuerza contra mi hombre. El hombre de Uruk se comportó con arrogancia, su guerrero arrojó fuerza contra mi guerrero. El guerrero de Uruk arrojó fuerza contra mi guerrero.

Apenas había acabado de hablar, la asamblea, reunida allí, le respondió de inmediato:

—Tú precedes al señor de Uruk. Las grandes hazañas de Enmerkar, el propio Enmerkar se las contó al mensajero. No debías haber dejado que hiciera eso Enmerkar, deberías haberlo hecho tú mismo. Tu corazón deberá entenderlo. Opinamos que debes someterte.

Aquellas palabras no agradaron en absoluto a Ensuhkeshdanna. Como única respuesta dijo:

—¡Que mi ciudad se convierta en un montículo, dejadme convertirme en sus cascotes! ¡Yo nunca me someteré al señor de Uruk, señor también de Kullab!

Después de haber sido destruida la ciudad de Hamazu, un mago, un *masmash*, cuya habilidad era la propia de un hombre natural de aquella ciudad, Urgirnunna, cuya habilidad era la de un hamazita, se fue a vivir a Aratta. Allí se dedicó a practicar la magia en la casa *gipar*, en su cámara interior.

Un día, el ministro Ansiggaria dijo:

—Mi rey, los grandes padres de la ciudad construyeron fundaciones, pero, ¿por qué no levantaron un palacio? ¿Por qué no aconsejaron que se hiciera frente a Uruk? En cuanto a mí, déjame atravesar el canal de Uruk. Déjame que someta a su rey y lo encierre en la celda de Aratta. Deja que mi gran ejército, del Oeste al Este, del mar a la Montaña de los Cedros, lo someta todo. Que el pueblo de Uruk transporte a Aratta sus propias posesiones en barcas y que las aten en el Ezagin de Aratta.

Aquellas palabras hicieron extremadamente feliz al señor de Aratta.

Ensuhkeshdanna dio cinco *minas* de oro al mago; le dio asimismo otras cinco *minas* de plata. Ordenó que le entregaran también finos vegetales para comer, así como buena agua para beber. Tras ello, le dijo:

—Cuando su hombre haya sido hecho prisionero, tu vida, tu actuación resolverá la disputa. Destruye lo que esté en tu mano.

El mago, granjero de las mejores semillas, se encaminó hacia Eresh, la ciudad de la diosa Nisaba. Llegó al gran establo, la casa donde viven las vacas. La vaca al verle en el establo movió su cabeza hacia él. El mago le habló a la vaca. Conversó con ella como si fuera un ser humano:

—Oh, vaca, ¿quién se come tu crema? ¿Quién se bebe tu leche?

La vaca le respondió:

—Nisaba se come mi crema, Nisaba se bebe mi leche. Mi queso, que está bien hecho para el sagrado *mush*, está colocado como se debe en la gran sede, la sede de Nisaba. Traerán mi crema del sagrado establo para el señor, traerán también mi leche del sagrado aprisco para el señor.

La fiel vaca salvaje Nisaba, la primogénita de Enlil, no dejaba levantarse al hombre.

—¡Vaca —dijo el mago, lanzando un conjuro—, que tu crema vaya a tu cuerno, que tu leche vaya a tu lomo!

Y en virtud de la magia, la crema de la vaca fue a su cuerno y la leche a su lomo.

Luego, el mago marchó al aprisco de las ovejas, al aprisco de Nisaba. La cabra al verle movió su cabeza hacia él. El mago le habló a la cabra. Conversó con ella como si fuera un ser humano:

—Oh, cabra, ¿quién se come tu crema? ¿Quién se bebe tu leche?

La cabra le respondió:

—Nisaba se come mi crema, Nisaba se bebe mi leche...

La cabra repitió las mismas palabras que antes había dicho la vaca. Y el mago, asimismo, le lanzó un conjuro.

Aquel día, el mago convirtió el establo y el aprisco en una casa de silencio, provocó la ruina. No había leche en la ubre de la vaca: el día se oscureció para el ternero; el ternerillo estaba hambriento, lloraba amargamente. No había tampoco leche en la ubre de la cabra: el cabritillo lloraba amargamente. El cabritillo y su cabra estaban tumbados, muriéndose de hambre, su vida se apagaba.

La vaca habló amargamente a su ternero; hizo lo propio la cabra a su cabritillo. La sagrada mantequera estaba vacía. Establo y aprisco estaban hambrientos, se estaban muriendo de hambre. Ese día el mago convirtió establo y aprisco en una casa de silencio. Causó su ruina.

El vaquero soltó su bastón y agitó su cabeza. El pastor colgó su cayado a su costado y lloró amargamente. El pastor joven no acudió al aprisco, el vaquero se alejó del establo. Su lechero no gritó, sino que marchó hacia un camino desconocido.

Dos rabadanes —un vaquero y un ovejero— de Nisaba, hijos nacidos de una madre, criados en el establo y el aprisco, llamados, el primero, Mashgula, y el segundo, Uredinna, se hallaban agazapados entre la basura de sus rediles. Ambos, ante la gran puerta de aquel dios, frente a Utu, el sol naciente, el lugar admirado del país, acudieron a pedir ayuda.

El mago, el hombre venido de Aratta, entró en el establo. Hizo escasa la leche allí: el ternerillo no podía conseguir nada. En el establo y en el aprisco ejecutó sus artes: hizo que escasearan la crema y la leche. Arrojando, adecuadamente, su talismán, causó la ruina. El día se oscureció.

Poco después, y gracias a Shamash, el dios de la justicia, se materializó una anciana mujer, la cual se acercó al mago. Ambos, mago y mujer —que también era maga—, se examinaron, se estudiaron largamente. Tras ello se volvieron hacia Eresh; sin duda las aguas del Éufrates, el río de los dioses, serían las adecuadas para medir sus fuerzas. Por ello, se encaminaron a la ciudad, cuyo destino había sido decretado por An y Enlil.

La anciana mujer, de nombre Sagburru, y el mago Urgirnunna intentaron demostrar la una al otro su propia superioridad.

Los dos lanzaron su talismán, su *nun*, al río. El mago sacó una carpa gigante del agua, la anciana Sagburru sacó un águila del agua. El águila cogió la carpa gigante y se escapó a la montaña.

Por segunda vez lanzaron su talismán al río. El mago sacó una oveja y su cordero del agua, la anciana Sagburru sacó un lobo del agua. El lobo agarró a la oveja y la arrastró a la ancha estepa.

Por tercera vez lanzaron su talismán al río. El mago sacó una vaca y su ternero del agua, la anciana Sagburru sacó un león del agua. El león agarró a la vaca y su ternero y huyó al cañaveral.

Por cuarta vez lanzaron su talismán al río. El mago sacó un íbice y una oveja salvaje del agua, la anciana Sagburru sacó un leopardo del agua. El leopardo agarró al íbice y a la oveja salvaje y se escapó a la montaña.

Por quinta vez lanzaron su talismán al río. El mago sacó una pequeña gacela del agua, la anciana Sagburru sacó un tigre y un león del agua. El tigre y el león cogieron a la pequeña gacela y se escaparon a los bosques.

Visto todo aquello, el rostro del mago se oscureció: su mente se quedó confundida. La anciana Sagburru le dijo:

—Mago, quizá tienes poder mágico; pero, ¿dónde está tu poder? ¿Cómo pudiste haber ido a Eresh, la ciudad de Nisaba, la ciudad cuyo destino fue decretado por An y Enlil, la ciudad primordial, la amada ciudad de la diosa Ninlil, a hacer tu magia? Has ido sin mi consentimiento, conozco tu audacia, has entristecido a Eresh.

El mago rogó humildemente, imploró a la maga diciéndole:

—Libérame, hermana mía, libérame. Déjame volver en paz a mi ciudad. Déjame escapar a Aratta, la montaña de los lustrosos *me*. Déjame propagar tu grandeza por todas las tierras. Déjame cantar tu alabanza en Aratta, la montaña de los lustrosos *me*.

La anciana Sagburru le respondió:

—En el establo y en el aprisco ejecutaste tu arte, hiciste escasas la crema y la leche. Has quitado la mesa de comer, tanto la de la mañana como la del atardecer. Interrumpiste la crema y la leche de la comida del atardecer de la gran sede. Practicaste lo prohibido. Tu pecado es que no trajiste crema y leche del establo y del aprisco. Nanna, el rey, logrará que el establo y el aprisco den nuevamente leche. Él nombra el delito, lo castiga, pero también otorga la vida.

Dichas estas palabras, la anciana Sagburru, arrojó su talismán contra el mago. Luego, lanzó su cadáver, tras haberle cogido su fuerza vital, a las aguas del Éufrates. Después, se volvió a Eresh.

Ensuhkeshdanna, habiendo oído aquel hecho, envió a un hombre a Enmerkar, diciendo:

—Eres el amado señor de Inanna, tú sólo eres glorificado. Inanna, verdaderamente, te ha elegido para su sagrado regazo. Tú eres su amado. Tú eres su gran señor, del Oeste al Este. Estoy subordinado a ti. Desde el momento de la concepción yo no fui tu igual. Tú eres el gran hermano. Nunca podré igualarte.

En la disputa entre Enmerkar y Ensuhkeshdanna, Enmerkar fue superior a Ensuhkeshdanna ¡Que la diosa Nisaba sea alabada!

LUGALBANDA Y EL PÁJARO DEL TRUENO

Un poema sumerio de algo más de 400 líneas de extensión —con pequeñas lagunas y pasajes de oscura comprensión— se centra en la figura del héroe Lugalbanda, que viviendo en un lejano país desea retornar cuanto antes a su querida ciudad de Uruk. Para ello deberá ganarse la amistad del temible Pájaro del Trueno, Imdugud. El relato recoge también interesantes referencias históricas centradas en la presencia de los semitas martu *que asolaban el centro y el sur de Mesopotamia. La ayuda de la diosa Inanna hará posible su expulsión.*

Lugalbanda, el héroe de Uruk, caminaba por las montañas, por regiones lejanas. Caminaba por las colinas Sabum. Ninguna madre vivía con él, ni le instruía, ningún padre vivía con él, por ello no discutía las cosas con él, ningún conocido vivía con él, ningún amigo íntimo decidía qué hacer. Por ello, ante su soledad, en su propio corazón concibió un plan.

He aquí lo que se dijo mentalmente:

—«Cuando Imdugud, el Pájaro del Trueno, haya observado sus propiedades, cuando haya abrazado a su mujer, cuando haya hecho

que su mujer y su polluelo se sienten a un festín, y haya traído de sus colinas a Anna, la reina del consejo, esto es, a Ninhursag, que entonces la capaz mujer, que reúne todos los requisitos para ser una matriarca, escancie su bebida. Anna, cuya vasija de fabricar cerveza es de claro lapislázuli y su jarro para servirse es de plata *mesu* y de oro, es, en verdad, la diosa ideal para lo que me propongo.»

Tras cerrar sus ojos unos instantes, prosiguió con sus pensamientos:

—«¿Y qué me propongo? Bien. Su presencia cerca de la cerveza significa deleite, y el hecho de sentarse tras servir la mesa equivale a alegría y charla. Además, que Ninkasi, la "diosa de la boca llena", la titular de la bebida, envíe desde el barril a su copero, que no se cansa de caminar llevando cerveza, y que deje que haya un lugar apropiado para servirse. Que así, el Pájaro del Trueno, habiendo bebido cerveza y sintiéndose expansivo y alegre, me revele adónde se ha ido el ejército de Uruk. ¡Que el Pájaro del Trueno, Imdugud, recuerde la ruta de mis hermanos!»

En aquellos días el noble «árbol de águila» del dios Enki, colocado como una nube de tormenta sobre las colinas de pura cornalina —adorno de los ojos de Inanna—, árbol como una quijada que lleva púas, hizo que su sombra cubriera las alturas montañosas como una paño, las velara como una sábana de lino. Sus raíces, como nobles serpientes, las había hincado el dios en el centro del lecho del Río de Siete bocas, localizado en las montañas por donde sale Utu, el dios sol. A sus lados, en la parte de las montañas en donde no crecen los cedros *hashur*, no se arrastraban serpientes, no correteaba el escorpión, en su centro el llamado «pájaro oso» había puesto un nido y en él sus huevos. A su lado, el Pájaro del Trueno había situado también su nido, había hecho que su polluelo estuviera en él. La madera de aquel nido era de junípero y de boj. Había convertido aquellas ramas en un seguro refugio para su cría.

Al romper el día, cuando el Pájaro había hecho densas a las nubes, cuando el Pájaro del Trueno hubo rugido al naciente sol, el suelo, en la calma de las montañas, estuvo reverberando una y otra

vez su rugido. Hizo que los bueyes salvajes, por miedo a las garras envenenadas del águila, acudieran galopando a la base de las montañas, hizo que las cabras montesas, por miedo a aquellas garras, vinieran triscando desesperadamente a sus montañas. Era evidente que el Pájaro del Trueno se disponía a cazar.

Lugalbanda era muy sabio y profundo, también en lo práctico. Así que, tomando todas sus provisiones que había traído consigo, las extendió en el suelo. A la manteca del aceite primigenio, con la que se elaboran los dulces de los dioses, él añadió más manteca y harina. Añadió miel a aquel dulce. Después de amasarlo todo, lo colocó ante el polluelo, la cría del Pájaro del Trueno. Asimismo, la alimentó con carne seca y salada, la alimentó con cordero salado y puso pan al alcance de su pico. Hizo que la cría del Pájaro del Trueno se tumbara en su nido; luego, le embelleció sus ojos con *khol*, clavó ramitas de cedro blanco en su pico y le puso grasa sacada de la carne salada en su cabeza. Tras ello Lugalbanda salió del nido del Pájaro del Trueno y lo fue a esperar en un lugar de la montaña en donde no crecen los cedros *hashur*.

Mientras tanto, el Pájaro había estado cazando. Había hundido sus grandes y afilados dientes —al tener cabeza de león, sus dientes eran, lógicamente, de felino— en los bueyes salvajes de las montañas. Sí, el Pájaro del Trueno había hundido sus grandes y afilados dientes en los bueyes de las montañas. Al buey salvaje, todavía vivo, lo cargaba en sus zarpas, al buey ya muerto lo colgaba de su cuello. Nada menos que diez *kor* de agua, vertía en su vasija de barro.

Cuando el Pájaro del Trueno, a su regreso, hubo rugido por primera vez a su nido, ¡la cría no le respondió desde el nido! Por segunda vez el Pájaro rugió a su nido. Y su cría tampoco dio la menor señal. Siempre, hasta aquel momento, cuando el Pájaro rugía a su nido, la cría respondía desde él. Ahora, cuando el Pájaro hubo rugido, ¡su cría no le respondió desde el nido!

El Pájaro del Trueno comenzó un lamento, lamento que incluso llegó al cielo. Su mujer clamó desgracia, sus gritos bajaron hasta lo más profundo. Ante la desgracia del Pájaro, que clamaba, y el

comienzo del lamento de su mujer, los Anunnaki, los dioses de las cordilleras, se fueron corriendo veloces, y como hormigas, se metieron en las grietas del suelo.

El Pájaro del Trueno dijo a su mujer:

—En verdad, el miedo arde en mi nido. Arde como el anillo alrededor del dios Nanna, anillo que es causa de grandes temores. En verdad, al igual que los eclipses del dios luna Nanna, mi nido está ardiendo de miedo. En verdad, está lleno de terror como lo está una manada al ser atacada por los leones de las montañas. ¿Quién querría secuestrar a mi cría de su nido? ¿Quién querría secuestrar a un pequeño Pájaro del Trueno de su nido?

Sin embargo, cuando el Pájaro del Trueno volvió a su nido, cuando penetró en él, vio que el nido había sido tratado como si fuera un lugar en donde viviera un dios. Quedó, como no podía ser menos, encantado. Su cría estaba en el nido, habían pintado *khol* alrededor de sus ojos, embelleciéndolos, habían clavado ramitas de cedro blanco en el pico, habían puesto grasa sacada de carne salada en su cabeza.

El Pájaro se glorificó y se alabó a sí mismo. Alabándose se dijo:

—«Soy el príncipe que toma las decisiones en el río Tigris, soy el vidente para los justos que consultan a Enlil, el Gran Monte, el dios de los destinos. Mi padre Enlil me trajo, me hizo cerrar con llave una gran puerta en la cara de las montañas. Cuando he tomado una decisión, ¿quién podría cambiarla? Cuando he dictado un decreto, ¿quién podría transgredirlo?»

Luego, en señal de agradecimiento, se dirigió al ser que se hubo portado tan excelentemente con su polluelo.

—¡Oh, tú que así has tratado a mi nido! Si eres un dios, déjame hablar contigo. Con gusto te convertiría en mi compañero. Si fueras un humano, déjame decretarte un nuevo estado. No te dejaré que tengas oponente en las montañas. ¡Y, además, te convertirás en un príncipe con el poder del Pájaro del Trueno!

Lugalbanda hizo acto de presencia. En parte por reverencia, en parte por gozo del corazón, honró y alabó al Pájaro del Trueno. Haciendo uso de la palabra le dijo:

—¡Oh Pájaro, amarillo de zarpa y muslo, nacido entre las islas! ¡Pájaro del Trueno, amarillo de zarpa y muslo, nacido entre las islas, jugando a bañarte en los marjales! Tu antepasado, oh Dingirhalhala, «dios del río Tigris», dispuso los cielos listos para tu mano, colocó la tierra a tus pies. Cuando tus plumas de vuelo extienden una red en lo alto y abajo se adelantan tus garras aterradoras, plumas y garras hacen que los toros salvajes y las vacas salvajes de las montañas se recuesten en sus guaridas para protegerse. En cuanto a tu espalda, debo decirte que es como una auténtica tablilla toda inscrita; en lo que respecta a tus costillas eres como un auténtico dios-serpiente multicolor; por tu profundo corazón eres como una verde huerta impenetrable, que está ahí para ser admirada.

Después de deshacerse en aquellos elogios, Lugalbanda, admirando la impresionante figura del Pájaro, le justificó el motivo de sus atenciones para con el polluelo.

—Pájaro Imdugud, desde ayer para salvar mi vida he llegado hasta ti, ¡me he unido a ti! Te pido que tu esposa sea mi madre, que tú seas mi padre. ¡Con gusto haría a tu cría ser parte de mis hermanos! Desde ayer te he estado esperando en un lugar de la montaña en el que no crecen los cedros *hashur*. ¡Que tu esposa esté a mi lado en mi problema! ¡Déjame exponerte mi problema! ¡Déjame confiarte mis circunstancias!

El Pájaro, sin ya motivar terror, se alegró por Lugalbanda. Y, apaciguado, mirándole benévolamente, dijo al sagrado Lugalbanda:

—¡Ven, mi Lugalbanda! Como una barca cargada de judías, como una barca llena de cebada, como una barca que ha de descargar manzanas, como una barca rebosante de pepinos, cubierta con un toldo, como una barca procedente de un lugar de cosecha, cargada de encanto, avanza orgullosamente hasta Kullab, construido de ladrillo.

Pero Lugalbanda, siendo un hombre que sería amado por sus descendientes, no iba tras aquello.

Viendo el Pájaro del Trueno que los presentes ofrecidos no los deseaba Lugalbanda, le habló de esta otra manera:

—Al igual que el dios Shara, asistente muy querido por Inanna, envía sus rayos, envía tú tus flechas de punta de pedernal, como los rayos de luna. Que una flecha de punta de pedernal, al alcanzar a un hombre, se convierta en un basilisco totalmente letal. Como al alcanzar un pez con el hacha, que la flecha sea afilada como la punta de un hacha.

Pero Lugalbanda, siendo un hombre que sería amado por sus descendientes, no iba tras aquello. Seguía sin articular palabra, mirando fijamente al Pájaro del Trueno. Éste le volvió a hablar:

—Que Ninurta, el hijo de Enlil, cubra tu frente con el casco «León de la batalla», que asegure en torno a tu pecho el protector pectoral que no deja al pecho dar la vuelta y huir a las grandes montañas. Cuando hayas blandido la red de guerra en la montaña, que la red no se suelte. Si vas a una ciudad que la ciudad se postre ante ti.

Pero Lugalbanda, siendo un hombre que sería amado por sus descendientes, no iba tras aquello. El Pájaro del Trueno volvió a hablar:

—Lugalbanda, lugares de exuberante vegetación, donde ramonean pingües ovejas, te darán mantequilla, lugares de exuberante vegetación, donde pastan espléndidos bóvidos, te darán la crema de la abundancia de las sagradas mantequerías de Dumuzi.

Pero Lugalbanda, siendo un hombre que sería amado por sus descendientes, no iba tras aquello. Como un dulce y tímido pájaro *kip*, como un pájaro *kip*, trinando y volando velozmente sobre el marjal, Lugalbanda dio una respuesta a las sugerentes promesas efectuadas por el Pájaro.

—¡No! ¡No quiero lo que me ofreces! No quiero ni riquezas, ni armas de asalto y de defensa, ni una vida placentera. A pesar de que las generaciones futuras me agradecerían haber aceptado todo ello, pues les habría facilitado abundancia, seguridad y comodidad, yo prefiero otra cosa. Deseo volver junto a mi ejército, regresar luego a mi ciudad. ¡No quiero permanecer en las colinas de Sabum!

El Pájaro del Trueno prestó oídos a Lugalbanda. Una vez escuchada la petición del héroe de Uruk, el Pájaro del Trueno le dijo al sagrado Lugalbanda:

—Ven, mi Lugalbanda. Según el deseo de tu corazón, que así sea. Al ocurrir que el buey que carga el yugo debe seguir el rastro del surco, dado que el asno que trota debe tomar el camino recto, déjame estar a tu lado en todos los asuntos, déjame decretarte el destino que llevas en tu corazón.

El sagrado Lugalbanda le contestó:

—Que el poder correr esté en mis lomos, que no me canse de ello, que la fuerza esté en mis pies y que yo, al igual que un pájaro de poderosas alas, pueda correr velozmente. ¡Déjame extender bien mis alas y que las alas no se lastimen! Yendo como un viento de tormenta, como Inanna, como la tormenta séptuple de Ishkur, déjame alzarme como el fuego, relucir como el relámpago, déjame ir con ojos abiertos, déjame poner mi pie donde están mis ojos, déjame encontrarme con lo que tengo más cerca del corazón y déjame también desatarme los zapatos donde mi corazón dé cuenta para ello. Déjame descansar cuando tenga ganas. ¡Pero haz que regrese junto a mis hombres!

Tras decirle cuántas ganas tenía de reunirse con sus hermanos y camaradas, Lugalbanda precisó:

—Además, en el día que tenga que entrar en mi ciudad, en Kullab, un sector de la populosa Uruk, que ese día no sea feliz para aquél a quien yo maldije. Y que, aquél con quien me peleé, no se atreva a decir: «¡Que venga!» Eso sería una demostración de mi fracaso.

Dicho aquello, volvió a alabar al Pájaro del Trueno y a testimoniarle, como acción de gracias, unas promesas.

—Cuando haya creado tus estatuas en forma de hombre joven —dijo Lugalbanda—, y no de pájaro, y te muestres ante gentes que las observen, ¡que tu fama se haga manifiesta en Sumer, para que las mismas sean situadas en los templos de los grandes dioses!

El Pájaro del Trueno respondió al sagrado Lugalbanda:

—Que el poder correr esté en tus lomos, que no te canses de ello, ¡que la fuerza esté en tus alas! Que se cumpla todo lo que deseas. ¡Ah! Y en el día que tengas que entrar en Kullab que aquél a quien maldijiste no lo disfrute y que aquél con quien te pe-

leaste no ose decir de ti: «¡Que venga!» Y cuando hayas hecho mi retrato con nitidez y colocado como estatuas para ser admirado, mi fama hará una espléndida aparición en Sumer y serán, como corresponde, situadas en los templos de los grandes dioses. ¡Hágase así!

El Pájaro, después de repetir las palabras, una por una, tal como las había enumerado Lugalbanda, finalizó su alocución diciendo:

—Lugalbanda, que para ti las resecas tierras se rompan espontáneamente como si los pisaran zapatos y que las profundas aguas del Éufrates, como si fueran una simple zanja, traten gentilmente a tus pies y a tus piernas.

Concedida la petición que le había hecho Lugalbanda, el Pájaro del Trueno se dio a la tarea de que Lugalbanda arribara sin novedad junto a su tropa.

Viajando, pues, el héroe, sin sus provisiones de viaje, que había dejado en el nido para alimento y adorno del polluelo, sólo echó mano de su arma. Por arriba, en lo alto, volaba el Pájaro del Trueno, por abajo iba Lugalbanda. Desde arriba el Pájaro con sus ojos vio a las tropas de Uruk; desde abajo, Lugalbanda, fijando sus ojos en el horizonte, vio el polvo levantado por sus hombres.

El Pájaro del Trueno, con su poderosa y resonante voz, dijo al sagrado Lugalbanda desde el aire:

—Ven, mi Lugalbanda, déjame aconsejarte, déjame decirte una palabra. ¡Préstame atención a esto! Lo que te he dicho, las cualidades que he decretado para ti, no deberías mencionarlas a tus camaradas, no deberías mostrárselas a tus hermanos. Hacer un favor es llamar al mal en su corazón. En verdad, así es. Un favor hecho a otra persona hará que otros la envidien. Me marcharé a mi nido. ¡Tú, vete con tus tropas!

El Pájaro se apresuró a su nido. Lugalbanda dirigió sus pasos adonde estaban sus camaradas. Como un pájaro *u* que emerge de un prístino cañaveral, como una criatura *lahamu* saliendo del Abzu, como un hombre sacado del cielo y puesto sobre la tierra, caminó Lugalbanda hasta el centro de la falange formada por sus herma-

nos. Éstos, al verle, lanzaron exclamación tras exclamación. Sus hermanos le agotaron a preguntas:

—Vamos, Lugalbanda, desde que las tropas, desde que nosotros te dejamos como un hombre muerto a causa de las heridas de la batalla, desde que te dejamos con provisiones para unos pocos días, ¿cómo fuiste capaz de caminar hasta aquí, atravesando las grandes colinas, donde un hombre solo no debe caminar, de donde tal hombre no regresa junto a sus hombres?

Sus hermanos, las tropas de Uruk no comprendían cómo había podido escapar a una muerte segura. De hecho, lo habían dejado a su suerte, como si ya estuviese muerto. De nuevo sus camaradas le agotaron a preguntas:

—De los ríos de las montañas, madres de la abundancia por sus aguas, al ocurrir que todos su márgenes están distantes de donde corre el agua, a causa de la escabrosidad del terreno, dinos: ¿cómo bebiste de sus aguas? ¿Cómo la sacaste?

El sagrado Lugalbanda les contestó:

—Bebí el agua de los ríos de las montañas, madres de la abundancia, a pesar de que todos sus márgenes estuvieran separados de donde está el agua. La pude beber tras descansar en el suelo sobre mi espalda. Bebí el agua como si la sacara de un pellejo de vino. Además, aullé como un lobo, comí hierba. Piqué cosas del suelo como una tórtola, comí las bellotas de la montaña.

Lugalbanda —¡era evidente!— no quería contar nada a sus camaradas. Deseaba seguir el consejo del Pájaro del Trueno. Hablaba de modo inconexo, a fin de que los que le preguntaban pensasen que estaba desvariando en fantasías provocadas por la fiebre que, sin duda, le habría atacado después de haber sido herido y dejado en la montaña.

Sin embargo, los hermanos y camaradas de Lugalbanda rechazaron lo que él les dijo. Se apiñaron como gorriones ante las nubes de tormenta que está en ciernes, y como la cría del pájaro *gamgam* que está en su nido, le alimentaron y le dieron de beber. Lograron que la enfermedad del sagrado Lugalbanda le abandonara, desapareciera.

Ese día, como un solo hombre alcanzaron la retaguardia de las tropas de Uruk que estaban sitiando Aratta. Cual serpiente que atraviesa una pila de grano, cruzaron por las colinas, pero cuando ya estaban vislumbrando la ciudad, tanto los de Uruk como los de Kullab se echaron boca abajo, acamparon junto al foso y las murallas del campo de Aratta. Desde aquella ciudad los dardos caían como la lluvia y de las murallas de Aratta venían resonando los proyectiles de arcilla, lanzados con hondas, como el granizo en primavera.

Pasaron los días, los meses se alargaron, el año regresó a su madre. Una cosecha amarillenta estaba a punto de madurar bajo el cielo, en los campos la superficie se había vuelto malsana, el barro se pegaba a la piel, los proyectiles de arcilla, como el granizo, habían aterrizado en los caminos, el espino de las montañas se había enmarañado, y los basiliscos se empujaban unos a otros. Ningún hombre sabía cómo ir a la ciudad, ni era capaz de abrirse camino para ir a Kullab.

En medio de aquella situación, Enmerkar, hijo de Utu, el dios sol, se sintió asfixiado, se puso nervioso a causa del ruido de las piedras que eran arrojadas a sus tropas. Apenado ante el cariz de la lucha, sin resultados positivos a pesar de haber sitiado a Aratta durante todo un año, empezó a buscar a un hombre que pudiera enviar de vuelta a la ciudad, empezó a buscar a un hombre que pudiera mandarlo a Kullab para llevar un mensaje a la diosa Inanna. Pero ningún hombre le dijo: «¡Déjame ir a la ciudad! ¡Déjame ir a Kullab!» Llamó a las huestes de las ciudades independientes, ciudades que reconocían la superioridad de Enmerkar, pero ninguno de aquellos mercenarios le dijo: «¡Déjame ir a la ciudad! ¡Déjame ir a Kullab!»

Viendo aquello llamó a la falange, a los hombres vigorosos. Pero ningún hombre se aprestó a sus deseos. Tan sólo Lugalbanda se levantó de entre la gente y le dijo a Enmerkar:

—Mi rey, déjame ir a la ciudad. Que ningún hombre venga conmigo, déjame ir solo a Kullab. Que nadie venga conmigo.

El rey le respondió:

—Si quieres ir a la ciudad y que ningún hombre vaya contigo, jura por el aliento de la vida del cielo, jura por el aliento de la vida de la tierra. ¡Que los grandes *me* divinos de Kullab jamás escapen de tu mano!

Enmerkar, yendo directamente desde la asamblea de las tropas, que había sido convocada para solicitar que un hombre fuera a Kullab, a la gigantesca tienda de campaña, espléndida como un palacio, tienda que descansaba como una gran montaña en el suelo, Enmerkar, sí, el hijo de Utu, elevó duras palabras a la diosa Inanna. Dijo en voz alta:

—En su momento y lugar mi noble hermana, la sagrada Inanna, en verdad, me imaginó en su sagrado corazón desde la cima de la montaña y en verdad me hizo entrar en Kullab, construido de ladrillo, y en Uruk, lugar que, aunque pantanoso, tiene aguas que fluyen, aunque tierra seca, le crecen los álamos del Éufrates, aunque cañaveral, le crecen cañas jóvenes y viejas. Enki, el dios del fundamento y el dueño de Eridu, hizo que se eliminaran para mí ciertamente sus viejas cañas, hizo que se liberaran para mí sus aguas fecundantes. En 50 años yo, en verdad, he edificado en Eridu, en 50 años, lo he completado con hermosos templos. Verdaderamente, en los confines de Sumer y Akkad los nómadas *martu*, que no conocen el grano, han hecho acto de presencia, se han alzado. Mas las murallas de la ciudad de Uruk yacen extendidas, cual una red para atrapar pájaros en la estepa. Y sin embargo, ahora, aquí, mi deseo ha muerto, mi potencia ha sido disminuida. Ciertamente, mis tropas confían todavía en mí, están unidas a mí como una vaca atada a su ternero.

Tras estas palabras, elevadas a Inanna, y que reflejaban el temor del rey Enmerkar de ser derrotado no sólo en tierras de Aratta, sino también en su propia ciudad, desguarnecida de sus poderosas murallas y amenazada por las correrías de los beduinos, el soberano de Uruk y de Kullab, dirigiéndose ahora al héroe Lugalbanda le dijo:

—¡Escucha, Lugalbanda! Habiendo dejado la ciudad como un niño que odia a su madre, mi noble hermana, la sagrada Inanna,

vino errabunda hasta mí, hasta Kullab, construida de ladrillos. Si realmente ella ama a su ciudad, seguramente debe odiarme. ¿Por qué, entonces, une mi suerte con la de la ciudad? Si realmente odia a su ciudad, debe seguramente amarme. ¿Por qué, entonces, une mi suerte con la de la ciudad? Cuando, por sí sola, la sagrada diosa que me ha echado de su sagrado lado, como hace el Pájaro del Trueno con su cría una vez que las alas están totalmente crecidas, que me ha abandonado solo en medio del país enemigo, quiera concederme el retorno de nuevo a Kullab, en ese día ella se puede llevar mi lanza, en ese día puede poner a descansar mi escudo. Así, pues, ¡dile esto a mi noble hermana, la sagrada Inanna!

Recibidas estas órdenes, Lugalbanda se alejó de la gigantesca tienda de campaña, pero sus hermanos y camaradas le gruñeron, como si fuera un perro extraño que hace una intrusión entre perros, como a un potro extraño que hace una incursión entre potros. Palabras como púas se levantaron ante él.

—¿Cómo has podido decir al señor?: «Envíame de vuelta a ella, envíame a Uruk.» A Enmerkar, el hijo de Utu, ¿cómo le has podido decir?: «Déjame ir solo a Kullab y que ningún hombre vaya conmigo.» Nunca, estando solo, podrías sobrevivir en el camino. Con nuestro benevolente espíritu guardián, que nos protege a cada uno de nosotros, y que no debería salir de aquí sin ti y con nuestra benevolente diosa tutelar, que no debería alejarse de aquí sin ti, dado que tú no te irás de aquí con ellos lejos de donde caminamos y como tú no te sentarás por ahí con ellos lejos de donde nos sentamos, vamos a echarlos.

Después de reprocharle así a Lugalbanda su deseo de acudir a Kullab, manifestando también el miedo que tenían de que sus espíritus protectores les pudieran abandonar a ellos para seguir a Lugalbanda y proteger tan sólo a éste, los hermanos y camaradas, sintiendo, sin embargo, pena por las nuevas fatigas que habría de soportar el héroe, le continuaron diciendo:

—Lo mismo que un hombre solo no debe caminar por las grandes cordilleras, pues tal hombre no ha de retornar a vivir entre los

suyos debido a los innumerables peligros, ¡tú nunca volverás! ¡No te atrevas a ir!

Al amanecer de un día, cuando se vislumbraba el alba recortada en las montañas, cuando en las ciudades las gentes todavía no tenían que levantarse, Lugalbanda partió para Kullab. A pesar de los reproches que se le habían efectuado, los corazones de sus hermanos lloraban sonoramente, los corazones de sus camaradas se sentían golpeados por el dolor.

Lugalbanda se encaminó sin provisiones para el largo viaje, sólo echó mano de su arma. En su camino hacia el país de Sumer cruzó por las bases de las montañas, por las laderas de las montañas, anduvo por mesetas, desde una a otra punta de Anshan. Atravesó cinco montañas, seis montañas, siete montañas. Por fin, hacia la medianoche, antes de que Inanna se hubiera acercado a su sagrada mesa, repleta de ricos manjares, el héroe puso felizmente el pie en Kullab, construida de ladrillos.

Llegado allí, su señora, la sagrada Inanna, motivada por su alegre corazón, le hizo venir ante ella. Él se inclinó, se postró ante ella y al igual que la diosa mira a su pastor Amaushumgalanna, ahora miraba así al sagrado Lugalbanda. Como ella habla a su asistente Shara, le hablaba así también al sagrado Lugalbanda.

—Ven, mi Lugalbanda, ¿por qué has traído instrucciones de la ciudad y cómo fuiste capaz de venir totalmente solo desde Aratta?

El sagrado Lugalbanda le contestó diciendo:

—Tu hermano, Enmerkar, hijo de Utu, dijo: «En su momento y lugar mi noble hermana, la sagrada Inanna, en verdad, me imaginó en su sagrado corazón desde la cima de la montaña y me hizo entrar en Kullab, construida de ladrillos...»

Lugalbanda fue repitiendo una a una las palabras de Enmerkar, tanto las que había dirigido a su hermana Inanna, como a él.

—¡Sí, Inanna! Mi señor Enmerkar tiene miedo por la presencia de los nómadas *martu*. Uruk y Kullab podrían ser vencidas por esa horda incivilizada que no sabe comer pan. Además, el ejército lo tiene en la lejana Aratta. La ha asediado durante un año sin éxito. Mi rey, señora mía, está desmoralizado; sin embargo las

tropas todavía confían en él. ¡Precisa de tu ayuda para rendir a Aratta!

La sagrada Inanna le respondió:

—Escucha lo que tengo que decirte. Ahora mismo, en el canal que riega surcos y praderas, en el brillante canal que se parece al «río de agua diáfana» de Inanna, se están alimentando las carpas con la «planta de la miel», y los peces *kin-tur* se están nutriendo con la «hierba de roble» que viene de las montañas. Entre ellos, el pez *urinu*, dios tutelar de la carpa, está jugando feliz, moviendo su cola. Con su cola escamosa, yace anclado entre los viejos juncos y cañaverales. Todos los tamariscos que allí crecen beben agua de su marjal, pero un tamarisco está solo, se alza aparte solo. Cuando Enmerkar, hijo de Utu, haya talado ese tamarisco y lo haya convertido en una artesa, cuando haya arrancado las viejas cañas de su tocón y las haya tomado en la mano y haya hecho al pez *urinu* salir de entre ellas, haya cogido a ese pez, lo haya cocinado, lo haya probado y lo haya dado de comer al estandarte Aankara, el brazo de batalla de Inanna, mi emblema y garantía de mi ayuda, entonces que sus tropas lo prueben también. Que coman del pez. Con total seguridad, mi estandarte habrá dado fin a lo que es el mismo aliento de vida de Aratta.

Habiendo regresado Lugalbanda junto a su rey Enmerkar y después de cumplir éste las instrucciones que le había hecho llegar Inanna, la ciudad de Aratta cayó en poder de las tropas de Uruk y de Kullab. Sometido su rey, Enmerkar le exigió piedras preciosas y abundantes metales como botín. Asimismo, demandó metales elaborados, convertidos en ricas joyas: los plateros labraron el oro y la plata, los joyeros aportaron sus gemas trabajadas, los metalistas fundieron bronces.

Reunidos todos aquellos tesoros que fueron cargados en acémilas, Enmerkar y sus tropas, al frente de las cuales se hallaba el héroe Lugalbanda, regresaron a Uruk. En las retinas de los que volvían a sus casas se diría que todavía podían verse reflejadas las murallas y los contrafuertes de Aratta, todos de brillante lapislázuli, así como su altísimo enladrillado y sus almacenes de variado mineral que era extraído de la montaña de los cedros *hashur*.

GILGAMESH Y AGGA DE KISH

Este poema sumerio, de indudable importancia histórica en razón de su contenido, ha sido reconstruido a partir de 11 tablillas o fragmentos de ellas, procedentes, en su mayoría, de la ciudad de Nippur. Si bien se desconoce la fecha de su redacción, los hechos narrados —un casus belli *entre las ciudades de Kish y de Uruk, que termina felizmente— hacen remontar el texto al primer cuarto del tercer milenio a.C. El inicio tan abrupto del texto deja presuponer la existencia de una composición literaria previa, hoy perdida. Para algunos expertos el nombre de Enmebaragesi no alude al rey de Kish de igual onomástico, sino a una de las hermanas de Gilgamesh. Si se acepta esta proposición el conflicto narrado en el texto tendría un carácter familiar.*

Los mensajeros de Agga, un rey de la primera dinastía de Kish, e hijo del belicoso Enmebaragesi, partieron de la ciudad de Kish para presentarse ante Gilgamesh, en la todopoderosa Uruk, de la que éste era rey. Sabedor de este hecho, el señor Gilgamesh expuso la cuestión ante los ancianos de su ciudad y les solicitó su consejo:

—No nos sometamos a la casa de Kish para terminar con el yacimiento de arcilla, para terminar con nuestra arcilla, la de mejor calidad del país. Sí, para terminar con nuestro yacimiento, del que se pretende aprovechar el rey Agga. Quiere que nos sometamos para seguir enviándole nuestra arcilla. Con tal sumisión agotaríamos la extracción de la arcilla, cuyos bloques se delimitan, como bien sabéis, con cuerdas en el momento de extraerlos. ¡Ataquémosla con las armas!

Reunidos en asamblea, los ancianos de la ciudad dieron respuesta a Gilgamesh:

—Sometámonos a la casa de Kish para terminar con el yacimiento de arcilla, para terminar con nuestra arcilla, la de mejor calidad del país, para terminar con la extracción de la arcilla con la que se fabrican excelentes ladrillos. Dejemos que siga explotándola. ¡No la ataquemos con las armas!

Confiando en Inanna, la gran diosa de Uruk, la hija de An y de Antum, Gilgamesh, el señor de Kullab —nombre de uno de los distritos religiosos de la ciudad—, no se tomó muy en serio las palabras de los ancianos de su ciudad. Era lógica la respuesta dada por los ancianos consultados, dado el carácter conservador propio de la vejez.

Por segunda vez Gilgamesh, el señor de Kullab, expuso el asunto, pero ahora a los hombres de su ciudad. Así les habló:

—No os sometáis a la casa de Kish para terminar con el yacimiento de arcilla, para terminar con nuestra arcilla, la de mejor calidad del país. Con nuestra sumisión agotaríamos la extracción de la arcilla. Nos obligaría a exportársela. ¡Ataquemos a Kish con las armas!

Reunidos en asamblea, los hombres de su ciudad dieron respuesta a Gilgamesh:

—Como dice el refrán: ¿quién tiene aliento suficiente para esto: estar todo el tiempo de pie y dispuesto, estar todo el tiempo sentado y de servicio, proteger al hijo del rey y correr más que las patas del burro que tira del carro del príncipe? ¿Quién tiene suficiente resuello para eso? No nos sometamos a la casa de Kish. ¡Ataquémosla con las armas!

Tras aquella respuesta, propia del ardor juvenil, los hombres de Uruk continuaron diciendo a Gilgamesh:

—Uruk, obra de las manos de los dioses, Eanna, el templo que ha descendido del cielo —¡los grandes dioses fueron los que diseñaron sus planos!—, la gran muralla, a modo de una pesada nube descansando sobre la tierra, la morada augusta, fundación del gran dios An, todo ello te fue confiado a ti, intrépido rey, cabeza espléndida, príncipe amado de An. Sin embargo, ¿cómo puedes tener miedo ante la noticia de la venida de Agga?

Después de aquellas palabras que animaban a Gilgamesh a luchar contra el enemigo, los hombres de Uruk prosiguieron diciéndole:

—Hemos de aprovechar la ocasión. Las tropas enemigas estarán débiles, con certeza estarán ociosas, sobre todo las de retaguardia. Además serán incapaces de navegar por el Éufrates a base de remos desde Kish hasta nuestra ciudad. ¡Hay demasiada distancia! No podrán hacer frente a nuestro rey.

Gilgamesh, el señor de Kullab, ante las palabras de los hombres de su ciudad, sintió alegrarse su corazón, notó que se esclarecía su espíritu. A su siervo Enkidu, creado en la estepa por la diosa Aruru, a partir del barro, le dijo:

—Que los carpinteros repongan las correas a los instrumentos de batalla. Que se saquen las armas del arsenal y que se devuelvan a vuestros brazos. Toma en tu mano el arma de combate. ¡Que produzcan miedo y terror! Que cuando Agga venga, le llegue de improviso, en verdad, un gran miedo. ¡Que caiga sobre él el miedo que yo inspiro! ¡Que su juicio se confunda! ¡Que su pensamiento se haga pedazos!

No pasaron cinco días, no pasaron diez días antes de que Agga, el hijo de Enmebaragesi, pusiera sitio a Uruk, alineara sus tropas alrededor de la ciudad.

En Uruk la situación se volvió crítica ante la presencia de los sitiadores, venidos de Kish.

Gilgamesh, el señor de Kullab, dijo a sus guerreros:

—Guerreros míos, todos estáis preocupados, con el gesto ceñudo. Que uno que tenga corazón se levante y diga «¡Dejadme ir contra Agga!»

Birhurtur, su oficial real, efectuó su propio elogio ante su rey y dijo, levantándose entre los mozos:

—¡Dejadme ir contra Agga! ¡Que su juicio se confunda! ¡Que su pensamiento se haga pedazos!

Birhurtur salió por la puerta principal de la ciudad. Cuando estaba saliendo a través de aquella puerta, fue detenido de inmediato. A pesar de su bravura, pues golpeaba con su maza a diestro y siniestro, por todas partes, hubo de someterse a los hombres de Agga. Fue conducido rápidamente ante aquél. El prisionero inútilmente llamó a Agga. Sus palabras no se oyeron, dado el griterío de los guerreros de Kish.

Ante aquella situación, el armero de Uruk, subió a la muralla, se asomó desde lo alto de ella. Agga, al verlo, llamó al prisionero Birhurtur, que había sido conducido a su presencia.

—Esclavo —le increpó—, ¿es tu rey el hombre que se ve allí, más allá, encima de la muralla?

Birhurtur advirtió que Agga estaba aludiendo a Gilgamesh, que no había subido a la muralla. Le respondió:

—El hombre de más allá no es mi rey, aunque podría serlo. Mi rey es un señor poseedor de imponente rostro, con mirada de bisonte y con barba de lapislázuli, con dedos muy capaces, semejante a un dios. Su vista aterra a unos y anima a otros. Además, si quisiera te capturaría en medio de tus tropas.

Agga no dio la menor importancia a las palabras del prisionero, que intentaba zafarse de sus vigilantes. El rey de Kish ordenó a su tropa mantenerse expectante durante el asedio. De pronto, los guerreros de Uruk salieron por millares fuera de la ciudad. Se entabló una encarnizada lucha, pero los hombres de Gilgamesh no fueron capaces de derrotar a los sitiadores, no pudieron hacerlos revolcar por el polvo. No fueron capaces de aplastar a todos los montañeses que, como aliados, se hallaban entre las tropas de Agga. En suma, tampoco fueron capaces de llenar de polvo las bocas de los guerreros de las tierras bajas, también aliados.

Además no pudieron llegar a la proa de la regia barca *magurru* en donde se había situado Agga para controlar el operativo fluvial del asedio a Uruk, ciudad a orillas del Éufrates. Los de Uruk no pudieron tomar cautivo a Agga, el rey de Kish.

La lucha, sin embargo, continuaba. Se golpeaba por doquier. Incluso Birhurtur había podido escapar y dando muestras de su arrojo arremetía nuevamente con su maza.

Gilgamesh subió, por fin, a la muralla y se situó detrás del armero de Uruk. La imponente majestuosidad del rey abrumó a los ancianos y a los jóvenes de Kullab. Los hombres que, como retaguardia, aún permanecían en el interior de la ciudad, impacientes, deseoso de entrar en combate, estrechaban entre sus brazos las armas de batalla. Tomaron posiciones en el camino cercano a la puerta principal. De improviso, Enkidu, el servidor de Gilgamesh, salió por la gran puerta al frente de un pequeño con-

tingente de guerreros, mientras Gilgamesh se asomaba desde la muralla para examinar la situación del combate. Agga, el rey de Kish, le vio. Elevando su voz se dirigió a Enkidu, impetuoso en su salida militar:

—Esclavo, ¿es tu rey el hombre de ahí arriba?

—¡Es, como dices, mi rey! —le vociferó Enkidu.

Y de pronto, presa de ardor, el servidor de Gilgamesh y sus guerreros fueron derrotando a los sitiadores, les hicieron revolcarse por el polvo, los aplastaron, les llenaron la boca de polvo. Se pudo ir hacia la barca *magurru* y derribarla. Se cogió prisionero a Agga, el rey de Kish, en medio de sus tropas.

Introducido en la ciudad, Agga fue tratado con toda deferencia y cortesía por parte de Gilgamesh, correspondiendo así a una antigua deuda de gratitud que tenía pendiente con el rey de Kish. Gilgamesh tomó la palabra y le dijo:

—¿Eres Agga?

—Lo soy.

—¿Eres mi sargento? ¿Eres mi capitán? ¿Eres mi general? —preguntó Gilgamesh, quien continuó diciendo:

—Agga, saciaste de grano al ave que huía. Agga, me diste la vida. Agga, me devolviste la salud. Agga, cargaste al fugitivo sobre tu cadera.

Oídas aquellas palabras que rememoraban tristes hechos pasados, y a los que había podido sobrevivir Gilgamesh gracias al rey de Kish, éste le respondió con todo respeto:

—De Uruk, obra de las manos de los dioses; de su gran muralla a modo de una nube descansando sobre la tierra, de su morada augusta puesta en pie por el dios An, eres tú quien se cuida. ¡Te ha sido confiada a ti! ¡Eres su intrépido rey, su espléndida cabeza, el príncipe amado de An!

Luego, tras agasajarlo adecuadamente, como convenía a su realeza, Gilgamesh dejó que Agga se fuera libremente a Kish, diciéndole en su despedida:

—¡Ante Utu, el dios sol, el dios de la justicia, te he correspondido a un antiguo favor que recibí de ti! ¡Estamos en paz!

Mitos sobre el Más Allá

LA PASIÓN DE LIL EN LA TUMBA

Una tablilla sumeria, con unas pequeñas glosas acadias, conservada en el Museo del Louvre, y fechable a comienzos del segundo milenio a.C. (dinastía de Isin), presenta una variante del mito del dios muerto y resucitado, si bien la parte alusiva a la resurrección no se ha conservado. Gracias a este relato, con excesivas lagunas textuales, se puede vislumbrar algo de la concepción que los sumerios tenían de la ultratumba.

—¿Hasta cuándo, hermano mío, durará mi dolor? —exclamaba la diosa Egime. ¿Hasta cuándo? ¿Cuánto durará mi dolor, hermano mío, hijo de Gashan-mah, la gran diosa madre que dio a luz 14 hijos?

Aquellas desgarradoras palabras eran pronunciadas por la hermosa Egime que veía cómo su hermano, el dios Lil, sentía cada vez más cerca la presencia de la muerte. El dios iba a iniciar definitivamente otra vida en el Más Allá. Por aquel hecho, ocurrido algunas veces entre los dioses, Egime se lamentaba. Sentía, muy en su corazón, la pérdida de su hermano, con quien había compartido tantas cosas en la región celeste. La diosa, viendo la crítica situación de su hermano, se revolcaba en el polvo y echaba cenizas sobre su hermosa cabellera en señal de duelo. Era muy doloroso para

ella haber comprobado que también los dioses —pocos, en verdad— estaban sometidos a la muerte. Egime había comprendido que su hermano, el dios Lil, ya nunca más volvería a estar con ella y con su familia, a no ser que An, el gran dios, determinase lo contrario, con el visto bueno de Enlil, el Señor del destino y ejecutante de las órdenes de aquél.

—Hacia mi hermano —se decía la diosa— le hago llegar lamentos, gemidos, quejas de todo tipo. Repito una y otra vez: «¿Hasta cuándo permanecerás en el Más Allá?» Constantemente repito: «¿Hasta cuándo?» ¡Oh *gurush*, tu madre también repite lo mismo! Gashan-mah, tu madre, se lamenta de dolor.

La diosa, visiblemente emocionada, continuó con sus palabras de dolor. Haciendo acopio de entereza, ante la pérdida de su hermano, no cesaba en sus quejas.

—Egime, que soy yo, la Señora de los secretos, la que en el Emah, el templo de nuestra madre, es princesa, repite: «¿Hasta cuándo?» Atu-tur, una diosa amiga, que controla los decretos de los dioses, enterada de lo que te ha ocurrido, repite también: «¿Hasta cuándo?» Hermano mío, tu madre repite: «¿Hasta cuándo?» El dolor no sólo afecta a los dioses, también los templos manifiestan su dolor por tu partida al otro mundo, al *Kur*. El gran templo de Kesh, los muros de Uru-sar, el santo Emah repiten: «¿Hasta cuándo?» Tu madre exclama: «Oh hijo mío, ¿a quién puedo confiarte en la mansión de Ereshkigal, la reina del Infierno?»

A medida que las palabras se hacían más quejumbrosas, el dios Lil iba descendiendo hacia la Montaña, hacia la mansión del submundo. Sus miembros, al llegar al Más Allá, quedaron completamente rígidos; su rostro, antaño hermoso, no mostraba ninguna señal de vida.

—¡Hermano mío —insitía Egime—, levántate del lugar donde estás. No te abandones a la muerte. Vuelve en ti. Vuelve con nosotros. Tu madre está muy preocupada por ti. El *ishshakku* de la ciudad, el dios Shulpaea, esposo de tu madre, también está muy inquieto. Lo está asimismo Ashshiki, el príncipe de la ciudad de Kesh, al

igual que Damgalnuna, la esposa de Enki, que en nuestro Emah es princesa. Lisigun, el de Urshaba, tiene también una gran preocupación.

Lil, que apenas oía los sollozos y las palabras entrecortadas de su hermana Egime, pudo hacer un esfuerzo de desesperación divina. Su espectro no le dejaba revivir, pero su buen *abgallu*, la potencia sabia que corría por su ente, le animaba a sobrevivir, a volver al empíreo, a subir a la otra montaña, a la montaña de arriba.

—Ya sé que eres un dios, pero el haber caído en las garras de la muerte hace que yo te deba tratar como a un hombre —le decía su *abgallu*—. ¡Oh hombre, tu madre con sus sollozos no deja reposar a la reina de los Infiernos! ¡Tu madre Gashan-hursaga, con sus lamentos, no la deja reposar! ¡Egime, apenada por tu causa, no la deja reposar! No les hagas exhalar más: «¡Ay de mí!» ¡Levántate del lugar donde yaces!

Lil, desde la lejanía, respondió a su hermana:

—¡Libérame, hermana mía, libérame! ¡Oh Egime, libérame! ¡Hermana, no me hagas reproches: yo ya no soy un dios que goza de la vida! ¡He quedado equiparado a los hombres, para quienes se decretó la muerte! ¡Oh madre mía, no me hagas tú tampoco reproches! El lugar donde reposo es el Polvo de la Tierra. Es el *Kur*, la montaña adonde se desciende, el Infierno.

La voz de Lil llegaba apenas perceptible a los oídos de la triste Egime, quien desde las regiones incorpóreas lamentaba la pérdida del hermano. Éste padecía en el Más Allá. Pero desde aquel lóbrego lugar todavía sacaba fuerzas para seguir hablando:

—¡El lugar donde reposo es el Polvo de la Tierra, reposo entre demonios malvados! Mi sueño es angustia. Descanso entre seres infernales. ¡Hermana mía, no me puedo levantar de mi lecho! ¡Que mi madre, que tanto se preocupa por mí, desligue mi *silah*!* Si así lo hace tal parte de mi ser volverá a vivir, aunque de un modo inmaterial. ¡Que Gashan-hursaga, que se preocupa por mí, desli-

* El *silah* puede ser considerado una especie del doble del difunto.

gue mi *simlah*![*] También con él podré regresar al mundo de los seres vivos, aunque seré invisible a todos. ¡Hermana mía, dame mi herencia, mi parte del hogar paterno para que mi *silah* pueda acudir a él!

Cada vez llegaban más imprecisas las palabras del dios Lil, quien seguía hablando en un deseo de incorporarse a la vida celeste. Sin embargo, viendo la gran cantidad de hombres y mujeres de toda edad y condición que pululaban por el Infierno, perseguidos y controlados por los demonios, viendo que también había dioses que habían sido condenados al abismo, terminó por rendirse, por no oponerse al implacable destino.

¡Egime, hermana mía, pide a mi padre que me presente agua, que ella sea mi herencia de eternidad, que con ella pueda apagar la infinita sed que me aguarda! ¡Que mi madre me presente prendas de lana, para que mi cuerpo pueda reposar! No quiero ir desnudo ni cobijado con plumas de ave, mientras camino errante por esta oscura mansión, en la que el frío es insoportable! ¡Que mi prometida, escogida para mí por mi padre, me presente cereales! ¡Que se acuerde de mí! ¡Acércame un lecho funerario: haz que se recite ante él el ritual del *im-bi ba-bar*! ¡Depositadme ofrendas funerarias! ¡Derramad agua en la fosa, regad el Polvo de la Tierra!

Dando un profundo suspiro el dios Lil pronunció sus últimas palabras:

—¡Oh Egime, hermana mía, los dioses infernales no me liberan! ¡Estoy condenado a padecer en este *Kur*!

LA LAMENTACIÓN DE URNAMMA EN LOS INFIERNOS

En algo más de 240 líneas, se compuso en lengua sumeria, hacia el 2000 a.C., y sobre una única tablilla, luego copiada varias veces,

[*] El *simlah* quizá sea una variante lexical del *silah* o, tal vez, otra parte constituyente de la personalidad. Piénsese en la creencia egipcia sobre los componentes del ser humano.

una «lamentación» centrada en la figura del rey Urnamma (2111-2094 a.C.), fundador de la III dinastía de Ur. A pesar de la intervención de la diosa Inanna en su favor en el Más Allá y de la piedad que en vida había dispensado a los dioses, Urnamma no pudo escapar al común destino de todos los humanos. A pesar de la serie de lagunas y desperfectos (no resueltos ni por las copias ni por un duplicado hallado en Susa), su contenido puede ser en gran parte reconstruido.

Todo el pueblo era una voz lamentándose. Ur, la ciudad, fue golpeada, el palacio fue devastado, la ciudad fue destruida. La gente quedó asustada. El mal cayó sobre Ur. El fiel pastor Urnamma se vio obligado a abandonarla. Sí. ¡El justo pastor Urnamma se vio obligado a abandonarla!

An, el gran dios del cielo, cambió su sagrada palabra. El corazón de An estaba lleno de desconsuelo. Enlil, el dios que decreta el destino, cambió engañosamente todos los destinos fijados. Por su parte, la diosa madre Ninmah entonó un lamento en su templo. Enki, el dios de la sabiduría, cerró el portón de Eridu, su residencia. El propio Enki, en cuanto Nudimmud por haber creado a la humanidad, entró en su aposento y se entregó al ayuno. El dios luna Nanna, luminaria nocturna, frunció su ceño en las alturas celestiales. Utu, el dios sol, no se alzó en el cielo: al contrario, extendió oscuridad sobre el día.

La madre, triste a causa de su hijo, la madre del rey, la sagrada Ninsun, grita desesperadamente: «¡Oh, mi corazón!» Pronuncia aquel lamento por el destino decretado para Urnamma. Palabras tristes pronunciadas porque el fiel pastor se vio obligado a dejar Ur. Su madre llora en los lugares de asueto de las calles de la ciudad.

Las gentes, desfallecidas, agotadas sus fuerzas, no pueden dormir bien. Todo el pueblo pasa los días como si estuviera cautivo. El agua de la inundación, el agua que ha vertido el río ha sido desparramada por su *gugallu*, el inspector de los canales. El grano *gunu* de los campos, vida del país, ha sido sumergido. El campo planta-

do y cultivado por el *engar*, el granjero diligente, le produce poco. Enkimdu, el dios de la zanja y del dique, se llevó la zanja y el dique. El suelo quedó en su soledad. Las plantas fieles, aquéllas en las que se puede confiar, quedaron anegadas. En las estepas las plantas no crecían. Sin embargo, las plantas malsanas sí crecieron. Las vacas y los establos fueron destruidos, los terneros, privados de sus madres, murieron.

El sabio pastor Urnamma, experto en la batalla y en los combates, el rey de Sumer, Urnamma, el jefe de Sumer, yace enfermo. Su mano está paralizada. No puede hacer nada con ella. Está enfermo. Su pie está paralizado. No puede hacer nada con él. Está enfermo. Los rituales han sido celebrados.

Desde el lugar del combate el fiel pastor, el rey, la gran espada de Sumer, Urnamma, el rey del país, fue llevado a Ur, fue llevado a la Casa del Descanso. Se le hizo entrar en la Casa de la Lamentación. El fiel pastor está en su palacio. El supervisor de todas las tierras yace tumbado, continúa su lucha. El campeón del país ha caído, ha sido devastado como una montaña. La tierra ha sido sumergida. Como un bosque *hashur*, sus rasgos han sido alterados. Han puesto el hacha sobre la vivienda del rey, como si se talara un árbol de boj. ¡Cómo se cambió el destino del héroe en su palacio!

El lecho de su esposa fue cubierto por el Viento del Sur. Igualmente, se extendió sobre los de sus concubinas. Los días del rey se cumplieron. Las dulces plegarias no fueron aceptadas. Una mano, que causa problemas, se ha acercado, alzándose contra tales plegarias. Sus regalos fueron rechazados por los dioses Anunnaki. A su lamentación, dichos dioses respondieron:

—Sus días no han sido completados.

Debido a las palabras pronunciadas por Enlil no existía ningún consuelo. La razón del amado por ellos, de Urnamma, había sido alterada. En el lugar de la matanza, Urnamma había sido abandonado como una vasija rota.

El carro del dios, como una tormenta de lejanos días, avanzó de manera majestuosa. El dios ni se inmutó; pronunció palabras que no agradan al corazón:

—La situación de Urnamma, ¿qué me importa a mí?

Al Aralli, el lugar principal, la cabeza de la tierra, fue llevado Urnamma, el hijo de Ninsun, sin haber agotado todavía todo su vigor. Los soldados que le acompañaban le siguen, lamentándose a su lado. En un país distante, como si fuera Dilmun, un lugar para él desconocido, allí hundieron la nave funeraria. Fue reducida a pedazos. Sus remos, su mástil, su quilla y su timón fueron despedazados. Su tablas fueron rotas, su trinquete fue quebrado. Finalmente, todo quedó hundido, todo fue llevado al amargo polvo. El rey se sentó al lado, junto a un asno que ritualmente fue enterrado allí.

El aspecto del país cambió. La dignidad del país fue alterada. La marcha hacia el Mundo Inferior era un camino desolado. El rey no podía avanzar. El carro en el que iba estaba atascado a causa del barro. Era intransitable. Urnamma no podía avanzar.

Arribado al Infierno, Urnamma da regalos a los siete porteros del Mundo Inferior, a los famosos reyes que habían muerto. El *ishib*, el *lumah*, la *nindingir* —todos ellos cargos sacerdotales, que habían sido escogidos por oráculo— informaron al pueblo del Más Allá de la llegada del rey. Un tumulto se alzó en el Mundo Inferior. Aquellos personajes, que habían muerto, dieron la noticia de la llegada de Urnamma. Por el Mundo Inferior se expandió aquella nueva.

El rey sacrificó bueyes, ofreció innumerables ovejas. A los que allí estaban les dejó sentarse al enorme banquete que había preparado. Sin embargo, el alimento del Más Allá es amargo, el agua era sangre.

El corazón del fiel pastor conocía las reglas del Mundo Inferior. El rey presenta ofrendas de comida del Mundo Inferior.

Urnamma presenta como ofrendas de los Infiernos bueyes perfectos, cabras jóvenes, ovejas cebadas, todo lo que él había seleccionado. Una maza de batalla, un gran arco, un carcaj, una flecha y un puñal afilado, una bota de cuero de varios colores que se lleva en la cadera. El pastor Urnamma ofreció todo aquello a Nergal, el Enlil del Mundo Inferior, en sacrificio en su palacio.

Igualmente, el pastor Urnamma ofrece en sacrificio a Gilgamesh, el señor del Mundo Inferior, en su palacio, un largo arco, una bota de piel, un arma puntiaguda, adaptada para la batalla, una terrible maza celestial, un escudo de asedio, que se apoya en el suelo, la potencia del heroísmo, un hacha de batalla, arma preferida de Ereshkigal.

Urnamma ofrece en sacrificio a Ereshkigal, la madre de Ninazu, en el palacio de ella, un recipiente *keshda*, lleno de aceite, y una copa *shagan*, de óptima factura, un recargado vestido, un vestido *shuluhu*, un vestido *pala* de reina, así como el esplendente Eshar de los *me* del Mundo Inferior.

El pastor Urnamma ofrece a Dumuzi, el amado esposo de Inanna, en sacrificio, y en su palacio, ovejas *alum*, ovejas *suluhu*, grandes cabras de la montaña, un cetro de oro de la soberanía, con la empuñadura de lapislázuli.

Urnamma ofrece a Namtar, el que decreta todos los destinos, en sacrificio y también en su palacio, una preciada guirnalda, de perfecto acabado, un anillo de oro suspendido en la nave *magur*, pura piedra de cornalina, adecuada para el pecho de los dioses.

Urnamma ofrece en sacrificio a Hushbishag, la esposa de Namtar, en el palacio de ella, un sello con el asidero de lapislázuli, propiedad de los Infiernos, un pasador de plata para el cabello, incrustado con cornalina, y un peine de mujer.

Asimismo, Urnamma ofrece en sacrificio en su palacio al guerrero, al héroe Ningizzida, dios del verdadero árbol, un objeto de madera adornado con oro, así como asnos de varias especies, uno de ellos con los lomos manchados, un pastor y un boyero.

A Dimpimekug, que está al costado de Ningizzida, Urnamma le regala un sello de lapislázuli que pende de una daga, un pectoral de oro y de plata con la cabeza de un bisonte como adorno.

Y a su esposa Ninazimua, la noble escriba de los Infiernos, el pastor Urnamma le ofrece en sacrificio en el palacio de ella un yelmo con las excelsas orejas de un sabio, hecho de alabastro, un estilete de bronce, emblema del escriba, una regla de medir de lapislázuli, una caña de una medida *ninda* de longitud.

Aquí existe una laguna de unas cuatro líneas —con algunas palabras legibles—, en las que continuaba la relación de ofrendas hechas por Urnamma.

Después de que Nergal, el rey de los Infiernos, hubo arreglado todo, después de que Nergal hubo coordinado todo, los Anunnaki lo protegieron e hicieron sentar a Urnamma sobre un gran trono del Mundo Inferior. Fijan y preparan un lugar de residencia para él en el Kiur. De acuerdo con la decisión de Ereshkigal todos los soldados que han sido pasados por las armas, todos aquellos que murieron violentamente, fueron entregados al rey. Urnamma asignó a cada uno su lugar. Junto a su amado hermano Gilgamesh él emite las sentencias del Mundo Inferior, emana las ordenanzas de los Infiernos.

Durante siete, durante diez días completos, los lamentos de Sumer llegaron a mi rey. Los lamentos de Sumer llegaron, finalmente, a Urnamma. El llanto se extendió sobre las murallas de Ur, que no había podido acabar, sobre su nuevo palacio, que había levantado sin poder disfrutar de él.

Urnamma, el pastor, que no podría ya cuidar de su casa, entonó una lamentación. Ya no podría estrechar en su seno a su esposa, ya no podría sentar a sus hijos en sus rodillas, ya no podría llamar cariñosamente por su nombre a sus hermanas pequeñas. No podría llevar su vigor a la madurez.

La familia de mi rey lloró desconsoladamente. El fiel pastor se derramó en un llanto que partía el corazón:

—En cuanto a mí —se lamentaba Urnamma— he aquí cómo se me ha tratado. En verdad, yo servía bien a los dioses, levanté altares para ellos, preparaba para ellos el alimento cotidiano. Asegu-

raba la prosperidad a los Anunnaki. Ornamentaba sus lechos en los que eran diseminadas plantas de lapislázuli. Pero ninguno de los dioses me ha ayudado ni ha consolado mi corazón. ¡Pobre de mí! Mi buen augurio se hizo tan distante como el cielo. Soy uno que ha servido a los dioses de día y de noche, pero los días se han acabado para mí.

Después de pronunciar aquellas palabras, el rey de Ur se sentó en el frío suelo del Más Allá. Tras estar en silencio breves momentos continuó con su lamento:

—Yo, que servía a los dioses, noche y día, ¿cómo he sido pagado por mis esfuerzos? El día se acaba ahora sin sueño para mí, que servía a los dioses noche y día. Como si estuviese detenido por una tempestad que cae desde lo alto del cielo, ¡ay!, ahora no puedo llegar a los edificios de Ur. ¡Ay! ¡Mi esposa se ha convertido en una viuda! ¡Pasa el día derramando lágrimas y pronunciando quejas amargas! Mi fuerza se ha ido. A mí, el guerrero, la mano del destino me ha castigado cruelmente en tan sólo un día.

Sigue una laguna de cuatro líneas, en las cuales Urnamma se compara a distintos animales. Cuando el texto se hace legible, el rey sigue aludiendo a su esposa.

—Mi esposa pasa los días en lloros y lamentos. Su amable *udug*, su espíritu tutelar, se mantuvo al margen. Su amable *lamma*, genio protector, no la apoyó. Ninsun no la protegió con su firme y noble mano. Nanna, el señor Ashimbabbar, no extendió su halo protector. Enki, el rey de Eridu, no la sacó de su desesperación. Como un barco a la deriva en una tormenta tempestuosa, el palo de anclaje, su sustento, no sirvió de nada. Como las criaturas de la estepa, traídas a un mal pozo, una mano pesada fue situada sobre ella, mi esposa. Como un perro aprisionado en una jaula, el grito «¿dónde?» se ha alzado. Utu, el dios de la justicia, no tiene aún el veredicto. A ella, sin embargo, la ha llenado con el grito de «¡Oh, mi hombre!» Mi *tigi*, *adab*, *gigid*, *zamzam*, todos ellos instrumentos musicales, han sido convertidos por mi esposa en

lamentos. El *gudi*, sonoro instrumento, lo colgó en la pared de la Casa de la Música.

Después de recordar la triste situación de su esposa, Urnamma centró su lamento en su reino y familia.

—Alguien —continuó diciendo el rey— está sentado sobre mi trono, cuyo disfrute no pude llegar a ver cumplido. Está sentado como si lo estuviese sobre la suciedad de unas ruinas. Alguien está durmiendo en mi lecho, cuyas delicias no había podido disfrutar completamente. ¡Ay de mi mujer! Se halla entre lágrimas. ¡Ay de mis hijos! Se hallan lamentándose. Mis sirvientes entonan lamentos por ellos.

Sin dejar de suspirar, Urnamma evocó la ausencia de Inanna, diosa que no pudo socorrerle, pero a quien reconoció el interés por su causa.

—El día en que yo fui tratado así, Inanna, la reina de la batalla, no estuvo presente durante mi juicio. Enlil la había enviado a tierras extranjeras como heraldo para tratar importantes asuntos. Luego, después de haber alejado su mirada de aquellos lugares, Inanna entró desafiante en el brillante templo Ekur. Lanzó una mirada destructiva al fiero rostro de Enlil. De aquel dios, que miraba de un lado a otro, hubo de oír lo siguiente:

—¡Gran reina del templo Eanna, el que ha muerto no subirá ya de nuevo por amor a ti! El justo pastor dejó el Eanna: ¡no lo volverás a ver!

Inanna, la luz esplendorosa, la hija mayor del dios luna Sin, al oír aquellas palabras, hace añicos el cielo, hace temblar la tierra. Inanna destruye establos, devasta apriscos, diciendo:

—A An, el rey de los dioses, quiero devolverle el ultraje. A Enlil, que ha alzado mi cabeza al lado suyo, ¿quién le ha cambiado la orden? La sublime palabra que el rey An pronunció, ¿quién la ha cambiado? Las leyes del país no han sido respetadas. ¿Ya no existe la progenie del lugar de los dioses, donde el sol nace? Ellos han dejado huérfano mi sagrado *gipar*, mi estancia de la capilla Eanna, como una montaña deshabitada. Quisiera que mi pastor siguiera trayén-

dome su vigor, porque, si no, no seguiré entrando en tal aposento. Ojalá que, poderoso, creciera como hierba en la estepa junto a mí. Ojalá que, como una barca de río, estuviera firmemente en mi tranquilo muelle.

Inanna, en verdad, difundió ampliamente el lamento de Urnamma. Hizo poderosa la fama del rey, comunicando su asesinato por todos los lugares.

Entre lágrimas y lamentos, Inanna decretó finalmente el destino de Urnamma:

—Que tu noble nombre sea aclamado. Que tu cetro sea reconocido en todos los lugares, arriba y abajo. Que Sumer y Akkad, en tu palacio, aclamen tu fama. Los canales que tú excavaste, Enlil los volverá a llenar de fecundantes aguas. Las amplias tierras, que hiciste productivas, renacerán repletas de plantas. El cañaveral que sacaste del agua se llenará de canoras aves. El cereal se multiplicará. Las fortalezas y asentamientos que tú fundaste conocerán la fama de tu nombre. La gente, asombrada, admirará todo ello. ¡Oh, Urnamma, todos aclamarán tu nombre! Además, Enlil, conocido también como Nunamnir, el «Príncipe del heroísmo», alejará a tu malvado *udug*.

Después de ocho líneas en muy mal estado, en donde se recuerda a los dioses Nanna, An y Ningizzida, el texto finaliza indicando que lo narrado es un canto de «lamentación», una composición a-nir.

Mitos de exaltación

EL MATRIMONIO DE SUD

En una veintena de tablillas paleobabilónicas, escritas en sumerio y localizadas en Nippur, así como en otras cuatro de época neoasiria —éstas complementadas con una versión acadia—, se inscribió el mito del matrimonio de Enlil con la diosa Sud, titular de la ciudad de Eresh y apenas sin importancia religiosa. Tras concedérsele el nombre de Ninlil, todas las prerrogativas de esta gran diosa pasaron a ser incorporadas en la figura de Sud. El mito sirvió para conectar los panteones de Nippur y de Eresh (enclave éste que desapareció de la documentación mesopotámica ya hacia el año 1800 a.C.). Pero, en realidad, tal sincretismo venía a evidenciar acuerdos políticos de alto alcance, signados por ambas ciudades, de los que se ignora su contenido.

Nisaba, la Señora que ocupa siempre el lugar principesco, la Señora, maravillosamente fascinante, estaba desposada con Haia, un noble vástago, titular del sello, el igual de An y de Enlil. Cuando Haia hubo vertido en su regazo la semilla sagrada, Nisaba, también conocida como Nunbarshegunu, dio, como era natural, nacimiento a la hermosa Sud, a quien tomó cariñosamente en sus brazos y amamantó con el mejor de sus pechos.

Y Sud, andando el tiempo, se convirtió en una joven niña muy agradable y cautivadora. Era un verdadero encanto.

Un día, delante de la entrada de la casa de su madre, en la puerta del Ezagin, se hallaba precisamente Sud, que sin advertirlo era admirada por los dioses que por allí pasaban, como puede admirarse a un hermoso animal, noble y espléndido. En aquel tiempo, todavía lejano, no se le había dado una esposa al dios Enlil, el Gran Monte, que habitaba en el Ekur, su magnífico templo de Nippur. Tampoco en el Kiur, una de las estancias nobles de aquel templo, se había pronunciado nunca el nombre de Ninlil, que correspondía al de una diosa.

Enlil no renunciaba a tener una esposa. Y para ello, en espera de que los dioses le otorgasen una, se lanzó por su cuenta a buscarla por todas las tierras conocidas. Después de haber recorrido, inútilmente, todo el país de Sumer, hasta el borde del mundo, en búsqueda de una esposa, Enlil, el Gran Monte, se detuvo en su caminar en la ciudad de Eresh. Y allí, cuando hubo examinado todo con sus ojos, encontró a una mujer que le causó impacto, que vino a alegrar su corazón.

Nada más verla quedó prendado. Pero, se había enamorado de una mujer que había encontrado en la calle, ante la puerta de una noble y sagrada mansión. Esta circunstancia no se ajustaba ni a las normas divinas ni a las humanas. Las diosas y doncellas recatadas no andaban por las calles, sin más. Los acuerdos matrimoniales se decidían tras largas conversaciones en las que los padres tenían la última palabra. En cualquier caso, ¡se trataba de la hermosa y joven Sud, la hija de Nisaba!

Totalmente dichoso, deleitándose con la dulce expresión de la joven y con su inmaculada belleza, Enlil, ardiendo en deseos de conocerla, se acercó y le dijo a la hermosa Sud, a la que había confundido con una prostituta:

—Mujer, te recubriré gustosamente con un manto señorial y tras haber hecho el amor contigo te convertirás en mi mujer. Tu belleza me ha seducido completamente, aunque no seas una persona de calidad, de orígenes nobles.

A pesar de su juventud y candidez, Sud le replicó a Enlil:

—Puesto que me hallo, con toda honorabilidad, delante de mi puerta, ¿por qué empañas mi reputación? ¿Qué quieres de mí? ¿Por

qué me has abordado? Joven señor, nuestra conversación ha terminado. ¡Desaparece! Otros ya han intentado esquivar a mi madre y sólo han conseguido enfurecerse ante mi negativa.

Pero Enlil, tras haberla interpelado, se dirigió nuevamente a Sud:

—¡Bien! Debo hablar y discutir contigo, ¿quieres ser mi mujer? ¡Bésame, mi querida de ojos embelesadores, y después decide!

Apenas estas palabras habían salido de la boca de Enlil, cuando ella entró rápidamente en la casa cerrándole la puerta ante sus narices.

Vuelto Enlil, totalmente conmovido, a su templo, viendo con claridad que aquella joven le interesaba, llamó a su fiel mensajero Nuska.

—¡Rápido, Nuska! He aquí mis instrucciones sobre este asunto: Te voy a enviar a Eresh, enclave de antiguos orígenes, la ciudad de Nisaba, a fin de que repitas sin dilación a una diosa lo que voy a decirte.

Tras detenerse unos instantes e inspirar una profunda bocanada de aire, prosiguió Enlil:

—Te voy a dar a conocer mis deseos por el presente mensaje. Di lo siguiente: «Quiero casarme con tu hija: dame tu consentimiento. Te envío estos presentes personales, acepta también mis regalos de boda. Soy Enlil, nacido de Anshar, el muy augusto, el rey del cielo y de la tierra. Tu hija tomará el nombre de Ninlil y será conocida en la totalidad del mundo como tal. Le ofrezco todas las riquezas del Gashishshua; le daré como habitaciones privadas el Kiur, uno de los sectores preferidos de mi casa. Vivirá conmigo en el grandioso palacio del Ekur. Conmigo ella determinará los destinos y distribuirá los poderes entre los dioses Anunna, los grandes dioses. En cuanto a ti te confiaré la vida de los "cabezas negras".»

Su mensajero Nuska le escuchaba con total atención, repitiendo mentalmente las palabras que iba oyendo. Enlil proseguía diciendo:

—Cuando tú llegues allí abajo, Nuska, la encantadora mujer elegida por mi corazón estará cerca de su madre. No te acerques con las manos vacías: con tu izquierda entrégale los tesoros que

voy a disponer. ¡Vete y tráeme lo más rápidamente posible su respuesta.

Cuando Nuska, el jefe de la Asamblea, hubo recibido las órdenes de Enlil, sin perder un instante se puso en camino y llegó a Eresh. Arribado allí, penetró en el Ezagin, residencia de Nanibgal, esto es de Nisaba, a quien también se la conocía con aquel otro nombre. Allí se prosternó ante ella, sentada en su trono; después el enviado de Enlil se irguió y la miró a los ojos.

La diosa le preguntó:

—¿Qué te trae por aquí, Nuska? Hace tiempo que no nos veíamos. ¡Dime qué recado traes!

El mensajero de Enlil, tras agradecer el recibimiento, le dio cuenta de los deseos de su señor, de Enlil, repitiéndole una a una las palabras que se le habían dicho.

Cuando hubo terminado de hablar, Nanibgal se dirigió cortésmente al mensajero:

—Oh, digno consejero de tu rey, siempre atento a sus órdenes, nadie como tú puede dar, cada día, sus consejos al Gran Monte. No tengo nada que reprochar a la petición que he recibido del rey. Si me has informado con verdad, rectamente —y creo que no has mentido—, ¿cómo rechazaría al que me trae tan extraordinarios favores? El mensaje de vuestra casa alegra nuestros corazones y nuestras almas y consideramos que las explicaciones nos han sido dadas y que la ofensa, que se hizo a Sud al creerla una mujer de la vida, ha quedado borrada por los regalos de boda y los presentes personales. Respóndele, pues, a Enlil: «¡Yo seré tu suegra! ¡Cumple tus deseos!» Respóndele a Enlil, el Gran Monte: «¡Realiza tus deseos! Que tu hermana venga aquí: le cederé mi lugar. Aruru será como mi nuera: tendrá el control en toda mi casa!» Así le hablarás a tu señor, en su sublime Kiur. ¡Repite todo esto a Enlil en el secreto de su cámara santa!

Y cuando la noble Nisaba, en su augusto santuario, hubo dado estas órdenes al mensajero, reclamó un lugar de honor e instaló en él a Nuska. Asimismo, hizo disponer para él una mesa encantadora.

A continuación, mientras Nuska daba cuenta de los ricos manjares con los que había sido obsequiado, Nanibgal salió de la estancia y mandó llamar a su hija. Llegada a su presencia, Nisaba le advirtió:

—Pequeña mía, tú has dormido hasta ahora en nuestra santa casa, pero las habitaciones privadas ya te van conviniendo mejor. Podrás, a partir de este momento, alejarte de la «Casa de la sabiduría» de Nisaba, de mi casa. El mensajero de Enlil, de nombre Nuska, avisado y capaz, ha manejado perfectamente su misión. Ve a encontrarlo en la casa y dale algo de beber para que pueda paladear mejor su banquete. ¡Atiéndelo adecuadamente!

Obedeciendo a su madre, la joven Sud fue a buscar a Nuska. Tras haberle saludado, se lavó las manos y luego le tendió la copa. El mensajero, entonces, con su mano izquierda le entregó los tesoros que portaba y los dispuso ante ella en un montón. Sud aceptó discretamente aquel regalo.

Después de despedirse de la joven diosa, Nuska emprendió el camino de regreso que llevaba a Nippur. Llegado a la cámara santa del Ekur, y ya ante Enlil, besó la tierra antes de transmitirle lo que había dicho a la Gran Señora y lo que ésta le había respondido. Le repitió palabra por palabra las declaraciones que Nisaba le había hecho y que daban cumplida cuenta a sus deseos. ¡Podría casarse con Sud!

Oídas aquellas noticias, Enlil quedó satisfecho y su corazón se llenó de alegría. Dio órdenes inmediatas de traer animales desde el País Alto. Cuadrúpedos y cápridos, animales que crecen libremente en la estepa y frecuentan la montaña, fueron escogidos en un gran número: aurocs, ciervos, gatos salvajes, panteras, cabras montesas, búfalos, monos, bóvidos rechonchos y mugientes, de pesados cuernos, vacas con sus terneros, ganado salvaje de gran cornamenta, traídos con preciosas traíllas, ovejas con sus corderos, cabras con sus cabritillos, dando cabriolas y jugando entre ellos, cabritos fornidos, de larga perilla, pateando de impaciencia con sus pezuñas, corderos y carneros, dignos de la mesa de un rey. Enlil los envió todos a Eresh.

Enlil envió también a Eresh quesos curados, quesos frescos, quesos aromatizados, variadísimos productos de todo tipo derivados de la leche, miel blanca, miel endurecida, los más dulces productos, tanto ligeros como espesos.

Asimismo, envió frutas de numerosas clases: dátiles, higos, pesadas granadas, cerezas, ciruelas, nueces de *halub*, pistachos, bellotas, dulces dátiles de Dilmun en cestos, racimos de fruta de oscuros tonos, gruesos racimos de uvas tempranas, frutos exóticos colgados en sus ramas, ramos de árboles frutales de todas las estaciones, los más diversos frutos de los huertos.

Enlil envió en pesados cargamentos a Eresh gemas procedentes de Harali, de aquel país lejano, tomadas de sus almacenes; también topacios, oro, plata, lapislázuli, venidos igualmente del País Alto.

Ninmah y el mensajero Nuska iban acompañando aquellos valiosísimos regalos personales y riquezas que Enlil enviaba a Eresh. El polvo de la caravana que los transportaba se elevaba alto en el cielo formando como espesas nubes de lluvia. Antes de que hubiesen llegado a presencia de Nanibgal en Eresh, los infinitos regalos de boda llegaron a desbordar a la propia ciudad, dada su abundancia. Todo se llenó con aquellos presentes, incluso los caminos más alejados.

Nuska trató con cortesía a Nanibgal, la suegra de Enlil, a la que éste había ofendido, tiempo atrás, en la persona de su hija.

La diosa, sin hacer mucho caso a las atenciones de Nuska, se dirigió a su hija y le dijo:

—Tú serás la esposa preferida de Enlil. ¡Ojalá que te trate dignamente! Que te guarde en sus brazos y, como a la más hermosa de todas, te diga: «¡Querida, déjame tomarte!» ¡No olvides las risas y los juegos amorosos, prolóngalos mucho tiempo! ¡Haced el amor sobre la colina y procread hijos!

Viendo que Sud se ruborizaba oyendo aquellas palabras, Nisaba cambió el tenor de sus consejos.

—Hija, que la riqueza te preceda allí, a tu entrada en la casa de Enlil, y que siempre te acompañe la alegría. Que el pueblo entero te abra el camino en tu ruta y que, sabiéndolo el pueblo, se cum-

pla el destino que te he decretado. ¡Entra orgullosamente en la augusta morada!

Pasado un tiempo la comitiva de Sud partió de Eresh y arribó a Nippur. Llegados a tal ciudad, la diosa Aruru, la hermana de Enlil, tomando a Sud por la mano, la introdujo en el brillante Ekur. Y le perfumó la cara con los perfumes más penetrantes.

En el dormitorio, sobre el florido lecho de la hierogamia, embalsamado como un bosque de olorosos cedros, Enlil llenó de caricias a Sud, hizo el amor con su mujer.

Después, en el salón de su trono soberano, sin sentarse, se dispuso a bendecir a su esposa. He aquí cómo el señor de la palabra santa decretó el destino a la Señora, la elegida de su corazón:

—En adelante —dijo Enlil— tu nombre será Nintu, esto es, serás «La Señora de los nacimientos». Asimismo, tu nombre será Dugbad, es decir, «La Señora que separa las rodillas», la que posibilita que un nuevo ser venga al mundo. Te confío, por ello, todas las funciones que desempeñarán las matronas y todo cuanto efectúen las mujeres sabias y que ningún hombre ha de ver nunca.

Dicho aquello le asignó su lugar en relación a las cualidades que le había determinado, así como los honores y el destino.

—De ahora en adelante —continuó diciendo Enlil— esta mujer será quien enseñoree mi casa. Esta mujer, venida de afuera, será la señora de mi casa. Mi encantadora esposa, nacida de la santa Nisaba, será, igualmente como lo fue su madre, Ashnan: el cereal que crece, la vida de Sumer.

Después, dirigiéndose a Sud, le dijo:

—Cuando aparezcas entre los surcos, como un bella jovencita, Ishkur, el señor de las aguas, se ocupará de ti, y te hará chorrear el agua extraída de la tierra. Tu primer lino y tus primeras espigas marcarán el comienzo del año.

Dicho aquello, Enlil observó a su hermosa mujer, quien callada, con los ojos mirando al suelo, escuchaba atentamente.

—Tú y yo —siguió Enlil—, tendremos los hijos que queramos. Tendremos un único enemigo, uno del cual silencio su nombre y

por cuya culpa los hombres se irán debilitando. Entretanto, que la siega, la gran fiesta de Enlil, se desarrolle con todo su esplendor bajo el cielo.

Enlil quiso además obsequiar a su esposa con otros importantes regalos, y que iban a facilitar el buen gobierno y la prosperidad de los «cabezas negras» en la tierra.

—Además, mi querida Sud, te otorgo el arte del escriba, las tablillas adornadas con signos, el cálamo, la plancha de las tablillas, la contabilidad, el cálculo, la cuerda del agrimensor, la fijación de los mojones, la planificación de los canales y de los diques, todo ello será tuyo, como en su tiempo lo había sido de tu madre. Y los campesinos y aparceros revalorizarán el provecho de sus campos. ¡Oh mujer de la que estoy orgulloso, que eres más eminente que las montañas! ¡Eres la Señora! ¡Puedes realizar todo lo que quieras!

Después de concederle a su joven esposa el arte de la escritura y de otorgarle el poder de decisión sin límites, el dios Enlil añadió lo siguiente:

—A partir de ahora, siendo yo, Enlil, el rey, tu nombre de Sud se cambiará por el de Ninlil. ¡Y Ninlil será la reina! Una divinidad sin gloria tiene en este momento un nombre ilustre. Mientras distribuyas los pastos, los campesinos y los ganaderos te obsequiarán con incesantes ofrendas.

Luego, dirigiéndose Enlil a las divinidades presentes les dijo:

—Cualquiera que tenga cuidado de ella, que la honre, será ella quien le decretará el destino. Y cada vez que se le lleven presentes al santuario de Nippur, a esta nuestra casa, se deberá entonar esta alabanza sagrada: ¡Gloria por siempre a Enlil y Ninlil!

NINURTA Y LAS PIEDRAS

El gran dios Ninurta, hijo de Enlil de Nippur, recibió especial atención por parte de los mitógrafos mesopotámicos. Una larga (729 líneas en 16 tablillas) y famosa composición, conocida por su comienzo como Lugal.e.u.me.lam.bi nir.gal, *tiene a tal dios como personaje central*

en un grandioso y complejo contexto mítico, que deja adivinar las encarnizadas luchas mantenidas entre Sumer y las regiones norteñas a mediados del tercer milenio a.C. La composición pudo haber sido escrita en tiempos de Gudea de Lagash, hacia el 2140 a.C., si bien sus copias —más de 200 instrumentos entre tablillas y fragmentos, con aditamentos en acadio— pertenecen a tiempos muy posteriores que llegaron a alcanzar, incluso, la época seléucida.

—¡Rey! ¡Luz resplandeciente y soberana! ¡Ninurta! ¡El primero! ¡Dotado de una fuerza sin igual! ¡Tú, que, solo, has trastornado la Montaña! ¡Cataclismo! ¡Serpiente pitón tenaz que te lanzas contra la región rebelde! ¡Héroe, siempre presto a pelear con vigor! ¡Señor de poderoso brazo, siempre dispuesto a blandir el arma mortífera, que corta como las espigas las cabezas de los revoltosos! ¡Ninurta, rey, hijo que, por tu prestancia, encantas a tu padre! ¡Héroe, que cubres la Montaña como el Viento del Sur! ¡Ninurta, aureolado con el Arco iris y cuyos ojos fulguran! ¡Nacido del príncipe de la barba de lapislázuli, plena de rizos! ¡Poderoso como un león, serpiente que lanza su boca a modo de dardo, huracán que revienta!

—¡Ninurta! ¡Soberano que Enlil, en persona, ha elevado a lo muy alto! ¡Héroe, que aprisionas a tus enemigos con tus redes de combate! ¡Ninurta, cuya sombra terrorífica se extiende sobre el país, que hundes en la oscuridad a la región rebelde y asedias sus ejércitos! ¡Rey Ninurta, hijo que propagas el culto de tu padre hasta los lugares más remotos! ¡Voy a cantar tu hazaña!

Un día Ninurta se hallaba sentado sobre su augusto trono, desde donde difundía un aura sobrenatural. Estaba asistiendo, muy a gusto y con regocijo, a una fiesta celebrada en su honor. Junto con los grandes dioses An y Enlil rivalizaban en apurar a grandes tragos la exquisita y generosa bebida. Finalizada la fiesta y mientras la diosa Baba, deferente, murmuraba plegarias en favor del rey de Lagash y Ninurta, el hijo de Enlil, se disponía a decretar los destinos, he aquí que Sharur —el arma mágica de Ninurta— dejó, desde allí arriba, vagar su mirada sobre la Montaña.

El Arma del Señor exclamó a su rey:

—¡Señor, colocado más alto que todos los demás reyes! ¡Ninurta, de palabra inalterable, de decisiones imprescriptibles! ¡Rey mío!, cuando el Cielo hubo impregnado a la verdeante Tierra, ésta le trajo al mundo al Asakku, ese grosero ser. Le trajo un hijo que sin sentarse sobre las rodillas de una nodriza ha succionado la poderosa leche maternal. Tampoco al Asakku lo ha educado ningún padre. El asesino de la Montaña es él: intrépido barbudo, de rostro agresivo, hombre arrogante, orgulloso de su anchura de espaldas.

Después de indicarle Sharur a su rey Ninurta el nombre de aquel culpable, también le señaló que el terrible Asakku era el progenitor de la población de la Montaña, que era el padre de la colectividad de piedras que la formaban.

—Pero yo —continuó hablando el Arma sagrada—, mi rey, héroe semejante a un toro, yo estoy de tu parte, quiero ponerme de tu lado. Rey mío, bondadoso en tu ciudad, el más ingenioso a los ojos de tu madre, que sepas que el Asakku, acoplado a la Montaña, ha obtenido una copiosa descendencia de piedras, las cuales, unánimemente, han aclamado como su rey a la Piedra-*U*, que levantaba a lo alto sus cuernos entre las demás, igual que un uro gigante.

Dicho esto, y después de respirar profundamente, prosiguió:

—Y es la belicosa Piedra Alabastro, oh Ninurta, quien se ha puesto a saquear las ciudades de la Montaña, de acuerdo con las Piedras *Su*, *Sag-kal*, Diorita y Hematite. A esas ciudades, en la Montaña que él había deforestado, el Asakku las ha amenazado con sus dientes de tiburón. Ante su prepotencia sus dioses políados hubieron de someterse a él. Sin moverse del sitio y con la ayuda de su propio jefe él se ha erigido allí un trono. También ha pretendido resolver soberanamente, como tú, los asuntos del país, sin que nadie se atreviese a reaccionar ante su *melammu*, su resplandor sobrenatural, y pudiese oponerse a sus fechorías monstruosas, porque todos, con terror, se estremecían de espanto.

Ninurta escuchaba con toda atención a su Arma sagrada Sharur, la cual seguía poniéndole en antecedentes.

—Volviendo entonces los ojos hacia la Montaña, este Asakku

le hizo llevar presentes para así cautivarla y apropiarse de ella. Pero, a causa del recuerdo de tu padre, es a ti, Ninurta, a quien ella ha llamado primero. Por tu energía sin igual la Montaña te busca. Te ha llamado por tu poderío, pidiendo socorro y declarando que junto a ti ningún héroe puede competir. Después, tras numerosas disensiones internas, ella ha sucumbido. Y él, el Asakku, ha conspirado con ella, ya sometida, para usurpar tu soberanía, decidido a arrogarse los poderes, los santos *me*, que tú habías obtenido en el Abzu.

Estas noticias inquietaron enormemente a Ninurta, el hijo de Enlil. Viendo que Sharur continuaba hablándole, prestó gran atención a sus palabras.

—Su rostro —continuó Sharur— derrama terror por todos lados; su rostro, desfigurado, infunde pavor. Día a día el Asakku añade nuevos territorios a sus dominios. Tú, por lo tanto, debes imponerle la argolla de los dioses, la argolla que apresa a los malvados. ¡Cabra montés celeste, que pisas con tus pezuñas la Montaña! ¿Quién alguna vez ha podido rechazar tu asalto, oh Ninurta, hijo de Enlil?

Después de hacer una breve pausa y tomar un nuevo respiro el Arma continuó hablando.

—Mientras tanto, el Asakku, desencadenado y poderoso, escapaba a todo control: él no era percibido nada más que por sus tropas incluso antes de que sus soldados pudieran verle. Considerables eran sus fuerzas: ninguna arma lo podía debilitar. Ni el hacha ni la más irresistible de las flechas hacían presa en él. Jamás has tenido frente a ti a un adversario tan agresivo. ¡Oh Señor, que recoges en tus brazos los augustos poderes, esplendor de los dioses y su joya más querida! ¡Toro, construido como un uro, de riñones sólidos, superinteligente, mi Ninurta, a quien Enki en persona ha admirado la estatura! ¿Qué hacer, mi señor Ninurta, Uta´ulu, hijo de Enlil?

Después de oír todo aquello, el Señor elevó un grito tal que el cielo se estremeció y la tierra se apiñó a sus pies. Incluso Enlil, él mismo, aterrado, quedó confuso y desertó del Ekur, su templo querido.

La Montaña fue agrietada, el cielo se llenó de tinieblas y los Anunna, la progenie de los cielos, temblaron. Ninurta, enfadado, iracundo, se golpeó la pierna con su puño, y los dioses, a la vista del comportamiento de Ninurta, se dispersaron. Semejantes a corderos, los Anunna desaparecieron en el horizonte.

De pie, el Señor tocaba el cielo y cuando partió para el combate cada una de sus zancadas medía 50 leguas. En marcha hacia la región rebelde, cual una devastadora tempestad, él cabalgó sobre los Ocho Vientos. Sus manos se adueñaron de la Jabalina. Y su Arma fatal, con su garganta abierta, comenzó a amenazar a la Montaña, al tiempo que su Maza hacía frente a todos sus enemigos.

Cuando hubo cogido al Huracán y a la Tempestad, les encargó desencadenar el Cataclismo. Y éste, gigantesco e irresistible, marchó por delante del Héroe. El Cataclismo removía y depositaba constantemente el polvo del suelo, llenando las cavidades, nivelando todas las cosas. Hacía llover brasas, llamear relámpagos y aquel fuego devoraba a los hombres por todos lados. Arrancó los más altos troncos, arrasó los bosques. La Tierra, abriendo sus entrañas, elevaba gritos desgarradores. El Tigris se tornó turbio, turbulento, removido y pútrido.

Entonces, sobre su barco Makarnuntae, Ninurta alcanzó precipitadamente el campo de batalla. Enloquecidas, las gentes se aplastaban, buscando refugio, contra los muros; los pájaros, intentando levantar el vuelo, arrastraban sus alas por el suelo. Escaldados por el calor de su abismo, los peces hipaban el aire con sus bocas; el ganado de la estepa fue transformado en leños para arder y asado como saltamontes.

Era un diluvio devastador el que aniquilaba a la Montaña. En esta región rebelde, Ninurta dirigía intrépidamente la marcha. Mató a sus mensajeros y demolió sus ciudades, abatió a sus boyeros como mariposas que revolotean, ligó como manojos de juncos las manos de los sublevados, tanto y tan bien que en su espanto lanzaban sus cabezas contra los muros. Ninguna luz brilló más en la Montaña: se estiraba allí el cuello, se jadeaba. Las gentes, enfermas, apretaban

los brazos contra sus pechos, maldiciendo a su país y decretando día nefasto el del nacimiento del Asakku.

Sobre la región rebelde, el Señor expandió veneno: amargura y cólera le oprimían el corazón. Y, elevándose como una ola gigante, se precipitó contra la totalidad de enemigos.

¡De aquella manera Ninurta respondió a las palabras de su Arma leontocéfala, a Sharur! Luego, Sharur, cual un pájaro, tomó el vuelo y se posó sobre la Montaña. Las alas desplegadas cubrían a los insumisos; revoloteó por todas partes en el cielo para examinar la situación y, cuando se le hubieron comunicado las noticias, esta infatigable Sharur, animadora sin tregua del Cataclismo, las llevó entonces a Ninurta.

Recitó palabra por palabra las decisiones de las gentes de la Montaña y reveló sus intenciones al Señor. El Arma le explicó directamente lo que se le había dicho acerca del Asakku.

—¡Guerrero! ¡Ten cuidado! —le decía con solicitud.

Y, habiéndolo estrechado en sus brazos, porque le amaba, Sharur, el Arma mágica, pronunció, tras advertirle, este discurso al Señor Ninurta.

—¡Héroe de los lazos y de las redes de combate, Soberano señor del Ejército celeste, cuyo enemigo no puede evitar el choque! ¡Tempestad devastadora que barres la región rebelde y le sumerges las cosechas, has querido la batalla y has derrotado a más de uno! Amontona los cadáveres en la red y haz un altar de purificación. Después purifica tu Jabalina y tu Maza, Señor, celeste constrictor.

A continuación, Sharur, tras haberle recordado a Ninurta sus éxitos iniciales, pasó a enumerarle los enemigos que había derrotado:

—Ninurta —dijo el Arma—, he aquí la lista de los guerreros que has abatido. Son el Kulianna, el Dragón, el Yeso, el Cobre resistente, el Guerrero, el Carnero de seis cabezas, el Magilum, el señor Samananna, el Bisonte, el Rey-palmera, el pájaro Anzu, la Serpiente de siete cabezas. ¡Ninurta tú los has vencido a todos en la Montaña! Pero no te dejes arrastrar contra el Asakku a un combate más colosal todavía. No cruces más la espada, no te entregues más a la «danza de Inanna», durante la Fiesta de los hombres. No te preci-

pites en afrontar una batalla tan colosal. ¡Deténte! ¡Porque es, en verdad, el Asakku quien te espera sobre la Montaña!

Dichas estas palabras, el Arma Sharur todavía prosiguió hablándole a Ninurta para prevenirle y ponerle en guardia sobre el peligro que comportaba una lucha contra el terrible Asakku.

—¡Héroe, tan maravillosamente coronado! ¡Primogénito de Enlil y adornado por Ninlil, tu madre, con atributos sin fin! ¡Auténtico Señor, nacido de un pontífice y de una gran sacerdotisa! ¡Héroe, que despliegas los cuernos como los del creciente lunar, tú que garantizas larga vida al rey de Sumer, tú que, por tu alta y sobrenatural fuerza, abres el cielo; marejada alta que sumerge la tierra! ¡Ninurta, terrorífico Señor que te lanzas contra la Montaña, augusto campeón sin igual! ¿Podrás tú, ahora, sostener el choque del Asakku? ¿Igualarás al Asakku?

Luego de estas alabanzas y preguntas —estas últimas todas una seria advertencia—, el Arma mágica le aconsejó a su Señor:

—¡No! ¡No envíes tus tropas a la Montaña, oh Ninurta!

Mas el héroe, hijo y orgullo de su padre, el muy sabio, salido de un elevado pensamiento, el Señor Ninurta, dotado de una gran inteligencia, dios sutil, levantó la pierna y montó sobre su onagro. Reuniendo sus tropas, esparció a continuación su desmesurada sombra sobre la Montaña. Y luego, hizo subir a sus tropas allí, contra sus habitantes.

Alcanzada la frontera, pudo traspasarla sin obstáculo alguno. Yendo a la cabeza de sus guerreros, atravesó la región rebelde. Dio una orden a su Jabalina y ésta, por sí misma, vino a ponerse a su costado; volvió a dar otra orden a su Maza y ésta se introdujo en su cinturón. Después, con brío, se apresuró hacia el campo de batalla, paralizando de terror al cielo y a la tierra. Aprestó Lanza y Escudo y la Montaña se hundió; se aplastó ante la masa de los belicosos regimientos de Ninurta. Y cuando el Héroe puso en su lugar su Maza, el Sol no brilló más, la Luna se retiró, se tiñó de negro y el día se volvió como la pez, mientras Ninurta avanzaba hacia la Montaña.

Entonces, desde el frente del combate, el Asakku se lanzó contra él y, a modo de maza de guerra, agarró el cielo por su base.

Primero, reptó por el suelo, como una serpiente; después, brincó como un perro rabioso, dejando correr el sudor por sus flancos. Al igual que un muro que se desploma él se abatió sobre Ninurta, gritando con ronca voz como en el día del Castigo. Semejante a una serpiente pitón, silbó sobre la región. Secó las aguas de la Montaña, arrancó los tamariscos, desgarró el cuerpo de la Tierra y lo cubrió de heridas dolorosas. Prendió fuego a los cañaverales, bañó el cielo de sangre. Atravesó los cuerpos con flechas y dispersó a las gentes: los campos se tornaron cenizas ennegrecidas y el horizonte se volvió de color rojo como la púrpura.

El dios An, espantado, puesto en cuclillas, se apretaba el vientre con las manos. Enlil, temblando, corría buscando algún rincón para esconderse. Los Anunna se aplastaron contra los muros, mientras que el Templo, asustado, gemía como las palomas. Y Enlil, el Gran Monte, se puso a gritar a Ninlil desde su rincón:

—Esposa mía, ¿quién me sostendrá, si mi hijo ya no está aquí?

Viendo que ella no le respondía, continuó Enlil gritando al aire:

—¡Ninurta, mi hijo, orgullo del Ekur! La noble argolla impuesta a los enemigos por su padre, el Cedro que arraigó en el Abzu y cuya frondosidad produce una sombra muy vasta, mi hijo, mi apoyo y confort, si ya no está aquí, ¿quién va a cogerme la mano?

Los temores de Enlil no eran infundados, pues Sharur, el Arma fiel y dócil a su Señor, era la que le había informado de cómo estaba la situación. El Arma mágica había ido a Nippur, a llevarle a Enlil la noticia del peligro al que se exponía Ninurta.

Allá a lo lejos, en la Montaña, mientras tanto, una furibunda tempestad envolvía al hijo de Enlil como una tela y lo sacudía como a un árbol. Y el Asakku acabó por cubrirle, retorciéndole como se hace con una soga de esparto.

El Arma Sharur hablaba en estos términos a Enlil:

—Venerable Enlil, el Asakku ha capturado a tu hijo. No se sabe qué va a ocurrir. Ya le advertí a tu hijo de que su empresa era una locura. ¿Qué consejo puedes darme? ¿Qué quieres que le diga?

Enlil le respondió:

—He lanzado mi mirada contra la Montaña, donde no penetra

la luz. Por lo que yo auguro pienso que Ninurta, en virtud de mis poderes, recobrará sus fuerzas después del Cataclismo, una vez que se hayan secado las aguas, succionadas por el calor del sol. Aliviado y dichoso, mi hijo, mi consuelo, se repondrá y respirará. Sobre los enemigos de Ninurta lanzaré terribles tempestades, ¡la Montaña no dejará de admirar la fuerza de mi hijo!

—He aquí —finalizó Enlil— mis instrucciones. Tú le llevarás este mensaje a mi hijo: «Mi pueblo permanecerá en gran número, las aguas no sumergirán a los que se hallan de mi parte. Y cuando el viento arranque los campos, la población no disminuirá en absoluto. Él, el Asakku no me privará de mi descendencia ni hará desaparecer todas las especies que he hecho existir y funcionar.» ¡Dile, pues, esto!

Tranquilizada con aquellas palabras, Sharur, el Arma mágica, se golpeó el muslo con el puño y, apresurándose, se dirigió hacia la región rebelde a llevarle, llena de alegría, el mensaje al Señor Ninurta.

Llegado ante él le dijo:

—Mi rey, he aquí lo que me ha dicho tu padre Enlil, que te ama: «Mientras que, hinchado de veneno, el Cataclismo se lance contra el enemigo, Ninurta cogerá al Asakku por el hombro y le atravesará el hígado. Tras ello que mi hijo regrese al Ekur para que mis súbditos celebren para siempre, como conviene, sus poderes.» ¡Fíate de las palabras de tu padre, Señor, fuerza sublime de Enlil y no tardes! Tempestad abatida contra la región rebelde, tú que puedes triturar la Montaña como harina, ¡corre!, ¡lánzate! ¡Nada de dilación, Ninurta, luchador de Enlil! Sobre su muralla de adobe, el Asakku ha dispuesto maderos atravesados con largas púas de metal como defensa. Su plaza fuerte, así sobrealzada va a ser inaccesible de ahora en adelante. Él no disminuye su furor. Contra ti ha lanzado en cabeza elementos rabiosos que ignoran todo tipo de piedad. ¡Abre la marcha el Viento maléfico! Rey mío, va a serte necesario tener recursos, protegerte en el cuerpo a cuerpo y en el combate a base de lazos.

Alentado con el mensaje de su padre y animado por los consejos de su fiel Sharur, Ninurta volvió su Maza y sus Flechas contra

la Montaña. Contra ella dirigió su Jabalina. El Señor levantó su brazo hacia las nubes y el pleno día se volvió noche oscura. Bramó como un huracán y arrojó la Jabalina contra la Montaña. A continuación desencadenó torbellinos de polvo. Su choque golpeó a la Montaña como un aguijón.

Por su parte, Sharur, habiendo hinchado los vientos hasta el cielo, dispersó las poblaciones y las despedazó como una fiera hambrienta. Con su veneno, devastó totalmente las ciudades. Su maza, quebrantadora, puso fuego en la Montaña, su arma, de mortíferas puntas, pulverizó los cráneos, su hacha destripadora rechinó los dientes.

Cuando Ninurta hubo plantado su Jabalina en tierra, las grietas se llenaron de una sangre que los perros lamieron como la leche. Los enemigos, trastornados, gritaban a sus mujeres y a sus niños: «¿No habéis implorado clemencia al Señor Ninurta?»

El Arma mágica continuaba envolviendo con un espeso polvo a la Montaña, pero nada hacía temblar el corazón del Asakku. Así que, por ello, Sharur, echando los brazos alrededor del cuello de Ninurta le dijo:

—¿Qué cosa incomparable te espera, héroe? No podrás nunca atacar el propio corazón de la Montaña. Es macizo como una tempestad, Señor Ninurta, hijo de Enlil. Es como un tumor malsano que supura. Es tan horroroso como la lepra en la cara. Tiene el habla trastornada, no obedece jamás. Es casi un dios el que se opone a ti. Es una bruma que cae sobre la tierra: la lesiona como el álcali. Caza delante de ella los onagros de las montañas. Su terrible resplandor ardiente hace arremolinarse el polvo y hace llover aguaceros de pedriscos. En la región rebelde es un león de feroces dientes, al que nadie puede capturar. Todo, hasta lo más insignificante, lo ha entregado al Viento del Norte para que lo aniquile. Ha hecho suprimir el ganado por el demonio Lilu, ha desecado la tierra. Su ciclón ha eliminado a las gentes de modo irremediable. ¡En presencia de un enemigo que no tiene corazón, da media vuelta, oh vigoroso héroe!

Pero el Señor Ninurta prosiguió con sus gritos, vociferando sin parar contra la Montaña. Desdeñoso de los clamores de la región

rebelde, no prestaba ninguna atención. Todo lo que había destruido el Asakku, lo redujo a la nada. Quiso además aplastar la cabeza a todos sus enemigos y hacer gemir a la Montaña. Como un soldado al pillaje, no cesaba de dar vueltas de un lado a otro.

Desde lo alto, el Asakku, como un pájaro de presa, lanzaba sobre Ninurta miradas furibundas, reduciendo a la región rebelde al silencio y a la inmovilidad.

Pero Ninurta, llegado junto a su enemigo, lo envolvió como una ola y, una vez debilitado el resplandor sobrenatural del Asakku, lo capturó. De inmediato, lo arrojó hacia abajo, después lo lanzó hacia lo alto, sacudiéndolo y desparramándolo como el agua, sobre la Montaña. Lo escardó como se hace con los juncos, lo arrancó como a las cañas. Después, recubriendo toda la región con su propio esplendor, trituró al Asakku como cebada torrefacta, para luego castrarlo y partirlo en pedazos como se hace con los ladrillos. Al igual que hace el alfarero con los carbones, él amontonó sus restos como una pila de desperdicios. Los amontonó como si fuera una carga de adobes, como barro aplastado.

De esta manera el Héroe cumplió el deseo de su corazón. Entonces el Señor Ninurta pudo respirar, aliviado.

En la Montaña, en donde el día estaba declinando, Utu, el dios sol, le rindió un saludo. Tras ello, el Señor purificó su Tahalí y su Maza y lavó la sangre que había teñido su Arma; se quitó el sudor de su frente y, a continuación, reclamó muy alto el cadáver del Asakku.

Y, cuando hubo hecho de su enemigo el resto de un naufragio balanceado por el oleaje, los dioses del país vinieron a él y cual onagros agotados, cayeron a sus pies, diciéndole:

—Hemos venido ante ti para celebrar tu gloriosa proeza. ¡Ninurta, hijo de Enlil, te saludamos, te aplaudimos!

Desde toda su altura, Sharur, el Arma mágica, le dirigió también este elogio a su Señor:

—¡Señor! ¡Majestuoso árbol *mes*, crecido en un campo irrigado! ¿Quién te igualará, Héroe? Jamás se ha encontrado a nadie tan perfecto, tan digno como tú, oh rey, para sentarse sobre el trono. De ahora en adelante, nadie en la Montaña osará rebelarse contra

ti. No tendrás más que un solo grito para abatirlo. ¡Héroe, cómo te celebramos! ¡Devastadora tempestad dirigida contra la región rebelde! ¡Señor Ninurta, nuestro Héroe!

Y cuando, en la región rebelde, hubo escardado al Asakku como se hace con los juncos y lo hubo arrancado como si fuera una caña, el Señor Ninurta, tomando su Jabalina y su Maza, dijo:

—A partir de este momento ya no se te llamará más Asakku, sino «Piedra», con el nombre propio de *zalaqu*, en cuyas entrañas se hallará el Infierno. Tu valentía revertirá al Señor.

Además de darle un nuevo nombre a su enemigo derrotado y privarle de su valor, Ninurta también quiso darle uno, honorífico, a su propia Arma, que se hallaba a la sazón en reposo, dejada en un rincón. He aquí cómo la bendijo:

—¡Que tu nombre, Sharur, sea «Batalla suprema victoriosa para Sumer, chaparrón que se abate sobre los enemigos!»

Ahora bien, durante todo aquel tiempo, el agua vivificadora no surgió de la tierra, sino que, transformada en hielo acumulado, abarrancaba, derritiéndose, las montañas. También, los dioses del país, reducidos a trabajos forzados, debían —tal era su servidumbre— llevar el zapapico y el serón, porque, para asegurar la producción de alimentos, no existían otros obreros a reclutar. El Tigris no hizo subir todavía sus aguas a su más alto nivel y, como no desembocaba aún en el mar, no vertía allí su agua dulce. No se cargaban, en su muelle, las cosechas: el hambre era cruel, porque nada se había producido. Nadie limpiaba los canales, nadie dragaba los fangos y, falta de drenaje, la buena tierra laborable estaba embebida de agua.

No existía más que cebada diseminada, aquí y allá, porque no se cavaban surcos. Para remediar todo aquello el Señor aplicó su alta inteligencia: ¡emprendió la realización de maravillas! En la Montaña amontonó, pues, las piedras y, desplegando sus brazos cual una gruesa nube que atraviesa el cielo, echó el cerrojo a la frente del país con una alta muralla. Al borde del horizonte instaló un dique. Con gran habilidad puso diques a todas las ciudades, bloqueando

las aguas pujantes con paredes rocosas: en adelante no subirían más desde la tierra llana hacia las alturas.

Todo lo que estaba disperso lo reunió: las aguas diseminadas en lagos, en la Montaña, las mezcló todas juntas, y las abocó al Tigris, para que cubrieran, en inundaciones primaverales, la tierra arable. Desde entonces, el contenido entero del universo hasta el borde de la tierra, bajo la copa del rey del país, gozaría de los beneficios del Señor Ninurta.

A la tierra arable, le asignó el cultivo de la cebada abigarrada. De los jardines y huertos hizo salir los frutos, llenó los silos con montones de granos. Fuera del país, instaló establecimientos comerciales. Así contentó los deseos de los dioses, los cuales, a porfía, proclamaron la alabanza del padre de Ninurta.

Sin embargo, ese día, Ninurta entristeció el corazón de una mujer: su madre, Ninmah, que perdió el sueño en su tálamo en donde —recordaba ella— le había concebido. Vestido su cuerpo con un vellocino de lana, parecido a una oveja, una oveja todavía sin esquilar, ella se lamentaba amargamente de que se le hubiese cerrado la Montaña.

—El Señor —decía con tristeza—, al cual la Montaña no ha podido aguantarle su fuerza sublime, el sublime Héroe, al que nadie puede acercársele cuando su furor se inflama, tempestad que se abate, derramando su veneno sobre la tierra, el Señor, el «soplo» de Enlil, digno de la corona, el campeón colocado muy alto para recibir órdenes, ha pasado prestamente ante mí después de haber triunfado. Ha pasado, sin decirme nada, mi hijo del que mi esposo me dejó encinta y que con tantos dolores había dado a luz para mi marido.

Tras gemir unos instantes, lamentándose desconsoladamente, Ninmah continuó diciendo:

—¡Jamás se me ha hecho una afrenta semejante! El hijo de Enlil ha pasado delante de mí, sin siquiera dirigirme una mirada. Cuando este personaje haya abordado a los demás dioses en el Eshumesha, su santuario preferido, iré, sin dudarlo, a encontrar a ese pretencioso señor. Iré a visitar sola a ese hombre presuntuoso, yo,

la reina. Me presentaré ante él y le diré: «¡Heme aquí!» Él deberá recibirme en el campo, me recibirá ese magistrado de Enlil, ese gran héroe, orgullo de su padre.

Así, la noble dama enunciaba su propósito con ceño serio. Y así lo formuló en presencia de Ninurta, su hijo.

Oídas las palabras de Ninmah, Ninurta la miró con ojos benévolos y le dijo:

—Señora, puesto que has querido alcanzar la Montaña y seguirme, Ninmah, hasta la región rebelde, sin abandonarme nunca, incluso en medio de los horrores de la guerra, del montón en el que he apilado a los guerreros abatidos, que su nombre sea, en lo sucesivo, *hur-sag*, esto es, «los montes», y que tú seas la *nin*, la «Señora». Tal es tu destino preparado por mí, Ninurta: ¡que así sea! De ahora en adelante se te dirá siempre *Ninhursag*, la «Señora de los montes».

Tras haberle asignado a Ninmah su nuevo nombre, Ninurta tuvo todavía más palabras para su madre.

—Las cañadas de estas montañas te producirán hierbas aromáticas, las orillas te abastecerán de vino y miel, las pendientes te harán crecer cedros, cipreses, enebros y bojes. Este territorio te procurará hermosos frutos maduros, cual un jardín. Y en sus alturas habrá para ti abundancia de perfumes divinos. Para ti se le extraerá plata y oro, con los que se fabricarán hermosas joyas. Se le hará fundir cobre y estaño, que se te entregarán como tributo. Allí se multiplicará el ganado y te serán suministrados prolíficos cuadrúpedos. ¡Reina igualada a An, y dotada como él de un terror temible, diosa augusta, que detestas las habladurías, noble mujer, Señora de los montes, Lugar puro, Señora del parto, acércate, oh soberana, y que se te celebre, porque yo te he otorgado los *me*, los augustos poderes!

Después de que el Señor, recorriendo a grandes pasos el templo de Nippur, hubo determinado así el destino de la Montaña, y otorgado un nuevo nombre a su madre, se presentó Aruru, la noble dama, la soberana de las matrices, que aventajaba a todas por su función sagrada, la hermana querida de Enlil. Ante el dios, hallándose de pie, dijo Aruru:

—Oh héroe magnífico, de órdenes tan inalterables como las de tu padre, tú no has decretado todavía el destino de los soldados que acabas de abatir. ¿Cuándo lo vas a hacer?

Y el Señor Ninurta, oído aquello, se dirigió a la Piedra-*U* para definirle su naturaleza. Con voz irritada, le apostrofó y pronunció contra ella la siguiente maldición:

—Piedra-*U*, puesto que te rebelaste contra mí en la Montaña y quisiste inmovilizarme y cerrarme el camino, dado que también juraste darme muerte y pretendiste asustarme, yo, el señor Ninurta, estando en mi augusto trono, aunque seas robusto, oh gran mocetón, decreto que tu estatura sea disminuida. Temibles personajes, orgullosos de su fuerza, te pulverizarán; los atletas se servirán de ti en sus competiciones. Piedra-*U*, joven mocetón, tus hermanos te reducirán a polvo para que actúes con violencia contra tus descendientes y al triturar los cadáveres. A pesar de tus gritos, acabarás triturada: fraccionada como un gran uro al que los cazadores han despedazado en trozos. Al igual que un perro es cazado por el ayudante de un pastor, así lo serás tú en la batalla: pero a golpes de maza. Tan cierto como que yo soy el Señor, puesto que tu trabajarás y pulirás la *na-gug*, esto es, la cornalina, tú tomarás el nombre de *na-gug-buru*. Por lo tanto, en virtud del destino que decreto, en lo sucesivo la cornalina será taladrada utilizándote a ti, Piedra-*U*.

Después el Héroe se volvió hacia la Lava y el Basalto y el Señor determinó sus caracteres, pronunciando contra ellos otra maldición:

—Bloques de lava, fuisteis arrojados contra mis armas, bloques de basalto, os opusisteis a mí con vigor, cual toros, y habéis acorneado como los uros. Pues bien, os aplastaré como mariposas: mi terrible esplendor sobrenatural os envolverá, no escaparéis a mi augusto brazo. Sobre vosotros, el orfebre soplará a pleno pulmón: se os cortará en crisoles, donde él fundirá sus obras. En la luna nueva se dispondrán sobre vosotros, según los ritos, las primicias consagradas a los dioses.

Tras decretar aquel destino, Ninurta se volvió hacia la Piedra-

Sagkal, apostrofando también a la Piedra-*Gulgul* y a la Piedra-*Saggar*. Contra ellas pronunció la siguiente maldición:

—Piedra-*Sagkal*, puesto que en el curso del combate te has precipitado contra mí, Piedra-*Gulgul*, puesto que has matado a mis soldados, Piedra-*Saggar*, puesto que has sacudido tu cabeza con vigor contra mí y que contra mí, el Señor, has rechinado los dientes, ¡escuchad!: ¡Piedra-*Saggar*, será la Piedra-*Sagkal* la que te debilitará y la Piedra-*Gulgul* la que te pulverizará, atrevido mocetón! Que seáis apartadas como valores irrisorios. Que seáis presas, en vuestras casas, de un hambre tal que tengáis que mendigar vuestro pan en vuestra propia ciudad. Que seáis vulgares, que seáis guerreros castrados, y que se os repita vuestro nombre a cada triquitraque: ¡Desapareced deprisa! En adelante, en virtud del destino que os decreto, se os llamará en el país «Mercancía mediocre». ¡Así será!

Después el rey se volvió hacia la Diorita y expresándose con solemnidad, desde el fondo del corazón, Ninurta pronunció la siguiente bendición:

—Diorita, tu ejército ha cambiado de campo en el curso de la batalla: tú te has disipado ante mí, como una espesa niebla, sin cometer violencia, sin arrojarte sobre mí. «Mal haya la mentira —decías tú—, el único héroe es el Señor. ¿Quién te puede igualar, Ninurta, hijo de Enlil?» ¡Y bien! Se te irá a buscar a lo más alto de la Montaña y se te transportará aquí, a esta casa, desde los macizos de Magán. Y tú, que cortas como cuero el cobre más resistente, tú me convendrás a pedir de boca, a mí, el Señor, y a mi bravura. Cuando un rey, célebre para siempre, quiera tallar de ti estatuas eternas a fin de erigirlas allí donde se hacen las libaciones, en este plácido santuario de mi Eninnu, la «Casa Cincuenta», tú estarás colocada en tu lugar.

A continuación el rey se volvió hacia la Piedra común-*na* y arañándole su superficie, Ninurta pronunció la siguiente maldición:

—Piedra común, puesto que has anhelado quitarme mi lugar, puesto que has osado echar suertes sobre mis privilegios, ¡escucha!: Permanece revolcada en el suelo como un puerco, mientras se te esté trabajando. Queda pasiva, sin que se te utilice para nada y aca-

ba convertida en polvo. Sin tener la más mínima consideración de ti se te reducirá a papilla.

Luego el rey se volvió hacia la Piedra caliza blanca. Tras mirarla, pronunció esta bendición:

—Piedra caliza blanca, habías puesto tu astucia en extender el miedo en la Montaña sublevada; después, en plena región rebelde, has hecho aclamar mi nombre a la gente con ánimos bulliciosos. ¡Oye bien!: Tú nunca perderás nada de tu integridad, no se reducirá tu masa a polvo. Es más, se pondrán en tu superficie por escrito mis poderes. Cuando tenga que hacer frente a héroes, tú estarás adaptada a una guerra así. En el gran patio de mi templo te erigiré sobre pedestal y, maravillado ante ti, el país proclamará tus alabanzas.

Dicho esto, el Héroe se volvió hacia la hematite y gritando tan fuerte como dura era la piedra, Ninurta pronunció una nueva bendición:

—¡Joven osado, digno de respeto y cuya superficie centellea! Hematite, cuando te llegaron las recriminaciones de la región rebelde, ciertamente, tú diste el grito del combate, bravío y exaltado, pero tu mano victoriosa no me tocó en absoluto y tampoco te vi entre los sublevados. ¡Y bien! Te concederé por ello un lugar en el país: el quehacer del sol será el tuyo. Tú juzgarás y gobernarás las montañas. El artesano, experto en todas las técnicas, encarecerá tu precio hasta la escala del oro. Joven mocetón que me he ganado, no tendré tregua hasta que permanezcas vivo. Y en lo sucesivo, en virtud del destino que te decreto, se dirá: «La hematite está viva.» ¡Así será!

Después el Héroe, se volvió hacia el Alabastro, y Ninurta, el hijo de Enlil, pronunció la siguiente bendición:

—¡Alabastro, cuya materia brilla como la luz del día, plata refinada, joven atrevido consagrado al palacio! Puesto que tú, solo, has tendido las manos hacia mí, y que, en lo alto de la Montaña, te has prosternado ante mí, aunque yo no haya abatido mi maza sobre ti y no haya mostrado la fuerza de mi brazo, tú, valiente guerrero, que, a mi llamada, te has puesto a mi servicio, ¡escucha!: Sé célebre en muchos lugares. Ayuda a la alta mano en los almacenes del

país, sé el administrador. ¡Que seas también el iluminador de los Anunna, los grandes dioses, y que seas adjudicado a sus templos, oh alabastro!

Con mala mirada, el rey se volvió hacia la Piedra Ámbar-amarilla y el Señor, descontento, habiéndola interpelado, le lanzó la siguiente maldición:

—¡Cómo has vacilado ante mi llegada! ¡Oye bien!: Tú serás la primera piedra conducida a mi taller y te prestarás a todo lo que se quiera hacer contigo. Ámbar-amarillo, serás la ofrenda regular y cotidiana de los metalistas.

Después el rey se volvió hacia el Ágata, apostrofando también a la Calcedonia, la Cornalina, el Lapislázuli, el Jaspe, el *Saba*, el *Hurishu*, el *Marhali*, la Cornalina-amarilla, el Ojo-de-pez, el Granate, el *Anzugulme*, la Serpentina y, en favor de todas estas piedras, pronunció esta bendición:

—¡Machos y hembras, cada uno a su manera, delante de mí, me habéis sostenido sin reproche, espontáneamente me habéis exaltado en público. ¡Bien!: Yo os exaltaré en plena asamblea. En el consejo de guerra actuasteis en mi favor. Por ello seréis preferidos a la miel y al vino. Y os engastarán con metales preciosos. Además, el que ostenta la primacía entre los dioses hará prosternarse delante de vosotros, nariz en tierra, a vuestras montañas natales.

Dicha aquella bendición, con rostro serio y malhumorado se volvió hacia el Sílex, y el Señor Ninurta, descontento, le dirigió estas palabras de maldición:

—¡Y bien, Sílex! Sílex artificioso, en la Montaña se te romperán tus cuernos de uro. Te prosternarás ante el Antimonio, porque tú no has actuado como yo, que te he sostenido. Te desgarraré, pues, como a un vulgar saco. Se te reducirá a polvo y el tallador de piedras se esforzará en descantillarte con su cincel, joven y macizo guerrero, portador de odio. El carpintero, cuando quiera terminar un trabajo, te inundará de agua y te reventará como malta.

Después el rey se volvió hacia la Piedra Arcilla-de-estaño. Apostrofó también a la Piedra *Elligu*. Ninurta habló así:

—Arcilla-de-estaño, has vociferado contra mí en la Montaña. Contra mí, Piedra *Elligu*, has levantado el grito de combate, salvaje y exaltado. ¡Escuchadme bien!: Os consumiré como un fuego, os trastornaré como un huracán, os escardaré como juncos y os arrancaré como cañas. ¿Y quién os socorrerá? Arcilla-de-estaño, no se prestará oído ni atención a tus gritos de auxilio. Arcilla-de-estaño, Piedra *Elligu*, vuestro camino no os conducirá nunca al palacio.

Seguidamente, el rey se volvió hacia la Piedra-de-gacela, y apostrofó también a la Piedra *Dubban* y a la Piedra *Urutu*. Ninurta tras determinar su naturaleza, pronunció para ellas la siguiente maldición:

—¡Piedra-de-gacela, Piedra *Dubban*, llamas ardientes! ¡Piedra *Urutu*, a quien nadie puede resistirse! Cuando el Basalto os ha puesto fuego, habéis sido inflamadas. Ardisteis contra mí en la región rebelde como un brasero. ¡Oídme!: ¡Que se te degüelle como a un carnero, Piedra-de-gacela! ¡Que se te pulverice como molienda, *Dubban*! ¡Que se te talle como una maza de armas, *Urutu*, con el bronce de las puntas de flecha divinas! ¡Que se os aniquile, temibles puñales!

El rey se volvió hacia la Piedra *Shagara*. Ninurta pronunció una nueva maldición:

—¡Piedra *Shagara*, que machacas el cráneo del viajero que camina solo por la estepa! En la Montaña me has querido pisotear con tus pies, mientras yo estaba ocupado en la guerra. Puesto que te llenaste de placer en luchar contra mí, ¡escucha!: El cestero te arrojará a un rincón con sus cañas aplastadas. Se olvidará de donde tú vienes. No se te reclamará. Nadie tendrá la sensación de que tú le faltas. Las gentes no se quejarán de haberte extraviado. Y, una vez dejado el sitio en donde se desarrolla el rito perpetuo —en el lugar de honor en el que la diosa Ninhursag reposa—, se te alimentará con los residuos de la cervecería como se hace con los corderos. Deberás contentarte con una pulgarada de harina. ¡Ése es el significado de tu nombre!

El rey Ninurta se volvió hacia la Piedra Marcasita, y pronunció la siguiente bendición:

—Oh Marcasita, puesto que tú me has ayudado, a modo de cuerda, por lo cual se te había capturado, y porque no has participado en la carnicería perpetrada por tus compatriotas, ¡escucha!: Tú serás la copa colocada bajo el filtro para recoger el agua limpia. Se te utilizará para incrustaciones, serás un ornamento de calidad para las fíbulas. ¡Marcasita, estarás con todo honor en los templos de los dioses!

A continuación, el ojo escrutador del Héroe se volvió hacia la Piedra *Hashtu* y el Señor, descontento, le apostrofó pronunciando una maldición:

—*Hashtu*, has vociferado contra mí en la Montaña. A tus gritos salvajes de combate, has unido tus gritos furiosos y por estos alaridos has logrado mantener en la Montaña al demonio Lilu. ¡Escucha, atrevido guerrero!: Se te plantará en tierra y se te llamará «Fosa». ¡Sí! En adelante, en virtud del destino que te decreto, se te llamará *Hashtu*. ¡Así será!

Ninurta, a continuación, se volvió hacia la Piedra *Durul*, pronunciando la siguiente bendición:

—*Durul*, color de duelo, joven ciego, zambullido aquí abajo en la noche, puesto que sobre la Montaña tú me has rendido homenaje y porque declaraste: «¡Ah, si yo hubiese podido romper mis cerrojos y estar ante él, al servicio de mi rey, el Señor Ninurta!» ¡Escucha!: en donde quiera que tu nombre sea mencionado, será magnificado en sí mismo, diciendo los entendidos «Lo compro a precio de oro». Los habitantes de todos los países, acompañados de flautas, como unos músicos, te invitarán a la danza.

Luego, el rey se volvió hacia la Piedra *Sigsig*, pero apostrofando también a otras piedras, entre ellas, las conocidas como *Enge*, *Engisha*, *Ezinum*, *Uggun*, *Zahem*, *Madanum*, *Hashmanu*, *Mursuh* y *Mulug*. Ninurta les pronunció esta bendición:

—Piedras, puesto que vosotras actuasteis bien hacia mí, dispuestas con los costados cerrados, con las caderas en movimiento, con el corazón satisfecho, balanceándoos como osos, todas habéis hecho camino para uniros a mí. Además, os inclinasteis ante mí hasta tocar el suelo, a diferencia de otras piedras, sirviéndome de mazas y refor-

zando mi puerta. ¡Escuchad!: cuando los atletas se pongan en situación y luchen, apresándose por las piernas y haciéndose tocar la cabeza en el suelo para a continuación elevar sus espaldas, seréis vosotras solas, en todo el país, las piedras que tales luchadores preferirán.

El héroe Ninurta se volvió hacia la piedra *Kurgara*, apostrofando también a la Piedra *Bal* y al *Khol* amarillo, y les pronunció la siguiente bendición:

—Puesto que habéis dicho «Vamos a poner alegres a los hombres», yo os los enviaré y volveréis imberbe al joven que os haya gustado, tan bien que el *kalatur* os alabará. Sed ofrendas en el día de la fiesta de los Manes, y, en la luna nueva, hasta el noveno día del mes, los jóvenes os consagrarán sus juegos rituales.

Él asignó todas estas piedras al culto de Ninhursag.

Vencida la Montaña, cuando el Héroe se puso en camino por la estepa su imponente figura brillaba como el Sol. Entre la muchedumbre que le aclamaba una y otra vez el dios se comportaba con majestad. Así avanzó, alegre, hacia su barco preferido: un *magur*, para embarcarse en su Makarnuntae. Entonces los marineros, al verle, entonaron un delicioso canto y celebraron de corazón sus alabanzas. Le dirigieron a Ninurta este saludo por su gloria eterna:

—Divino superhéroe, Señor Ninurta, soberano de los Anunna, tú que tienes en tu derecha la maza llena de mortíferas puntas, torrente que en tu camino arrastras a todos tus enemigos. ¿Quién puede imitar tus altos hechos, grandiosos, admirables? ¡Héroe! ¡Irresistible cataclismo! Ni siquiera los dioses Enki y Ninki se atreven a ir contra ti. ¡Héroe, saqueador de ciudades, vencedor de la Montaña, hijo de Enlil! ¿Quién puede elevarse tan alto como tú? ¿Quién te puede igualar, Ninurta, hijo de Enlil, Héroe?

Después de aquel saludo que finalizaba con preguntas de respuestas inequívocamente afirmativas, los marineros no dudaron en hacer alusiones muy concretas a su muy querido gobernante de Lagash, devoto de los dioses.

—El rey Gudea, nuestro soberano —prosiguieron diciendo—, es un valiente, consagrado a ti y a tu culto: sigue tu camino, según su fama. Ha cumplido siempre con fastos el ceremonial litúrgico en tu templo. Y él te ha realzado tu residencia. Celebra tus fiestas con magnificencia, cumple tus ritos sagrados. Para obtener una vida feliz, ha decretado este programa: «Se debe exaltar a Ninurta en el país. Que el corazón de An sea favorable al Señor y que con Ninurta, brazo vigoroso de Enlil, Baba, la santa madre, resplandezca como la luz del día.»

Así aclamaban los marineros al Señor sobre la proa del barco que navegaba alegremente por la corriente de las aguas por donde la Makarnuntae avanzaba radiante. Para saludar al Héroe que regresaba de la batalla, los Anunna, salidos del templo, acudieron a su encuentro. Llegados ante él, se inclinaron con reverencia hasta tierra, y con la mano sobre el corazón formularon esta oración al Señor:

—¡Que tu corazón irritado, oh Señor, se apacigüe! ¡Ninurta, rey Utu´ulu, alza fieramente la cabeza hacia el cielo!

Después su padre Enlil le bendijo en estos términos:

—¡Rey que trasciendes el universo, de acuerdo con tu nombre augusto, tú que desde tu capilla provocas la prosperidad, amplio pecho, adornado con un vellocino! Soberano belicoso frente a la región rebelde, te he dado la sobrenatural Tempestad, el Arma del Cataclismo, que pone fuego en la Montaña. ¡Te he hecho don de ella, Héroe universal! Rey, ante la tormenta, tu camino estaba pleno de asechanzas, pero yo he creído en el éxito de tu expedición en la Montaña. Cual un perro lobo dejado suelto tras su presa, tú te has aventurado en la región rebelde, escoltado por esta sobrenatural tempestad. Jamás será restaurada la montaña que tú has vencido, de la cual tú has arruinado las ciudades y cuyos príncipes orgullosos ante ti han perdido el aliento. El Arma sobrenatural, un reino próspero para siempre, una vida eterna, según los augurios de Enlil y la todopoderosa potencia de An. ¡He ahí tu recompensa, oh rey!

Después de haber sido bendecido así por su padre, el Héroe,

una vez abatido el Asakku y hecho de él un montón informe de piedras, decretó con poderosa voz:

—¡Ordeno que a este amontonamiento se le llame, sin más, «Piedras»!

Luego, Ninurta confió todo lo que había hecho a Nisaba. También a ella le confió las aguas a las que, en persona, el dios les había trazado su ruta desde arriba hasta abajo. Le confió el arado, fuente de toda prosperidad, que él había inventado, igualmente los surcos rectilíneos que había enseñado a cavar, los montones de grano que había apilado y los silos que había llenado. Todo ello lo confió a la Señora de los Poderes divinos, digna de glorificación, a Nisaba, la santa mujer, la muy sabia y eminente en todo el país. A ella que posee la augusta tablilla en donde están consignadas las prerrogativas de los reyes y de los pontífices, a ella que en el Santo Montículo, esto es, en el *Du-ku*, Enki la había dotado de una inteligencia superior.

¡Gloria a Nisaba, a la mujer, a la estrella que en el Abzu contenta maravillosamente al príncipe! ¡A la Señora del saber, que distribuye la felicidad! ¡La única apta para gobernar, el receptáculo del saber y de la prudencia, la reina de los «cabezas negras», poseedora de la tablilla donde están inscritas todas las cosas! ¡Aquélla poseedora de redes de las que no escapa ningún pájaro, aquélla cuyas obras, todas, han tenido éxito, aquélla en cuya presencia, y sobre la cuerda de nudos que no se deshacen, los días se cuentan al ritmo de la luna!

¡Gloria a la que nadie puede atacar por asalto como a una fortaleza metálica! ¡A aquella que está al corriente de todos los pensamientos, que lo sabe todo! ¡La reina que se preocupa de los «cabezas negras», que sabe hablar como conviene a los hombres! ¡La gran diosa, la propia réplica de Enlil! ¡La santa mujer, la estrella familiar con An!

¡Oh soberano Señor, por orden de Enlil, oh Ninurta, prole sublime del Ekur, sostén de tu padre que te ha engendrado, cuán dulce es alabarte!

Un magnífico y largo canto «shirsud», compuesto a finales del tercer milenio a.C., en sumerio, en honor del dios Ninurta, se hizo muy famoso, a deducir de las numerosas copias (en acadio) que se realizaron hasta alcanzar la época neoasiria. El texto tiene como argumento el regreso de tal dios, victorioso, a Nippur, en donde, en virtud de sus hazañas militares contra países enemigos (simbolizados en la Montaña), reclama la soberanía sobre Sumer.

¡Oh hijo de Enlil, constituido como An, el padre de los dioses! ¡Oh, Ninurta, nacido de la diosa Nintu y constituido como Enlil, el Gran Monte, el que decreta los destinos! ¡El más poderoso de los Anunna, que son semilla del cielo, salido de la Señora de la Montaña! ¡Tú que difundes un espanto terrorífico, hijo de Enlil, seguro de tu fuerza!

Eres, en verdad, glorioso, rey mío. ¡Que se celebre tu gloria! Eres glorioso, Ninurta. ¡Que se celebre tu gloria! ¡Soberano de todos los países a causa de tu enorme valor y campeón de Enlil por tu inmenso vigor! ¡Héroe temible, te has hecho dueño de todas las normas, de los augustos *me*, tan grandes como el cielo! ¡Te has hecho dueño, hijo de Enlil, de los augustos *me*, tan grandes como la tierra! ¡Te has apropiado de los *me* de la montaña, tan poderosos como el cielo! ¡Te has hecho dueño de los *me* de Eridu, tan poderosos como la tierra!

¡Has hecho inclinar a los dioses ante ti, has hecho inclinar a los Anunna ante ti, oh Ninurta, de valor contrastado!

En aquella ocasión se produjo una tempestad, que pudo ser reprimida por decisión soberana. Una tempestad que fue domeñada por la determinación del señor Ninurta. Contra la montaña hostil se luchó, contra las plazas fuertes de la región rebelde se luchó. Implacable y terrorífico el Señor Ninurta luchó contra sus enemigos. Desencadenada en el cielo y en la tierra su voluntad furibunda hizo que la Montaña fuese nada más que un cadáver. Su despiadada prestancia, su cornamenta, similar a la de un uro, rápi-

una vez abatido el Asakku y hecho de él un montón informe de piedras, decretó con poderosa voz:

—¡Ordeno que a este amontonamiento se le llame, sin más, «Piedras»!

Luego, Ninurta confió todo lo que había hecho a Nisaba. También a ella le confió las aguas a las que, en persona, el dios les había trazado su ruta desde arriba hasta abajo. Le confió el arado, fuente de toda prosperidad, que él había inventado, igualmente los surcos rectilíneos que había enseñado a cavar, los montones de grano que había apilado y los silos que había llenado. Todo ello lo confió a la Señora de los Poderes divinos, digna de glorificación, a Nisaba, la santa mujer, la muy sabia y eminente en todo el país. A ella que posee la augusta tablilla en donde están consignadas las prerrogativas de los reyes y de los pontífices, a ella que en el Santo Montículo, esto es, en el *Du-ku*, Enki la había dotado de una inteligencia superior.

¡Gloria a Nisaba, a la mujer, a la estrella que en el Abzu contenta maravillosamente al príncipe! ¡A la Señora del saber, que distribuye la felicidad! ¡La única apta para gobernar, el receptáculo del saber y de la prudencia, la reina de los «cabezas negras», poseedora de la tablilla donde están inscritas todas las cosas! ¡Aquélla poseedora de redes de las que no escapa ningún pájaro, aquélla cuyas obras, todas, han tenido éxito, aquélla en cuya presencia, y sobre la cuerda de nudos que no se deshacen, los días se cuentan al ritmo de la luna!

¡Gloria a la que nadie puede atacar por asalto como a una fortaleza metálica! ¡A aquella que está al corriente de todos los pensamientos, que lo sabe todo! ¡La reina que se preocupa de los «cabezas negras», que sabe hablar como conviene a los hombres! ¡La gran diosa, la propia réplica de Enlil! ¡La santa mujer, la estrella familiar con An!

¡Oh soberano Señor, por orden de Enlil, oh Ninurta, prole sublime del Ekur, sostén de tu padre que te ha engendrado, cuán dulce es alabarte!

EL REGRESO DE NINURTA A NIPPUR

Un magnífico y largo canto «shirsud», compuesto a finales del tercer milenio a.C., en sumerio, en honor del dios Ninurta, se hizo muy famoso, a deducir de las numerosas copias (en acadio) que se realizaron hasta alcanzar la época neoasiria. El texto tiene como argumento el regreso de tal dios, victorioso, a Nippur, en donde, en virtud de sus hazañas militares contra países enemigos (simbolizados en la Montaña), reclama la soberanía sobre Sumer.

¡Oh hijo de Enlil, constituido como An, el padre de los dioses! ¡Oh, Ninurta, nacido de la diosa Nintu y constituido como Enlil, el Gran Monte, el que decreta los destinos! ¡El más poderoso de los Anunna, que son semilla del cielo, salido de la Señora de la Montaña! ¡Tú que difundes un espanto terrorífico, hijo de Enlil, seguro de tu fuerza!

Eres, en verdad, glorioso, rey mío. ¡Que se celebre tu gloria! Eres glorioso, Ninurta. ¡Que se celebre tu gloria! ¡Soberano de todos los países a causa de tu enorme valor y campeón de Enlil por tu inmenso vigor! ¡Héroe temible, te has hecho dueño de todas las normas, de los augustos *me*, tan grandes como el cielo! ¡Te has hecho dueño, hijo de Enlil, de los augustos *me*, tan grandes como la tierra! ¡Te has apropiado de los *me* de la montaña, tan poderosos como el cielo! ¡Te has hecho dueño de los *me* de Eridu, tan poderosos como la tierra!

¡Has hecho inclinar a los dioses ante ti, has hecho inclinar a los Anunna ante ti, oh Ninurta, de valor contrastado!

En aquella ocasión se produjo una tempestad, que pudo ser reprimida por decisión soberana. Una tempestad que fue domeñada por la determinación del señor Ninurta. Contra la montaña hostil se luchó, contra las plazas fuertes de la región rebelde se luchó. Implacable y terrorífico el Señor Ninurta luchó contra sus enemigos. Desencadenada en el cielo y en la tierra su voluntad furibunda hizo que la Montaña fuese nada más que un cadáver. Su despiadada prestancia, su cornamenta, similar a la de un uro, rápi-

do como un muflón y como un ciervo, uro gigante de la Montaña, Ninurta se había equipado con su arma de combate, que ciñó a su cintura.

El soberano, en su poderosa bravura, Ninurta, el hijo de Enlil, en su inmenso vigor de la sublime y centelleante mansión ha traído el Carnero salvaje de las seis cabezas. De las plazas fortificadas de la Montaña ha traído el Dragón belicoso. Del subsuelo del Abzu ha traído la barca *magilum*. Del polvo de sus batallas, ha traído el Bisonte gigante. De los confines del universo ha traído el *Kulianna*. Del suelo de la Montaña ha traído el Yeso. De los montes destripados ha traído el resistente Cobre. Del frondoso roble ha traído el Pájaro Anzu. Y de lo más profundo de la Montaña ha traído la Serpiente de Siete cabezas.

Ninurta los ha controlado a todos, los ha sometido, los ha tenido a todos ellos sujetos con su hacha de guerra. El esforzado Ninurta, el valiente, ha hecho de la Montaña un cadáver. El señor Ninurta, el destructor, ha convertido la Montaña en un cadáver. En su furor ha puesto en un montón, apilados, a los dioses de la región rebelde. Por su coraje y su fuerza, el Señor ha saciado su venganza. ¡Por su coraje y su fuerza, el valeroso Ninurta ha saciado su venganza!

Después de la terrible batalla, y en su retorno a la ciudad de Nippur sobre su relumbrante carro, que expande un terror espantoso, ha colgado en los ejes de las ruedas a los uros capturados; en el timón, a las vacas capturadas como botín; en el guardabarro, al Carnero salvaje de las seis cabezas; en el asiento, al Dragón belicoso; en la lanza del carro al *magilum*; en las varas del impar carro, al Bisonte gigante; en el estribo ha colgado el *Kulianna*; en el extremo del timón, al Yeso; en el travesaño del timón, al resistente Cobre; en la parte delantera de la caja, al Pájaro Anzu; y en la brillante cintura de la caja, la Serpiente de Siete cabezas.

En aquel carro, siempre presto al combate, el Señor Ninurta ha puesto sus pies. Udanne, el dios que lo ve todo, y Lugalanbadra, el

Señor de la barba, le precedían, mientras que Lugalkurdub, el terror de las montañas, le seguía los pasos. Después de equipar así el carro con los trofeos conseguidos, entonces se puso en camino aquél que había recibido del León del Abzu los *me* terroríficos, aquél para quien fue acordado, en el interior del cielo, el insostenible resplandor del dios An, brillo que incluso los Anunna, los grandes dioses, no lo podrían soportar.

Y mientras el Señor avanzaba, semejante a un cataclismo destructor de las ciudades fortificadas de la región rebelde, mugía como la tempestad, desde el extremo del horizonte.

Mientras aquel campeón de los dioses, ante la llamada de Enlil, se dirigía hacia el templo Ekur, teniendo el país prosternado a sus pies, antes mismo de que alcanzase la ciudad de Nippur, bajo el vasto cielo, Nuska, el paje de Enlil, salió a su encuentro.

Habiendo llegado junto a Ninurta, el paje le saludó en estos términos:

—¡Cuídate, mi Señor, héroe perfecto! ¡Ninurta, héroe perfecto, cuídate! Tu espantoso resplandor sobrenatural ha cubierto como un manto el templo de Enlil. Al tiempo que, sobre tu carro que chirría melodiosamente, avanzas, cielo y tierra se tambalean. Cuando levantas tu brazo, la sombra se extiende por doquier; el conjunto de los Anunna, los grandes dioses, quedan despavoridos de terror.

Aquellas palabras del representante de Enlil agradaron a Ninurta, quien desde su carro, en actitud arrogante, emanaba un aura de inmenso poder y gloria. Aquel poder y aquella gloria fueron captados por Nuska, quien continuó hablando.

—¡Ninurta, mi Señor, héroe perfecto! Cuando llegues a Nippur, no aterres a tu padre en su propia casa, no atemorices en su casa a Enlil. No hagas cundir el pánico entre los Anunna, que se hallan reunidos en la Cámara del consejo. Deja mejor que tu padre te cubra de regalos por tu coraje y tu fuerza. ¡Oh soberano, «argolla» de An, el primero de los dioses, para aherrojar a los prisioneros, portador del sello de Enlil y, por tanto, el que le representa con pleno derecho! ¡Oh soberano, inspirado por el Ekur, héroe, tu padre no te debía haber enviado a ningún otro dios en tu ayuda

para abatir la Montaña. Para abatir la Montaña, oh Ninurta, Enlil no te debía haber enviado ninguna ayuda.

Todavía estaban estas palabras en los labios de Nuska, cuando Ninurta —látigo y aguijón enfundados en su vaina, y junto a ésta su maza, su arma de guerra— alcanzó las afueras de Nippur. Llegado luego ante el templo de Enlil, penetró en el mismo con toda solemnidad. Allí colocó a sus uros capturados, y con ellos a sus vacas tomadas como botín. Colocó también los despojos de las ciudades que había saqueado.

Los Anunna, maravillados, le miraron respetuosamente, y se inclinaron ante él. Igualmente, el propio Enlil se inclinó ante su hijo. Ashimbabbar, el que se eleva brillantemente —así se le llamaba también al dios luna Nanna—, le invocó. Habló con él brevemente. Asimismo, la gran madre Ninlil, desde el Kiur, su espacio sagrado en el Ekur, le aduló con estas palabras:

—¡Uro de cuernos temibles! ¡Oh hijo de Enlil, has abatido la Montaña! Has vencido, valiente Señor, has domeñado a la región rebelde.

Ninurta respondió a Ninlil:

—Madre mía, yo solo no habría podido realizar tan magna empresa. Solo nunca habría podido, oh Ninlil. Pero contigo, con tu ayuda, lo he podido conseguir.

Tras estas palabras de gratitud dirigidas a la esposa de Enlil, Ninurta comenzó a autoglorificarse ante su madre y los demás dioses, que habían acudido al Kiur.

—Dioses, para llevar a cabo un combate tan grandioso como la inmensidad del cielo —dijo Ninurta, mientras miraba a su alrededor— ninguno habría podido rivalizar conmigo. Como un cataclismo he atacado la región rebelde, he logrado demoler la Montaña, como si se tratase de una choza de cañas. Semejante a una inundación inmensa mi batalla ha recubierto la Montaña. Con un cuerpo y musculatura de león mi batalla ha saltado contra la región rebelde, de la cual sus dioses, enloquecidos, han huido hacia los montes, batiendo las alas, cual una bandada de pájaros y como uros cazados en los pastizales. ¿Quién, pues, puede afrontar mi resplan-

dor sobrenatural, tan denso como el de An? Puesto que soy el Señor de los Montes escarpados, sus dioses se han dispersado lejos de mí. Porque he sometido esas montañas de alabastro, de cornalina y de lapislázuli, sus Anunna se han escondido como ratones. Y ahora que he demostrado mi valor militar en la Montaña, traigo conmigo a mis queridas armas. Aquí están: a mi derecha, Sharur, «Segadora de millares», y a mi izquierda mi Shargaz, «Aplasta millares». Traigo también mi «Tempestad de Cincuenta espolones», mi «Maza sublime», mi «Tempestad insostenible», guerrero escalador de la alta Montaña. Conmigo están mi «Hacha *agasilikku*», que engulle los cadáveres como un dragón, y el «Aplastador de la Montaña»: mi pesada Maza celeste. Traigo mi «Machete de séptuple hoja», vencedor de la Montaña, mi Red de combate, la «*Alluhapu* de la Montaña».

Ninurta se detuvo por unos momentos. Interrumpió la relación de sus armas al observar que los dioses se apiñaban a su alrededor. Recogiendo en su brazo izquierdo los flecos de su manto, volvió a dirigirse a los dioses:

—Traigo, en verdad, mi Red de caza a la que no ha escapado la Montaña, traigo mi Maza de Siete cabezas, insoportable al enemigo como una feroz serpiente de mar y que, eficaz en todas partes, lo machaca todo en la más cruel batalla. Traigo mi Espada, mi machete celeste, desgarrador de la Montaña. Ved también mi Maza de Cincuenta cabezas, belicoso cataclismo, mi Arco devastador, presión que asalta a los hombres, mi Bastón arrojadizo y mi Escudo, demoledores de los templos de la región rebelde. Traigo mi Jabalina, socorro de los guerreros, mi arma «niveladora de la Montaña», que brilla como el pleno día, mi arma «Ningún enemigo escapa a su fuerza», sostén universal de los pueblos.

Todas aquellas armas, que exhibía con orgullo el dios, le hacían rememorar las diferentes batallas en las que había tenido que participar bien solo o con sus tropas para poder derrotar a su enemigo: los fabulosos habitantes de la temible Montaña y la Montaña misma. El héroe siguió enumerando y mostrando sus prodigiosas armas.

—Ved también el arma cuya aura sobrenatural recubre la tierra, maravillosamente adaptada a mi mano derecha, obra maestra de

oro y de lapislázuli, que asombra a la mirada, mi auxiliar. Y mi arma sublime, prodigiosa, perfecta, segura en el combate, incomparable, perfectamente acomodada en mi puño en la refriega, mi Maza de Cincuenta cabezas, la cual, como un voraz incendio, ha devorado la región rebelde.

Tras habérselas enseñado a los dioses, Ninurta, abandonando las estancias del Kiur, se dirigió a los aposentos de Enlil, su padre. Llegado ante él, le expuso con todo afecto una serie de peticiones. Le habló así:

—Que mi padre acoja en su templo todos mis artefactos de guerra que he traído conmigo, mis valedores en la lucha. Que Enlil lave ritualmente mis queridísimas armas. Que asperge con agua santa aquellas que portan mis poderosos brazos. Que en la Sala del trono me procure un lugar de gloria y ponga sobre un pedestal mi carro soberbio, además de uncir, cual bueyes cornúpetas, a los guerreros capturados con mi mano. Que haga que los reyes que he hecho prisioneros me rindan homenaje, como a la luz del cielo. Puesto que yo soy el único valiente, sin igual en la Montaña, yo, Ninurta, deseo que todos al oír mi nombre, se prosternen.

Después de haberle solicitado aquellas peticiones, Ninurta se volvió a los demás dioses, que también habían acudido junto a Enlil, y les dijo:

—Yo soy el omnipotente hijo de Enlil, leontocéfalo, y a quien ha engendrado en su fuerza. Soy la tempestad bajo el cielo, «argolla» de los dioses, el único a quien An haya preferido en su preponderancia, maza que ha destruido la Montaña, digno de la soberanía allá en lo alto. Soy el arma poderosa en el combate, animada por la sagrada diosa Inanna, bravo guerrero, consagrado por Enki, el señor de la sabiduría, para los *me* temibles. ¡Que se reconozca mi superioridad hasta los confines del universo! ¡Que me envuelva el mayor respeto, a mí, el más dotado de los dioses!

Habiendo solicitado estos reconocimientos al conjunto de dioses, Ninurta comenzó a formular una serie de votos en favor de la ciudad que lo acogía, Nippur, y de su magnífico templo, el Ekur. Así pues, elevando el tono de la voz, dijo:

—Que mi querida ciudad, el santo lugar de Nippur, alce hasta el cielo su pináculo y que lo lleve sobre las ciudades de mis hermanos. Que mi templo se eleve como una ola por encima de los templos de mis hermanos. Que el territorio de mi ciudad sea para Sumer el Pozo de agua dulce. Que mis divinos hermanos, los Anunna, acudan a él a prosternarse. Que los pájaros nidifiquen en él y que se sosieguen, a mi sombra, aquéllos que en él se refugien.

Cuando Ninurta abandonó el templo de Enlil, entonces Ninkarnunna, el bravo, el valiente de rostro brillantísimo, puesto que había oído estos bondadosos votos, se dirigió hacia el Señor y le hizo la siguiente petición:

—Soberano mío, Ninurta, ¡queda en paz con tu ciudad bienamada! ¡Quédate en paz, Señor, quédate en paz con el santo lugar de Nippur, tu ciudad bienamada! Cuando tú penetres personalmente en el Eshumesha, tu querido santuario, dile a tu esposa, la joven Ninnibru, lo que tú tienes en el corazón. Dile lo que tienes en el alma y hazle partícipe de la decisión favorable y duradera, tomadas por ti en favor del rey.

De aquella manera Ninkarnunna, hijo del Príncipe, al articular esta plegaria en la que hablaba de prosperidad, refrescó el corazón de Ninurta.

A causa de aquella plegaria y cuando el Héroe iba a hacer evidente su posesión de los *me* eternos, Ninurta, en presencia de todos, se acercó, satisfecho, al Eshumesha. Miró favorablemente a Ninkarnunna y después de haber entrado en su templo, a su joven esposa, a Ninnibru, le dijo Ninurta cuanto tenía en su corazón, todo lo que tenía en su alma. Le hizo partícipe de la decisión favorable y duradera que había tomado en favor del rey.

Así fue como el valiente, de méritos esplendorosos, Ninurta, el hijo de Enlil, instaló su grandeza en el santuario de Enlil.

¡Señor, destructor de la Montaña inigualable, tú que te habías lanzado fogosamente a luchar en aquella gigantesca batalla, gran guerrero, hijo de tus obras, omnipotente cataclismo de Enlil, Ninurta, retoño glorioso del Ekur, orgullo del padre que te ha engendrado, cuán dulce y agradable es celebrarte!

Mitos sobre Inanna y Dumuzi

DUMUZI Y ENKIMDU

Un poema sumerio, dentro de los catalogados como «balbale», reconstruido a partir de dos fragmentos, alude al cortejo que los dioses Dumuzi y Enkimdu hicieron a la diosa Inanna. La importancia de este mito, de breve extensión y de sencilla estructura literaria, viene dada por intuirse en él un posible precedente de la disputa que mantuvieron los bíblicos Caín y Abel.

Un día, el héroe, el guerrero, el dios sol Utu, le dijo a su hermana, la sagrada Inanna, que se hallaba paseando por la orilla del río.

—¡Hermana, diosa pura que te manifiestas en el cielo! El que llena el establo de ganado, el que fabrica la buena mantequilla, el que facilita carne a los dioses, Dumuzi, a quien ves ahí apacentando su rebaño, desea tu corazón. También —y eso ya lo sabes, porque es tu preferido— aquél que se inclina ante los surcos, el que fecunda los canales y las acequias, el que produce cereales y plantas, Enkimdu, también te pretende. Los dos te cortejan, los dos se presentan a tu elección.

Después de estas palabras, Utu intentó aconsejar a Inanna:

—¡Oh, hermana mía, deja que el pastor se case contigo! ¿Por qué, doncella Inanna, no quieres? Escucha: su mantequilla es buena, su leche es buena. Todo lo que el pastor toca con su mano resplandece. ¡Oh Inanna, desposa a Dumuzi! Tú, adornada de piedras

shuba, ¿por qué no quieres? Él comerá contigo su buena mantequilla. ¡Protectora de reyes! ¿Por qué no quieres?

Inanna respondió a su hermano Utu:

—El pastor no se casará conmigo, no me envolverá con su manta tosca, su burda lana no me cubrirá. Quien se va a casar conmigo, doncella que soy, será el labrador. El labrador que hace crecer el lino abundantemente para mis vestidos, el labrador que hace crecer el grano en abundancia para mi mesa.

Dumuzi, el pastor, habiendo oído —pues no se hallaba muy lejos— que la diosa prefería a Enkimdu, el rey controlador del dique, del canal y del arado, enterado Dumuzi de las preferencias de Inanna, se enfureció y se puso a hablar en voz alta:

—¡Prefiere al labrador! Pero, el labrador, ¿qué tiene más que yo? Prefiere a Enkimdu, el rey del dique, del canal y del arado. ¿Qué tiene el labrador más que yo? ¿En qué es superior? Si él me diera su harina negra, yo le daría al labrador mi oveja negra a cambio; si él me diera su harina blanca, yo le daría mi oveja blanca a cambio; si él me sirviera su mejor cerveza, yo le serviría mi exquisita leche agria a cambio; si me sirviera su buena cerveza, yo le serviría mi leche *kisim* a cambio; si él me sirviera su cerveza espesa, yo le serviría mi leche batida a cambio; si me sirviera su cerveza diluida, yo le serviría mi leche *u* a cambio. Si él me diera su buena planta *hahala*, yo le daría mi leche *itirda* a cambio; si él me diera su buen pan, yo le daría mi queso de miel a cambio; si él me diera sus habichuelas, yo le daría mis pequeños quesos a cambio. Cuando yo hubiera comido, cuando hubiera bebido le dejaría mi mantequilla sobrante. ¡Más que yo! ¿Qué tiene el labrador más que yo?

Terminado su soliloquio, que había sido oído por Inanna, la reina del cielo titubeó en su decisión. Ya no le parecía mal el desposarse con un pastor. Incluso, miró a Dumuzi con buenos ojos. Además, la gallardía y la juventud de aquel pastor no le desagradaron en absoluto.

Dumuzi, que en todo momento se había creído superior a su oponente, advertido del cambio de criterio operado en Inanna, se alegró, se regocijó frente a los pastos de la orilla del río. Por allí iba apacentando sus ovejas.

Hacia el pastor que caminaba de un lado a otro por la orilla del río, he aquí que se dirigió el labrador, el labrador Enkimdu.

Dumuzi, el pastor, inició una disputa con Enkimdu, el labrador, el rey del dique, del canal y del arado, en la campiña. El pastor inició una disputa con él en la campiña.

El labrador, que era una divinidad pacífica, anhelante siempre de la cordialidad y de la amistad, no quiso confrontarse con el pastor, sobre todo al ver que Inanna había mudado de opinión. Con tranquilas palabras le dijo:

—¿Por qué debo competir contigo, oh pastor? ¿Por qué habría de enfrentarme? Deja que tus ovejas coman la hierba de la orilla del río, que tus ovejas coman mis tallos ya crecidos en mi campiña, que coman grano en los resplandecientes campos de Uruk, que tus cabritos y corderos beban el agua de mi canal de Isurugal.

Oídas aquellas palabras, Dumuzi le contestó:

—En cuanto a mí, que soy un pastor, quiero que, oh labrador, asistas a mi boda como amigo. ¡Oh labrador Enkimdu, que puedas asistir como amigo a mi boda! ¡Que puedas venir como amigo! ¡Te consideraré un amigo!

Enkimdu, dirigiéndose a Inanna, le habló en estos términos:

—Joven muchacha. Como regalo de boda te traeré trigo, te traeré habas, te traeré grano *gunida* de mi campiña. Te traeré todo lo que sea bueno para ti. Joven Inanna, te voy a traer cebada *tun* y judías *sal*.

INANNA Y BILULU

Una tablilla sumeria, localizada en Nippur, y redactada a comienzos del segundo milenio a.C., con notables pérdidas textuales en diferentes pasajes, presenta en sus cuatro columnas, y bajo la forma de un canto «ulilla», un mito asociado a la invención del odre. Dicho canto hubo de ser recitado durante las fiestas de Dumuzi, probablemente, en la ciudad de Badtibira. Con este texto, de estilo conciso, mezcla de elementos fabulosos (caso de la presencia de un francolín), y de compleja interpretación, se quiso justificar, en parte, el incorrecto comportamiento de

Inanna, la esposa de Dumuzi. De hecho, la diosa fue la responsable de la muerte del dios, según se sabe por otros relatos.

Un día, la diosa Inanna, que se hallaba en el aposento divino que tenía en la casa de sus padres, situada en Ur, rememorando a Dumuzi, humedeció su rostro con amargas lágrimas. Sentía su pérdida. De alguna manera quería que le sobreviniera en el Más Allá todo lo mejor a quien fue su esposo. Con palabras sollozantes decía:

—¡En la estepa, mi Dumuzi, elevaré mi lamentación: mi lamentación por ti! ¡Mi lamentación por ti! ¡La haré oír hasta el infernal Arali, el reino de Ereshkigal! ¡La haré oír en Badtibira, en Dushuba, en la dehesa, en el aprisco de Dumuzi! ¡Dumuzi, el de palabras agradables, el de ojos encantadores!

Sin poder contenerse continuaba sollozando.

—¡El de las palabras agradables, el de los ojos encantadores! ¡Mi joven esposo solícito, más dulce que los dátiles!

Inanna seguía lamentándose sin descanso:

—¡Oh Dumuzi! ¡Dumuzi!

La santa Inanna quiso ir a reunirse con el cadáver de Dumuzi. Inanna, la joven mujer, iba y venía de un lado a otro por la cámara de su madre que la dio a luz, madre a la que tenía en mucho respeto. A ella le imploraba, le suplicaba:

—Madre mía, Ningal excelsa, si tú lo permites, iré al aprisco, me acercaré al aprisco. Mi padre brilló para mí majestuosamente, mi padre, el dios luna Sin, resplandeció para mí de forma señorial.

La diosa abandonó la cámara de su madre, como una niña a quien su madre hubiese enviado a un recado. Salió de la cámara. La señora estaba lúcida y completamente decidida. Lúcida y decidida estaba Inanna, como cerveza que ha reposado durante largo tiempo.

Tal como lo había decidido Inanna emprendió, después de unos cortos preparativos, el viaje al aprisco de Dumuzi. Luego de caminar durante varias jornadas, llegó finalmente a la casa de Belili, nombre con el que era conocida Geshtinanna, la hermana de Dumuzi.

—Heme aquí que he arribado a la casa de Belili, es aquí en donde se halla el pastor, con la cabeza machacada. Aquí yace Dumuzi,

con la cabeza golpeada. Aquí está Amaushumgalanna con la cabeza machacada.

Un servidor de Geshtinanna, viendo a Inanna, le dijo:

—Señora, he visto en la estepa el rebaño de Dumuzi, mi señor. Y uno que no era su pastor, oh Inanna, volvía junto al rebaño de mi señor.

La diosa, oídas aquellas palabras, entonó al primer intento un canto para su joven esposo. Para Dumuzi, la santa Inanna entonó, al primer intento, un canto de lamentación.

—¡Tú que yaces, oh pastor, que descansas en paz! ¡Tú, que no hace mucho tenías cuidado de tu rebaño, oh Dumuzi, que yaces muerto! ¡Tú, que no hace mucho vigilabas tu rebaño, Amaushumgalanna, que descansas en paz! ¡Pastor que hasta hace poco guardabas tu rebaño!

La diosa seguía rememorando el oficio de su esposo, siempre solícito de su rebaño:

—Levantándote —gemía Inanna— al tiempo que el dios del sol, Utu, tú apacentabas tus ovejas. ¡Vigilabas tus ovejas incluso acostado durante la noche!

En aquel tiempo, el hijo de la anciana diosa Bilulu, respetable matrona, que da la abundancia, de nombre Girgire —un individuo solitario, sagaz y lleno de astucia—, llenaba su establo y su aprisco con bestias que él había robado y apilaba gavillas y cereal, igualmente robados, tras haber matado y dejado a sus víctimas tiradas en sus campos.

Mientras tanto, Girgire tenía como compañía, pues había hablado en ocasiones con él, a Sirru, un extraño ser del desierto ventoso, hijo de nadie y amigo de ninguno.

La diosa, en aquel día, ¿qué maquinó a la vista de su esposo muerto? ¡Matar a la anciana Bilulu! Esto es lo que ella maquinó a fin de hacerle más agradable su lugar de reposo a su querido y bienamado Dumuzi. Para hacerle más agradable el reposo de Dumuzi Amaushumgalanna aquello fue lo que maquinó.

Inanna se fue, pues, a la desolada estepa para apoderarse de Bilulu. Su hijo Girgire se hallaba allí, llegado como huye el viento.

También estaba Sirru del desierto ventoso, ser sin familia, sin amigos, un verdadero solitario. La diosa entró en la taberna de Bilulu, en la *eshdamma*. Se sentó y articuló su decisión fatal:

—¡Sí! ¡Te mataré, Bilulu! Aboliré tu nombre. Te convertirás en un odre de agua fresca, un objeto indispensable para caminar por el desierto. Al mismo tiempo tu hijo Girgire se convertirá en el demonio y en el espíritu de la estepa, en su *utukku* y en su *lamma*. Y Sirru, venido del desierto ventoso, hijo de nadie y amigo de ninguno, frecuentará la estepa, en busca de harina. Y cada vez que por el alma de mi joven Dumuzi se vierta agua en libación, se esparcirá harina. El demonio y el espíritu de la estepa gritarán: «¡Verted todavía más! ¡Esparcid todavía más!» De esta suerte se le hará volver a la estepa, allí en donde había desaparecido. Así se hará venir a Dumuzi a la estepa, en donde había desaparecido. ¡Y Bilulu, convertida en odre, le calmará su sed, le apaciguará el corazón!

Y así ocurrió. Inanna ejecutó su plan en aquel día. Bilulu se convirtió en odre de agua fresca, indispensable en el desierto. Al mismo tiempo su hijo Girgire se convirtió en el *utukku* y en el *lamma* de la estepa. Sirru, del desierto ventoso, hijo de nadie y amigo de ninguno, se puso a recorrer, por su parte, la estepa en búsqueda de harina.

Y cada vez que por el alma de aquel joven Dumuzi se vertía agua en libación y se esparcía harina, Girgire —el demonio y el espíritu de la estepa— gritaba: «¡Verted todavía más! ¡Esparcid todavía más!» Así se hacía regresar a Dumuzi a la estepa, allí en donde había desaparecido. Y Bilulu, convertida en odre, le calmaba la sed, le apaciguaba el dolor del corazón.

Tras ello, Inanna puso su mano sobre el yacente Dumuzi. No se la podía consolar a pesar de haberle hecho más agradable su lugar de reposo a Dumuzi.

Pero he aquí que un francolín, sometido en vida a las órdenes de Dumuzi, su señor, se presentó y tuvo un discurso fúnebre, lamentando la pérdida del esposo de Inanna. Junto a Inanna se hallaban este animal, la madre de Dumuzi, Sirtur, y su hermana Geshtinanna.

El francolín, cual una paloma en su nido, meditaba a la vista de Dumuzi. De vuelta a su refugio el ave siguió cavilando:

—Únicamente calmarían el corazón de Dumuzi, su madre Sirtur, y la señora Geshtinanna, nativa de Kuar, como él, joven mujer a la que admiran y aclaman los «cabezas negras», la estrella que danza, que sabe proferir lamentos y gritos de duelo, la que intercedía cerca del rey, por Dumuzi. Asimismo, Inanna, en compañía de Geshtinanna, podrá deplorar a Dumuzi.

A un tiempo las tres mujeres se pusieron a emitir trenos de dolor. Cada una de ellas gritaba:

—¡Hago oír mi lamentación con vosotras, mi lamento por ti, Dumuzi! ¡Mi lamento por ti!

¡Cuán digna del pastor Dumuzi se mostró Inanna! ¡Cómo se ocupó de su lugar de reposo! ¡Cómo vengó a Dumuzi!

Inanna, sola, elevó su lamento por encima de las lágrimas de las otras dos diosas:

—¡Hago oír mi lamentación con vosotras, mi lamento por ti, Dumuzi! ¡Mi lamento por ti en el lugar en donde naciste! Elevo mi lamento por ti en la estepa. Mi lamento por ti hasta el infernal reino de Arali, mi lamento por ti hasta Dushuba, hasta Badtibira, mi llanto por ti en la dehesa. ¡Haré oír mi lamento con vosotras por Dumuzi!

En verdad, cuán digna de Dumuzi se mostró la diosa Inanna, a quien vengó adecuadamente, matando a Bilulu y convirtiéndola en odre para el agua fresca, odre destinado a calmar la sed de Dumuzi.

LA PASIÓN DEL AMOR

Una canción sumeria, tipo «tigi», de unas 60 líneas, presenta, mediante un monólogo mantenido por la diosa Inanna, los requiebros pasionales que Dumuzi le hizo inmediatamente después de enamorarse de ella. El texto, conocido también como Las astucias de las mujeres, *hubo de recoger (el pasaje está lamentablemente perdido) la habilidad de Inanna para lograr que Dumuzi la pidiese previamente en matrimonio antes de que ella le concediese sus favores. Dentro de su sencillez, la canción contiene pasajes de alto interés lírico.*

Dos jóvenes dioses se enamoraron un día. Inanna y Dumuzi se enamoraron después de haber sido creado el mundo, los hombres, los animales y las plantas.

Se enamoraron un día cualquiera. Inanna había dejado pasar las horas de aquel día y deseaba en lo más profundo de su corazón que se hiciera de noche para que Dumuzi, después de terminar su día de trabajo, acudiera junto a ella. He aquí cómo Inanna recordaba todo lo que había sucedido. La diosa, hablando consigo misma, se decía:

—Yo, siendo una señora, habiendo dejado pasar las horas desde ayer, yo, que soy Inanna, habiendo dejado pasar las horas desde ayer, habiendo bailado, cantado cancioncillas todo el día hasta la noche, he aquí que al fin se encontró conmigo. ¡Sí! Mi enamorado se encontró conmigo. El señor, el semejante a An, el dios del cielo, me vino a ver. El señor tomó mi mano entre las suyas. Amaushumgalanna puso su brazo alrededor de mis hombros y me dijo:

—«Hermosa Inanna, déjame que te acaricie, que conozca tu amor. Desde ayer, cuando te conocí y tu hermosura me prendó, apenas he vivido. Las horas de trabajo allá en el redil han pasado fatigosamente. ¡Deseo tu amor!»

—Yo, en verdad —se decía Inanna—, que soy joven y doncella, no quería entregar mi amor a un enamorado tan impetuoso y a quien había conocido hacía tan sólo unas horas. Por eso le dije:

—«Escucha, toro salvaje. Déjame ir, deja que me vaya a mi casa. Semejante a Enlil, el dios de los destinos, déjame ir, deja que me vaya a casa. ¿Qué le contaría a mi madre si llego tarde? ¿Qué le contaría a Ningal, la "Gran señora"?»

Yo no quería hacer el amor con Dumuzi —rememoraba la diosa—, pero tampoco quería perderle. No podía rechazarlo con demasiada severidad. En tal sentido le había pedido que me dejara marchar a mi casa a una hora prudente. Pero Dumuzi me respondió diciendo que me enseñaría excusas para contarle a mi madre si llegaba tarde. Me dijo riéndose:

—«Inanna, déjame enseñarte algunas de las historias que cuentan las mujeres. Así se la contarás ésta a tu madre. Le dirás: "Cami-

naba con mi amiga por la plaza, al son del tambor, y ella bailaba conmigo. Nuestras tristes canciones eran dulces, me cantaba dulcemente y así se iba pasando el tiempo. ¡Perdí la noción del tiempo!" Le puedes contar esta historia a tu madre como justificación por tu tardanza y así nosotros podremos juguetear a la luz de la luna. Deja que extienda para ti el asiento dulce de un príncipe, déjame deshacerte tu cabello y deja que disfrute contigo.»

—La excusa, en verdad, me agradó. ¡Era creíble! Mi madre Ningal no hubiera sospechado nada, pero su petición de jugar conmigo no me agradaba. Era todavía doncella. Por eso le reprendí, diciéndole:

—«Dumuzi, yo no soy una mujer de las callejuelas. Si te he de abrazar debemos ser previamente marido y mujer. Debes comprender eso. Los grandes dioses no verían bien mi comportamiento, semejante a una cualquiera. Debes proponerme en matrimonio. Debes lograr que nuestros padres pacten el sagrado lazo.»

—Debo creer que mis palabras fueron eficaces y debo pensar que Dumuzi estaba verdaderamente enamorado, pues, sin mediar palabra, respetándome en todo momento, comenzamos a dirigirnos a mi casa. Pediría la aprobación de mi madre y el compromiso se firmaría por ambas familias. Recuerdo que en aquellos instantes mis pensamientos fueron éstos:

—«Quiere parar a la puerta de mi madre. Estoy loca de contento. Quiere parar a la puerta de Ningal. Estoy loca de contento. ¡Oh, si alguien avisara a mi madre y rociara perfume de cedro sobre el suelo! ¡Oh, si alguien avisara a Ningal y rociara perfume de cedro sobre el suelo! Cuando lleguemos a mi casa, cuya fragancia es dulce, las palabras de mi madre ante la noticia serán de alegría.»

—Luego, mientras nos dirigíamos a mi casa, no pude menos que decirle a Dumuzi:

—«Dumuzi, mi señor, eres digno en verdad de abrazarte. ¡Amaushumgalanna, que vas a ser hijo político de Zu-en, el dios luna! ¡Señor Dumuzi, eres digno de abrazarte! Mi señor, tus riquezas son dulces, tus hierbas en la estepa son dulces, todas son dulces. ¡Dulces serán tus caricias!»

Una composición sumeria, tipo «kungar», se centró en cantar el cortejo, matrimonio y luna de miel habidos entre Dumuzi e Inanna. El texto que ha llegado —poco más de un centenar de líneas— presenta muchas lagunas, por lo que su hilo conductor narrativo se pierde en varias ocasiones. Argumentalmente, la historia encierra observaciones de gran interés sociológico, como podrían ser el temor de las mujeres ante maridos bruscos, el desconocimiento de las tareas domésticas entre las clases elevadas y la triste condición de las esposas, sometidas a rudas tareas hogareñas. Desde el punto de vista del derecho matrimonial la narración testimonia que el acto formal de una boda sumeria concluía con la apertura de la puerta por parte de la novia a su novio.

En aquel día, enteradas las jóvenes diosas de la inminente boda de su amiga, la diosa Inanna, acudieron junto a ella a felicitarla. En diferentes lugares de la casa, esto es, del resplandeciente templo de Uruk, se hallaban los magníficos regalos que la diosa había recibido tanto de parte de su futuro esposo, Dumuzi, como de los amigos de éste. Rodeando a la joven diosa, con gran algarabía, todas ellas, contentas, le dijeron:

—¡Oh Inanna, qué regalos tan generosos has recibido! ¡Tu novio, el señor Amaushumgalanna, es generoso! ¡Sus amigos son generosos también! ¡Inanna, que capturas países enemigos como pájaros, Ninegalla, tu novio y sus amigos son señores generosos! ¡Oh tú, que aplastas países enemigos como quien aplasta huevos, Inanna, tu novio y sus amigos son señores generosos! Amaushumgalanna está en primer lugar; el labrador es el segundo en cuanto a sus regalos; no otro, sino el cazador de aves, es el tercero; el pescador, el hombre en medio del marjal, es el cuarto. Estos amigos te quieren mucho.

Inanna, nerviosa, respondió a sus amigas:

—Dejadme a mí, la Señora, enviar un mensajero al pastor, a mi novio. Debo indicarle la fecha de la boda. Que mi enviado haga que Amaushumgalanna me obsequie en el día de mis esponsales con las primicias de la mantequilla y de la leche de su redil. Dejadme

enviar un mensajero al hacendado, el labrador, para que éste me obsequie con miel y vino. Dejadme enviar un mensajero al cazador de aves que tiene sus redes tendidas. Dejadme enviarle un mensajero para que me obsequie con selectos pájaros. Y al pescador dejadme que le envíe un mensajero a su cabaña de juncos para que el amigo pescador me obsequie con sus preciosas carpas.

Pasado algún tiempo, los amigos del novio, tomando el día libre, pues la ocasión lo requería, llegaron a la casa de Inanna. El cazador de aves trajo pájaros escogidos, el pescador trajo preciosas carpas, las llevó en un cesto. El pastor, por su parte, cargaba cubos de mantequilla en sus manos, Dumuzi cargaba cubos de leche colgados de sus hombros, mantequilla y quesos pequeños cargaba sobre uno de sus hombros, leche batida mezclada con hierbas las cargaba en recipientes colgados del otro. El pastor Dumuzi, llegado ante la puerta, llamó a la casa. Dumuzi puso la mano sobre la puerta y exclamó:

—¡Apresúrate en abrir la casa, mi Señora, apresúrate en abrirla!

Inanna no había abierto la puerta, pues todavía no se hallaba preparada para recibir a nadie. Su madre, al percatarse de los movimientos de su hija, acudió junto a ella, que de pie y muy nerviosa estaba oyendo las palabras de Dumuzi. Acercándose le comenzó a hablar:

—Hija mía, realmente ahora tú eres ya su esposa y él es tu esposo. Realmente tu serás su mujer. Eres su esposa. Y él es tu esposo. En verdad, tu madre, yo, soy ahora sólo una extraña. Respetarás a su madre como si fuera yo, tu madre. A su padre lo respetarás como si fuera tu padre.

Mientras Ningal le estaba indicando cuál iba a ser su situación de entonces en adelante, desde afuera, Dumuzi se impacientaba por entrar.

—¡Apresúrate a abrir la casa, mi Señora, apresúrate a abrirla! —exclamaba insistentemente.

Inanna no hizo caso a la petición de Dumuzi: no le abrió la puerta. Es más, siguiendo los consejos de su madre, se bañó con

agua, se perfumó con aceite dulce, decidió ponerse como vestido exterior el gran vestido principesco. También tomó sus amuletos en forma de hombre-animal, ordenó bien las piedras del collar de lapislázuli sobre su cuello y cogió su cilindro-sello en la mano.

La joven dama, después de haberse acicalado adecuadamente, se situó detrás de la puerta, esperando de pie. Estaba realmente hermosa.

Inhalando aire y dando un largo suspiró al tiempo que sus ojos brillaban intensamente, al fin abrió la cancela de la puerta desde el interior. A Dumuzi sólo le cupo empujar la puerta. El pastor la abrió de par en par y como un rayo de luna ella, Inanna, se le apareció, deslumbrante, a sus ojos. Él la miró. Se alegró muchísimo. La tomó en sus brazos y la besó.

Luego, penetraron en los aposentos de la casa y consumaron el matrimonio. Al día siguiente se celebró un magnífico banquete de bodas. Todos los dioses invitados degustaron los manjares que se habían dispuesto para celebrar tan fausto acontecimiento: los esponsales de dos divinidades.

Inanna, después de pasar varios días en la casa de sus padres, con Zu-en, el dios luna, y con Ningal, la «Gran señora», se despidió de ellos y se fue con Dumuzi a su nuevo hogar, a la casa de Dumuzi.

Llegados a ella, el pastor condujo a Inanna a su aposento y él se encaminó en primer lugar a la capilla de su dios familiar. En el transcurso de sus sentidos rezos, le dijo con toda humildad a su dios:

—Oh, mi señor, he venido a casa, oh mi señor, mi esposa me acompaña. Que ella me dé en su momento un hijo. Oh mi señor, entra en ella, entra en la casa. Cuando hayas penetrado en nuestros cuerpos, podremos concebir a un niñito.

Luego, el pastor Dumuzi salió del sagrado recinto y se fue junto a su esposa. Tomándola de la mano la llevó a la capilla. Ante la puerta le dijo:

—Esposa mía, oh Inanna, he acudido antes a la capilla de mi dios personal a orar, a invocarle ayuda. Te he traído aquí también, ahora, porque deseo tener un hijo. Dormiremos delante de mi dios per-

sonal. Y en el sitio de honor de mi dios tutelar te sentarás, esposa mía.

Aunque Dumuzi habló así con ella, Inanna se sentó junto al antepecho de la ventana, totalmente asustada, diciendo:

—Dumuzi, necesito ayuda. Yo siempre he obedecido a mi madre, estoy perdida sin sus consejos. Además, desconozco cuál es mi quehacer en este hogar. Incluso, oh querido Amaushumgalanna —dijo avergonzada—, ¡no sé cómo usar una rueca!

Dumuzi, oídas aquellas palabras, se dirigió a su dios tutelar. Tras elevarle un piadoso saludo, le manifestó la siguiente plegaria:

—Señor, mi esposa, está temerosa. Desconoce lo que es ser madre. Al hallarse fuera de su casa paterna, echa de menos las palabras de su madre. ¿Qué debo hacer en este caso? ¿Cómo tranquilizarla?

El dios tutelar, su buen espíritu, le aconsejó:

—Amaushumgalanna, deberás ser ante todo gentil. No abuses de tu esposa en tus relaciones amorosas, compórtate de modo persuasivo. No se trata de una mujer vulgar, sino de una queridísima diosa. Trátala con respeto, compórtate bien. ¡Facilítale la vida que se merece!

Aconsejado así, Dumuzi acudió junto a su esposa. El pastor puso su brazo alrededor de la joven diosa y le dijo:

—Inanna, no te he arrastrado a la esclavitud. Tu mesa será una mesa espléndida. Comerás ante una mesa espléndida. Mi madre Durtur come al lado del barril de cerveza. Su hermano no come allí. Mi hermana Geshtinanna tampoco come allí, pero tú comerás ante la mesa espléndida. Esposa mía, tú no tejerás ropa para mí. Inanna, no coserás ni hilarás para mí. Esposa mía, no cardarás los vellones de lana para mí. No montarás urdimbres para mí. No temas, tampoco amasarás pan para mí. Ninegalla, no temas nada.

La diosa, abrazando emocionada al pastor Dumuzi, dijo:

—Yo, que soy puro esplendor del cielo, que luzco amarillenta en la base del cielo al amanecer y al anochecer, oh marido mío, yo, que tengo puro esplendor y brillo en el cielo, te voy a entregar todo mi amor.

Una canción sumeria, de muy oscuro significado en su últimas líneas, narraba la infidelidad de Dumuzi. A pesar de su culpabilidad, pero de acuerdo con las costumbres ancestrales del país, la que había mantenido relaciones con el dios, una esclava —la «fuente del pecado», según el anónimo autor—, fue ejecutada ante el pueblo, que participó también en el castigo, rematando a la «culpable» con lo que cada uno tenía a mano. Inanna se venga, pero el recuerdo de su fiel esclava, la atormenta. Tras un vacío textual, la diosa aparece repuesta de su dolor y decide acudir ante Dumuzi, que, tal vez, le ha pedido perdón. Al faltar texto en este extremo se ignora si la diosa meditó o no venganza por el ultraje sufrido.

La sagrada Inanna, enterada un día del comportamiento de su esposo, llamó a Ninshubur, su heraldo, y le dijo:

—Heraldo, acude ante el pueblo y pronuncia estas palabras de acusación de unos hechos totalmente probados. Dile así a la gente de parte de Inanna: «Mi siempre leal doncella, de palabras agradables, la que me hacía los encargos, la de palabras verdaderas, una que sabe, de buen juicio, señora del templo Akkil: esa chica, esa esclava que hizo la cosa prohibida, esa esclava fuente del pecado, que hizo la cosa prohibida. Esa fuente del pecado, la del destino oscuro, con cara manchada de lágrimas, habiéndose sentado en el trono sagrado, luego se tumbó también en el lecho sagrado. Y llegó a conocer el falo del que estaba allí.»

Oída aquella acusación, el pueblo se reunió para ir a presenciar la ejecución de la condenada.

—¡Venga, vayamos allí, venga, vayamos allí, a la ciudad! ¡Vayamos al espectáculo! ¡Vayamos allí, a la ciudad, a Kullab! ¡Vayamos allí a Uruk, construida de ladrillo! ¡Vayamos allí, a Zabalam, construida de ladrillo! ¡Vayamos allí, a Hursag-kalamma! ¡A la ciudad, a la ciudad! ¡A Babilonia, construida de ladrillo! ¡Acudamos a la palabra pronunciada por Inanna!

La esclava, la fuente del pecado, se había arrojado de rodillas en el polvo. Inanna la miró con su mirada de muerte. La diosa gritó,

emitió un ardiente grito de castigo. Luego, con el rostro lleno de ira, la cogió por los rizos de la frente, la arrastró hasta la muralla de la ciudad. Y a aquella fuente del pecado la arrojó al exterior desde el plinto de la muralla.

Efectuada tal acción, Inanna, todavía enfurecida, dijo:

—Que el pastor la mate con su cayado, que el que hace elegías la mate con su pandero, que el alfarero la mate con su jarra de cerveza, que el guardián la mate con su daga y su maza.

Sin embargo, la venganza no solucionó el dolor por la traición. La traición de Dumuzi le había causado infinito dolor. También a Inanna la atormentaba el recuerdo de la confesión de su esclava. La infeliz había querido que la diosa lo supiera todo.

Inanna decía para sí, sollozando amargamente:

—Mi esclava me lo contó todo entre lágrimas y lamentos. ¡Ojalá mi corazón hubiera podido contener sus gemidos, su despecho! En verdad, mi esclava me contó lo que hubo y lo que no hubo entre ellos. Me relató punto por punto cómo Dumuzi le mostraba sus atenciones durante el día para poder pasar la noche con ella. ¡Ojalá que mi corazón hubiera podido contener sus gemidos!

Sin embargo, muy pronto la diosa recuperó su orgullo. Al fin y al cabo, ¡se trataba de una esclava! Cierto que le había sido leal en el pasado, cumplidora de todos sus encargos, pero la realidad era la que era y no podía ya devolverle la vida, pues la había castigado con la muerte. Así que, apartando de su mente aquellos remordimientos, Inanna exclamó:

—¡Debo alejar el dolor! ¡Yo soy la joven señora! ¡Yo soy Inanna! Soy la que agito los cielos, la que hace temblar la tierra. Ésa es mi fama. ¡Debo mantenerla!

Tras aquellas palabras, Inanna se lavó con agua fresca, se frotó con jabón, recuperando así su cotidiano aseo, que había descuidado como muestras de dolor y de luto por la traición de Dumuzi y por la muerte de su esclava.

La diosa, cuando se hubo lavado con agua de la brillante jofaina de cobre, se hubo frotado con jabón de la reluciente jarra de piedra,

se hubo perfumado con el dulce aceite de la jarra de alabastro, se vistió con el vestido principesco, el vestido de la Reina del cielo, se puso su diadema alrededor de la cabeza, se puso *khol* en sus ojos, tomó su brillante cetro en la mano, fue en busca de su esposo. Era preciso reconciliarse con él. Y mucho más desde que le había pedido perdón.

Por ello Inanna, tras hacerle saber que se lo había concedido, accedió al ruego del esposo, a la petición del pastor, y acudió al redil en donde se hallaba Dumuzi, acudió al puro refugio en donde la comida estaba ya dispuesta, en donde el pan era servido por manos limpias. Inanna, no se sabe si meditando su venganza, acudió junto a su esposo.

EL SUEÑO DE DUMUZI

Un poema sumerio, tipo «kalkal», de algo más de 265 líneas, conocido por unas 60 copias, aparte de un intento de traducción al acadio, se centró en la «muerte» de Dumuzi. La artificiosidad del relato, en el que abundan las repeticiones —clara influencia de una tradición oral anterior—, es muy evidente, si bien desde un punto de vista teológico se ajustó al contexto del mito. La «muerte» de Dumuzi le fue anunciada mediante un sueño premonitorio, que le sería interpretado al propio dios por su hermana Geshtinanna. Dumuzi, perseguido por 10 implacables demonios, hallaría la muerte en el refugio al que había acudido en su desesperada huida, después de haber andado errante por la estepa y por distintas ciudades.

La pena llenó su corazón y se marchó a la estepa. Dumuzi con el corazón lleno de lágrimas a causa del presentimiento sobre su cercana muerte, se marchó a la estepa. Con el corazón apenado, Dumuzi, se marchó a la estepa. Llegado allí, con su cayado sobre la espalda, exhaló un lamento:

—¡Lamentaos! ¡Lamentaos, páramos! ¡Lanza un lamento, estepa, llora! ¡Gritad, marjales! ¡Crustáceos del *wadi*, lamentaos! ¡Lamentaos, ranas del *wadi*! ¡Y que mi madre eleve sus gritos con vosotros!

¡Que mi madre Durtur grite! Que mi madre grite: «¡Nunca más le traeré cinco panes!» Que mi madre grite: «¡Nunca le traeré diez panes!» Si ella ignora el día de mi muerte, tú, estepa, anúnciasela a mi madre, que me tuvo. Que ella, al igual que mi joven hermana, derrame lágrimas por mí.

Tumbado entre las escasas plantas, tumbado entre ellas, el pastor permanecía entre la hierba para echar un sueño. Pero, muy pronto se levantó con sobresalto: había tenido un sueño premonitorio. Se estremeció: ¡había tenido una visión! Espantado, se frotó los ojos, y se puso a gritar. A los pastores que habían acudido al oír sus gritos les dijo:

—¡Llamadla, id a por ella, id a por mi querida Geshtinanna! Id a por la que sabe cantar. ¡Traed a mi hermana! Id a por la letrada, la experta en tablillas. Traedme a mi hermana. Id a por esa joven despierta que sabe el significado de las palabras. ¡Traed a mi hermana! Id a por esa sabia que conoce el significado de los sueños. ¡Dejadme explicarle mi sueño!

Llegada Geshtinanna a la estepa, al lugar en el que se hallaba Dumuzi, le besó y se dispuso a oír el sueño que había tenido su hermano, al que notaba muy alterado, con el rostro demudado y la tez pálida. Dumuzi con voz entrecortada le habló así:

—He aquí el contenido de mi sueño, mi querida hermana. En medio de mi sueño, a mi alrededor abundaban los juncos, los juncos se apretaban. Una caña inclinó hacia mí su cabeza y de una caña de dos tallos, uno se apartó de mí. En la visión que tuve de un bosque, unos árboles delgados y esbeltos se arrancaban a sí mismos ante mí. Después, sobre las ascuas de mi puro hogar se derramó agua en mi presencia. La tapadera de mi mantequera fue suprimida, no la vi más; mi linda copa, suspendida de un gancho, fue descolgada; y mi cayado de pastor desapareció. Una cruel ave rapaz arrebató un cordero del rebaño y un halcón consiguió capturar un pájaro del cañaveral, mientras que mis machos cabríos con sus barbas de lapislázuli barrían el polvo del suelo y mis carneros lo estaban arañando con sus pezuñas. Mi mantequera yacía en el suelo y en

ella no se podía verter ya más leche. Mi copa estaba hecha pedazos, y yo, Dumuzi, permanecía inanimado, sin vida, y el redil desierto, abandonado al viento.

Al terminar de exponer su sueño, Geshtinanna le respondió a Dumuzi:

—Tu sueño es de mal augurio, hermano mío. No desearía interpretarlo. Tu sueño no anuncia nada bueno. No desearía interpretarlo. Pero, bien, me has llamado y debo darte una explicación.

Dumuzi, silencioso, se dispuso a no perder ni una sola de las palabras que iban a salir de la boca de Geshtinanna.

—Escucha, hermano: los juncos que abundaban a tu alrededor, los juncos apretados a tu alrededor: son asesinos emboscados que se lanzarán contra ti. La caña aislada, que inclinó su cabeza hacia ti: es tu madre, la que te dio a luz, la cual agitará su cabeza de dolor por ti. La caña de dos tallos, uno de los cuales se apartaba de ti: somos tú y yo. Uno será separado del otro. Los árboles delgados y esbeltos que se arrancaban a sí mismos ante ti en el bosque: son malhechores que te envolverán como una inundación. El agua vertida sobre las ascuas de tu puro hogar: es tu redil transformado en un lugar de silencio. La tapadera quitada a tu mantequera: es un malvado que se apoderará de ella. Tu linda copa, descolgada del gancho en donde estaba suspendida, significa que tú caerás de las rodillas de la madre que te tuvo. Tu cayado de pastor desaparecido significa que un pequeño demonio *galla* no cesará de golpearte. La cruel ave rapaz que te arrebató un cordero del rebaño: es un malhechor que te obligará a abandonar tu ganado. El halcón que consiguió capturar un pájaro del cañaveral: es un gran demonio *galla* que te arrancará el rebaño. Los machos cabríos que con su barba de lapislázuli barrían el polvo significa que mi cabellera se erizará hacia el cielo por causa tuya. Tus carneros que estaban arañando el suelo con sus pezuñas significa que mis dedos, como espinas, estarán rasgando mis mejillas por tu causa. La mantequera yaciendo en el suelo sin que se pudiera verter ya más leche en ella, la copa hecha pedazos, Dumuzi inanimado, sin vida, y el redil desierto, todo ello significa que tus manos serán ligadas y tus brazos encadenados.

Después de explicarle el significado del sueño, Dumuzi, serio y preocupado, le propuso a Geshtinanna buscar una solución a fin de que no se cumpliesen aquellos negros vaticinios. Por ello le dijo:

—Hermana mía, desciende a una de esas grietas, baja a una grieta del suelo; pero, no te deslices como un ser humano muerto. Cuando te hayas soltado el pelo por la espalda y te hayas recogido el vestido hasta los muslos, entonces, hermana, desciende a la grieta y, una vez que hayas bajado, vigila, levanta tus ojos.

Geshtinanna, tal como le había pedido Dumuzi, se introdujo por una de las grietas que por allí había. En su oscuro interior percibió diferentes seres causantes del dolor de la humanidad. En el curso de agua que por allí corría vio unas barcas portadoras de dolor, dolor para atenazar los corazones de la humanidad. Los que viajaban en ellas, de perfiles apenas visibles y totalmente fantasmagóricos, portaban cepos y argollas para ligar manos y cabezas e iban cubiertos con un simple lienzo. Desde el interior de la grieta la señora Geshtinanna, desde allí, espió a aquellos seres que portaban cepos y argollas. Vio también, sin esperarlo, a su amiga Ansududdu, la cual, al verla, le dijo:

—Geshtinanna, viendo que tú has espiado a un gran número de seres que llevan cepos y argollas, debes saber que son los vigilantes del Mundo Inferior, reclutadores de la muerte, son demonios *galla* que han venido a por él, a por Dumuzi.

Geshtinanna quedó muy impresionada por aquellas palabras de una antigua amiga a quien no había visto desde hacía largo tiempo. Saliendo inmediatamente del interior de la grieta, se fue al encuentro de Dumuzi, a quien le contó lo que había visto y las palabras que le había dicho Ansududdu.

—Dumuzi, hermano mío, de esta manera me ha avisado mi amiga —le dijo con voz pastosa y trémula—. Querido hermano, unos demonios avanzan contra ti. Tus vigilantes han venido a por ti. Disimúlate entre la hierba. Querido hermano, unos demonios vienen contra ti. Escóndete entre la hierba.

Dumuzi, cada vez más temeroso, temblándole las manos, le contestó a su hermana casi con un hilillo de voz:

—Sí, hermana mía, me esconderé entre la hierba, pero no digas a nadie dónde me oculto. Me esconderé entre las plantas pequeñas, pero no reveles dónde estoy. Me esconderé entre los arbustos, pero tú no digas dónde estoy. Después me ocultaré en las zanjas profundas, abiertas en la tierra y que conducen al Arali, a los Infiernos.

Su hermana le replicó:

—Si revelo dónde tú te ocultas que tu perro me devore, tu perro negro, tu perro de pastor, tu hermoso perro, tu perro de señor: que me devore. Cualquier instrucción que quieras dar, dásela a uno de tus camaradas, a un amigo. Yo no puedo ya decir nada. Además, ¿cómo pueden registrar la estepa desolada? Ojalá fracasen en descubrir dónde estás y después de que los demonios hayan registrado toda la estepa, que uno de tus amigos te lo haga saber.

De pronto, por aquel lugar pasó uno de los pastores. Era amigo de Dumuzi. Éste no pudo por menos que contarle su situación. Habiéndosela explicado le confesó:

—Amigo, voy a esconderme entre la hierba, me esconderé entre las plantas pequeñas, también entre los arbustos. Luego incluso buscaré ocultarme en alguna zanja profunda. Pero, por favor, ¡no digas a nadie dónde me escondo!

El pastor le respondió con palabras idénticas a las que con anterioridad había pronunciado Geshtinanna:

—Amigo Dumuzi, confía en mí. En caso de delatarte que tu perro me devore. No te haré traición.

Mientras tanto contra Dumuzi avanzaba toda una variada tropa de demonios. Aquellos seres no conocían la comida, no conocían la bebida. Desdeñaban la harina esparcida como ofrenda, no bebían el agua vertida en libación, no aceptaban los agradables regalos de bienvenida, no llenaban de placer el regazo de una mujer ni estrechaban en sus brazos a dulces niños. No hincaban el diente

en el ajo picante, de penetrante olor. Eran seres que no consumían ni pescado ni puerros.

Contra el rey, contra Dumuzi iban un par de demonios de la ciudad de Adab, cardos de ciénaga, zarzas de agua nauseabunda, con su mano en la mesa y la lengua en el palacio, esto es, soplones de estómago agradecido. Igualmente, tras él, iban un par de demonios de la ciudad de Akshak, portadores de collares de cuentas, en forma de mosca, alrededor de sus cuellos. También iban tras él un par de demonios de Uruk, con su cintura ceñida de mazas para machacar cabezas. Avanzaban tras Dumuzi un par de demonios de Ur, revestidos con ornamentos y vestidos brillantes. Todavía también iban tras él un par de demonios de Nippur, los cuales se acercaban al redil gritándose, excitados, el uno al otro: «¡A por ellos! ¡No dejemos ningún animal!»

—¡Corred, deprisa, corred! —decían los demonios, encaminándose al redil—. ¡Allí seguramente debe esconderse!

En su camino hacia el redil, tras haber perseguido a Dumuzi de ciudad en ciudad y haber causado muertes y daños sin cuento, los demonios llegaron junto a Geshtinanna. Sin hacerle ningún daño, le dijeron para ganarse su confianza:

—Geshtinanna, te daremos los ríos con sus altas aguas, te daremos los campos repletos de grano, si nos dices dónde está Dumuzi.

Ella no dijo nada. Con un gesto de su cabeza no aceptó aquellas promesas.

Los pequeños demonios dijeron entonces a los grandes demonios, los demonios más maliciosos a los más torpes y groseros:

—Un sabio privado de memoria, un camino que no conduzca a ninguna parte y una hermana que descubra el refugio de su hermano, ¿quién ha visto jamás eso? Mejor vayamos a encontrar al amigo de Dumuzi.

Dicho y hecho. Los demonios localizaron sin ninguna dificultad a su amigo. Le ofrecieron los ríos con sus altas aguas, los campos repletos de grano a cambio de la información deseada. El amigo aceptó el agua de los ríos que le fue ofrecida y los campos de grano que le prometieron. Y les dijo:

—Mi amigo Dumuzi está escondido entre la hierba, pero ignoro dónde.

Los demonios buscaron a Dumuzi entre la hierba, mas no lo encontraron.

—Quizá esté escondido entre las plantas pequeñas, aunque no sé el sitio —les dijo el amigo de Dumuzi.

Los demonios buscaron a Dumuzi entre las plantas pequeñas, pero tampoco lo encontraron.

—Tal vez se halle entre los arbustos, si bien no sé dónde.

Lo buscaron entre los arbustos, pero en vano. No lo hallaron. Sin embargo, pudieron localizar a Dumuzi escondido en una de las zanjas profundas que por allí había. Tras ser capturado por los demonios, Dumuzi estalló en lágrimas y exhaló un amargo lamento.

—¡Ay! Mi hermana me salvó la vida, pero mi amigo me ha dejado morir. ¡Si alguien se encontrara a un hijo de mi hermana en la calle, que lo bese, pero si fuera un hijo de mi amigo que nadie lo bese!

Los demonios le rodearon bloqueándole en las zanjas llenas de agua. Después trenzaron una cuerda y le ataron con ella, ligándole fuertemente. Prepararon también un palo para agarrotarlo y le apretaron con trabas. Por delante no cesaban de golpearle, por detrás de mantenerlo sujeto. Le inmovilizaron las manos con cepos y le encadenaron los pies con grilletes.

Viéndose así, el joven Dumuzi levantó sus manos al cielo, hacia Utu, el dios sol.

—Utu —lloró Dumuzi—, tú eres mi cuñado, soy el marido de tu hermana. Soy el que aportaba vituallas al Eanna, yo quien presentó los regalos de boda en Uruk. Soy el que ha besado los sagrados y augustos labios de Inanna y quien se agitaba entre sus hermosas rodillas. Cambia mis manos en pezuñas delanteras de gacela y mis pies en pezuñas traseras de gacela a fin de que pueda escapar de los demonios *galla* y huir hasta Kulbiresh-Dildaresh.

Utu aceptó su súplica llorosa y, como quien recibe una ofrenda y como hombre de piedad, le mostró compasión. Una vez que

convirtió sus manos y pies en pezuñas de una gacela, Dumuzi se escapó de los demonios y huyó hasta Kulbiresh-Dildaresh.

Al advertir los demonios que Dumuzi había logrado escapar, lo buscaron en vano.

—¡Venga! —se dijeron—. ¡Vayamos a Kulbiresh-Dildaresh!

Y al llegar allí capturaron por segunda vez a Dumuzi, tras rodearle y bloquearle en una de las zanjas en la que se había escondido. Nuevamente, trenzaron una cuerda y con ella lo ataron. Prepararon un palo para agarrotarlo y le apretaron con trabas. Por delante le golpeaban y por detrás le mantenían firme. Le volvieron a inmovilizar las manos y le encadenaron los pies.

Y viéndose así, el joven Dumuzi levantó otra vez sus manos al cielo, hacia Utu, el dios sol.

—Utu —imploró—, tú eres mi cuñado, soy el marido de tu hermana. Ayúdame. Haz que mis manos y pies se conviertan de nuevo en manos y pies de gacela para que pueda escapar de los demonios y huir hasta la casa de Belili, la Vieja, una de las divinidades ancestrales de An.

Utu accedió a aquella súplica llorosa, como dios piadoso que era. Una vez que Utu convirtió sus manos y pies en las manos y pies de una gacela, se escapó de todos los demonios y pudo llegar a la casa de Belili, la Vieja. Llegado allí, Dumuzi dijo:

—¡Señora! ¡Belili, no soy un cualquiera! Soy el esposo de una diosa. Vierte un poco de agua para que beba en esta casa. Derrama harina en un cuenco para que sin tardar yo la coma.

Y cuando hubo vertido agua y derramado harina él se sentó allí, en medio. Se quedó allí.

Mas un día, pasado un tiempo, la Vieja salió de su casa. Cuando estuvo afuera, los demonios la vieron y se dijeron:

—¿Ignora, acaso, la Vieja dónde Dumuzi se oculta? Si mira con desconfianza a su alrededor, si lanza palabras de inquietud, eso es señal de algo. ¡Perfecto! ¡Vayamos a su casa!

Y allí, en casa de Belili, volvieron a encontrar a Dumuzi. Lo rodearon, le ligaron adecuadamente y le maltrataron a golpes. El

joven Dumuzi, por tercera vez, levantó sus manos al cielo, hacia Utu, el dios sol. Le volvió a recordar, llorando, que era su cuñado, que había besado los labios de Inanna. Le pedía, de su piedad, que le convirtiera otra vez sus manos y pies en los de una veloz gacela para poder huir. Finalizó su súplica diciendo:

—Utu, convertidos mis pies y manos en los de una gacela, podré huir hasta el santo redil, al redil de mi hermana.

Utu aceptó su lastimera súplica como piadoso que era, le testimonió su compasión y cambió sus manos y pies en las manos y pies de una gacela. Tan pronto como escapó de los demonios y pudo llegar hasta el santo redil, el redil de su hermana, nada más llegar allí, Geshtinanna dejó escapar gritos al Cielo y a la Tierra. Su clamor recubrió el horizonte como un manto y se extendió por todas partes como una grandiosa tienda de lino. Se laceró los ojos, se desgarró la cara, hirió sus encantadoras orejas, laceró sus seductoras nalgas y exclamó:

—Hermano mío, visto que te persiguen los demonios, escóndete en el redil y no salgas afuera.

Pero un día, pasado algún tiempo, cuando Geshtinanna salía de su redil, los demonios la vieron y se dijeron:

—¿Acaso Geshtinanna ignora dónde se oculta Dumuzi? Si mira con desconfianza a su alrededor, si lanza palabras de inquietud, eso es señal de algo. ¡Perfecto! ¡Vayamos a su redil!

Cuando un primer par de demonios penetró en el redil, la pareja prendió fuego a la estaca del colgadero; cuando un segundo par de demonios penetró en el redil, lanzaron el cayado al fuego; cuando un tercer par de demonios penetró en el redil, quitaron la tapadera de la bonita mantequera; cuando un cuarto par de demonios penetró en el redil, descolgaron la copa suspendida de un gancho; cuando un quinto par penetró en el redil, arrojaron al suelo la mantequera y la rompieron. No se podía ya verter leche. Arrojaron la copa al suelo y la destrozaron. Dumuzi estaba sin vida. Sólo los vientos barrían el recinto del redil.

II

Mitos acadios

Mitos sobre los orígenes

TEOGONÍA DE DUNNU

Una tablilla, copiada en tiempos neobabilonios, ha permitido salvaguardar un antiquísimo mito (Mito de Harab), ya conocido a mitad del segundo milenio a.C., referente a la teogonía de la desconocida ciudad de Dunnu, uno de los tantos enclaves designados con tal nombre (Dunnu = plaza fuerte). Aunque ha llegado incompleto, el mito permite conocer el relato de una teogonía local, plena de incestos y asesinatos ocurridos en tiempos primigenios, y poder ser contrastado con las teogonías oficiales.

Al comienzo de los tiempos, cuando ya se había creado el poder señorial y éste había descendido a la tierra, en numerosas ciudades se difundió el arado.

Con el corte de su arado, una primera pareja de dioses, Harab y Ki, la Tierra, creó primero la Mar, esto es, Aabba. Y en segundo lugar, por sí mismos, engendraron a Amakandu, el dios de los animales salvajes. A continuación, edificaron Dunnu, la ciudad que contó con dos baluartes gemelos. Y Harab, el titular de la reja del arado, se arrogó el poder señorial de Dunnu.

Ahora bien, Tierra se volvió hacia Amakandu, su hijo, y le dijo:

—¡Ven! Te haré el amor.

Amakandu tomó, pues, a su madre por esposa, y mató a Harab, su padre. Luego, lo enterró en Dunnu, su ciudad preferida, y se apoderó de su poder señorial.

Después tomó también a Mar, su hermana primogénita, como esposa. Sobrevino entonces Lahar, dios del ganado e hijo de Amakandu, el cual mató a Amakandu y, en Dunnu, lo enterró en la tumba de su padre. Tomó, entonces a Mar, su madre, por esposa, quien a su vez había degollado a Tierra, su madre.

En el decimosexto día del mes de *kislim*, Lahar se arrogó el señorío y la realeza.

Tras aquello, el hijo de Lahar, tomó a Idda, la Ribera, su propia hermana, por esposa. Él mató a Lahar, su padre, y a Mar, su madre, y los enterró en la misma tumba. El primer día de otro mes, se arrogó la soberanía y el señorío.

Luego, otro hijo de Lahar tomó por esposa a su hermana Uaildak, divinidad de la vegetación espontánea. Aquél hizo crecer el césped de la tierra y procuró animales para los rediles. Con los mismos, y otros productos de la tierra, se ocupó de las necesidades de los dioses. Tras ello, mató a su padre y a Ribera, su madre, y los inhumó en un mausoleo. A primeros de un mes cualquiera, él se arrogó el señorío y la realeza.

Otro dios tomó por esposa a Ningeshtinna, su hermana y diosa de la viña, formando con ella la sexta pareja. Aquel dios mató a su padre y a Uaildak, su madre, a quienes inhumó en el mausoleo dinástico. No se sabe si el decimosexto o el vigesimonoveno día de otro mes, se arrogó el poder real y señorío.

El hijo de Haharnum tomó por esposa a su propia hermana, constituyendo así la séptima pareja. Tras asesinar a su padre y a su madre se arrogó el poder señorial de su padre.

Siguen unas 40 líneas en muy mal estado de conservación. En ellas son legibles los nombres de algunos dioses, entre ellos Ninurta, Enlil y Nusku.

En el contexto de un ritual acadio (Ritual de los sacerdotes kalu*) se recoge de modo resumido un mito cosmológico sobre la obra creadora de Anu y, sobre todo, de Ea, composición que debía ser recitada por el sacerdote lamentador, encargado de las ceremonias con motivo de la restauración de los templos en ruinas. El texto es conocido gracias a una única tablilla de contenido litúrgico.*

El constructor de esta morada revestirá un vestido puro: colocará en su mano un brazalete de estaño y tomará un hacha de plomo. A continuación cogerá el primer ladrillo de fundación, dispuesto para la reedificación. Luego pronunciará una lamentación sobre el templo y exhalará los rituales gritos de «¡ay!» mientras se esté colocando el primer ladrillo del templo demolido en un lugar secreto, no accesible a nadie.

Sobre el quemaperfumes el sacerdote *kalu*, encargado de apaciguar con sus cantos la cólera de los dioses, por la ruina de aquel templo, y de recitar los textos sagrados, hará vertidos de aromas, al tiempo que se esparcirá sobre el nuevo ladrillo de fundación miel, manteca, leche y cerveza de primera calidad, así como vino y aceite dulce. Después, el sacerdote *kalu* recitará ante el ladrillo el *Enuma Anu ibnu same*, esto es, la composición *Cuando Anu creó el cielo*.

Hela aquí:

—«Cuando Anu, el padre de los dioses, creó el cielo, cuando Nudimmud —esto es, Ea como "procreador del hombre"— creó el Apsu, su morada, Ea tomó en el Apsu un puñado de arcilla y creó a Kulla, es decir, al dios ladrillo, para que presidiera la restauración y planificación de los templos.

»Creó el cañaveral y el bosque para ayudar a la obra de su construcción; creó a Ninildu, el dios jefe de los carpinteros; a Ninsimug, el dios jefe de los metalistas; y a Arazu, experto en otros trabajos útiles, para ser los tres los ejecutores de esta obra de su construcción. Después creó a Gushkinbanda, el dios orfebre; a Nina-

gal, el dios de la madera exótica; a Ninzadim, el dios joyero y lapicida; y a Ninkura, el dios de los vestidos preciosos, para hacer sus trabajos en los templos.

»Luego creó las montañas y los mares para convertir en ofrendas alimentarias toda su copiosa producción. Tras ello creó a Ashnan, diosa del trigo y del pan; a Lahar, dios de los rebaños y la leche; a Siris, dios de la bebida fermentada; a Ningishzida, dios de la arboricultura; a Ninsar, dios de las leguminosas, para que fueran abundantes sus ofrendas fijas.

»Creó a Umunmutamku, el cocinero del dios Marduk; a Umunmutamnag, el copero de Marduk, para ser los que presentaran ofrendas diarias a los ocupantes de los templos. Creó a Kusu, el pontífice supremo de los grandes dioses para hacer ejecutar los ritos y ceremonias.

»Después creó al rey para ser el que cuidara del mantenimiento de los templos; finalmente, creó a los hombres para que fueran los que hicieran los trabajos necesarios para el sostenimiento de los dioses.»

En este punto la tablilla del ritual está rota, impidiendo con ello conocer su final, si bien quedan citados los dioses Anu, Enlil y Ea.

COSMOGONÍA CALDEA

Una composición bilingüe, redactada primero en acadio, que se interlineó con una versión sumeria, utilizada en un ritual de purificación de templos, encontrada en Sippar y fechable a comienzos del primer milenio a.C., se centra en cantar la gloria de Marduk como dios creador que ha desbancado a Ea. El texto (con faltas por parte del copista) es conocido como Cosmogonía caldea *y también como* La fundación de Eridu. *Al haber llegado dos pequeños fragmentos de duplicados, se ha supuesto que esta composición hubo de ser ampliamente recitada en las liturgias religiosas, alcanzando los tiempos seleúcidas.*

Ninguna casa santa, ninguna morada de los dioses todavía no había sido edificada en su lugar santo. Ninguna caña había salido de la tierra, ningún árbol había sido creado. Ningún ladrillo había sido colocado, ningún molde de ladrillos había sido fabricado. Ninguna casa había sido construida, ninguna ciudad había sido fundada. Ninguna aglomeración humana existía todavía, ningunos aperos habían sido fabricados.

Nippur no estaba edificada: el Ekur —la «Casa montaña»— no había sido construido. Uruk no estaba edificada: el Eanna —la «Casa del cielo»— no había sido construido. El Apsu, esto es, el abismo primordial, no estaba hecho: el templo Eridu no había sido construido. En resumen: de ninguna casa santa, de ninguna morada de los dioses se había preparado el lugar de su emplazamiento. ¡La totalidad de los territorios no era más que mar!

Mientras que el contenido de este mar no formaba más que una fosa, fue entonces cuando fue edificado el templo Eridu, y después el Esagila: el templo Eridu lo fundó Lugaldukuga, que así era llamado Ea, en el seno del Apsu. Después de aquello Babilonia fue edificada, y el Esagila fue allí acabado.

Marduk entonces dispuso a los dioses, a los Anunnaki que él creó, en dos partes iguales. Y acordaron para Babilonia el destino sublime de ciudad santa, morada agradable a su corazón.

Marduk en la superficie de las aguas ensambló un cañizo, creó el polvo y con el cañizo lo mezcló. E hizo un terraplén junto a la orilla del mar. Después, para dejar ociosos a los dioses en aquella morada agradable a su corazón, creó la humanidad. La diosa Aruru creó con él la simiente de los hombres. Él creó sobre la estepa el ganado de Shakkan, dotado de vida, creó y puso en su lugar el Tigris y el Éufrates, a los que dio un destino adecuado. Creó las cañas secas y las cañas tiernas, los marjales, el cañaveral y los sotos. Creó la vegetación de la estepa y los sembrados, porque todos los territorios no eran más que ciénagas y cañaverales, bosquecillos y sotos. Tras ello creó las vacas, sus crías, y los toros; las ovejas, sus crías y los corderos. También los carneros salvajes y las cabras montesas fueron puestos a disposición de los hombres.

Luego, el hombre, conocidas las técnicas, desecó los cañaverales y juncos, a fin de hacer aparecer allí campos de cultivo, con las cañas y la madera hizo refugios y cabañas. Con ladrillos, después de haber fabricado el molde, construyó residencias, fundó ciudades. Hizo lugares habitables, aportó aperos e instrumentos. El hombre edificó Nippur y construyó el Ekur; edificó Uruk y construyó el Eanna.

Aquí finaliza el relato del texto neobabilonio que formaba parte de la plegaria, intitulada EN *(Shiptu).*

Mitos de lucha y victoria

EL MITO DE ANZU (VERSIÓN ANTIGUA)

Dos tablillas, incompletas, redactadas en acadio hacia el año 1600 a.C. en algún lugar de Mesopotamia, pero descubiertas en Susa, contienen en unas 160 líneas de texto la versión antigua del Mito de Anzu, ser divino personificado en un águila colosal, que tuvo la osadía de robar las Tablillas del Destino nada menos que al poderoso dios Enlil. Debido a tal acción, el temible pájaro detentó la totalidad de poderes divinos, parándose por ello la maquinaria del universo. Gracias a un campeón —en este caso, Ningirsu—, las Tablillas volverían a su legítimo dueño, con lo cual las cosas pudieron retornar a su natural situación. A pesar de su estilo conciso, el mito reúne altas cualidades literarias.

Puesto que Anzu, el temible pájaro, había confiscado la soberanía, esto es, los *me*, los poderes divinos estaban vacíos. Enlil, el padre de los dioses, había quedado paralizado. La majestad había desaparecido, reinaba el silencio. Todos los dioses Igigi, al completo, estaban en plena confusión. Y el santo de los santos despojado de su dignidad.

Desde todos los lugares confluyeron entonces los dioses de la tierra, los Igigi, a fin de que se tomase una decisión.

El padre de los dioses, Anu, presidente de la Asamblea, habiendo abierto la boca, se dirigió hacia sus hijos, diciéndoles:

—¡Oh dioses! ¿Quién de entre vosotros dará muerte a Anzu y adquirirá así la gloria más grande?

Ellos respondieron, señalando con el dedo:

—¡Adad, el irrigador, el señor de las aguas violentas, el hijo de Anu! ¡Ése será capaz!

Anu se dirigió, pues, a aquél:

—¡Adad! ¡No declines este combate! Vete a destruir a Anzu con tus armas. Serás, por ello, famoso entre los grandes dioses, inigual entre los dioses, tus hermanos. Adquirirás, ante los demás dioses, gloria y omnipotencia.

Pero el irrigador le respondió:

—Padre mío, hacia esa montaña inaccesible, ¿quién se apresurará? ¿Qué dios, entre tus hijos, es comparable a Anzu? Él se ha apropiado de la Tablilla de los Destinos; ha confiscado el principio de soberanía al dios Enlil y luego se ha ido volando a ocupar su puesto en la montaña. En adelante su palabra vale como la del divino Duranki. ¡Aquél a quien él maldiga está abocado a la nada!

Ante aquellas palabras los dioses tuvieron miedo y Anu dio orden de no tratar más la cuestión.

Pero los Igigi dieron el nombre de un segundo campeón.

—¡Girru! —gritaron, señalándole—. ¡El hijo de Annunit! ¡Ése será capaz!

Anu, se dirigió pues a éste y, con idénticas palabras, le pidió que fuese a destruir a Anzu, indicándole que por aquella acción se haría famoso entre los grandes dioses. Sin embargo, Girru, también con las mismas palabras que había utilizado Adad, el irrigador, rehusó acudir a tan desigual combate.

Ante aquella negativa, los Igigi volvieron a proponer un tercer campeón. Con voz en grito, dijeron:

—¡Shara, el muy querido por Ishtar, será capaz de destruir a Anzu! Pero Shara, al igual que habían hecho Adad y Girru, declinó el ir a luchar contra aquel poderoso enemigo.

Tras aquellas negativas, los dioses se dispersaron, nerviosos. Sin embargo, vuelta la calma, después de unos momentos de angustia,

los dioses buscaron de nuevo una solución. Los Igigi, nuevamente reunidos en asamblea e intentando olvidar aquellos momentos de confusión, dirigieron sus miradas a Ea, el sabio, el residente del Apsu. Y Ea dijo a su padre lo que tenía en su corazón.

—Yo, en persona, voy a provocar la derrota de Anzu. En plena asamblea yo designaré a su futuro vencedor.

Todos los dioses de la tierra, oída esta afirmación, acudieron con respeto ante Ea y le besaron los pies. El dios Ea proclamó, en plena asamblea, la grandeza de la diosa Mah, la madre de los grandes dioses, la Señora de los destinos. Dirigiéndose a ella le dijo:

—Madre, convoca a tu preferido, esplendoroso y potente, al atleta, el único capaz de aguantar perfectamente siete asaltos. Convoca a Ningirsu, tu preferido, dios esplendoroso y potente.

Cuando ella hubo oído esta petición, Mah, la muy grande, aceptó gustosa.

Enterados de ello, los dioses de la tierra quedaron satisfechos y acudieron ante la diosa respetuosamente y le besaron los pies.

Habiendo convocado Mah, en la Asamblea de los dioses, a su hijo, el preferido de su corazón, a él le dio estas instrucciones:

—En presencia de Anu y Dagan, los dioses de la tierra han tratado en común la cuestión de los *me*, que han sido robados. Ahora bien, yo, Mammi, soy quien ha dado el día a todos los Igigi. Es por ello por lo que voy a luchar contra el adversario de los dioses, contra Anzu. Fui yo quien confió el principio de la soberanía a Enlil, mi hermano, al igual que a Anu. En adelante, este principio que yo les había asignado personalmente, te lo transmitiré a ti. Sin embargo, antes transforma este desastre en una victoria y devuelve la alegría a los dioses que he creado.

Dichas estas palabras introductorias, Mah centró la cuestión.

—Entabla, hijo mío, el combate a ultranza contra Anzu. Que te acompañen los Siete Vientos malvados y que los dioses vuelvan su atención hacia la montaña para apaciguar la tierra que he creado. ¡Captura al alado Anzu! Trastorna su lugar de residencia. Que el espanto pese sobre él. Cuando tu combatiente mano se desencadene, lanza contra él todos los tornados. Arma tu arco, envenena tus flechas, que

tus gritos de maldición le alcancen. Que Anzu, caminando entre las tinieblas, pierda sus fuerzas, y que no vea nada. Que, sin poder escapar de ti, deje caer sus alas en el transcurso del desafío.

Después de aquellas palabras le dio unos consejos. Mah le dijo:

—Cambia tu cara en la de un demonio, extiende una niebla tal que no te reconozca. Que Shamash, allá en lo alto, deje de brillar, convirtiéndose así de día pleno en noche negra. Después erígete en señor de su vida: ¡domeña a Anzu! Y que los Vientos se lleven sus alas al secreto, hasta el templo Ekur, morada de tu padre.

Habiendo oído a su madre, el campeón tomó coraje y se dirigió hacia la montaña. La que embrida a los Siete Vientos malvados, los siete torbellinos que remueven el polvo, Mammi, la que embrida a los Siete Vientos malvados, empujó a Ningirsu al combate. Los Siete Vientos malvados lo acompañaban y los dioses volvieron su atención hacia la montaña.

Cuando el campeón apareció sobre la montaña de Anzu, éste, habiendo apercibido la presencia de Ningirsu, avanzó hacia él y aquel ser divino, rechinando los dientes como una fiera, recubrió la montaña con su resplandor sobrenatural. Anzu rugió como un león furioso. Con el corazón rebosante de rabia, gritó al campeón:

—¡He monopolizado todos los *me*! ¡Poseo todos los poderes divinos! ¿Quién eres tú para venir a luchar contra mí? ¡Explícate!

Oyendo aquellas palabras, Ningirsu, el campeón, respondió a Anzu:

—He venido a combatirte y a destruirte por orden de Ea, el sostén de Duranki, el que determina los destinos. Destruiré tu coraza.

Cuando Anzu oyó aquello, lanzó un grito salvaje.

Ambos chocaron, el combate causó estragos. La coraza de Anzu quedó destrozada y el pecho ensangrentado.

El preferido de Mammi, el auxiliar de An y de Dagan, el favorito del príncipe, le disparó una flecha. Sin embargo, al no haberle tocado a Anzu, la flecha retornó, porque Anzu, en virtud de la palabra mágica que le dispensaba uno de los *me*, le había dicho:

—¡Flecha que llegas, vuelve a tu caña! ¡Retorna a tu forro, a tu madera del arco!

La lucha prosiguió, pero Anzu parecía invencible. Por ello, Ningirsu no dudó en enviar a un mensajero al dios Ea para pedirle consejo de cómo poder vencer definitivamente al poderoso Anzu.

El mensajero volvió con estos consejos acerca de la táctica a seguir:

—He aquí, Ningirsu, lo que me ha dicho Ea: «Córtale las alas, mutilándole, tanto la derecha como la izquierda, de modo que ante la visión de sus alas destrozadas, el espanto le impida pronunciar palabras. Él gritará: "¡Mis alas! ¡Mis alas!" No tengas miedo. Conviértete en señor de su vida y, habiendo encadenado a Anzu, que los Vientos se lleven sus alas a un lugar secreto. Después invade y devasta la montaña y sus praderas. No perdones la vida de ese malvado Anzu. La realeza, entonces, volverá al Ekur y los *me* regresarán a tu padre y progenitor. Obtendrás, edificadas debidamente, capillas en tu honor y en el mundo entero podrás instalar tus santuarios.» Ésas han sido sus palabras.

Ningirsu, habiendo oído este mensaje de su padre, retomó coraje y combatiendo bravamente avanzó hacia la montaña. Se adornó de sus armas de lucha, entre ellas, los Cuatro Vientos.

Ante la presencia del poderoso Anzu la tierra tembló, el día se oscureció, el cielo se envolvió de tinieblas, pero el malvado Anzu, incapaz de hacer frente al choque de la tempestad, dejó caer sus alas.

EL MITO DE ANZU (VERSIÓN RECIENTE)

—¡Voy a cantar al Rey de los pueblos, al preferido de Mammi, al omnipotente hijo de Enlil! ¡Voy a celebrar a Ninurta, el preferido de Mammi, al omnipotente hijo de Enlil! ¡Nacido en el Ekur, la «Casa Montaña», el primero de los Anunnaki, sostén del templo Eninnu, irrigador de los rediles, de los matorrales, de las lagunas, de los terruños y de las ciudades! ¡Marejada alta de los combates, belicoso agitador de los elementos guerreros! ¡Hombre de armas, rabioso e infatigable, cuyos asaltos causan pavor!

Después de estas palabras, dichas en homenaje de Ninurta, el narrador, enfáticamente, prosiguió diciendo:

—De este omnipotente personaje oídme cantar su vigor, él, que subyugó y venció impetuosamente a la Montaña de las Piedras. Hizo caer las armas del alado Anzu, dio muerte a Kusarikku, esto es, al bisonte, en medio del abismo. ¡Campeón muy vigoroso, armado de armas mortíferas, omnipotente, veloz, siempre dispuesto a batallar, a guerrear!

En aquel tiempo, entre los Igigi, aún no se habían erigido capillas: ellos no eran nada, tan sólo simples sujetos de su rey. Y aunque los cauces del Tigris y del Éufrates ya habían sido excavados, sus fuentes no facilitaban nada de agua en el país. ¡Incluso los mares estaban secos! Las nubes alcanzaban el horizonte, pero ellas no descargaban sus aguas.

Un día, los Igigi, congregados de todas partes, le trajeron esta información a su padre Enlil, el más valiente de los dioses:

—Suponemos que no ignoras la buena nueva: Sobre el monte Hihi, en su matriz, la Tierra ha concebido a un ser con el esperma de los Anunnaki, progenie de An. De esa suerte ha venido así al mundo ese ser, ese Anzu. Su pico tiene forma de sierra, su cabeza forma de león y su cuerpo y garras de águila. Desde el monte Hihi domina el resto de las montañas y colinas. A su grito se desencadena el trueno y la tormenta. Los poderosos vientos acuden en su ayuda y la masa de aguas que expele se agrupa en torbellinos. Los cuatro Vientos le sirven de heraldos.

Viéndole en una ocasión el padre de los dioses, Enlil, apodado también Duranki, por tener conjuntamente cielos y tierra, recordó lo que se le había dicho acerca de tal ser. Examinó a Anzu, sorprendido de su extraño aspecto. Y se interrogó acerca de aquella inexplicable configuración, diciéndose:

—¿Quién ha traído al mundo a un ser tan particular? ¿Por qué este animal tiene una forma tan extraña?

A estas cuestiones, el dios Ea, el más sabio de todos, que conocía incluso el pensamiento de los dioses, respondió dirigiendo estas palabras a Enlil:

—Este ser es, sin duda, el agua de las crecidas, motivadas por las lluvias que las divinidades del Apsu precisaban para disponer de agua clara. La inmensa tierra lo ha concebido y puesto en el mundo sobre un pico de la montaña.

Después de darle aquella escueta explicación, Ea continuó diciéndole:

—Tras haber examinado a ese Anzu y ver sus posibilidades, no estaría de más, oh Enlil, que pasase eternamente a tu servicio y así, en tu santuario, se encargara de cerrar la puerta del santo de los santos. ¡Deberías tomarlo a tu servicio!

El dios Enlil aceptó lo que le había propuesto Ea. Y Anzu tomó posesión del santuario de Enlil, distribuyendo sus trabajos a todos los dioses. De acuerdo con su decisión, Enlil cuidó de que Anzu estuviese junto a sí, encargándole de la vigilancia de la puerta del santo de los santos, misterioso lugar que hacía poco había acabado de construir en su templo Ekur.

Todos los días Enlil tomaba su baño de agua clara ante Anzu. De esta manera Anzu observaba los hechos y gestos de su soberano. Tenía siempre delante de sus ojos la corona imperial del Señor y su manto divino, al igual que la Tablilla de los Destinos, de la cual Enlil no se separaba.

A fuerza de ver, de aquella manera, al padre de los dioses, a Enlil Duranki, Anzu decidió robarle la soberanía:

—Me apoderaré —se dijo— de la divina Tablilla de los Destinos, monopolizaré las funciones de todos los dioses, tendré el trono para mí solo y yo seré el Señor de todos los poderes divinos, de todos los *me*. ¡Así mandaré a todos los Igigi!

Habiendo rumiado en su corazón semejante golpe de fuerza, esperó la llegada del alba a la entrada del santo de los santos que él guardaba. Y mientras que Enlil tomaba su baño de agua clara, despojado de sus vestidos y la corona depositada sobre su trono, Anzu se apoderó de las Tablillas de los Destinos, tomando para sí, con ello, la soberanía, y dejando vacíos los poderes divinos. Después de haber hecho aquello, a golpe de alas, huyó a su montaña.

Bien pronto se expandió por todas partes la inmovilidad, reinando el silencio. Enlil, soberano y padre de los dioses, permanecía paralizado y el santo de los santos despojado de su majestad.

Entonces, de todas partes, acudieron los dioses para que en asamblea se adoptase una decisión a fin de remediar aquel estado de cosas. Anu, su presidente, habiendo abierto su boca, tomó la palabra y dirigiéndose a los dioses, sus hijos, les dijo:

—¿Quién de entre vosotros irá a dar muerte a Anzu y adquirirá así una celebridad universal?

—¡El irrigador! —gritaron—. ¡El hijo de Anu! ¡Adad, el irrigador, el hijo de Anu!

El presidente de la reunión se dirigió, pues, a él:

—¡Adad, el muy fuerte! ¡Adad, el terrible! No declines este combate. Ve a destruir a ese Anzu con tu arma y así serás famoso en la asamblea de los grandes dioses, inigualable entre los dioses, tus hermanos. Obtendrás, debidamente edificadas, capillas en tu honor y en el mundo entero tú instalarás tus santuarios. Ocurrirá lo mismo en el Ekur. Así adquirirás, ante los dioses, gloria y omnipotencia.

Pero Adad le dio esta respuesta:

—Padre mío, hacia esa montaña inaccesible, ¿quién se apresurará? ¿Quién de entre los dioses, tus hijos, podrá reducir a Anzu? Se ha apropiado de la Tablilla de los Destinos, se ha apoderado de la soberanía, dejando vacíos los poderes divinos, puesto que él se ha ido volando a ocupar su montaña. En adelante su palabra vale como la del divino Enlil Duranki. A una palabra suya aquel que quede maldecido está abocado a la nada.

Ante estas palabras, los dioses se atemorizaron, mientras que Adad, volviendo la espalda, renunciaba a la expedición.

Entonces los demás dioses gritaron:

—¡Que vaya Girru, el hijo de Annunit!

El presidente se dirigió, pues, a él:

—¡Girru, el muy fuerte! ¡Girru, el terrible! No declines este combate. Ve a destruir a Anzu con tu arma y así serás famoso en la asamblea de los grandes dioses.

El dios Anu le repitió las mismas palabras con las que había intentado convencer a Adad para que fuese a matar a Anzu.

Girru, que había escuchado con toda atención a Anu, le respondió negativamente. No deseaba ir a luchar contra aquel enemigo que detentaba la totalidad de los poderes divinos.

Los dioses, que continuaban sobrecogidos de temor, gritaron un tercer nombre:

—¡Shara, el muy querido por Ishtar! ¡Que vaya él!

Anu, el presidente, se dirigió a Shara pidiéndole que acudiese a enfrentarse a Anzu. Pero también Shara renunció a la expedición.

Los dioses, entonces, permanecieron mudos y renunciaron a su proyecto. Los Igigi, sin abandonar el lugar, se quedaron ofuscados y perturbados. Sin embargo, el avisado, el residente del Apsu, el ingenioso imaginó un plan en su espíritu muy sabio. El inteligente Ea rumió un plan y le dijo a Anu lo que había meditado en su corazón:

—Voy a hablar y a subvenir a las inquietudes de los dioses. En plena asamblea designaré al futuro vencedor de Anzu. Voy a hablar y a subvenir, yo mismo, a la inquietud de los dioses. En plena asamblea, repito, designaré al futuro vencedor de Anzu.

Y los Igigi, oída esta declaración, acudieron a besarle los pies. El príncipe abrió, pues, la boca y dirigió estas palabras a Anu y a Dagan:

—Es preciso convocar a la Señora de los dioses, la primogénita, la experta, la consejera de los dioses, sus hermanos, y proclamar en la asamblea su dignidad suprema, debiéndole rendir honores todos los dioses reunidos. Le diré entonces lo que he pensado.

Ellos la convocaron sin pérdida de tiempo. Después de proclamar en la asamblea su dignidad suprema y rendirle honores, el dios Ea, con la sabiduría de su corazón, le dirigió estas palabras a la Señora de los dioses:

—Antes se te llamaba Mammi, pero en adelante tu nombre será «Señora de todos los dioses». Pero concédenos a tu preferido, brillante y poderoso, al ancho de pecho, al atleta, el único capaz de finalizar batallas y guerras. Concédenos a Ninurta, esplendoroso y potente, tu preferido, el único capaz de finalizar batallas y guerras.

Ninurta, el Señor, será bien acogido en la Asamblea de los dioses, en donde le glorificarán todos los presentes.

Cuando ella hubo escuchado aquella petición, la muy alta Señora de los dioses estuvo de acuerdo. Advirtiendo aquella aceptación, los Igigi, alegres, corrieron a besarle los pies. Desde la Asamblea de los dioses ella convocó a su hijo y cuando le hubo hecho venir se dirigió a su preferido en estos términos:

—Los dioses, en presencia de Anu y Dagan, han tratado en común la cuestión de los poderes divinos. Soy yo quien ha dado la vida a todos los Igigi, quien los ha creado a todos, al completo. A ellos e igualmente al conjunto de los grandes Annunaki. Soy yo quien ha conferido la soberanía a Enlil, mi hermano, y asignado la supremacía a Anu en el cielo. Pero Anzu ha eliminado esta realeza que yo había originado. La Tablilla de los Destinos, que en la Asamblea de los dioses era de capital importancia, aquel malvado se la ha robado a Enlil, deshonrando así a tu padre. Anzu con su acción ha monopolizado todos los poderes divinos. ¡Ciérrale el camino! ¡Pon fin a sus excesos! Devuelve así la alegría a los dioses que he creado. Entabla un combate a ultranza, completo. Que los Siete Vientos te acompañen allá, a la montaña, para capturar al alado Anzu y se apacigüe así la tierra que he creado. Trastorna su lugar de reposo, la montaña. Que sobre él caiga el espanto cuando se desencadene tu pugnaz mano. Lánzale todos los tornados, arma tu arco, envenena tus flechas, cambia tu rostro en el de un demonio. Extiende una niebla tal que él no te reconozca. Que tu resplandor le anonade. Revestido de tu magnificencia lanza un asalto incomparable. Que Shamash cese de brillar en lo alto, convirtiendo así el pleno día en una negra noche. Después, conviértete en señor de su vida: vence a Anzu y que los vientos lleven sus alas a un lugar secreto, en el Ekur, la casa de tu padre. Invade y devasta la montaña y sus praderas, corta la garganta a ese malvado Anzu. La realeza, entonces, volverá al Ekur y los poderes regresarán de nuevo a tu padre y progenitor. Obtendrás, debidamente edificadas, capillas en tu honor y en el mundo entero instalarás tus santuarios. Ocurrirá lo mismo en el Ekur. De esta manera adquirirás, ante los dioses, gloria y omnipotencia.

Habiendo oído a su madre tal petición y las promesas que le ofrecía, el campeón se retorció con rabia, tomó coraje y avanzó, sin más tardanza, hacia la montaña de Anzu. Embridó los Siete Asaltos, embridó los Siete Vientos malvados, embridó los Siete Torbellinos que remueven el polvo, disponiendo con todo ello un temible batallón que lanzó al combate.

Esperando el belicoso encuentro el Aquilón permanecía junto a él, atento. Fue en plena montaña en donde el dios y Anzu se encontraron frente a frente. Cuando Anzu lo vio, avanzó hacia él, rechinando los dientes, como una fiera. Recubrió la montaña con su resplandor sobrenatural. Pleno de furor, rugiendo como un león, el corazón lleno de rabia, gritó al campeón:

—¡He monopolizado todos los *me*! ¡Poseo todos los poderes divinos! ¿Quién eres tú para venir a luchar contra mí? ¡Explícate!

De aquella manera Anzu provocaba a Ninurta, lanzándole tales palabras.

Habiéndolas oído, Ninurta respondió a Anzu:

—He venido a encontrarte siguiendo las órdenes de Anu, de Duranki, fundador de la vasta tierra, y de Ea, el soberano de los destinos.

Cuando Anzu oyó aquello, lanzó un clamor salvaje desde su montaña. Las tinieblas reinaban, la montaña había velado su rostro. Y Shamash, la divina luz, se había oscurecido. El trueno retumbaba poderosamente al mismo tiempo que Anzu. Desde las primeras escaramuzas, estando a punto la pelea, se abatió un diluvio. El pecho de la coraza de Anzu estaba ensangrentado, desde las nubes llovía la muerte, fulguraban las flechas. Entre ambos bandos contendientes el combate era rabioso. El sublime y poderoso hijo de los dioses, el querido de Mammi, el auxiliar de Anu y de Dagan, el preferido del príncipe Ea, puso tirante su arco y lo armó. Después desde la panza del arco le disparó una flecha, pero la flecha regresó sin haber tocado a Anzu porque éste le había gritado:

—¡Flecha que me llegas, vuelve a tu caña! ¡Vuelve a tu forro, madera del arco! ¡Cuerda, vuelve al espinazo del cordero! ¡Plumas de la flecha, volved a vuestro pájaro!

La Tablilla de los Destinos, que él detentaba, había así suprimido la cuerda del arco y alejado de su cuerpo la flecha. El combate, pues, se interrumpió y la batalla se detuvo. También se abrevió el choque de las armas sobre la montaña sin que Ninurta hubiese podido vencer a Anzu.

Entonces Ninurta llamó a Adad y le dio esta orden:

—Lo que tú has visto, vete a repetírselo a Ea y dile: «He aquí lo que ha hecho Ninurta, oh Señor. Contra Anzu, una vez investido con su coraza, Ninurta, cubierto con el polvo del campo de batalla, ha tomado su arco y lo ha armado. Desde la panza del arco ha lanzado una flecha contra Anzu, pero la flecha ha regresado sin haberlo tocado porque Anzu le había gritado palabras mágicas. No te las repito, pues las conoces. En cualquier caso dile que yo, Ninurta, no lo he podido vencer.» Eso es lo que me ha dicho que te diga.

El Príncipe Ea, el avisado, habiendo oído aquel asunto de su muy querido dios, interpeló a Adad y le dio esta orden:

—Vete a repetir a tu señor, a Ninurta, mis palabras. Todo lo que voy a decirte, repíteselo: «El combate no se detendrá nada más que con tu victoria. Agota a Anzu, tanto y tan bien, exponiéndolo a los golpes de los vientos, que se vea obligado a dejar caer sus alas. Entonces, en lugar de tus flechas, agénciate un arma afilada y córtaselas, mutilándole a derecha e izquierda de modo que a la vista del estado de sus alas se vea obligado a hablar con su boca: él no hará nada más que reclamar primero un ala, después la otra. No tengas entonces ningún temor, sino que toma solamente tu arco y que de su panza partan las flechas como relámpagos, al tiempo que sus alas y plumas se agitarán ensangrentadas. Conviértete, pues, en señor de su vida: vence a Anzu y que los vientos se lleven al secreto sus alas hasta el Ekur, la casa de tu padre. Invade y devasta luego la montaña y sus praderas, corta la garganta del malvado Anzu.»

Ea continuó diciéndole a Adad que gracias a aquella acción Ninurta dispondría de capillas y santuarios en la totalidad del mundo y que adquiriría gloria y omnipotencia ante el resto de los dioses. También le recordó que esto mismo le había ofrecido a él con anterioridad, pero que lo había rechazado.

Adad, arrodillado y en silencio, aceptó la misión de transmitir a su señor la táctica que había planeado Ea. Y llegado ante él le repitió, palabra por palabra, cuanto le había dicho el príncipe. Y el campeón Ninurta, habiendo tenido conocimiento de aquel mensaje, se retorció con rabia, retomó su coraje y se acercó nuevamente a la montaña. Embridó los Siete Asaltos, los Siete Vientos malvados, los Siete Torbellinos que remueven el polvo, disponiendo con todo ello un temible batallón que lanzó al combate.

Ninurta, arengando a los suyos, se puso en movimiento y dio la señal del combate. Se entabló la lucha entre los dos oponentes. Ninurta envió a sus tropas, dirigidas por el Viento del Norte, el Viento del Sur, el Viento del Este y el Viento del Oeste, los cuales no dejaron de golpear a Anzu. Sin embargo, el malvado Anzu lanzó llamas sobre llamas. Y a causa de los incendios que provocaban, muchos de sus rivales quedaron consumidos. Nada más abrir su picuda boca, de la misma crepitaban los relámpagos.

En cuanto Ninurta arribó al alcance de Anzu, la lucha se tornó más feroz. Anzu levantó la cabeza para examinarle y atacarle en su punto más débil, pero Ninurta se elevó a lo más alto del cielo. Y desde allí lanzó a su ejército al asalto de Anzu. Precipitadamente, el campeón descendió expandiendo por doquier un terrorífico resplandor sobrenatural. El espanto ante su valentía trastornaba a sus enemigos. La implacable majestad de Ninurta recubrió todo el territorio y el destello de su esplendor abatió a la montaña en su totalidad.

En un abrir y cerrar de ojos, una tempestad sacudió a Anzu. El malvado detentador de los poderes divinos hubo de hacer frente al campeón. Se agarraron el uno al otro, pero Ninurta, gracias a los golpes de los Vientos, sus auxiliares, logró extenuar tanto a Anzu que éste hubo de abatir sus alas. Visto aquello, Ninurta en vez de echar mano a sus flechas, se adueñó de un arma afilada y con ella cortó las alas de su enemigo, mutilándole a derecha e izquierda. A la vista de aquellas alas tronchadas Anzu se vio obligado a lamentarse de su estado y a no pronunciar encantamientos. El estupor le abrumaba, su desesperación era total. Sometido así, Ninurta pudo dar-

le muerte con la flecha de su arco, devastando a continuación salvajemente toda la montaña.

Con un grito, el campeón hizo encender una señal de fuego. Aquella señal fue percibida incluso en el Infierno. Los habitantes del Apsu, el habitáculo de Ea, los del mar, fueron conocedores, asimismo, de la proeza llevada a cabo por Ninurta.

Ante el campeón, ya instalado en su empíreo, acudieron multitud de dioses, agitándose como si fueran olas. A los dioses de lo alto les había llevado la alegría. A los dioses de abajo los realzó. A la vista del cadáver de Anzu, los dioses recobraron su tranquilidad y su alegría. Especialmente, el Ekur recobró el esplendor de sus pasados días, al volver a disponer su recinto de los todopoderosos *me*.

Ninurta fue obsequiado con multitud de capillas se acuerdo con las promesas que había recibido. Sin embargo, lo que mayor satisfacción le dio fue el cumplimento que recibió de Enlil a través del dios Adad.

—Ninurta —comenzó diciendo Adad—, mi Señor me ha enviado ante ti. Enlil, tu padre, me ha encargado que te diga esto: «Los dioses se han enterado de tu valerosa acción, de tu victoria en plena montaña sobre Anzu. Gracias a tu hecho, impagable, han recuperado su alegría y regocijo. Te dan las gracias por ello y cuando se hallen en tu presencia siempre, de ahora en adelante, besarán tus pies.»

LA VICTORIA DE MARDUK SOBRE TIAMAT

El mito babilónico de la exaltación de Marduk, tras ocuparse de la creación de los dioses y del mundo, así como del nacimiento de tan importante dios, centra su interés narrativo en la victoria de Marduk sobre Tiamat y en la fundación del templo Esharra a partir de sus despojos. Este relato constituye la totalidad de la cuarta tablilla del Poema babilónico de la Creación (Enuma elish). *Esta tablilla fue copiada por el escriba Nabubelshu, quien, después de transcribirla, la depositó en el templo Ezida.*

Prepararon para Marduk un trono principesco sobre el que, en presencia de sus padres, se sentó para ejercer la soberanía.

—¡Sólo tú —le dijeron—, tú eres el más importante entre los grandes dioses! ¡Tu destino no tiene igual, tu mandato es como el de Anu! Desde este día tus órdenes serán irrevocables, exaltar o rebajar dependerá de tu mano. Tu palabra será verdadera, tu mandato infalible. Nadie, de entre los dioses, traspasará tus límites. Y como nuestros lugares de culto tienen necesidad de un administrador, tú tendrás tu lugar asignado en nuestros santuarios. ¡Oh Marduk, a ti sólo, nuestro vengador, te hemos conferido la realeza sobre la totalidad del universo! Cuando te sientes en la Asamblea, tu palabra será la suprema y tus armas, infaliblemente, aplastarán a tus enemigos. ¡Oh señor, salva la vida de los que se confían a ti, pero derrama la sangre del dios que haya concebido el mal!

Habiendo colocado en medio de ellos una constelación única, dirigieron estas palabras a Marduk, su primogénito:

—¡Señor, si tu destino es el primero entre los dioses, ordena que se realicen la desaparición y la reaparición. A una palabra de tu boca que esta constelación desaparezca y a una nueva orden que aparezca intacta!

—¡Constelación, desaparece! —ordenó con potente voz Marduk.

A su palabra, según su orden, la constelación dejó de verse en el firmamento.

—¡Constelación, reaparece!

Ante aquella nueva orden, la constelación de inmediato quedó restaurada.

Cuando los dioses, sus padres, vieron la eficacia de su palabra, le saludaron con alegría, diciendo:

—¡Sólo Marduk es el rey!

Y le entregaron el cetro, el trono y la insignia real. Después le dieron también el arma sin rival, que lanza a tierra a los enemigos. Tras ello le indicaron:

—¡Vete, pues, a cortar la garganta a Tiamat y que los Vientos lleven su sangre a lugares secretos!

Habiendo fijado el destino del Señor, los dioses, sus padres, le hicieron ir por el camino del éxito y de la dicha. Marduk se construyó un arco y lo destinó a ser su arma; le colocó una flecha y le tensó la

cuerda. Para blandir adecuadamente su maza la agarró con su mano derecha y colgó el arco y el carcaj a su costado. Dispuso sobre su frente el relámpago y rodeó su cuerpo con ardientes llamas; a continuación hizo una red para atrapar en ella a Tiamat y reunió a los Cuatro Vientos para que nada de ella escapara: el Viento del Sur, el Viento del Norte, el Viento del Este y el Viento del Oeste. Colocó a su costado una segunda red, regalo de su padre Anu; creó además el *imkhulu* o Viento malvado, así como el Huracán, la Tempestad, el Viento cuádruple, el Viento séptuple, el Viento devastador, el Viento irresistible.

Habiendo soltado estos Vientos, que había creado en número de siete, junto con los cuatro originados por Anu, todos ellos se lanzaron detrás de él para remover el interior de Tiamat. Entonces el Señor suscitó el temible *abubu*, esto es, el Diluvio, su arma poderosa, y a continuación montó en el terrorífico carro «Tempestad irresistible». Había enjaezado y uncido a él un tiro de cuatro caballos: el Destructor, el Implacable, el Devastador y el Veloz, de abiertas mandíbulas y con dientes cargados de veneno, preparados para la destrucción, ignorantes del cansancio.

Se hizo colocar a su derecha los terroríficos Golpes y el Combate, y a su izquierda la Batalla, que elimina a no importa qué regimientos enemigos. Como armadura estaba cubierto con una coraza terrorífica y su cabeza estaba envuelta con un horrendo resplandor. El Señor avanzó, siguiendo, derecho, por su camino, y se plantó donde se hallaba Tiamat.

En sus labios tenía un conjuro y en su puño tenía una planta que extinguiría el veneno del aliento de Tiamat. En ese momento le rodearon los dioses, que como aliados estaban junto a él. Habiéndose acercado el Señor hacia su rival, escudriñó las intenciones de Tiamat y buscó también conocer los planes de Kingu, el esposo de aquélla. Cuando los hubo visto, Marduk quedó turbado, su voluntad quedó disipada y alterada su capacidad de actuar. A pesar de ir protegido con el conjuro y con una planta talismánica, se dejó invadir, por unos instantes, por el miedo. Igualmente los dioses, sus aliados, que caminaban a su lado, quedaron perturbados en su espíritu al ver así a su campeón y jefe.

Sobre él, Tiamat, obstinada, le lanzó un conjuro y con sus labios aquel ser salvaje le profirió mentiras:

—¡Marduk, te pavoneas de ser el Señor, pero los dioses se levantarán contra ti! ¿Es que se han reunido para su provecho o para el tuyo?

Entonces el Señor, que había suscitado el diluvio, su arma poderosa, dirigió estas palabras a Tiamat, que estaba enfurecida:

—¿Por qué presentas externamente buen aire, mientras que tu corazón medita desencadenar el combate? Por tu falta tus hijos han huido y ultrajado a sus padres, y tú, que los has engendrado, ¡rechazas toda piedad! Tú has nombrado a Kingu para ser tu esposo y lo has instalado indebidamente sobre el trono supremo. Contra Anshar, el rey de los dioses, tú maquinas el mal y contra los dioses, mis padres, has confirmado tu perversidad. ¡Que se equipe tu ejército, que ciñan sus armas, y acude a mi encuentro para que los dos choquemos en combate!

Al oír Tiamat estas palabras se puso fuera de sí y perdió su razón. Lanzó un grito en el paroxismo de su furor; de abajo arriba, por todos lados, sus extremidades se agitaron, murmuró entonces sus encantamientos y no cesó de lanzar sus conjuros. Mientras tanto, sus dioses, preparados para la batalla, afilaban sus armas; y habiéndose acercado Tiamat y Marduk, el más sabio de los dioses, se lanzaron al combate y se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo.

Pero el Señor, desplegando su red, la envolvió con ella, luego soltó el viento malvado que le seguía detrás. Y, cuando Tiamat abrió su boca para engullirlo, él hizo penetrar en ella aquel viento para impedirle así cerrar sus labios. Entonces todos los Vientos furiosamente llenaron su vientre y su cuerpo quedó hinchado y su boca desmesuradamente abierta. Marduk disparó su flecha y le atravesó su vientre; cortó su cuerpo por la mitad y le abrió el vientre. Así triunfó de ella, acabando con su vida. Después echó abajo su cadáver y se puso de pie sobre él.

Cuando el capitán hubo matado a Tiamat, su ejército se dislocó y su estado mayor se dispersó; y los dioses, sus auxiliares, que caminaban a su lado, temerosos y temblando de terror, volvieron

sus espaldas y huyeron para salvar sus vidas. Pero, rodeados por todos lados, no podían escapar: los encerró y les rompió sus armas. Lanzados a la red, quedaron atrapados. Encerrados y llenos de lamentos sufrieron su castigo, prisioneros en la cárcel.

Y respecto a las 11 criaturas, rodeadas de fuerza terrorífica, banda de demonios, que todos la habían acompañado, les puso lazos en la nariz y les encadenó los brazos. Y, a pesar de su fiereza, los pisoteó bajo sus pies. A Kingu, el que había sido exaltado entre ellos, lo abatió e hizo de él un dios muerto. Le quitó la Tablilla de los Destinos, que no le pertenecía, y habiéndola sellado con un sello, la fijó a su pecho.

Después de haber inmovilizado y aterrado a aquellos malvados, y que hubo abatido a sus adversarios soberbios, y asegurado la victoria de Anshar sobre sus enemigos y que Marduk, el héroe, hubo realizado el deseo de Nudimmud, y que hubo reforzado debidamente su prisión sobre los dioses cautivos, se volvió hacia Tiamat, a la cual había abatido.

El Señor puso sus pies sobre la parte inferior de Tiamat y con su despiadada maza aplastó su cráneo. A continuación cortó los conductos de su sangre e hizo que fueran llevados a lugares secretos por el Viento del Norte. Al ver esto, sus padres se alegraron gozosos y ellos mismos le llevaron regalos y presentes. Con la cabeza reposada, el Señor contemplaba el cadáver de Tiamat. Dividió luego la carne monstruosa para fabricar maravillas, la partió en dos partes, como si fuera pescado destinado al secadero y dispuso de una mitad, que la abovedó a manera de cielo. Echó el cerrojo y puso a unos guardianes, mandándoles que no permitieran salir sus aguas. Atravesó después el cielo e inspeccionó sus lugares. Para hacer una réplica del Apsu, la morada de Nudimmud, el Señor midió las dimensiones de aquel lugar. Edificó, semejante a él, el gran templo del Esharra, la «Casa de la totalidad». ¡El gran templo del Esharra, que edificó así, es como el cielo! A la gran tríada cósmica, esto es, a Anu, Enlil y Ea, les hizo ocupar sus lugares en aquel santuario universal, edificado en el cielo.

Mitos de destrucción y salvación

ATRAHASIS (VERSIÓN BABILONIA)*

Entre las narraciones alusivas a la creación del hombre y al Diluvio, temas del fondo cultural sumerio, una de ellas hacía motivar tal acontecimiento al excesivo trabajo de los dioses y a la culpa cometida por los hombres por molestar con sus ruidos al dios Enlil. Tal relato, conocido como Atrahasis *(técnicamente como* Enuma ilu awilum*), ha llegado gracias a diferentes recensiones babilonias —una copiada en el siglo* XVII *a.C. por el escriba Kasap-Aya (leído también Nur-Aya)— y asirias de distintas épocas (siglos* VII *y* VI *a.C.), si bien todas ellas han llegado muy fragmentadas y con sensibles lagunas textuales. Todavía, en 1986, en una biblioteca descubierta en la ciudad de Sippar, se han hallado fragmentos de varias copias de este importante relato, cuya «edición base» alcanzó una longitud de 1.245 líneas.*

Cuando los dioses estaban todavía haciendo de hombres, ellos estaban sometidos a trabajos y fatigas. Considerable era su trabajo, su fatiga era pesada, infinito su quehacer. Los grandes Anunnaki, en número séptuple, imponían el trabajo a los Igigi. El padre de

* Se han intercalado pequeños fragmentos asirios.

todos ellos, Anu, era su rey; Enlil, el valiente, su soberano; Ninurta, su prefecto; y Ennugi, su contramaestre.

Puestos de acuerdo, los grandes dioses habían cogido el cubilete en sus manos, habían echado suertes y repartido sus lotes: Anu había subido al cielo; Enlil había tomado la tierra como su señorío, y el cerrojo, que hace de barricada al mar, había sido entregado a Enki, el príncipe.

Después de que Anu hubo subido al cielo, y Enki descendiera al Apsu, fue entonces cuando los Anunnaki de los cielos impusieron a los Igigi su trabajo obligatorio. Estos dioses excavaron los cursos de agua, abrieron los canales que vivifican la tierra. Los Igigi excavaron los cursos de agua, abrieron los canales que vivifican la tierra. De aquella manera excavaron ellos el curso del Tigris y después el del Éufrates.

Laguna de seis líneas, en las cuales se recogerían los pesados trabajos realizados por los Igigi.

Durante 100 años ellos trabajaron, durante 500 años continuaron trabajando. El trabajo les retuvo otros 900 años. ¡Llegaron a trabajar durante 1.000 años! Cuando hubieron amontonado todas las montañas, hicieron el descuento de sus años de fatigas. Cuando hubieron organizado el gran marjal meridional hicieron el descuento de sus años de fatigas. 2.500 años, o incluso más años, habían soportado los Igigi, día y noche, esta pesada carga de trabajo.

Entonces se pusieron a despotricar y a recriminar, quejándose de sus trabajos de excavación.

—¡Vayamos a encontrar al prefecto —se dijeron—, a nuestro jefe, a fin de que aparte de encima de nosotros el pesadísimo trabajo! ¡Venid! Vayamos a sacar de su casa al valiente soberano de los dioses.

En esta corta laguna, de unas seis líneas, debía continuar la arenga de los Igigi.

—¡Venga! Vayamos a sacar de su casa a Enlil, el valiente, el soberano de los dioses. O mejor, ¡proclamad la guerra, añadamos la batalla al combate! ¡Matémosle!

Los dioses oyeron su llamada y quemaron sus herramientas: arrojaron al fuego sus azadas y sus espuertas a las llamas. Agrupados tumultuosamente, se marcharon a continuación a la puerta del santuario de Enlil, el valiente.

Era de noche, a media vigilia, y, sin saberlo Enlil, he aquí que el templo Ekur estaba cercado. En efecto, era de noche, y el Ekur había quedado cercado por los dioses. Pero Kalkal, el portero del templo, habiéndolo advertido, lo hizo cerrar: maniobró el cerrojo y vigiló la puerta. Después Kalkal despertó a Nusku, mientras se oía el clamor de los Igigi. Nusku despertó a su señor, sacándole de su cama.

—Tu palacio está rodeado, mi señor —le comunicó—. El combate se ha propagado hasta tu puerta. Tu casa está cercada, oh Enlil. El combate se ha propagado hasta tu puerta. Tu casa está cercada.

Enlil hizo traer armas, después abrió la boca y se dirigió a su visir Nusku:

—¡Nusku, atranca tu puerta! ¡Toma tus armas y ponte a mis órdenes!

Nusku atrancó su puerta, cogió sus armas y se puso a las órdenes de Enlil, manteniéndose de pie junto al dios, su señor. Después, dirigiéndose a éste, le dijo:

—Mi señor, tu rostro es verdoso, del color del tamarisco. Se trata de tus propios hijos, ¿qué es lo que temes? Enlil, tu rostro es verdoso. Se trata de tus propios hijos, ¿por qué vas a temer? Envía a buscar a Anu. Que se le haga descender y que también se traiga ante ti a Enki.

El dios envió, pues, a buscar a Anu, a quien se le hizo descender de su cielo y se trajo también a Enki ante el dios. Anu el rey del cielo, presidía el consejo que tuvo lugar. El rey del Apsu, Enki, estuvo muy atento. Se hallaban también presentes los grandes Anunnaki. Enlil se puso de pie: el debate quedó abierto. Y, abriendo su boca, se dirigió a los grandes dioses:

—¿Se acaban de sublevar contra mí? ¡Bien! Si así es, yo me batiré contra ellos. ¡Dioses! ¿Qué han visto mis ojos? El combate se ha propagado hasta mi puerta.

Anu, abrió su boca y le respondió a Enlil, el valiente, diciéndole:

—La razón por la que los Igigi han asediado tu puerta que la averigüe Nusku, saliendo de aquí para informarse. Encárgale esta misión ante tus hijos.

Enlil abrió la boca y se dirigió a su visir Nusku:

—Nusku, abre tu puerta, coge tus armas y ante todos esos dioses tumultuosos inclínate, luego levántate y repite nuestras palabras: «Es Anu, vuestro padre, quien me ha enviado, y vuestro soberano Enlil, el valiente, Ninurta, vuestro prefecto, y vuestro contramaestre Ennugi. Ellos os dicen: "¿Quién irá a la batalla? ¿Quién saldrá al combate? ¿Quién osará hacer la guerra?"»

Pérdida de tres líneas, en las que se recogerían las últimas palabras dichas por Enlil a Nusku.

Nusku se marchó y, ante todos aquellos dioses, agrupados tumultuosamente, les repitió, una a una, las palabras de Enlil.

Laguna de cuatro líneas, con el final del discurso de Nusku y el comienzo de la respuesta del portavoz de los Igigi.

El portavoz de los Igigi, tras escuchar con toda atención las palabras de Nusku, le respondió a éste:

—Hemos puesto todos nuestros esfuerzos en las excavaciones, pero el excesivo trabajo nos ha agotado, matándonos casi. Demasiado pesada era nuestra carga, infinito el trabajo. Es por eso por lo que la totalidad de los dioses se ha puesto a recriminar a Enlil.

Nusku recogió sus armas y se fue a transmitir aquellas palabras a Enlil:

—Señor —le dijo al llegar ante él—, me has enviado para interrogar a los dioses la razón de su alboroto. He partido hacia ellos

y les he repetido una a una tus palabras. Ellos me han respondido diciendo que la causa de la recriminación contra ti está en el excesivo trabajo que han tenido que soportar excavando canales.

Cuando Enlil oyó estas palabras, las lágrimas le corrieron por su cara. Quedó desconcertado tras el fracaso de Nusku. Enseguida se dirigió ante Anu, el valiente, y le dijo:

—Alteza, en el cielo [...].

Nueva laguna de unas 18 líneas. Un fragmento de tablilla, de comienzos del primer milenio a.C., recoge un pequeño tramo de este pasaje.

—Alteza, en el cielo guarda tu autoridad y haz uso de tu poder. Estando los Anunnaki en tu presencia, haz comparecer a uno de esos dioses alborotadores y que se le consagre al castigo supremo.

Pero Anu abrió la boca y habló a los dioses, sus hijos:

—¿De qué les calumniaremos? Pesado era su trabajo, infinita su fatiga. Diariamente han trabajado, pero llegó un momento en el que su grito fue algo grave. Les hemos oído vociferar, [...].

Otro fragmento, anterior en cronología al precedente, presenta las palabras de indulgencia en boca del dios Ea y no del dios Anu. Además a Ea se le ocurre la idea de crear al hombre para descargar de sus pesados trabajos a los Igigi.

El dios Ea, abriendo su boca se dirigió a los dioses, sus hermanos:

—¿Por qué los calumniaremos? Su trabajo era pesado, infinita su labor. Cada día han trabajado. Pero su desgarradora llamada era cosa grave. Pero existe un remedio para esto. Dado que Belet-ili, la procreadora, está aquí, que ella fabrique un prototipo de hombre, un *lulu awilum*: será él quien llevará el yugo de los dioses, quien portará el yugo de los Igigi. Es el hombre quien será el encargado del trabajo de ellos.

Enlil quedó satisfecho con aquella solución. Tomando de nuevo la palabra dijo:

—En presencia de todos los Anunnaki, aquí reunidos en asamblea, y de Beleti-ili, la procreadora, haz comparecer a uno de esos dioses y que se le suprima.

Anu se dirigió a Nusku y le manifestó:

—Nusku, desatranca tu puerta. Coge tus armas y vete de nuevo a la reunión que tienen los grandes dioses. Tras inclinarte respetuosamente ponte de pie y diles otra vez: «Es Anu, vuestro padre, quien me envía, y vuestro soberano Enlil, el valiente, y vuestro contramaestre Ennugi. ¿Quién es el cabecilla del combate, el jefe de la batalla? ¿Qué dios ha comenzado la lucha, llegando hasta mi casa el conflicto y alcanzando mi puerta el alboroto?»

Nusku, oídas estas órdenes, tomó sus armas y se marchó al lugar de la reunión de los grandes dioses.

Llegado allí, después de inclinarse respetuosamente, repitió las palabras que se le habían dicho.

Escuchadas las mismas por la Asamblea de los Anunnaki, el dios Ea continuó hablando y dijo:

—Puesto que Beleti-ili, la procreadora, está aquí, será ella la que coloque en el mundo y produzca al hombre para asegurar el trabajo de los dioses.

Interpelando los demás dioses a la diosa, le pidieron a la comadrona de los dioses, a Mammi la experta:

—¿Tú serás la matriz que produzca los hombres? Pues bien, crea el prototipo humano y que se haga cargo de nuestro yugo, que lleve nuestro yugo impuesto por Enlil. Que el hombre asuma la fatiga de los dioses.

Pero Nintu, como también era conocida Mammi, habiendo abierto su boca, replicó a los grandes dioses:

—Esto yo no lo puedo hacer sola, pero con el concurso de Enki —también llamado Ea— la operación será, sí, posible. Él puede purificarlo todo: que me entregue arcilla y yo trataré de hacerlo.

Enki abrió entonces su boca y se dirigió a los grandes dioses:

—En el primero, el séptimo y el decimoquinto día del mes decretaré una purificación, un baño. Entonces se inmolará un dios antes de que los dioses se purifiquen por inmersión. Con su carne y su sangre

Nintu mezclará arcilla, de modo que el dios y el hombre se mezclen juntamente en la arcilla y, para siempre, nosotros dispondremos de ocio. En razón de la carne del dios habrá, además, en el Hombre, un espíritu, un *etemmu*, que lo manifestará siempre vivo después de su muerte. Y ese espíritu estará allí para guardarle del olvido.

Los grandes Anunnaki, que asignan los destinos, respondieron todos al unísono:

—¡Sí!

El primer día, el séptimo y el decimoquinto del mes Enki decretó, pues, una purificación, un baño. Y el dios We, que tenía capacidad de «espíritu», fue inmolado en plena asamblea. Con su carne y su sangre Nintu mezcló arcilla para que estuviesen asociados dios y hombre, reunidos en arcilla. Los dioses, gracias a ello, dispusieron de ocio para siempre.

Una vez que Enki hubo amasado aquella arcilla, llamó a los Anunnaki, los grandes dioses, y a los Igigi, convertidos, ellos también, en grandes dioses. Todos ellos escupieron sobre la arcilla. Después Mammi abrió la boca y se dirigió a los grandes dioses:

—¡El trabajo que me habíais ordenado, ya lo he cumplido! Habéis inmolado a ese dios con capacidad de «espíritu» y yo os he desembarazado de vuestro pesado trabajo, imponiendo vuestra fatiga al hombre. Cuando hayáis concedido a los hombres el rumor del bullir, entonces desprenderé vuestra cadena y os habré así liberado.

Cuando hubieron oído este discurso suyo, acudieron junto a ella a besarle los pies.

—Hasta hoy —dijeron— te llamábamos «Mammi», que tu nombre, de ahora en adelante, sea Belet-kala-ili, la «Señora de todos los dioses».

Después de aquellas palabras el príncipe Enki y la experta Mammi entraron en la Sala de los destinos.

Una laguna de 20 líneas interrumpe el relato. Pero, gracias a diferentes fragmentos neoasirios, puede reconstruirse la continuidad del argumento.

—En presencia de todos los Anunnaki, aquí reunidos en asamblea, y de Beleti-ili, la procreadora, haz comparecer a uno de esos dioses y que se le suprima.

Anu se dirigió a Nusku y le manifestó:

—Nusku, desatranca tu puerta. Coge tus armas y vete de nuevo a la reunión que tienen los grandes dioses. Tras inclinarte respetuosamente ponte de pie y diles otra vez: «Es Anu, vuestro padre, quien me envía, y vuestro soberano Enlil, el valiente, y vuestro contramaestre Ennugi. ¿Quién es el cabecilla del combate, el jefe de la batalla? ¿Qué dios ha comenzado la lucha, llegando hasta mi casa el conflicto y alcanzando mi puerta el alboroto?»

Nusku, oídas estas órdenes, tomó sus armas y se marchó al lugar de la reunión de los grandes dioses.

Llegado allí, después de inclinarse respetuosamente, repitió las palabras que se le habían dicho.

Escuchadas las mismas por la Asamblea de los Anunnaki, el dios Ea continuó hablando y dijo:

—Puesto que Beleti-ili, la procreadora, está aquí, será ella la que coloque en el mundo y produzca al hombre para asegurar el trabajo de los dioses.

Interpelando los demás dioses a la diosa, le pidieron a la comadrona de los dioses, a Mammi la experta:

—¿Tú serás la matriz que produzca los hombres? Pues bien, crea el prototipo humano y que se haga cargo de nuestro yugo, que lleve nuestro yugo impuesto por Enlil. Que el hombre asuma la fatiga de los dioses.

Pero Nintu, como también era conocida Mammi, habiendo abierto su boca, replicó a los grandes dioses:

—Esto yo no lo puedo hacer sola, pero con el concurso de Enki —también llamado Ea— la operación será, sí, posible. Él puede purificarlo todo: que me entregue arcilla y yo trataré de hacerlo.

Enki abrió entonces su boca y se dirigió a los grandes dioses:

—En el primero, el séptimo y el decimoquinto día del mes decretaré una purificación, un baño. Entonces se inmolará un dios antes de que los dioses se purifiquen por inmersión. Con su carne y su sangre

Nintu mezclará arcilla, de modo que el dios y el hombre se mezclen juntamente en la arcilla y, para siempre, nosotros dispondremos de ocio. En razón de la carne del dios habrá, además, en el Hombre, un espíritu, un *etemmu*, que lo manifestará siempre vivo después de su muerte. Y ese espíritu estará allí para guardarle del olvido.

Los grandes Anunnaki, que asignan los destinos, respondieron todos al unísono:

—¡Sí!

El primer día, el séptimo y el decimoquinto del mes Enki decretó, pues, una purificación, un baño. Y el dios We, que tenía capacidad de «espíritu», fue inmolado en plena asamblea. Con su carne y su sangre Nintu mezcló arcilla para que estuviesen asociados dios y hombre, reunidos en arcilla. Los dioses, gracias a ello, dispusieron de ocio para siempre.

Una vez que Enki hubo amasado aquella arcilla, llamó a los Anunnaki, los grandes dioses, y a los Igigi, convertidos, ellos también, en grandes dioses. Todos ellos escupieron sobre la arcilla. Después Mammi abrió la boca y se dirigió a los grandes dioses:

—¡El trabajo que me habíais ordenado, ya lo he cumplido! Habéis inmolado a ese dios con capacidad de «espíritu» y yo os he desembarazado de vuestro pesado trabajo, imponiendo vuestra fatiga al hombre. Cuando hayáis concedido a los hombres el rumor del bullir, entonces desprenderé vuestra cadena y os habré así liberado.

Cuando hubieron oído este discurso suyo, acudieron junto a ella a besarle los pies.

—Hasta hoy —dijeron— te llamábamos «Mammi», que tu nombre, de ahora en adelante, sea Belet-kala-ili, la «Señora de todos los dioses».

Después de aquellas palabras el príncipe Enki y la experta Mammi entraron en la Sala de los destinos.

Una laguna de 20 líneas interrumpe el relato. Pero, gracias a diferentes fragmentos neoasirios, puede reconstruirse la continuidad del argumento.

Ea-Enki y Mammi se dispusieron a la tarea de la reproducción de los hombres.

Habiendo reunido unas matrices, Ea amasó arcilla ante los ojos de Nintu, la cual repetía el conjuro que le hacía recitar Ea, sentado ante ella. Cuando la diosa acabó su conjuro, desprendió 14 pedazos de masa arcillosa. Colocó siete a su derecha y los siete restantes a su izquierda. En medio de ellos puso el ladrillo; luego cortó los cordones umbilicales.

De las 14 matrices reunidas por la sabia experta, siete crearon varones y las otras siete hembras. Ante la divina procreadora, la creadora del destino, se les apareó y se les completó por parejas.

Y Mammi dispuso así las normas del parto para la raza humana: «En la casa donde la parturienta se halle acostada, el ladrillo deberá permanecer en su lugar siete días. Se deberá rendir homenaje a la Señora de los dioses, a Mammi. Por su parte, la comadrona deberá estar alegre en la cámara de la parturienta acostada. Y cuando la mujer encinta dé a luz, la joven madre, permanecerá en el lecho.»

Aquí finaliza el texto precedente, tomado de varios fragmentos.

Una vez reunidas las matrices, Nintu se mantuvo allí. Contó los meses de gestación hasta el momento en que en la Sala de los destinos se anunció la llegada del décimo mes. Llegado éste, ella peló la vara y descubrió el bajo vientre. ¡Su rostro brillaba de alegría! Después se cubrió la cabeza y actuó de comadrona, atendiendo al parto. A continuación se ciñó los lomos, pronunció una bendición, trazó una línea con harina y puso en su lugar un ladrillo diciendo:

—Soy yo quien ha producido esto, lo he hecho con mis manos. Que la comadrona se alegre en la casa de la *qadishtu* o mujer consagrada. Por todas partes en las que cualquier parturienta dé a luz o que una joven madre tenga el parto por su propia iniciativa, el ladrillo deberá estar en su lugar nueve días, durante los cuales se mantendrá en honor de Nintu, la matriz, llamada también Mammi.

Es ella quien ha dispuesto la matriz y quien va a disponer la estera. Y cuando se prepare el lecho para el parto, marido y mujer se separarán. Pero, cuando se vuelvan a juntar, la diosa Ishtar estará alegre en la cámara. Nueve días durarán los regocijos y se invocará en su transcurso a Ishtar bajo el nombre de Ishara, esto es, «diosa del amor».

Pérdida de 23 líneas. Hay que suponer que, descrito el nacimiento de las gentes, el texto se centraría en comentar los primeros días de la Humanidad, dedicados sobre todo al trabajo, a fin de liberar de tal carga a los dioses.

Creados ya los seres humanos, éstos se empezaron a organizar y a cumplir su tarea. Confeccionaron nuevos zapapicos y azadas, después edificaron grandes diques de irrigación para subvenir a su hambre y a la comida de los dioses.

Nueva laguna de 12 líneas.

Poco a poco los hombres comenzaron a prosperar. Pero aún no habían transcurrido 1.200 años cuando he aquí que el territorio había aumentado en superficie y la población multiplicada. Como un toro el país tanto vociferó, hizo tan grandes ruidos que el dios soberano fue incomodado por el alboroto. Cuando Enlil hubo oído aquel clamor, se dirigió a los grandes dioses y les dijo:

—El clamor de los seres humanos se ha convertido en algo pesado. No puedo dormir debido al ruido que hacen los hombres. Ordenad, pues, que les sobrevenga la epidemia.

Siguiendo aquella indicación, los dioses lanzaron aquella calamidad, que causó numerosos desastres.

Sin embargo, existía un tal Atrahasis, sabio y además muy hábil, devoto de Enki, que podía hablar con su dios, el cual lo aceptaba, gustosamente, como interlocutor.

Un día Atrahasis se dirigió a su señor:

—¿Cuánto tiempo durará esta epidemia? ¿Se nos impondrá para siempre esta enfermedad?

Enki se dirigió a su siervo y le contestó:

—Convoca en la puerta de tu casa a los ancianos y diles: «Ancianos, escuchadme. Acudid al palacio, ordenad a los pregoneros proclamar con potente voz en el país lo siguiente: "¡No rendid más honores a vuestros dioses, no imploréis más a vuestras diosas! Únicamente tratad de buscar la puerta de Namtar, el dios de la peste. Sólo a este dios llevadle vuestras ofrendas cocidas. Estas ofrendas, la harina tostada, le agradarán y confundido por tantos presentes detendrá su mano, suspenderá su acción maléfica."»

De acuerdo con estas instrucciones Atrahasis reunió en su puerta a los ancianos y dirigiéndose a ellos les transmitió las palabras que le había dicho Enki.

Los ancianos escucharon su decir y edificaron en la ciudad un santuario para Namtar y ordenaron a los pregoneros proclamar la consigna recibida de parte de Atrahasis. De hecho, todas aquellas ofrendas le agradaron al dios, quien, confundido por tantos presentes, suspendió su acción maléfica. La epidemia abandonó a los hombres y a continuación pudieron prosperar.

El final de la tablilla presenta la pérdida de dos líneas.

No se habían consumido aún 1.200 años cuando el territorio quedó ampliado en su superficie y la población multiplicada. Como un toro, el país tanto vociferó que el dios soberano fue incomodado por el alboroto. Cuando Enlil hubo oído aquel rumor se dirigió a los grandes dioses y les dijo:

—El ruido de los seres humanos se ha convertido en algo insoportable. No puedo dormir con ese escándalo. Cortadles, pues, sus víveres y que las plantas nutritivas se vuelvan más escasas. Que Adad, el dios del tiempo, reduzca a la nada sus lluvias y que la crecida de las aguas, allá en la tierra, no llegue más allá de sus fuentes. Que el viento caliente vaya a agostar el suelo. Que las nubes se condensen, pero sin dejar caer la menor gota de agua. Que los campos

disminuyan sus cosechas, que Nisaba, diosa de los cereales, ponga cerrojo a su «pecho». Que no haya más alegría entre ellos y que todas sus esperanzas no sean más que humo.

Una laguna de 30 líneas interrumpe la continuación del relato. Se supone que la sequedad y el hambre aparecerían en el país. Atrahasis hubo de efectuar una nueva súplica a Enki para que les liberara de aquellas calamidades. El dios les encomendó a Adad.

—¡Ancianos, escuchadme! —decía Atrahasis—. Acudid al palacio y ordenad a los pregoneros proclamar con potente voz en el país lo siguiente: «¡No rendid más honores a vuestros dioses, no imploréis más a vuestras diosas! Únicamente tratad de buscar la puerta de Adad. Sólo a éste llevadle vuestras ofrendas cocidas. Estas ofrendas le agradarán y confundido por tantos presentes, suspenderá su acción maléfica. Por la mañana producirá llovizna y por la noche, clandestinamente, condensará el rocío, todo ello tan bien que los campos, sin percibirlo, reencontrarán su rendimiento, sus cosechas.»

Se construyó, pues, en la ciudad un santuario en honor de Adad y se dio orden a los pregoneros de proclamar en todo el país las palabras que les había dicho Atrahasis a los ancianos. El dios Adad suspendió, en efecto, su acción maléfica. Por la mañana envió una llovizna y por la noche condensó el rocío. Los campos recuperaron su rendimiento. Y de esta manera la sequedad y el hambre hubieron de abandonar la tierra y la humanidad pudo alimentarse, desapareciendo el hambre.

La columna de esta tablilla queda interrumpida por rotura, con una pérdida de unas 15 líneas. La siguiente columna está gravemente mutilada, pudiéndose deducir por lo conservado que Enlil, ante el ruido causado, de nuevo, por los humanos, una vez recuperados, decide potenciar la parte negativa de la sequedad. Para vigilar el cumplimiento de su decisión encomienda a Anu y Adad el control absoluto del cielo y de las aguas —no se filtraría la menor humedad a la tierra—, reserván-

dose él todo lo relacionado con la tierra. Ante aquella situación Atrahasis no hace nada más que llorar.

Ante aquellas hambrunas causadas por la sequedad, Atrahasis se hundió en la desesperación, llorando día tras día. Las mañanas las empleaba en preparar las cosas necesarias para las fumigaciones en honor de su dios. Las noches en prestar atención a los sueños que le pudieran llegar. Constantemente, en el santuario de su dios permanecía postrado, llorando. Atrahasis, con cierta frecuencia efectuaba diferentes ceremonias en el río para poder averiguar las causas de las desgracias que se habían cebado en los hombres. Enki oía sus súplicas y ordenaba a los *lahmu*, monstruos acuáticos, que ayudaran a aquel hombre suplicante y sabio. Pero todo era inútil. La sequedad empeoraba, atacaba aún más a la tierra.

Todo era sequedad allá arriba, mientras que abajo, en la tierra, la crecida de las aguas no se producía. La tierra, sin el agua vivificadora, no producía nada: las plantas no emergían del suelo, nada germinaba; no se veía a ningún pastor, pues el ganado no podía pastar en las praderas resecas, con anterioridad plenas de verdor. La llanura se cubrió de salitre.

Durante el primer año se pudo hacer frente comiendo las reservas, pero al segundo ya se vaciaron los graneros. Cuando llegó el tercer año todas las facciones de las gentes se habían alterado a causa de la inanición. Los rostros estaban macilentos, como recubiertos de malta, y a fuerza de tomar tonalidades plomizas las caras parecían marchitas. Todos caminaban, abatidos, por las calles, contrayendo sus anchas espaldas. Sus largas piernas se habían vuelto cortas.

Nueva laguna de unas 30 líneas. Lo que subsiste permite adivinar que Enki, el dios de la sabiduría, lograría atemperar algo las desgracias de los hombres que pudieron así sobrevivir. Enterado de ello, Enlil no dudó en recriminar a Enki por la ayuda que prestaba a la humanidad.

Enlil no dudó en efectuar diferentes reproches a Enki, diciéndole:

—Todos nosotros, los grandes Anunnaki, habíamos tomado unánimemente un compromiso: Anu y Adad vigilarían las regiones de arriba; yo controlaría la tierra, abajo. Pero, después has intervenido tú, Enki, para liberar a los hombres y les has desligado de sus cadenas. ¡Y encima has distribuido abundancia entre las gentes!

Enlil, dirigiéndose ahora a su paje, de nombre Nuska, le dijo:

—Que se me traigan aquí a los dos cómplices que han ayudado a Enki y que me los introduzcan en mi presencia.

Se les hizo, pues, entrar, y dirigiéndose a ellos, Enlil, el valiente, les dijo:

—Todos nosotros, los grandes Anunnaki, habíamos tomado unánimemente un compromiso; pero vosotros, cómplices de Enki, habéis intervenido en favor de los humanos. Les habéis liberado de sus cadenas y les habéis permitido encima buenos rendimientos.

Las últimas 15 líneas de una columna de texto y las 35 de la siguiente impiden conocer con detalle la reacción del dios Enlil, quien, cansado de ver que sus deseos de eliminar a la humanidad no se llevaban a término, convoca a los grandes dioses y les comunica su fórmula para terminar de una vez por todas con los hombres: el envío de un Diluvio. Antes les recuerda que todas sus órdenes habían sido desoídas.

—¡Sí! —continuó diciendo Enlil—. Adad volvió a descargar sus lluvias y el verdor inundó las praderas, al tiempo que recubría el cielo con nubes repletas de agua. ¡No! No alimentéis más a los hombres, no les facilitéis grano.

Mientras estaba hablando así Enlil, en una esquina de la Asamblea de los dioses, Enki se hallaba sonriendo. Cansado de hallarse sentado en su esquina, oyendo aquellas palabras, la risa le sobrevino a Enki.

Nueva laguna de cuatro líneas.

—Todos nosotros —seguía argumentando Enlil—, los grandes Anunnaki habíamos tomado unánimemente un compromiso. Anu y Adad, como recordaréis, se encargarían de supervisar las regiones de arriba, yo controlaría las de abajo. Pero tú —ahora se dirigió directamente a Enki— interviniste entonces para liberar a los hombres desligándoles de sus cadenas. Y encima les permitiste un óptimo rendimiento.

Faltan unas 30 líneas, en las que Enlil haría conocer su decisión de enviar un Diluvio. La noticia generaría una amplia discusión.

Enki no estuvo de acuerdo con aquellos argumentos. Por ello, tomando la palabra dijo:

—Os recuerdo, grandes dioses, que yo os liberé de vuestro pesado trabajo, al imponer vuestra tarea a los hombres. Vosotros les habéis otorgado el ruido debido a su aumento después de haber incluso inmolado a un dios para así dotar al hombre de un espíritu. Y ahora, en esta sesión asamblearia, ordenáis su eliminación. ¿Seríais capaces de su retorno a la nada? ¡Hagamos prestar juramento en este sentido —así lo habéis decidido— al príncipe Enki!

Después de aquellas palabras que significaban una clara oposición al Diluvio, Enki continuó hablando a los dioses, sus hermanos.

—¿Por qué me queréis atar a un juramento? ¿Acaso podré llevar mi mano contra mis criaturas? Y este Diluvio, del cual habláis ¿de qué se trata? Yo lo ignoro todo acerca de él. ¿Lo debo producir yo? ¡No! ¡Eso es tarea de Enlil! Que él decida y que lo ordene: Y entonces que Shullat y Hanish, heraldos del dios Adad, marchen a la cabeza de ese cortejo fatal. Que Nergal arranque los puntales de las compuertas celestes. Que Ninurta marche para hacer desbordar los diques del cielo.

Una extensa laguna textual impide conocer la discusión tenida en la Asamblea de dioses. De todos modos, un par de líneas confirman la decisión de enviar un Diluvio a la tierra.

Los dioses tomaron entonces la terrible decisión final: una mala pasada que Enlil había jugado a los hombres.

Mientras tanto en la tierra Atrahasis continuaba con sus rezos hacia su señor. Un día se dirigió a Enki —divinidad contraria al Diluvio— pidiéndole ayuda. El dios como respuesta le envió un sueño.

Atrahasis, al ignorar el sentido del mismo, le solicitó a su dios:

—Oh Enki, explícame el significado de ese sueño a fin de que comprenda su alcance y extraiga sus consecuencias.

Enki, abriendo su boca, le respondió a su siervo:

—¿Quieres comprender este sueño, me preguntas? ¡Bien! Retén exactamente el mensaje que te entrego: ¡Pared, escúchame bien! ¡Empalizada de cañas, retén todo lo que te estoy diciendo! Destruye tu casa para construirte un barco. Abandona tus bienes terrenales para salvar la vida. El barco que deberás construir que sea igual en todas sus dimensiones.

Laguna de tres líneas.

—Téchalo a fin de que, como el Apsu, el sol no penetre en su interior. Estará cerrado por todos los lados y su aparejo deberá ser sólido, su calafateo espeso y resistente. Después, cuando se acerque el momento, te haré llover pájaros en abundancia y peces a canastos.

Enki, a continuación, tras haber hablado, abrió y rellenó la clepsidra, regulándola para la llegada del Diluvio, fijado para siete días después.

Cuando Atrahasis hubo recibido estas instrucciones, él reunió ante su puerta a los ancianos y les habló de este modo:

—Mi dios no está de acuerdo con el vuestro. Enki y Enlil se han enfadado. Eso me obliga a abandonar vuestra ciudad, dado que yo soy devoto de Enki. Así lo ha decidido él: yo no permaneceré más en vuestra ciudad, me guardaré de poner los pies en territorio de Enlil. ¡Esto es lo que ha decidido!

Pérdida de otras 14 líneas. Atrahasis daría comienzo a los preparativos que se le habían indicado.

Atrahasis procedió a dar cumplimiento a las órdenes de Enki, comenzando la construcción del barco. Los ancianos intervinieron en el diseño de la estructura, de acuerdo con lo que les dijo Atrahasis, los carpinteros con sus hachas, los cesteros con sus instrumentos de piedra. Los niños aportaban la brea y los pobres acarreaban las provisiones.

Una nueva laguna de 15 líneas impide conocer el resto de los preparativos y el modo de la construcción del barco. Cuando el texto se hace legible Atrahasis se halla cargando el barco.

Cuanto tenía de oro, cuanto tenía de plata lo dejó fuera de la barca. Atrahasis hizo entrar a los animales puros, a los animales cebados, a todos ellos los capturó y los embarcó. Pájaros de variado plumaje que vuelan en el cielo, rebaños, bestias de la estepa, a todos los embarcó. Y cuando se ocultó la luna, invitó a las gentes a un banquete.

Después de haber embarcado a su familia, dejó que las gentes siguieran comiendo copiosamente, bebiendo sin mesura. Atrahasis no hacía nada más que entrar y salir de la barca sin sentarse en ningún momento y menos acurrucarse. ¡Tan desesperado y nervioso estaba!

El tiempo cambió de aspecto y Adad retumbó en las nubes. Tan pronto como oyó el rugido del dios, se aportó betún para obturar la escotilla. Apenas aquélla fue cerrada y Adad tronó en las nubes, cuando un furioso viento con su primer golpe rompió las amarras y dejó el barco a la deriva.

Pérdida de unas cinco líneas de texto.

La tempestad continuó, Anzu rasgaba el cielo con sus garras. La tempestad golpeaba la tierra, estallando su ruido como si se rom-

piera una jarra. El Diluvio comenzó, pasó su violencia sobre los hombres como si fuera una batalla. Nadie veía a nadie. Nadie era visible en medio de aquella destrucción. El Diluvio mugía como un toro y el viento aullaba como un águila que chilla. Habiendo desaparecido el sol, las tinieblas eran densas. Las gentes morían como moscas.

Corta laguna de dos líneas.

El fragor del Diluvio llegó a espantar incluso a los mismos dioses. Enki se hallaba fuera de sí al ver a sus hijos arrebatados bajo sus ojos. Nintu, la Gran señora, evidenciaba su horror a través de sus labios, al tiempo que los Anunnaki, los grandes dioses, permanecían allí, aniquilados de hambre y de sed.

Ante aquel espectáculo, la diosa estalló en sollozos, la comadrona, la divina Mammi, la experta, se atrevió a decir:

—Que desaparezca este día, que retorne a las tinieblas. ¿Cómo pude yo, en la Asamblea de los dioses, con ellos, tomar una tal decisión final? Enlil, mediante su discurso tan hábil como el de la famosa demonio Tiruru, ha vuelto vanas mis palabras. Yo, en persona, había oído la llamada de socorro de los hombres. Sin que yo pueda hacer nada, mi progenitura se ha convertido en moscas abatidas. ¿Cómo permanecer aquí, con mis gritos ahogados, en esta casa de lamentación? Voy a subir al cielo para no continuar más en esta residencia funesta. Es allí arriba a donde han vuelto Anu, nuestro señor, y los dioses, sus hijos, que han oído su llamada. Allí se han ido, después de que hubieran decidido, temerariamente, el envío del Diluvio a los humanos, entregados así a esta hecatombe.

Pérdida de unas nueve líneas de texto.

Nintu interrumpió sus palabras, pero no su llanto. Sin embargo, ante aquella desoladora catástrofe continuó diciendo:

—¡Qué! Se ha producido este Diluvio y a causa de él los hombres han llenado el mar como los mosquitos llenan los ríos. Igual

que pilas de madera, helos ahí amontonados sobre la orilla. Igual que fragmentos de madera varados, helos ahí apilados en los ríos. Viéndolos he derramado lágrimas; pero ahora, pues ya no hay remedio, no quiero lamentarme más acerca de ellos.

El haber llorado le apaciguó el corazón a la diosa. Nintu así había gemido, derramando con ello su emoción. Y los dioses, con ella, deploraban la desgracia de la tierra. Harta de desespero, la diosa se hallaba sedienta de cerveza. En donde ella permanecía llorando, allí los demás dioses se mantenían semejantes a los carneros apretados alrededor del abrevadero, con labios desecados por la angustia, sufriendo calambres a causa de la inanición.

Siete días y siete noches prosiguieron las borrascas, las lluvias que caían, el Diluvio. Allí donde llegaba lo abatía todo.

Pérdida de unas 53 líneas, procedentes del final y del comienzo de sendas columnas. En este tramo se describiría el cese del Diluvio y la expedición de distintas aves por parte de Atrahasis para confirmar si las aguas habían comenzado a bajar de nivel.

Atrahasis dispersó a los cuatro vientos todo lo que contenía el barco. Tras ello sirvió una comida sacrificial para subvenir a la alimentación de los dioses. Les hizo una fumigación olorosa. Oliendo el buen aroma, los dioses se atropellaron alrededor del banquete como si fueran moscas. Cuando hubieron consumido la ofrenda, Nintu se puso de pie y ante todos se quejó:

—¿De dónde nos llega Anu, nuestro señor? ¿Y Enlil? Ha participado en el banquete, él, que sin consideración alguna, había decidido el Diluvio y abocado a los hombres a esta hecatombe, mientras que vosotros tomabais con él una pareja decisión final. ¡En el momento presente, las caras de los hombres han desaparecido en las tinieblas!

Después, acercando una de sus manos a su gran collar con cuentas en forma de «moscas» que Anu le había regalado, dijo:

—Este desespero mío con respecto a los humanos era mi destino. Que Anu me quite mi angustia y me ilumine el rostro.

Siguen dos líneas con texto dañado.

—Que estas «moscas» —prosiguió Nintu— sean mi collar de lapislázuli en mi cuello y que me hagan recordar para siempre estos días funestos.

Sin embargo, cuando Enlil, el valiente, percibió el barco, se llenó de rabia hacia los Igigi y exclamó:

—Todos nosotros, los grandes Anunnaki, habíamos resuelto juntos prestar un juramento, ¿de dónde viene ahora que un ser viviente haya escapado a la destrucción? ¿Cómo ha podido sobrevivir un hombre a la mortandad?

Anu abrió la boca y se dirigió al valiente Enlil:

—¿Quién, aparte de Enki, ha podido hacer esto? En cuanto a mí debo decirte que yo no he revelado nuestros propósitos.

Pero Enki, abriendo su boca, se dirigió a los grandes dioses:

—Sí, yo he hecho eso en contra de la voluntad de todos. He salvado a un ser viviente.

Pérdida de cuatro líneas.

—¡Cálmate, Enlil! Es al verdadero culpable a quien tú debes infligir el castigo de tu elección. A cualquiera que haya desatendido tu orden debes castigarlo.

Nueva laguna de 12 líneas. Aquí, tal vez, los dioses acordarían conceder la vida eterna a Atrahasis por haber sido el continuador de la especie humana.

—Han hecho bien en decidir la vida eterna para Atrahasis. Mi alma —finalizó Enki— ha quedado con ello apaciguada.

Enlil abrió su boca y se dirigió al príncipe Enki:

—¡Bien! Llama a Nintu, la Matriz, la diosa del nacimiento, y reflexionad los dos en la Asamblea acerca del problema del crecimiento de la raza humana.

Enki se dirigió a Nintu, la Matriz:

—Oh divina Matriz —le dijo—, tú que determinas los destinos impón a los hombres la muerte.

Pérdida de tres líneas. Se aludiría al establecimiento de leyes a fin de evitar la superpoblación y con ello el alboroto que causaba molestias a Enlil.

—Aplica a los hombres una triple ley. Entre ellos, además de mujeres fértiles que existan mujeres infecundas. Que entre ellos reine la Pashittu, la Demonio exterminadora, para arrebatar los bebés del regazo de sus madres. Establece, de modo parejo, mujeres consagradas: *ugbabtu*, *entu* y también *igisitu* con la prohibición expresa de no poder ser madres.

Las últimas 32 líneas de la columna correspondiente al texto anterior están totalmente perdidas.

¡A pesar del Diluvio que habíamos decidido, el hombre ha podido sobrevivir a la destrucción!

—¡Oh soberano de los grandes dioses, yo, el escriba, he presentado este combate siguiendo tus instrucciones! Este canto ha sido escrito en tu honor. Que los Igigi, después de haberlo oído, exalten tu grandeza. ¡Oídme, pues, cantar el universal Diluvio!

BALADA DE LOS HÉROES DE ANTAÑO

Las diferentes copias halladas en Emar (Meskene), Sippar y Ugarit permiten aventurar que hubo de ser muy conocida una balada sumeria, que se estudiaba en las escuelas, y que alcanzó la etapa babilonia, al ser traducida al acadio, recordando los tiempos pasados que nunca volverían a ser vividos. El texto, a modo de canción de taberna, considera que es mucho mejor emborracharse que vivir en la desesperación. Es, salvando las distancias, el carpe diem *mesopotámico. Una de sus varian-*

tes llegó a formar parte de una composición incluida en una plegaria para el rey Abi-esuh, que vivió a principios del siglo XVII *a.C.*

Los destinos están trazados por Enki, el dios de la sabiduría. Las suertes se echan según la voluntad de los dioses. De los días pasados sólo permanece aire vacío. Siempre que se oiga cualquier cosa de uno que existió antes, se dice que éstos duraron más que aquéllos y que aquéllos duraron más que otros. Tu morada eterna está por encima de sus casas, está lejos, como el cielo. ¿Quién puede alcanzarlo con su mano? Al igual que se ignora todo de las profundidades de la tierra, uno no sabe nada de eso. Toda la vida no es sino el guiño de un ojo. La vida de la Humanidad seguramente no es para siempre, no es eterna. ¿Dónde está el rey antediluviano de Eridu, llamado Alulu, que reinó durante 3.600 años? ¿Dónde está Etana que subió hasta los cielos? ¿Dónde está Gilgamesh, el rey, que buscó la vida eterna como Ziusudra? ¿Dónde está Huwawa que se sometió cuando el rey de Uruk lo capturó? ¿Dónde está Enkidu, que sobrepasó en fama a los más poderosos de la tierra? ¿Dónde está Bazi? ¿Dónde está Zizi? ¿Dónde están estos dos reyes de la ciudad de Mari? ¿Dónde están los grandes reyes de antaño? ¡No serán engendrados de nuevo! ¿Cuándo una vida sin fama trascendió a la muerte? ¡Compañero! ¡Te enseñaré verdaderamente quién es tu dios! Rechaza triunfante la infelicidad, olvida la desesperación. ¡Que un día de felicidad compense 36.000 años de desesperación! ¡Que la diosa de la cerveza, Ninkasi, te dé placer, como si fueras su propio hijo! ¡Ése es el destino de la Humanidad!

EL POEMA DE ERRA

La larga composición —en su origen unas 700 líneas—, conocida como Poema de Erra *y que se recogió, al menos, en cuatro grandes recensiones, presenta como eje central la devastación de Babilonia, motivada por Erra (un nombre del dios Nergal), y su posterior renacimiento. Sus cinco tablillas, reconstruidas a partir de numerosísimos fragmentos, cons-*

tituyen una de las más meritorias composiciones literarias babilonias no exentas de preocupaciones filosóficas, religiosas y míticas, aparte de sus evidentes referencias de carácter histórico. Ninguna de las redacciones conocidas hoy se remonta más allá del siglo IX *a.C., pero sus orígenes hay que situarlos con mucha mayor antigüedad. En cualquier caso, al final de la tablilla quinta se recoge el nombre de su autor (¿o copista?) oficial, el escriba Kabti-ilani-Marduk. En la presente versión se va a respetar el orden de las tablillas.*

Primera tablilla

¡Es a Marduk, el rey de la totalidad de los lugares habitados, el creador del universo, a quien quiero cantar!

—¡Alabanzas a Hendursanga, hijo primogénito de Enlil, portador del augusto cetro, pastor de los «cabezas negras», guardián de todos los hombres! ¡Hendursanga, más conocido como Ishum, glorioso exterminador, cuyas manos están hechas para blandir sus furiosas armas y para hacer fulgurar sus impetuosas lanzas!

—¡Incluso Erra, el héroe de los dioses, se agita en su morada! A Erra su corazón le impulsa a trabar combate y por ello dice a sus armas: «¡Impregnaos de veneno mortífero!» Dice también a los Sebitti, los siete dioses, héroes sin igual: «¡Revestíos con vuestras armas!» Y a ti, oh Ishum, te dice: «¡Quiero marchar a combatir! Tú eres la antorcha y los humanos han de ver tu luz. Tú eres el heraldo y los dioses te seguirán. Tú eres la espada y tú serás el exterminador.»

—¡Levántate, pues, Erra! Devastando el país, ¡qué radiante estará tu alma y qué alegre tu corazón!

—Los brazos de Erra están fatigados, como los de un hombre privado del sueño. Y se dice a sí mismo:

—¿Debo levantarme? ¿Permaneceré acostado?

Luego dice a sus armas:

—¡Permaneced apoyadas en vuestros rincones!

Y a los Sebitti, los siete dioses, héroes sin igual, les dice:

—¡Volved a vuestras mansiones!

—Hasta que tú, oh Ishum, no lo saques de su lecho Erra yacerá en su cámara. Está haciendo el amor con Mammi, su esposa, diosa del Mundo Inferior, mientras que tú, Oh Engidudu, señor que va y viene durante la noche, que siempre vigila en favor de hombres y mujeres, los ve resplandecer de placer como el día.

—En cuanto a los Sebitti, héroes sin igual, su naturaleza es diferente a la de los otros dioses. Extraordinario es su nacimiento, están colmados de espanto. Quien los ve queda helado de terror, pues su aliento es la muerte. Los humanos tienen tanto miedo de ellos que no se atreven a acercárseles. Ishum es una puerta, pero está con el cerrojo echado ante ellos.

—Cuando Anu, el rey de los dioses, había fecundado la tierra, ella le engendró siete dioses, a los que llamó Sebitti. Se presentaron ante él y les fijó así su destino. Llamó al primero y le dio esta orden:

—Adonde vayas derramando terror que no tengas nunca ningún rival.

Dijo al segundo:

—Quema como el fuego y arde como la llama.

Dijo al tercero:

—Toma el aspecto de un león y quien te vea que quede anonadado.

Al cuarto le dijo:

—Al blandir tus furiosas armas que la montaña se destruya.

Dijo al quinto:

—Sopla como el viento y escruta el orbe.

Al sexto le ordenó:

—Ve y no perdones a nadie, ni Arriba ni Abajo.

Al séptimo lo llenó con veneno de víbora:

—Destruye —le conminó— todo tipo de vida.

Después de que Anu hubo fijado los destinos de todos los Sebitti, se los dio a Erra diciéndole:

—Que ellos marchen a tu lado. Si te llega a ser insoportable el tumulto de los humanos en los lugares habitados, si te sobreviene

el deseo de hacer una hecatombe para exterminar a los «cabezas negras» y hacer perecer a las bestias de Shakkan, dios de animales y bosques, que ellos sean tus furiosas armas y que marchen a tu lado.

—Furiosos, blandiendo sus armas, los Sebitti le dicen a Erra:

—¡En pie! ¡Adelante! ¿Por qué, como un débil anciano, estás ocioso en la ciudad y permaneces en tu casa como un niño llorón? Como quien no parte al combate, ¿hemos de comer el pan de las mujeres? Como si no conociéramos la batalla, ¿tendremos miedo y temblaremos? ¡Marchar al combate es para los jóvenes valerosos como ir a una fiesta! Quien permanece en la ciudad, incluso si es el príncipe, no puede saciarse de pan. Será avergonzado por su pueblo y su persona será despreciada. ¿Cómo podrá tender su mano al que parta para el combate? Aquel que permanezca en su ciudad, por más grande que sea su fuerza, ¿cómo y en qué podrá ser más fuerte que el que marche al combate? ¡El abundante pan de las ciudades, por más apreciado que sea, no vale más que una hogaza cocida en las brasas! ¡La dulce cerveza *nashpu* no vale más que el agua del odre! ¡El palacio sobre su terraza no es parangonable a una cabaña en pleno campo!

Después de aquellas palabras con las que los Sebitti querían jalear a Erra para que se dispusiera a combatir, aquellos héroes sin rival continuaron hablándole.

—¡Héroe Erra parte, pues, al combate! ¡Haz resonar tus armas! Lanza tu grito tan fuerte que haga temblar tanto a los de Arriba como a los de Abajo. ¡Que al oírlo, los Igigi exalten tu nombre! ¡Que los Anunnaki lo escuchen y teman tu nombre! Que al oírlo, los dioses se inclinen bajo tu yugo y que los príncipes se arrodillen a tus pies. Que al oírlo, todos los países te aporten su tributo. Que los demonios *gallu* lo escuchen y que por sí mismos se aparten de ti. Que al oírlo, el poderoso se muerda los labios. Que al oírlo, las altas montañas se espanten y bajen su cabeza. Que los embravecidos mares, al oírlo, queden perturbados y destruyan todo lo que producen. Que en el oquedal potente queden rotos los troncos de sus árboles. Que en el impenetrable cañaveral sean quebradas las cañas. Que los hombres se asusten y se aplaque así su tumul-

to. Que las bestias sean presas del pánico y vuelvan a ser arcilla. Que los dioses, tus padres, viendo esto, glorifiquen tu heroísmo.

Dicho aquello, los Sebitti le recordaron al dios tiempos pasados:

—¡Oh héroe Erra! ¿Por qué has abandonado el combate y has permanecido en tu ciudad?

Tras esta pregunta, aludieron a realidades presentes.

—Las bestias de Shakkan —prosiguieron diciendo los Sebitti— y los animales muestran desprecio en nuestros cuidados. ¡Oh héroe Erra, nosotros te hablamos y ojalá que nuestras palabras no te sean inoportunas! Antes de que todo el país de los hombres se haya vuelto demasiado grande para nosotros, desde luego tú oirás entonces nuestras palabras. Muéstrate benevolente con los Anunnaki, que aman el silencio, ya que ellos, a causa del tumulto de los hombres, no pueden dormir. Las bestias patalean los prados que son la vida del país, el campesino en sus campos llora amargamente por sus productos destruidos. El león y el lobo aterran a las bestias de Shakkan. El pastor, a causa de su rebaño herido, no tiene reposo ni de día ni de noche, pero es a ti a quien implora. Y nosotros que conocemos los accesos de las montañas hemos olvidado por completo el camino. Sobre nuestras armas de guerra la araña ha extendido sus hilos. Nuestro excelente arco, sublevándose, es ahora demasiado potente para nuestras fuerzas. La punta de nuestra puntiaguda flecha se ha embotado y nuestro puñal, a causa de no degollar, se ha recubierto de herrumbre.

Cuando el héroe Erra hubo escuchado las palabras que le habían dicho los Sebitti, como el mejor aceite así le fueron de agradables. Tomando la palabra dijo a Ishum:

—¿Por qué, habiendo oído esto, permaneces sentado y sin decirme palabra alguna? ¡Abre el camino, que voy a ponerme en marcha! ¡Que me acompañen los Sebitti, héroes sin rival! Hazles a mis armas furiosas caminar a mi lado y tú, heraldo mío, camina detrás de mí.

Ishum, habiendo escuchado estas palabras, le dijo al héroe Erra:

—Señor Erra, ¿por qué tienes malos pensamientos contra los dioses? ¿Por qué planeas destruir el país y aniquilar a sus habitantes sin remisión?

Erra le respondía a Ishum, su heraldo:

—Ishum, presta atención y escucha lo que te voy a decir respecto a las gentes de los lugares habitados y sobre las que tú me has pedido gracia, oh tú, heraldo de los dioses, sabio Ishum, cuyo consejo es bueno. Atiende: en los cielos soy un toro salvaje, en la tierra soy un león, en el país soy el rey, entre los dioses soy el más furibundo, entre los Igigi soy el héroe, entre los Anunnaki soy el más fuerte, entre el ganado soy el degollador, en la montaña soy el carnero, en el cañaveral soy Girra, el fuego, en la montaña soy el hacha de guerra, en el sendero de guerra soy el estandarte. Yo soplo al igual que el viento, como Adad yo trueno y como Shamash yo contemplo la totalidad del orbe. Cuando trepo a la montaña soy un muflón, cuando penetro en las ruinas me establezco allí permanentemente. Todos los dioses temen mi combate y, sin embargo, los hombres, los «cabezas negras», muestran desprecio por mí. Yo enfureceré a dicho príncipe, le haré abandonar su morada y destruiré a la humanidad, porque ella no ha temido mi nombre y porque habiendo rechazado la palabra del príncipe Marduk actúa a su antojo.

El héroe Erra, abandonando su sede del Emeslam en la ciudad de Kutha, se dirigió hacia Shuanna —esto es, Babilonia—, la ciudad del rey de los dioses. Llegado a ella, entró en el imponente Esagila, el templo del Cielo y de la Tierra, y se presentó ante Marduk. Tomó luego la palabra y dijo al rey de los dioses:

—¿Por qué tu preciosa imagen, oh Marduk, insignia de tu soberanía, está manchada, imagen que, como las estrellas del cielo, debería estar plena de esplendor? ¿Por qué el aspecto de tu soberana corona está velado, corona que debería de iluminar tanto el Ehalanki —la capilla de tu esposa— como el Etemenanki, la gran torre escalonada?

El rey de los dioses tomó la palabra y le respondió a Erra, el héroe de los dioses:

—Héroe Erra, he aquí lo que voy a contestarte a propósito del trabajo que me has indicado hacer. Cuando hace ya mucho tiempo yo me había encolerizado y abandonado mi sede y desencade-

nado el Diluvio, por haberla abandonado yo deshice el equilibrio del Cielo y de la Tierra. Debido a que el Cielo se turbó, las estrellas del firmamento cambiaron su posición celeste y no las volví a su lugar. Debido a que la mansión infernal del Irkallu se movió, tanto disminuyó el rendimiento del surco que se puso para siempre difícil el subsistir. Debido a que se había deshecho el equilibrio del Cielo y de la Tierra, las aguas profundas se secaron y las crecidas se retiraron.

Marduk se detuvo aquí un instante. Luego, prosiguió:

—Regresé y vi que era difícil repararlo todo. La procreación de los seres vivientes era tan mínima que no pude volverla a su situación anterior hasta que, como un campesino, no tomé en mis manos su simiente, hasta que no construí una casa y me instalé en ella. Mi imagen, cuyo aspecto se había vuelto sombrío por haber sido deslucida a causa del Diluvio, para hacer resplandecer en ella mis rasgos y purificar mis vestidos puse a trabajar en la misma a Girra. Después de que él hubo hecho resplandecer de nuevo mi imagen y que hubo acabado aquella obra para mí, me coroné mi tiara soberana y regresé a mi residencia. Mis rasgos reflejaron dignidad y mi rostro quedó recuperado con su mirada terrorífica.

Tras recordarle a Erra la restauración de su imagen, Marduk continuó diciéndole:

—Los hombres que escaparon al Diluvio y vieron la obra ejecutada para mí, aunque yo levanté mis manos para destruirlos, sobreviven todavía. A esos sabios yo los había hecho descender al Apsu y no les ordené que regresaran. Cambié de lugar el árbol *mesu* y también el del ámbar *elmeshu* y no se los revelé a nadie. Ahora, para el trabajo del que tú me hablas, héroe Erra, ¿dónde encontrar el *mesu*, carne de los dioses, insignia del rey del universo, árbol santo, manojo de ramas altivo, adaptado para la soberanía, que en el vasto mar, a 100 horas dobles bajo las aguas, su raíz toca lo más profundo de los Infiernos y que, en lo alto, su copa alcanza el Cielo de Anu? ¿Dónde encontrar el puro zafiro que he dejado a su lado? ¿Dónde encontrar a Ninildu, gran carpintero de mi divinidad supre-

ma, que posee el hacha pura, que conoce todas las cosas y da a lo que hace el estallido de la luz, a él, a quien yo había sometido a mi servicio? ¿Dónde encontrar a Gushkinbanda, modelador del dios y del hombre, y cuyas manos son puras? ¿Dónde encontrar a Ninagal, portador del yunque y del martillo y que, como si fuera cuero, tritura el duro bronce y fabrica los utensilios? ¿Dónde encontrar las preciosas perlas, producto del vasto mar, ornamento de mi corona? ¿Dónde encontrar a los siete sabios del Apsu, puros peces *puradu*, que como Ea, su señor, se distinguen por su entendimiento sublime y que pueden ocuparse de la limpieza de mi cuerpo?

Al escucharle, el héroe Erra se adelantó, tomó la palabra y respondió así al príncipe Marduk:

—No te preocupes, Marduk. Haré que regrese el puro árbol *mesu* de su lugar, haré que retorne el puro ámbar *elmeshu* de su lugar. Todo lo que tú deseas lo tendrás. Te procuraré el material preciso para hacer brillar tu estatua.

Cuando Marduk hubo oído sus palabras, le dijo al héroe Erra:

—Si yo marcho de mi sede, será deshecho el equilibrio del Cielo y de la Tierra, las aguas subirán y destruirán el país, el día luminoso se cambiará en tinieblas, la tempestad se alzará y ocultará las estrellas del Cielo, el Viento malvado soplará y oscurecerá las miradas de los hombres, los demonios *gallu* saldrán del Infierno y la muerte se apoderará de los hombres, los puñales de combate serán impotentes contra ellos, los Anunnaki subirán y aterrorizarán a los seres vivientes y hasta que yo no me haya revestido con mis armas, ¿quién los rechazará?

El dios Erra, al oír esto, le dijo como respuesta:

—¡Oh príncipe Marduk, hasta que tú hayas vuelto a tu morada, hasta que Girra haya purificado tus vestiduras y hayas vuelto a tu lugar, durante todo ese tiempo, yo haré tus veces y mantendré sólidamente el equilibrio del Cielo y de la Tierra! Subiré a los cielos y daré órdenes a los Igigi, descenderé al Apsu y vigilaré a los Anunnaki, expulsaré a los *gallu* fogosos al País sin retorno, contra ellos desencadenaré mis armas furiosas, cortaré las alas del Viento malvado como si fueran las de un pájaro y en la mansión en la

que tú vayas a entrar, oh príncipe Marduk, a derecha e izquierda de la puerta, como toros protectores, haré tenderse a los dioses Anu y Enlil.

El príncipe Marduk le escuchó. Y las palabras que Erra había pronunciado le agradaron.

Segunda tablilla

Marduk abandonó, pues, su sede, lugar inaccesible, y a continuación se dirigió hacia la morada de los Anunnaki. Cuando entró en la capilla —en su *gigunu*— se plantó ante ellos. El dios Shamash, habiéndole visto, oscureció sus rayos. El dios luna Sin cubrió su rostro en la noche. Debido a que Marduk se había dirigido hacia otro lugar no vigiló más la tierra, los vientos se levantaron y transformaron en tinieblas el brillante día, las gentes en todo el país se enfrentaron, las aguas subieron y destruyeron las tierras. Los Igigi, por su parte, aterrorizados, huyeron a lo alto del Cielo, y los Anunnaki, llenos de miedo, se precipitaron a lo más profundo de los Infiernos. El orbe entero quedó alterado.

Aquí se interrumpe el relato por rotura. Existen unas 70 líneas muy mutiladas y por ello difíciles de conectar con el argumento general. En las mismas se alude a la estatua y a la corona de Marduk, así como al deseo de Erra de poner coto a los desórdenes creados en la naturaleza ante la marcha de Marduk, quien ha abandonado su sede y su presencia en la estatua. Erra, por su parte, había acudido al Apsu, a solicitar la ayuda del dios Ea para restaurar la mencionada estatua. Asimismo, de modo engañoso, Erra le dice a tal dios que Marduk le había dado la orden de devastarlo todo. En cualquier caso, Erra, al ver que no se han cumplido sus planes, se dispone para la guerra.

El hijo eminente de Enlil, Erra, que había tomado una resolución, entró en su templo Emeslam y ocupó su aposento. Se aconsejó consigo mismo acerca de aquella operación, esto es, sobre sus funestos planes destructivos. Pero su corazón estaba furioso y no

le dio respuesta. Cuando Ishum le solicitó sus órdenes, a éste le dijo:

—Ábreme la marcha para que yo emprenda el camino de la guerra. El tiempo se ha acabado y la hora ya ha llegado. Ahora digo: «¡Voy a anular el resplandor de Shamash y durante la noche ocultaré la faz de Sin, el dios luna!» Daré esta orden a Adad: «¡Sujeta tus becerros, aleja las nubes, detén la nieve y la lluvia!» Para provecho de Ea yo le avanzaré esta reflexión personal de Marduk: «¡Quien ha crecido en tiempos de abundancia, será enterrado en tiempos de privaciones! ¡Quien ha llegado por el sendero de las aguas, volverá por el camino del polvo!» Diré al rey de los dioses: «¡Permanece en el Esagila!» Las palabras que tú dijiste se ejecutarán, se cumplirán plenamente tus órdenes. Pero, si los «cabezas negras» te invocan, no acojas sus súplicas. Pondré fin al país y lo destinaré a ser montículos de escombros, devastaré las ciudades y las convertiré en desierto, destruiré las montañas y aniquilaré sus bestias, convulsionaré los mares y destruiré lo que producen, destrozaré cañaverales y bosques y los quemaré como el fuego, aplastaré a los hombres y no dejaré alma que viva, no mantendré ni a uno solo para que pueda reproducirse, no dejaré sobrevivir ni a las bestias de Shakkan ni a los otros animales, haré que el enemigo tome el mando de una ciudad después de otra, el hijo no preguntará por la salud de su padre, ni el padre por la de su hijo, la madre tramará la desgracia de su hija en medio de la risa. En la mansión de los dioses, donde ningún malvado puede entrar, yo lo haré entrar, en la mansión de los príncipes haré habitar al bribón, haré entrar a las bestias en cualquier sitio. Al que quiera entrar en la ciudad en que aparezca, se lo impediré. Haré descender abajo a las bestias de la montaña y por donde quiera que hayan pasado devastarán esos lugares. Haré merodear a las bestias de la estepa en las cercanías de las ciudades. Haré infaustos los presagios y asolaré las ciudades santas. En la morada de los dioses haré entrar al demonio Saghulhaza y tansformaré en lugares ruinosos los palacios de los príncipes. ¡Pondré fin al tumulto de la humanidad y la privaré de cualquier alegría! Lo devastaré todo como Girra, el fuego, en país enemigo. ¡Haré entrar el mal en todos los lugares!

Erra en su furor no prestó atención a nadie. El consejo que se le pudiera dar no lo escucharía. Estaba decidido a llevar a cabo el asunto que había planeado. Tenía el aspecto y la voz de un león. A su heraldo Ishum le dijo estas palabras:

—Cambiaré en tinieblas la luz del sol. Confiscaré las casas de los hombres y les acortaré sus días de vida. Al justo que interceda yo le apagaré su vida y en su lugar pondré al malvado, de ruines intenciones. Cambiaré el corazón de las gentes: el padre no escuchará más al hijo, y la hija dirá cosas detestables a su madre. Volveré malas sus palabras y ellos olvidarán a su dios y dirán grandes insolencias contra su diosa. Promoveré bandidos para que intercepten los caminos y en las ciudades las gentes se robarán mutuamente sus bienes. El león y el lobo abatirán las bestias de Shakkan. Enfureceré a la Señora de la creación y ella pondrá fin a los nacimientos. Privaré a la nodriza de los gritos de niños y chiquillos. Apartaré para siempre de los campos el canto de los trabajadores. Pastor y ganadero olvidarán lo que es un techo protector. Rasgaré rápidamente los vestidos de los cuerpos humanos, por las calles de las ciudades haré ir desnudo al joven, y haré descender a los hombres a la Tierra de los muertos sin mortaja. Le faltará la oveja al joven para el sacrificio en favor de su vida. Al príncipe incluso le escaseará el cordero necesario para el oráculo de Shamash e, inútilmente, los enfermos desearán los asados para su ofrenda voluntaria. Y sin que los expertos los puedan consolar, ellos vivirán penosamente hasta el día de su muerte.

Siguen unas siete líneas inutilizables, tras las cuales se inicia otra importante laguna, de unas 25 o 30 líneas más. En este pasaje Erra continuaría enumerando sus amenazas. Por su parte, su heraldo Ishum, tal vez como respuesta, le recuerda a Erra los primeros estragos que había llevado a cabo.

—Y también —continuó diciendo Ishum— a las tropas *kidinnu*, personal exento de la milicia, bajo la protección sagrada de Anu

y de Dagan, les has hecho blandir sus armas. E hiciste que su sangre, como las aguas de un albañal, regara los alrededores de la ciudad. Abriste sus venas e hiciste fluir un río ensangrentado. Enlil, ante aquel espectáculo, gimió: «¡Ay de mí!» Luego, este dios, con el corazón sobrecogido, abandonó su residencia sin querer volver más a ella. Puso una maldición en su boca. Juró que nunca más bebería agua del río y que por haber visto su sangre derramada no volvería más a entrar en el templo Ekur.

Sigue una nueva laguna de unas 12 líneas, en las que se incluiría la respuesta de Erra a Ishum. Cuando se reanuda el texto legible todavía está hablando Erra.

El rostro de Erra estaba lleno de cólera, tenía el aspecto de un león. En la cólera de su corazón gritó, dirigiéndose a Ishum:

—¡Ábreme el camino, que voy a ponerme en marcha! Que los Sebitti, héroes sin igual, marchen a mi lado. Que mis armas furiosas marchen a mi lado y tú, heraldo mío, ve detrás de mí.

Ishum, oyendo estas palabras, lleno de piedad por lo que intuía que iba a suceder, se dijo a sí mismo:

—«Ay de mis gentes, contra las cuales Erra está enfurecido y a las que quiere suprimir: a las que el guerrero Nergal —no otro que Erra— quiere aniquilar, como en el día del combate contra el demoníaco Asakku. Las quiere suprimir sin que huelguen sus brazos, al igual que después del degüello del "Dios derrotado"; con su red desplegada, como cuando fue capturado el malvado Anzu.»

Tenidas estas palabras para sí, Ishum dijo después al héroe Erra:

—¿Por qué tienes malos pensamientos contra los dioses y contra los hombres? ¿Por qué tienes malos pensamientos contra los humanos, los «cabezas negras», sin volverte atrás en tu decisión?

Erra le contestó a su heraldo:

—Tú conoces los pensamientos de los Igigi y la opinión de los Anunnaki; tú das órdenes a los hombres, a los «cabezas negras», les

haces abrir su entendimiento. En consecuencia, ¿por qué hablas como un ignorante y me aconsejas como si fueses uno que no conoce lo que Marduk ha dicho? El rey de los dioses ha marchado de su sede: ¿cómo podrían permanecer estables las cosas de todos los países? Él se ha quitado la corona de su soberanía y los reyes y príncipes, al igual que sus súbditos, olvidan sus deberes. Él ha deshecho la «Hebilla de su cintura», su santo emblema y, por lo tanto, han quedado sueltos los vínculos entre el dios y el hombre y van a ser, en adelante, difíciles de reanudar. El terrible Girra había hecho brillar su imagen como el día y había hecho resurgir su *melammu*, esto es, su divino resplandor: su mano derecha podía, pues, empuñar el *mittu*, su arma suprema, y la mirada del príncipe Marduk volverse furiosa.

Sigue una importante rotura de unas 20 líneas, en las que proseguía el diálogo entre Erra e Ishum, recordándole éste la prosperidad de los hombres, sus ganados y productos, situación que había modificado Erra al aterrar a la totalidad del universo. A sus palabras le respondió Erra justificando su actuación. Con una última réplica de Ishum finaliza el contenido de esta tablilla.

Ishum tomó la palabra y le dijo al héroe Erra:

—¡Héroe Erra! Tú tienes las riendas de los cielos, eres el señor absoluto de toda la tierra, reinas sobre el país, perturbas el mar y arrasas los montes. Tú lideras a los hombres y pastoreas el ganado. El Esharra —el templo de Enlil en Nippur— está a tu disposición, el Eengurra o Casa de Enki lo tienes en tus manos. Dispones de Shuanna, tú das órdenes en el Esagila. Reúnes en ti todos los *me*, los poderes divinos; los dioses te temen, los Igigi tienen miedo de ti, ante ti tiemblan los Anunnaki. Cuando tú das una opinión, el mismo Anu te escucha; incluso Enlil accede a tus deseos. Sin ti, ¿habría hostilidades y habría batallas sin tu intervención? ¡Las corazas de las batallas son ropas tuyas! Y te has dicho a ti mismo: «¡Ellos me han despreciado!» ¡Héroe Erra! ¡Tú no has temido el nombre del príncipe Marduk!

—¡Héroe Erra! —volvió a repetir Ishum—. ¡No has temido el nombre del príncipe Marduk! De Dimkurkurra, ciudad del rey de los dioses, «Nudo de los países», tú has deshecho el nudo. Tú has cambiado tu divinidad para hacerte semejante al hombre, te has revestido con tus armas y has entrado en la ciudad. Dentro de Babilonia, como quien ha conquistado la ciudad, has hablado en calidad de señor. Los babilonios, que como las cañas de los cañaverales, no tienen vigilante, se han sumado a ti en su totalidad. Quien desconocía las armas tiene su espada desenvainada, quien desconocía el dardo, tiene su arco en acción, quien desconocía el combate entra en batalla, quien no sabía correr, vuela como un pájaro. ¡El débil aventaja al poderoso! ¡El lisiado supera al de pies veloces! Contra el gobernador, proveedor de la ciudad santa, ellos van profiriendo grandes insolencias. Sus propias manos han obstruido la gran puerta de Babilonia y el canal de su abundancia. Les han pegado fuego a los templos de Babilonia, como haría aquél que saquease el país. Tú, cual heraldo, habías tomado la iniciativa. Con una flecha golpeaste el muro interior, el Imgur-Enlil, tan fuerte que gimió: «¡Ay de mi corazón!» El nicho del dios Muhra, que custodia su gran puerta, lo hundiste en medio de la sangre de los jóvenes y de las muchachas. Después, a los habitantes de Babilonia —ellos eran el pájaro y tú el reclamo— con la red los amontonaste, capturaste y destruiste, héroe Erra. Luego, abandonaste la ciudad y saliste afuera. Tomaste el aspecto de un león y entraste en el palacio. A tu vista, los soldados tomaron sus armas y el corazón del gobernador, vengándose de Babilonia como un traidor, se enfureció. Como para ir a saquear al enemigo, pone en marcha a sus soldados e incita al mal al capitán de su ejército diciéndole: «A esa ciudad adonde te envío, tú, valiente, no temas a ningún dios, no temas en absoluto a nadie. Da muerte a pequeños y mayores, indistintamente, no perdones a ninguno de los niños, sean lactantes o criaturas. Te llevarás como botín las riquezas acumuladas de Babilonia.» El ejército del rey se congregó y entró en la ciudad. Fla-

mea el dardo, se blande el puñal. Tú has hecho alzar las armas de las tropas *kidinnu*, a las que protegía el emblema de Anu y Dagan; su sangre, como las aguas de un albañal, la hiciste correr por los alrededores de la ciudad y habiendo abierto sus venas, la hiciste fluir por el río. Viendo esto, el gran señor Marduk gimió: «¡Ay de mí!» Su corazón se sobrecogió. Una maldición implacable estuvo en su boca, hizo el juramento de que jamás bebería agua del río y porque ha visto su sangre, que no entraría más en el Esagila.

—«¡Ay Babilonia —decía él—, que como una palmera te había hecho madurar y que ahora el viento ha secado! ¡Ay Babilonia, que como una piña te había llenado de piñones y de cuya plenitud no he podido obtener todo mi placer! ¡Ay Babilonia, que como un lujuriante vergel te había plantado y del que no he podido comer sus frutos! ¡Ay Babilonia, que como un sello de ámbar *elmeshu* te había colocado en el cuello de Anu! ¡Ay Babilonia, que te tenía en mis manos como la Tablilla de los Destinos y que no dejaba a nadie!»

Todavía siguió hablando así el príncipe Marduk, lleno de tristeza:

—«Quien quiera abandonar el embarcadero del muelle, al ser el calado de las aguas de sólo dos codos, deberá atravesarlo a pie. Puesto que las aguas han descendido en las cisternas una cuerda de profundidad, no va a sobrevivir ningún hombre. En la masa del vasto mar, las olas de muchísima altura hundirán las barcas de los pescadores a pesar de sus remos.»

—Y tú —dijo Ishum a Erra—, sin el asentimiento de Shamash, has destruido las murallas y has arruinado las defensas de Sippar, villa antiquísima, a la que el Señor de todos los países no había hecho llegar el Diluvio, porque le era querida a su mirada. Y los suteos y las suteas hacen resonar sus gritos de guerra en Uruk, la sede de Anu y de Ishtar, la ciudad de las hijas de la alegría, de las cortesanas y de las hieródulas, a las que Ishtar les privó de esposos y las consignó en sus manos. Los conquistadores hacen amotinarse en el Eanna a eunucos y prostitutos, a los cuales, para infundir religioso

temor a las gentes, Ishtar había cambiado su virilidad en feminidad, portadores de puñales, navajas de afeitar, podaderas y cuchillos de sílex, los cuales para alegrar el ánimo de Ishtar se entregan a prácticas nefandas. Sobre ellos tú colocaste un gobernador malvado, sin piedad. Él los desesperó y transgredió sus ritos. Ishtar, encolerizada, se ha enojado contra Uruk. Ella ha suscitado un enemigo que ha despejado el país como grano ante las aguas. En cuanto a los habitantes de Dur-Kurigalzu, a causa del Eugal, el templo de Enlil, que había sido destruido, no dieron tregua a su lamentación. El enemigo que tú, oh Erra, habías promovido no quiere detenerse en su destrucción e Ishtaran, a su vez, te ha dirigido estas palabras: «Has hecho un desierto de la ciudad de Der. Como cañas tú has quebrado a las gentes que allí vivían y aniquilado su rumor, como espuma de la superficie de las aguas. A mí mismo tú no me has liberado sino que me entregaste a los suteos. Por lo tanto, a causa de Der, mi ciudad, no impartiré nunca más justos juicios, ni emitiré nunca más decisiones para el país, no daré nunca más órdenes y no haré nunca más conocer mis voluntades, porque las gentes descuidaron la justicia para abrazar la violencia, abandonaron el bien para entregarse al mal.»

—«Yo, por eso, oh Ishum —me dijiste—, haré levantarse a los Siete Vientos sobre este único país: quien no haya muerto en la guerra, morirá a consecuencia de la epidemia, quien no haya muerto por la epidemia, el enemigo lo apresará, quien no haya sido apresado por el enemigo, el ladrón le robará, quien no haya sido robado por el ladrón, el arma del rey lo alcanzará, quien no haya sido alcanzado por el arma del rey, el príncipe lo abatirá, quien no haya sido abatido por el príncipe, Adad lo anegará, quien no haya sido anegado por Adad, Shamash se lo llevará, quien haya salido afuera, el viento lo flagelará, quien haya vuelto a su hogar, el demonio *rabisu* lo aterrará, quien se haya subido a una altura, morirá allí de sed, quien haya descendido a una hondonada, morirá allí en medio de las aguas.» ¡Tú, Erra, has hecho que la altura y la hondonada sean igualmente fatales! Quien está al frente de la ciudad hablaba así a su madre, a causa de las desgracias causadas por ti: «¡Ojalá que el día en que me

diste a luz, yo hubiese permanecido encerrado dentro de tu seno! ¡Ojalá que nuestra vida hubiese tenido fin y que hubiéramos muerto juntos! En vez de eso me has entregado a una ciudad cuyas murallas han sido demolidas y cuyos habitantes son ganado y su dios el matarife. Las mallas de su red son tan tupidas que, sin poder escapar de ellas, los esposos son muertos a golpe de espada.»

—«Quienquiera —decías tú, oh Erra— que haya engendrado un hijo y haya dicho: "He aquí a mi hijo, él será, cuando yo lo haya criado, quien sabrá recompensarme." ¡A tal hijo —dijiste— yo lo haré morir y su padre lo enterrará, después haré morir al padre y no tendrá enterrador! Quienquiera que haya edificado una casa y haya dicho: "He aquí mi hogar, lo he construido yo y dentro de él tendré mi quietud y el día en que mi destino me lleve allí encontraré mi último reposo." A ese hombre —dijiste— yo le haré morir y dejaré su hogar desierto y después de que haya sido devastado, se lo daré a otra persona.»

—¡Oh héroe Erra —continuó diciendo Ishum—, tú has hecho morir al justo y también has hecho morir al injusto! ¡Tú has hecho morir a quien te había ofendido y has hecho morir también a quien no te había ofendido! ¡Tú has hecho morir al *enu*, el Gran sacerdote, celoso en presentar las ofrendas a los dioses! ¡Tú has hecho morir al *gerseqqu*, el servidor del palacio, entregado a su rey! ¡Tú has hecho morir a los ancianos en sus casas, y también has hecho morir en su lecho a las jóvenes muchachas! Y tú no has encontrado en ello el menor sosiego; no te has dado tregua alguna, sino que te has dicho a ti mismo: «¡Ellos me habían despreciado!»

—Y tú, a ti mismo, héroe Erra, todavía te has dicho: «¡Quiero matar al poderoso y espantar al débil, matar al jefe del ejército y obligar al ejército a que vuelva espaldas! ¡Quiero demoler el *gigunu* del santuario y el parapeto de la muralla y aniquilar así la fuerza vital de la ciudad! ¡Quiero romper el palo de amarre y que la barca vaya a la deriva, romper el timón y que así no se acerque más a la orilla! ¡Quiero arrancar el palo mayor y destrozar así su aparejo! ¡Quiero secar los pechos de la madre para que el niño no pueda vivir! ¡Embozaré las fuentes para que sus canales, disminuidos, no aporten más las aguas

de la abundancia! ¡Quiero hacer temblar el Irkallu, el Mundo Inferior, y también que vacilen los cielos! ¡Quiero hacer caer la luz del astro Shulpaea y volver ineficaces las estrellas de los cielos! ¡Quiero romper la raíz de los árboles para que sus frutos no crezcan! ¡Destruiré la base del muro para que se caiga su cima! ¡Quiero ir a la sede del rey de los dioses para que su consejo sea ineficaz!»

El héroe Erra escuchaba sin interrumpir las palabras de Ishum. El discurso que Ishum había pronunciado le agradó, a pesar de todo, como aceite de la mejor calidad. Como respuesta, así le habló el héroe Erra:

—Que el País del mar contra el País del mar, subarteo contra subarteo, asirio contra asirio, elamita contra elamita, cassita contra cassita, suteo contra suteo, guteo contra guteo, lullubeo contra lullubeo, país contra país, ciudad contra ciudad, tribu contra tribu, hombre contra hombre y hermano contra hermano no deben perdonarse. Que todos, sin excepción, se maten unos a otros y que después Akkad, resurgiendo, los abata a todos y a todos los domine.

Dicho aquello, Erra se detuvo unos momentos para finalizar diciendo:

—Ve, Ishum. Realiza a tu gusto todo lo que tú has deseado.

Ishum se dirigió hacia la montaña Hihi y tras él se apremiaron los Sebitti, héroes sin igual. El héroe Erra llegó también a la montaña Hihi. Arribado a ella, levantó su mano y la destruyó, redujo aquella montaña a ras del suelo. Del bosque de *hashur* cortó por todas partes sus cedros. Se dijo que Hanish, uno de los heraldos del dios Adad, había pasado sobre sus matorrales. Erra puso fin a los lugares habitados e hizo de ellos un desierto. Destruyó las montañas, abatió su ganado, perturbó mares e hizo perecer su producto. Saqueó cañaverales y juncales y los incendió como Girra. Maldijo a las bestias y se convirtieron en arcilla.

Quinta tablilla

Una vez que Erra se hubo calmado y vuelto a ocupar su sede, en Kutha, todos los dioses miraron hacia su rostro. Los Igigi, los

Anunnaki, todos ellos estaban de pie, con temor. Erra tomó la palabra y dijo a todos los dioses:

—¡Prestad atención, todos vosotros! ¡Escuchad mis palabras! En verdad, a causa de una falta precedente, yo había concebido el mal. Me había puesto furioso y quise por ello aplastar a los humanos. Como un pastor asalariado había quitado del rebaño al carnero de cabeza, como un inexperto en plantar huertos yo no había dudado en cortarlo, como el que saquea un país, yo abatí sin distinción al justo y al malvado, todos a un tiempo. Pero de las fauces de un león rugiente no se puede arrancar rápidamente un cadáver y cuando alguien está enfurecido ningún otro puede aconsejarle. Sin Ishum, mi heraldo, ¿qué habría ocurrido? ¿Dónde estaría el que mantiene vuestros templos? ¿Dónde estaría vuestro Gran sacerdote? ¿Dónde, vuestras ofrendas alimentarias? ¡No habríais olido más el incienso!

Ishum tomó la palabra y le contestó al héroe Erra:

—¡Oh héroe, préstame atención! ¡Escucha mis palabras! ¡Bien! Ahora, cálmate entretanto. Estamos ante ti y queremos estar a tus órdenes. En el día de tu cólera, ¿dónde está el que puede hacerte frente?

Al oír aquello el rostro de Erra resplandeció, sus facciones se iluminaron de alegría como un día sin nubes. Penetró en el Emeslam, su templo, y allí volvió a ocupar su lugar. Entonces a Ishum, hablándole alto, le manifestó su intención para darle instrucciones respecto a los habitantes dispersos de Akkad.

—¡Que se multiplique —dijo Erra— la gente diezmada del país! ¡Que los jóvenes y los viejos vuelvan a recorrer el camino de Akkad! ¡Que el débil acadio aterre al poderoso suteo! ¡Que cada uno lleve consigo siete prisioneros como si fueran ovejas! ¡Reducirás sus ciudades a escombros y a desierto su región montañosa! ¡Llevarás su pesado botín a Shuanna! ¡Mantendrás apaciguados a los dioses del país, que se habían enfurecido, en el interior de sus moradas! ¡Harás descender otra vez a este país a Shakkan y a Nisaba, esto es, al ganado y a los cereales! ¡Harás que las montañas aporten sus riquezas y el mar sus productos! ¡Los campos que habían sido devastados, tú los volverás de nuevo productivos! ¡Los gobernadores de todas las ciudades aportarán su pesado tributo a Shuanna! ¡Los tem-

plos que habían sido destruidos, como el sol al alzarse, que eleven así sus cimas! ¡Que el Tigris y el Éufrates desborden aguas de abundancia! ¡Como proveedores del Esagila y de Babilonia, haz que los gobernadores de todas las ciudades lleven sus dones!

Doxología final

Que se pronuncie durante innumerables años la alabanza del Gran señor Nergal y de su héroe Ishum. Que se diga que Erra, en su furor, mientras se disponía a aplastar a todos los países y a destruir a sus habitantes, su consejero Ishum, habiéndolo calmado, había podido salvar algún resto.

Que el redactor de sus tablillas fue Kabti-ilani-Marduk, hijo de Dabibu, y que el dios Ishum le había revelado el poema en una visión nocturna, y que cuando por la mañana realizó su recitado no omitió ninguna línea, ni añadió una de más.

Oyéndolo, Erra expresó su aprobación. También le fue agradable a Ishum, su heraldo, y todos los dioses, junto con él, lo encomiaron.

Tras aquellas alabanzas, así habló el héroe Erra:

—En el santuario del dios que se glorifique este canto, que se acumule la abundancia, pero el dios que lo descuide que no huela más el incienso. Que el rey que exalte mi nombre reine sobre el universo, que el príncipe que profiera la gloria de mi heroísmo no tenga rival. El cantor que lo cante no morirá por epidemia alguna, sino que sus palabras serán gratas tanto al príncipe como al rey. El escriba que lo aprenda de memoria escapará del país enemigo y será honrado en su propio país. En el santuario de los sabios, donde se haga continua mención de mi nombre, yo le donaré generosamente la sabiduría. En toda casa, donde esta tablilla esté guardada, aunque Erra se enfurezca y los Sebitti planeen la muerte, la espada de la destrucción no se le acercará sino que en ella habrá seguridad. Que este canto subsista siempre y que perviva eternamente. ¡Que todas las tierras lo oigan y celebren así mi heroísmo! ¡Que los habitantes de todos los lugares lo conozcan y glorifiquen mi nombre!

Mitos sobre el Más Allá

NERGAL Y ERESHKIGAL

Este mito acadio se ha podido recomponer gracias a tres fuentes. Una primera, basada en una tablilla que contenía un corto ejercicio escolar (88 líneas), realizado en el siglo XIV *a.C., en la ciudad egipcia de El-Amarna por un estudiante de lengua acadia, constituyendo la llamada «versión antigua». Y otras dos, inscritas en sendos manuscritos de tiempos neoasirios, descubiertos, uno en 1951, durante las excavaciones realizadas en Sultantepé (Turquía), y otro en 1969, en la ciudad de Uruk, formando la «versión reciente». El mito tiene como finalidad explicar cómo Nergal llegó a ser titular del Más Allá, en medio de un romántico contexto amoroso, eliminando así los teólogos a Gugalanna, el primer esposo de la Reina de los Infiernos. En cualquier caso, la crítica interna del relato permite detectar elementos propios de la etapa paleobabilonia, de hacia el 1700 a.C. Se recogen aquí ambas versiones.*

VERSIÓN ANTIGUA

Un día, cuando los dioses estaban preparando un banquete, enviaron un mensajero a su hermana, a Ereshkigal, la Reina de los Infiernos, para decirle:

—Considerando que a nosotros no se nos ha concedido descender hasta ti y que tú no puedes subir hasta donde nos hallamos, envíanos, por eso, a alguien para que coja tu parte del banquete.

Oída aquella petición, Ereshkigal, en consecuencia, envió a Namtar, su visir.

Namtar, llegado al cielo, a lo más alto, fue introducido en la sala donde los dioses estaban en torno a una mesa, conversando y banqueteando. Ellos se levantaron y le dieron la bienvenida, pues se trataba del mensajero de su augusta hermana. Viéndole acercarse le trataron con respeto y le entregaron la parte del banquete de la diosa, su señora. Pero él, la rechazó, lloró y sollozó, retomando —no sin lanzar serias amenazas— el camino hacia el País sin retorno.

Su negativa había estado motivada por una falta de cortesía cometida por uno de los dioses, de nombre Nergal.

En efecto, cuando Namtar fue introducido en la sala, todos los dioses se habían levantado y le habían saludado con efusión, excepto Nergal, quien, sin hacerle el menor caso, había permanecido sentado y en silencio, sin concederle la más mínima mirada.

Namtar había considerado aquella acción no sólo como una falta de cortesía hacia su Señora, sino especialmente como un grave insulto a la majestad de quien le había comisionado para acudir al cielo. Por eso había despreciado la parte del banquete que se le había ofrecido.

Las graves amenazas vertidas por Namtar cuando salía del cielo habían sido oídas también por Nergal. De inmediato, se sintió culpable, temiendo incluso por su vida. Por eso acudió apresuradamente ante Ea, el más sabio de los dioses, a pedirle consejo.

—Príncipe Ea, temo por mi vida. Sé que me he portado mal, al no recibir al mensajero de nuestra hermana Ereshkigal. ¿Qué debo hacer?

Ea le respondió:

—No te preocupes. Todos llevamos abundante pelo. A fin de volverte irreconocible, rasúrate la cabeza.

Mientras tanto, Namtar ya había arribado a los Infiernos y dado cuenta de lo ocurrido a su señora Ereshkigal.

La diosa, furibunda, por la falta de respeto cometida hacia su insigne persona, con la mirada hiriente y afiladas palabras, le dijo a su mensajero:

—Vete, Namtar, otra vez al cielo, y de parte de su hermana, infórmales de mi decisión: «¿Dónde está el dios que no se levantó ante mi mensajero? Enviádmelo para condenarlo a muerte, porque yo lo quiero matar.»

Namtar se fue, pues, a parlamentar con los dioses y aquéllos, habiéndolo convocado, discutieron con él acerca de la taxativa y cruel petición de Ereshkigal. Tras ello dijeron a Namtar:

—Busca bien y cuando hayas visto al dios que no se levantó ante ti, aprehéndelo y llévalo a tu Señora.

Cuando Namtar los examinó, advirtió que el último de los dioses tenía la cabeza rasurada. Sin embargo, dijo a los dioses:

—No, no he reconocido al dios que no se levantó ante mí.

Y marchó a hacer su informe a Ereshkigal.

—Señora mía —le dijo Namtar ya en los Infiernos—, he visto a todos los dioses y los he examinado. Entre ellos observé que el último tenía la cabeza rasurada, pero no he reconocido entre ellos al dios que no se levantó ante mí.

Ereshkigal abrió la boca, tomó la palabra y le dijo a su mensajero.

—Bien, a fin de encontrarlo, irás al cielo todos los meses.

Todos los meses los dioses celebraban su banquete. Y cada vez que Namtar iba al cielo coincidiendo con aquella celebración, Nergal se ponía nervioso. Sin embargo, seguía sin ser reconocido, pues trataba de ocultarse. Aquello no le tranquilizaba; al contrario, le provocaba amargas lágrimas. Una de aquellas veces Nergal acudió ante Ea, su señor.

—¡No puedo aguantar más! —le dijo nervioso—. Ya sabes que temo por mi vida. Cuando Ereshkigal dé conmigo y me vea, no me dejará con vida.

—No tengas miedo —le respondió Ea—. Creo que lo mejor es que te presentes ante Ereshkigal. Pero te voy a dar 14 guardianes para que vayan contigo a los Infiernos y te protejan. Serán Mutabriqu, Sharabdu, Rabisu, Tirid, Idibtu, Bennu, Sidanu, Miqit, Beluri, Ummu, Libu y...

El último de aquellos nombres prácticamente quedó sin pronunciar ante el profundo carraspeo emitido por el dios Ea. Tras aclararse la garganta, el dios continuó diciendo:

—Todos ellos, vigorosos y terroríficos, irán allí abajo contigo.

Cuando Nergal llegó a la puerta de Ereshkigal, llamó:

—¡Portero! ¡Ábreme tu puerta! ¡Suelta las aldabas para que pueda entrar! He sido enviado en presencia de tu señora.

El portero marchó a anunciar a Namtar la presencia de aquel dios:

—Un cierto dios —le dijo Petu a Namtar— está de pie en la entrada de la puerta. Ve e inspecciónale para que entre.

Y Namtar salió afuera y en cuanto le hubo visto le dijo, alegrándose:

—¡Quédate ahí! ¡Espera!

Y marchó a decirle a su Señora:

—Mi señora, ahí está el dios que meses atrás había desaparecido, después de haber rehusado levantarse ante mí.

—¡Hazlo entrar! —respondió la diosa—. En cuanto llegue, lo mataré.

Y Namtar volvió a salir y le dijo a Nergal:

—Entra, mi señor. Ven a casa de tu hermana a recibir lo que te viene.

Nergal le contestó:

—Que tu corazón pueda alegrarse de mí.

Después de haber entrado en el recinto de Irkalla, Nergal fue colocando, rápidamente, a cada uno de sus 14 acompañantes, todos vigorosos y terroríficos, en las 14 puertas de los Infiernos para que nadie pudiera escapar ni refugiarse junto a Ereshkigal.

Llegado al patio central dio a Namtar y a su gente esta orden:

—¡Que las puertas estén abiertas de par en par! ¡Ahora —dijo Nergal— soy yo vuestro perseguidor!

Una vez en el interior del palacio, cogió a Ereshkigal y agarrándola por sus cabellos la sacó fuera de su trono arrojándola a tierra para cortarle la cabeza.

—¡No me mates! —decía ella—. ¡Hermano mío, no me mates! ¡Déjame decirte una palabra tan sólo!

Cuando Nergal oyó aquella súplica, aflojó el crispar de sus manos y la diosa, con lágrimas y sollozando, le dijo:

—Sé mi esposo y yo seré tu mujer. Te haré poseer la realeza sobre los Infiernos. Te entregaré además la Tablilla de la Sabiduría. Tú serás el Señor, yo la Señora.

Al oír Nergal aquellas palabras la tomó en sus brazos, la besó y le enjugó sus lágrimas, diciéndole después:

—Lo que tú has querido hacer de mí, desde hace unos meses, he aquí, ahora, bien realizado.

Versión reciente*

Un día en el que los dioses iban a celebrar un banquete, Anu abrió la boca y dirigió estas palabras a su mensajero Kakka:

—¡Kakka! Te voy a enviar al País sin retorno a decirle a mi hija Ereshkigal, la Señora del Infierno, esto: «Tú, tú no puedes subir aquí arriba, por lo tanto este año no vendrás al banquete. Nosotros no podemos descender y no descenderemos a tu Casa en estos meses. Que venga, pues, tu delegado: a la hora de los postres él recibirá la parte que a ti te toca del festín. Todo lo que yo le entregue te lo llevará íntegramente.»

Kakka bajó, pues, la larga escalera del cielo y cuando llegó a la puerta de Ereshkigal, llamó con fuerte voz:

—¡Portero! ¡Ábreme la puerta!

—Entra, Kakka —le respondió el portero—. Y que el espíritu protector de la puerta te acoja favorablemente.

* El comienzo del texto está perdido.

El portero hizo atravesar al divino Kakka la primera puerta, luego la segunda, la tercera, la cuarta, la quinta, la sexta y la séptima puerta. Llegado al amplio patio de Ereshkigal, Kakka se prosternó y besó el suelo frente a ella, después se irguió y, quedándose de pie, se dirigió a la diosa, diciéndole:

—Tu padre Anu me ha enviado a decirte: «Tú, tú no puedes subir aquí arriba, por lo tanto este año no vendrás al banquete. Nosotros no podemos descender y no descenderemos a tu Casa en estos meses. Que venga, pues, tu delegado: a la hora de los postres él recibirá la parte que a ti te toca del festín. Todo lo que yo le entregue te lo llevará íntegramente a ti.»

Ereshkigal abrió la boca y le respondió así a Kakka:

—Oh, mensajero de nuestro padre Anu, que acabas de llegar. ¿Todo va bien para Anu, Enlil y Ea, los dioses supremos? ¿Va todo bien para Nammu y Nanshe, santas divinidades? ¿Va todo bien para el Esposo de la Señora del cielo? ¿Todo va bien para Ninurta, el todopoderoso sobre la tierra?

Kakka le respondió a Ereshkigal:

—En efecto, todo va bien para Anu, Enlil y Ea, los dioses supremos. Y también todo va bien para Nammu y Nanshe, santas divinidades. Y para el Esposo de la Señora de los cielos. Y para Ninurta, el todopoderoso sobre la tierra. Ellos también, a la recíproca, esperan que todo vaya bien para ti.

Ereshkigal, tras asentir a aquellas palabras, que venían a ser corteses saludos, abrió su boca y se dirigió ahora a su visir Namtar, diciéndole:

—Namtar, visir mío, te envío a la Casa de nuestro padre Anu. Sube la larga escalera del cielo. A la hora de los postres, recibirás lo que me corresponde del festín que celebran los dioses en el cielo. Todo lo que te entregue Anu, tráemelo íntegramente.

Namtar subió al cielo, en donde fue recibido y saludado cordialmente por todos los dioses, los cuales se inclinaron respetuosamente ante su presencia. Sin embargo, Nergal rehusó inclinarse ante aquel enviado.

De regreso al Infierno, Namtar le contó aquel incidente a su dio-

sa Ereshkigal, la cual se enfureció ante tamaña descortesía manifestada a su visir. Su reacción no se hizo esperar, gritando con chillidos que el culpable sería castigado adecuadamente.

Nergal, en el cielo, intuyendo mientras tanto las consecuencias de su falta de tacto, se fue a aconsejar ante el dios Ea, a quien le manifestó todo lo ocurrido.

Ea, oída su explicación, le contestó a Nergal:

—Cuando Namtar llegó al cielo, subiendo por la larga escalera, todos lo dioses, en un mismo gesto y al mismo tiempo, se inclinaron ante él, incluso los dioses supremos, señores de los destinos, porque él, Namtar, poseía por delegación los poderes de Ereshkigal. ¿Por qué rehusaste hacer una inclinación ante ese enviado? Yo no hacía otra cosa que guiñarte el ojo para que te dieras cuenta de la situación, pero tú hacías algo que no comprendo: permanecías quieto, con los ojos clavados en el suelo.

Nergal no dio ninguna explicación. Pero, temeroso, de las consecuencias que le podían acarrear aquel descuido, no dudó en manifestarle a Ea que acudiría ante la propia señora del Infierno a explicarle su comportamiento y pedirle perdón. Al finalizar su exposición le preguntó:

—¿Qué me aconsejas hacer, Ea? ¿Cómo debo comportarme?

El príncipe Ea, el sabio de los dioses, le habló así, indicándole las precauciones a tener en cuenta en su peligroso viaje al Más Allá.

—Nergal, viajero, si quieres hacer ese camino, ir a la mansión de Irkalla, empuña ante todo tu espada. Penetra en el bosque de los árboles *mes* y corta ramas de *mes*, de cedros blancos, de enebros. Corta también ramos de *kanaktu* y de *simbirru*.

Nada más oír estas palabras, Nergal tomó consigo su hacha y desenvainó su machete. Penetró en el bosque de los árboles *mes* y cortó ramas de los árboles que le había indicado Ea. Siguiendo las explicaciones del dios fabricó un trono. En lugar de aplicarle plata, él lo recubrió de yeso; en vez de incrustar cornalina, lo recubrió con pequeñas piedras, en lugar de aplicarle oro, él lo abigarró con *leru* y con *kalguqqu*. En lugar de incrustarle lapislázuli, le aplicó *zaginduru*.

Una vez acabado el trabajo y terminado el trono, el dios Ea le llamó y le dio estas instrucciones:

—¡Viajero! Puesto que quieres marchar al Infierno, observa bien todas las instrucciones que te voy a dar. Cuando a tu llegada al Infierno, se te ofrezca un trono, rechaza sentarte en él. Si un panadero te trae pan, rehúsa comer de él. Si un carnicero te trae carne, no la consumas. Si un repostero te trae cerveza, no la bebas. Si se te presenta un pediluvio, rechaza mojar tus pies en él. Y si Ereshkigal entra en la sala de baños, revestida de sus ropajes transparentes y te desvela su hermoso cuerpo, no demuestres tu deseo como el que manifiesta un hombre hacia una mujer.

Nergal, después de escuchar con atención los consejos de Ea, se dirigió hacia el Infierno. Hacia la Casa oscura, la mansión de Irkalla, el lugar de donde no salen nunca más aquéllos que en él han entrado.

Marchó hacia el País sin retorno, hacia la Casa en la que los que entran quedan desprovistos de luz, donde el polvo alimenta su hambre y donde su pan es la arcilla, donde están vestidos como pájaros, sin jamás ver el día, y donde están acurrucados en las esquinas, llenos de gemidos, pasando sus días llorando como tórtolas.

Cuando Nergal hubo llegado a la puerta del Infierno, el portero abrió la boca y le dirigió estas palabras:

—Viajero, espera aquí, ante la puerta, para que vaya a anunciarte.

El portero, una vez que hubo entrado, dijo a Ereshkigal:

—Señora, cierto viajero ha llegado. No le conozco. ¿Quién podría identificarlo?

La Reina del Infierno sin inmutarse le respondió:

—Ve a Namtar, mi visir. Él sabrá identificarlo.

El portero, tal como se le había ordenado, acudió ante Namtar.

—Namtar —le dijo—, en la puerta se halla un viajero, al que desconozco. ¿Podrías identificarlo?

—Sí, desde luego, yo lo identificaré —le respondió Namtar—. Voy a examinarlo a través de la puerta y volveré con un informe para mi Señora.

Namtar se fue, pues, a examinar a Erra —nombre con el que también era conocido el dios Nergal— desde detrás de la hoja de la puerta. Al verle, el rostro de Namtar palideció, como una rama de tamarisco cortada. Y, cual una caña *kuninu* machacada, sus labios se ennegrecieron. Regresó y le dijo a su Señora:

—Señora, cuando me enviaste a la Casa de tu padre, cuando entré en el patio de Anu, todos los dioses, respetuosamente, se inclinaron ante mí. Todos ellos se inclinaron, excepto ése que se halla ante la puerta. ¡Y ahora helo aquí que ha bajado al Infierno!

Ereshkigal abrió la boca y le dijo a Namtar:

—Namtar mío, sin ambicionar el poder soberano, tú habrías de haber subido a mi trono real y gobernar la vasta Tierra infernal. Y yo, yo hubiese hecho mejor en trepar, en vez de ti, al cielo junto a mi padre para tomar parte en el banquete que él ofrecía y beber la cerveza que presentaba.

Sin más consideraciones, Ereshkigal le conminó a su visir:

—¡Ve, pues! ¡Introduce a ese dios ante mi presencia!

El visir hizo pasar a Nergal la primera puerta, la del portero Petu; luego la segunda, la de Kishar. Y la tercera, la de Endashurimma. Después, la cuarta, la de Enuruulla. Y la quinta, de Endukuga, y la sexta, de Endushuba. Finalmente, la séptima, la de Ennugigi. Nergal, al fin, entró en el amplio patio de Ereshkigal.

Se prosternó y besó el suelo ante ella, diciendo:

—Ha sido tu padre Anu quien me ha enviado a comparecer ante ti. Así que toma tu lugar en el trono y júzgame, asistida por los grandes dioses que residen en el Infierno.

Rápidamente, se le trajo un trono, pero rechazó sentarse en él. Un panadero le trajo pan, pero rehusó comerlo; un carnicero le trajo carne, pero no la consumió, un repostero le trajo cerveza, pero no la bebió, se le presentó un pediluvio, pero rechazó mojar sus pies en él.

Entonces Ereshkigal entró en la sala de baño, revestida de ropajes transparentes y le desveló su hermoso cuerpo. Pero él no demostró en absoluto su deseo como el que siente un hombre hacia una mujer.

Nergal, no obstante su negativa, no pudo hacer frente a los encantos de la Reina del Infierno cuando ésta entró por segunda vez en la sala de baño, despojándose de sus ropajes transparentes y mostrando la morbidez de su cuerpo. Él, evidenciando su deseo, como la pasión que siente un hombre por una mujer, la abrazó. Y arrebatados, ambos, por una mutua y ciega pasión, se fueron al lecho. Un primer día, un segundo día Ereshkigal y Nergal durmieron juntos. Un tercero, un cuarto día, igualmente. También un quinto y un sexto día. Pero, al llegar el séptimo, Nergal supo separarse de la Reina del Infierno antes de que se cumpliese la séptima noche en aquel lugar, plazo de máxima permanencia provisional, pues, cumplido el mismo, hubiese quedado retenido para siempre en la mansión de Irkalla. Por ello le dijo a Ereshkigal:

—Déjame partir, mi Señora. No quedes trastornada por mi ausencia. Voy a marchar, pero retornaré al Infierno.

Las palabras de Nergal no obtuvieron respuesta alguna. El rostro de Ereshkigal, sin embargo, se volvió sombrío, la amargura se reflejó en sus facciones, sus labios se ennegrecieron. Nergal se fue a continuación directamente a la puerta del Infierno y dirigió estas palabras a Petu, el portero:

—Portero, Ereshkigal, tu Señora, me ha dado una misión: «Yo te envío —me ha dicho— al cielo de Anu, mi padre. Debo llevarle un mensaje. Y no regreses antes de habérselo dado.»

Nergal, gracias a aquella mentira, pudo salir del Infierno sin problemas. Trepó, pues, por la larga escalera de los cielos y arribó al empíreo. Cuando hubo llegado a la puerta de Anu, Enlil y Ea, éstos, habiéndole visto, se dijeron:

—Mira, ahí está el amado de Ishtar, que ha vuelto. Sin duda Ereshkigal lo volverá a buscar, enviando a Namtar. Y para que no lo reconozca que Ea, su padre, lo rocíe con Agua de manantial, a fin de que se torne calvo, bizco y patituerto y que, luego, se siente sin riesgo en la Asamblea plenaria de los dioses.

Ereshkigal, entretanto, se afanaba en arreglar su morada. Cuidaba su hermoso cuerpo, bañándolo y perfumándolo. Rociaba su Casa

con agua pura, una y otra vez en compañía de dos hijas y de dos dioses, uno de ellos llamado Enmeshar. A todos les decía:

—Rociad con agua pura todos los aposentos, porque el enviado de nuestro padre Anu, una vez que haya vuelto, comerá mi pan y beberá mi agua.

Namtar, sin embargo, abriendo su boca le dijo estas palabras a su Señora:

—Ereshkigal, ese enviado de Anu que había venido aquí, ha desaparecido antes del amanecer. Ha evitado cumplir el plazo de siete días y siete noches. Además mintió al indicarme que tú lo enviabas de vuelta a tu padre con un mensaje.

Entonces Ereshkigal lanzó un grito terrible y desde su trono se arrojó al suelo. Las lágrimas caían amargamente de sus ojos y sobre sus mejillas chorreaban los lloros.

—¡Erra! ¡Nergal! —gritaba ella—. ¡El compañero que me colmaba de placer me ha abandonado antes de que me hubiese saciado de él! Me ha abandonado Erra, el «esposo» que me llenaba de placer antes de que me hubiese saciado del amor que me daba.

Namtar, oyéndola, le dijo:

—Mi Señora, envíame ante Anu, tu padre, y cogeré a ese dios y me apoderaré de él y te lo traeré para que te siga besando.

Ereshkigal le contestó a su visir Namtar:

—Ve y dirígete hacia la puerta de Anu, Enlil y Ea y les dirás de mi parte: «Desde que fui niña y luego joven nunca conocí las travesuras de las adolescentes, jamás conocí los retozos alegres de las muchachas. Ese dios que me habíais enviado y que me ha hecho el amor, ojalá que pueda retornar a dormir conmigo. Enviádmelo para que sea mi esposo y que permanezca conmigo día y noche. En la actualidad, vedme aquí mancillada e impura, impropia para ocupar un asiento en el tribunal de los grandes dioses residentes en el Infierno. Si no me lo enviáis, en virtud de los poderes del Infierno, la Gran Tierra, haré remontar a los muertos para que devoren a los vivos. Y los muertos sobrepasarán en número a los vivos.»

Namtar, pues, emprendió el camino del cielo, trepando por la larga escalera que conducía a él. Llegado a la puerta de Anu, Enlil y Ea, aquéllos, habiéndose apercibido de él, le dijeron:

—Namtar, ¿qué vienes a hacer aquí?

—Es vuestra hija —respondió— la que me ha enviado para que os diga de su parte que ha tenido una niñez y una juventud muy desgraciadas, que no ha conocido los retozos y las travesuras de las jóvenes. Asimismo, me ha dicho que el dios que le habíais enviado y que le hizo el amor retorne junto a ella para que sea su esposo. La diosa está mancillada y no puede sentarse en el tribunal de los grandes dioses infernales.

Anu, Enlil y Ea le escuchaban con toda atención, sin interrumpirle. Namtar finalizó sus palabras diciendo:

—Oídme lo que me ha dicho también: «Si no me lo volvéis a enviar, en virtud de los poderes del Infierno, la Gran Tierra, haré remontar a los muertos para que devoren a los vivos. Y los muertos sobrepasarán en número a los vivos.» Éstas han sido sus palabras textuales.

Ea tomó la palabra y le dijo a Namtar:

—Entra, Namtar, en el patio de Anu para buscar y llevarte contigo al dios que tú reclamas.

En cuanto Namtar entró en el patio de Anu, todos los dioses respetuosamente se inclinaron ante él, todos, los dioses del cielo y de la tierra. Se dirigió hacia uno de entre ellos, pero no reconoció en él al que iba buscando. Se encaminó hacia un segundo, y hacia un tercero, pero no reconoció en absoluto al que iba buscando. Fue incapaz de dar con él.

Vuelto de nuevo a la mansión de Irkalla, se presentó ante su Señora y le dijo:

—Señora, cuando me enviaste a la Casa de Anu, tu padre, me fijé en un dios que era calvo, bizco y patituerto. Se hallaba sentado en la Asamblea de los dioses.

—¡Ve! —respondió Ereshkigal—. ¡Apodérate de él y tráemelo! ¡Se trata de él! Con toda seguridad su padre Ea lo habrá rociado con Agua de manantial, convirtiéndolo así en calvo, bizco y pati-

tuerto. Y con tal aspecto habrá tomado su lugar en la Asamblea plenaria de los dioses. Lo ha transformado en un ser feo para que así no pudieras identificarlo.

Namtar volvió a trepar la larga escalera del cielo y cuando llegó a la puerta de Anu, Enlil y Ea, éstos, habiéndolo visto, le dijeron:

—¿Qué vienes a hacer aquí, otra vez, Namtar?

—Vuestra hija —les respondió— es quien me ha dado esta orden: «¡Apodérate de ese dios y condúcemelo aquí!»

—¡Bien, Namtar, entra en el patio de Anu! Busca a tu culpable y llévatelo contigo.

Se dirigió hacia uno de los primeros dioses, pero no reconoció en él a quien iba buscando. Se dirigió hacia un segundo, y hacia un tercero, con el mismo resultado. Luego hacia un cuarto y un quinto, con idéntico resultado. Entonces Nergal abrió la boca y le dirigió estas palabras a Ea:

—No estaría de más que Namtar, ese enviado que nos ha llegado, bebiera de nuestra agua, tomara un baño y se frotase su cuerpo con ungüentos.

El aspecto de Nergal puso sobre aviso a Namtar, reconociendo en aquel dios al dios que iba buscando. Namtar le invitó a que partiera con él hacia el Infierno. Antes de bajar a la mansión de Irkalla, Ea le dio nuevas advertencias a Nergal:

—No te despojes de tus vestidos, Erra.

Después, en tono amenazante le llegó a decir:

—Incluso yo mismo te eliminaría si no cumples mis avisos. Te voy a enseñar las reglas de la Gran Tierra. Al partir de aquí llévate un trono y otros diferentes objetos que van a serte de suma utilidad. Es preciso que los lleves.

Erra fijó en su corazón las palabras de Ea. A continuación engrasó su cuerda y descolgó su arco. Luego bajó la larga escalera del cielo. Cuando llegó a la puerta de Ereshkigal, gritó:

—¡Ábreme la puerta, portero!

Pero el portero colgó ante la puerta el trono de Nergal sin dejar que se lo llevara. Lo mismo hicieron los restantes porteros.

Cada uno de ellos obligó a Nergal a que depositara los objetos que portaba. Desposeído de todos, entró al final en el amplio patio de Ereshkigal. Sonriendo, se dirigió hacia ella. Y la cogió por su chal y la hizo descender de lo alto de su trono. Luego, cogiéndola por sus cabellos rizados la apretó contra sí, manifestándole todo el amor que sentía en su corazón por ella. Y arrebatados de nuevo, uno y otro, por una mutua pasión, se precipitaron en el lecho con fogosidad. Un primer día, un segundo día, la reina Ereshkigal y Erra durmieron juntos. Igualmente, un tercero, un cuarto, un quinto, un sexto y un séptimo día, consumiendo así las siete noches en el Infierno. Cuando llegó el octavo, Anu, desde el cielo, abrió su boca y dirigió estas palabras a su mensajero Kakka:

—Kakka, te voy a enviar al País sin retorno, a la morada de Ereshkigal, que reside en el Infierno para que le digas: «Este dios que te he enviado permanecerá contigo toda la Eternidad. Él no formará ya nunca más parte del Mundo Superior, sino que, en adelante, lo será del Mundo Inferior.»

El final del mito falta por rotura de la tablilla. Alrededor de unas 12 líneas contendrían el discurso de Anu, confirmando el destino asignado al dios Nergal como titular del Infierno, y el colofón del texto.

EL DESCENSO DE ISHTAR A LOS INFIERNOS

Este mito, de claro origen sumerio, fue retomado por su especial importancia en tiempos posteriores (finales del segundo milenio a.C.) y vertido al acadio. De tal adaptación —muy concisa, por otra parte— han llegado tres versiones, dos de ellas procedentes de Assur y una tercera de Nínive (ésta constituida por 138 líneas). La narración, que encierra alusiones a verdaderas catástrofes cósmicas, motivadas por la retención de Ishtar en el Infierno, alude claramente también al ciclo de la vegetación, representado en las figuras de Tammuz (Dumuzi) y de Geshtinanna.

Ishtar, la hija del dios luna Sin, decidió marchar a la Tierra sin regreso, al dominio de Ereshkigal. Sí, decidió ir allí la hija de Sin. A la morada oscura, la mansión de Irkalla, a la casa de donde no sale jamás quien allí entra por el camino de ida que no tiene retorno. A la casa en donde los que han llegado están privados de luz, donde el polvo es su vianda y la arcilla su comida, residiendo en tinieblas, sin jamás ver el día, donde están vestidos, como los pájaros, con un atavío de plumajes, mientras que el polvo se amontona sobre cerrojos y puertas.

Ella, pues, decidió partir para aquel País.

Cuando Ishtar llegó a la puerta de la Tierra sin regreso, dirigió estas palabras al guardián de la puerta:

—¡Portero! ¡Abre tu puerta! Abre tu puerta para que pueda entrar la que te está hablando. Si no me dejas entrar martillearé la puerta y destrozaré los cerrojos. Quebrantaré los montantes y demoleré las hojas de la puerta. Además haré remontar a los muertos que devorarán a los vivos, sobrepasándolos en número.

El portero tomó la palabra y se dirigió así a la poderosa Ishtar:

—¡Señora, quédate ahí, no abandones la puerta! Voy a anunciar tu llegada a mi reina Ereshkigal.

Entró el portero y, llegando ante Ereshkigal, le dijo:

—Ahí afuera está tu hermana Ishtar. Está esperando en la puerta. Está la que juega con la gran cuerda de saltar y la que alborotaba el Apsu, incluso en presencia de Ea, el dios de la sabiduría y el titular de aquel reino.

Cuando Ereshkigal hubo oído esto, su rostro palideció como una rama cortada de tamarisco, y cual una caña *kuninu* aplastada sus labios se oscurecieron.

—¿Qué cosa guió su corazón hasta mí? ¿Qué es lo que ahora ha pensado?

Tras estas preguntas sin respuesta, Ereshkigal interiorizando sus pensamientos hizo memoria de tiempos pasados.

—Inanna, a veces —dijo para sí Ereshkigal—, solía decir: «Quiero banquetear en compañía de los Anunnaki. Alimentarme como

los de la Tierra sin regreso y beber agua turbia.» Y añadía: «Quiero deplorar el destino de los hombres jóvenes arrebatados a sus esposas, llorar a las muchachas arrancadas de sus maridos y a los niñitos muertos antes de su hora.»

Después de haber rememorado aquello, dijo en alta voz a su portero:

—¡Vete a abrirle la puerta, portero! Pero, trátala según las antiguas reglas del Infierno.

El portero se fue y le abrió la puerta:

—Entra, Señora —le dijo—. Kutha se alegra en recibirte. La Tierra sin regreso está dichosa con tu visita.

A continuación la introdujo por la primera puerta. Le quitó y le confiscó la gran corona de su cabeza.

—¿Por qué, portero —le dijo—, me has quitado la gran corona de mi cabeza?

—Entra, Señora. Tal es la regla impuesta por la soberana del Infierno.

Cuando le hizo cruzar la segunda puerta, se le quitaron y confiscaron sus pendientes.

—¿Por qué, portero, me quitas mis pendientes?

—Entra, Señora. Tal es la regla impuesta por la soberana del Infierno.

Cuando le hizo cruzar la tercera puerta, se le quitó y confiscó su collar de perlas.

—¿Por qué, portero, me has quitado mi collar de perlas?

—Entra, Señora. Tal es la regla impuesta por la soberana del Infierno.

Cuando le hizo cruzar la cuarta puerta, se le quitó y confiscó el tapasenos de su pecho.

—¿Por qué, portero, me quitas el tapasenos de mi pecho?

—Entra, Señora. Tal es la regla impuesta por la soberana del Infierno.

Cuando le hizo cruzar la quinta puerta, se le quitó y confiscó el cinturón de piedras finas de sus caderas.

—¿Por qué, portero, me has quitado mi cinturón de piedras finas de mis caderas?

—Entra, Señora. Tal es la regla impuesta por la soberana del Infierno.

Cuando le hizo cruzar la sexta puerta, se le quitaron y confiscaron sus anillos de manos y pies.

—¿Por qué, portero, me has quitado mis anillos de manos y pies?

—Entra, Señora. Tal es la regla impuesta por la soberana del Infierno.

Cuando le hizo cruzar la séptima puerta, se le quitó y confiscó el mantón principesco que le cubría el cuerpo.

—¿Por qué, portero, me has quitado el mantón principesco que cubría mi cuerpo?

—Entra, Señora. Tal es la regla impuesta por la soberana del Infierno.

Tan pronto como Ishtar, llegada así a lo más profundo de la Tierra sin regreso, se halló a la vista de Ereshkigal, ésta se puso furiosa. Ishtar, sin pararse a reflexionar, se lanzó sobre ella. Pero Ereshkigal abrió la boca y dijo estas palabras a Namtar, su visir:

—Ve, Namtar. ¡Enciérrala en mi palacio! Suelta sobre ella las Sesenta enfermedades. Las dolencias de los ojos sobre sus ojos. Las de los brazos sobre sus brazos. Las de los pies sobre sus pies. Las de las entrañas sobre sus entrañas. Las de la cabeza sobre su cabeza. ¡Suéltalas todas sobre la totalidad de su cuerpo!

Una vez que Ishtar fue retenida así en el Infierno, he aquí que ningún toro montó a ninguna vaca, ningún asno fecundó a ninguna burra, ningún hombre dejó encinta a ninguna mujer. Cada uno dormía solo en su cámara y cada uno se iba a dormir aparte. Por ello, Papsukkal, el visir de los grandes dioses, preocupado e inquieto, vestido de luto y con largo cabello, acudió, desamparado, a llorar ante Sin, el padre de Ishtar. Asimismo, también derramó sus lágrimas ante Ea, el soberano. A éste le dijo:

—Ishtar, que ha descendido al Infierno, todavía no ha regresado. Y desde que ella ha partido a la Tierra sin regreso he aquí que la reproducción de bestias, animales y humanos se ha detenido.

Ea sabía que la estancia de Ishtar en la Tierra sin regreso motivaría ciertos problemas, entre ellos, la recesión total de las activida-

des sexuales, al no poder ejercer la diosa su influencia sobre los instintos de la procreación. No en balde Ishtar era la diosa del amor. Por ello, Ea, en su profunda inteligencia, tuvo una idea: creó a Asushunamir, un invertido, y le dijo:

—¡Rápido, Asushunamir! Dirige tus pasos hacia la puerta de la Tierra sin regreso. Las siete puertas de aquel país se abrirán para ti. Al verte Ereshkigal quedará regocijada. Tan pronto como su corazón jovial y su espíritu estén de buen humor, obtén de ella un juramento por los grandes dioses. Después, anímate y dirige tu atención al Odre. ¡En él se halla el Agua de la Vida!

—«Señora —le dirás—, que se me conceda beber de ese Odre.»

En cuanto Ereshkigal oyó aquello, a causa del despecho, se golpeó los muslos; también se mordió los dedos debido a la rabia:

—Me has pedido —dijo ella— una cosa prohibida. Ven, voy a lanzar sobre ti, Asushunamir, una gran maldición y asignarte para siempre un penoso destino. Para siempre tu pitanza será el residuo de las cloacas y tu bebida la que obtengas de los desaguaderos de la ciudad. Tú habitarás tan sólo las cavidades de las murallas y no residirás nada más que en los umbrales de las puertas. Borrachos y sedientos te abofetearán a su agrado.

A continuación Ereshkigal se dirigió a Namtar, su visir:

—Haz abrir, Namtar, la puerta del Egalgina, el Palacio de justicia. Esparce en el umbral conchas apotropaicas y convoca a los Anunnaki para hacerlos sentar en sus tronos de oro. Después rocía a Ishtar con el Agua de la Vida y aléjala de mi presencia.

Namtar se marchó para que abrieran la puerta del Egalgina; luego esparció conchas apotropaicas y después de haber convocado a los Anunnaki los hizo sentar en sus tronos de oro. Rociada Ishtar con el Agua de la Vida, fue alejada de la presencia de Ereshkigal.

Cuando se le hizo cruzar la primera puerta, se le restituyó el manto principesco que le cubría el cuerpo. Cuando se le hizo cruzar la segunda puerta, se le restituyeron sus anillos de manos y pies. Cuando se le hizo cruzar la tercera puerta, se le restituyó el cintu-

rón de piedras finas de sus caderas. Cuando se le hizo cruzar la cuarta puerta, se le restituyó el tapasenos de su pecho. Cuando se le hizo cruzar la quinta puerta, se le restituyó su collar de perlas. Cuando se le hizo cruzar la sexta puerta, se le restituyeron sus pendientes. Cuando se le hizo cruzar la séptima puerta, se le restituyó la gran corona de su cabeza.

—Si ella —le había avisado Ereshkigal a Namtar— no te entrega un sustituto, ¡tráemela otra vez aquí! Puesto que su sustituto —ella no va a querer venir aquí— va a ser Tammuz, el esposo de su primer amor, hazle que se lave con agua clara, que se frote con perfume y se revista con un esplendoroso vestido. Que golpee con la varita azul y que las «hijas de la alegría», las cortesanas, le animen el corazón.

Belili, esto es, Geshtinanna, estaba terminando de colocarse sus alhajas sobre su cuerpo, recubierto ya su pecho con un hermoso collar de perlas de ónice, cuando oyó la llamada desesperada de su hermano. Al oírla arrancó de su cuerpo sus joyas y las perlas de ónice que le cubrían el regazo.

—¡Es mi único hermano! —gritaba ella— ¡No me lo arrebatéis!

Cuando Tammuz remonte de allá abajo, varita azul y círculo rojo remontarán con él. Subirán, escoltándole, sus plañideros y sus lloronas. ¡Incluso remontarán los muertos a oler el buen aroma de las fumigaciones!

UNA VISIÓN DEL MUNDO INFERIOR

El siguiente mito, con un personaje principesco asirio por protagonista, muestra una dantesca visión del Infierno mesopotámico. El texto, de 75 líneas, pero que ha llegado incompleto, y escrito en forma de prosa poética, se halla en una larga tablilla localizada en Assur, datando aproximadamente de la mitad del siglo VII *a.C. Las primeras 15 líneas del anverso quizá trataran del padre del príncipe con temas relacionados con asuntos administrativos, glotonería y obsesión por las riquezas. Lue-*

go aparece un escriba en conexión con algún suceso que tal vez motivaría al monarca asirio bastante tristeza, pues llora, sale a la calle, rompe las cosas, no come, todo ello consecuencia de una desgracia o problema personal. Además, hubo de cometer una abominación, como fue la de nombrar heredero a quien no le correspondía el trono. De la línea 16 a la 27 aparece un escriba que va a servir de nexo a la narración, conectando los asuntos del monarca con la visión del Más Allá por parte del príncipe. Los hechos narrados tal vez puedan adscribirse a las figuras de Assarhaddón (681-669 a.C.) y Assurbanipal (668-631 a.C.), así como a la del escriba Urad-Gula.

Entonces Kumma, el príncipe asirio, hijo del rey, entró en el templo para intentar contactar con el Mundo Inferior. Era lo que deseaba. Dispuso para ello un quemador de incienso con madera de junípero y se puso a orar. De cualquier manera, enfadó al dios, mientras estaba pronunciando sus plegarias:

—Oh Allatu, Allatu, Señora del Infierno, acude en ayuda del huérfano perdido, muéstrame tu rostro y castiga los labios que hayan dicho insolencias, castiga donde no haya arrepentimiento. Castiga mientras yo viva, hasta el día de mi muerte. Déjame que los dioses Anunnaki, del Mundo Inferior, hagan mención de mi nombre.

La diosa Ereshkigal, la reina de los Infiernos, esto es, Allatu, se apareció a Kumma en un sueño durante la noche, diciéndole:

—Por orden de mi gran boca divina, puedes interpretar sueños; sin embargo, yo no debo responderte el significado del signo. Pero, ¿por qué te has dirigido a mí y no a Shamash? De cualquier manera, he visto tu primer sacrificio y quiero atender bien tus plegarias y hacerte ver lo que tú deseas.

El príncipe asirio Kumma, tres haber tenido el sueño, se despertó; a continuación gimió como una paloma.

—¡Mi corazón, mi corazón! —se lamentaba.

Luego, lloró amargamente y deseó que su sueño se repitiese. De nuevo, al atardecer del día siguiente, levantó sus manos en plegaria hacia Ereshkigal y delante de su esposo Nergal se derramaron sus lágrimas.

Tras cuatro líneas muy destruidas finaliza el fragmento del anverso de la tablilla. Su reverso se desarrolla como sigue.

Kumma, habiéndose acostado, contempló en su sueño una visión nocturna. He aquí su contenido, en palabras del propio príncipe asirio.

—He tenido un sueño. Durante el mismo fui transportado al Más Allá. Y desde el lugar en que estaba retenido vi el terrible resplandor que lo inundaba todo. Vi a Namtar, el visir del Mundo Inferior, el que establece las leyes. Ante él estaba un hombre que sujetaba el pelo de su cabeza en su mano izquierda, mientras que en su derecha sujetaba una espada.

—Namtartu, su concubina, tenía una cabeza de *kuribu*, en forma de esfinge, sus manos y sus pies eran humanos. El dios de la muerte, Mutu, tenía cabeza de dragón; sus manos eran humanas, sus pies eran de pájaro.

—El malvado demonio Shedu tenía cabeza y manos de hombre; su tocado era una tiara; sus pies eran los de un pájaro *agi*. Con su pie izquierdo pisaba encima de un cocodrilo.

—Alluhappu, «Red de caza», tenía la cabeza de un león, cuatro manos y pies humanos.

—Mukilreshlemutti, «Sustentáculo del mal», tenía la cabeza de un pájaro; sus alas estaban abiertas en el momento de volar de un lado para otro; sus manos y pies eran humanos.

—Humuttabal, «El que lleva velozmente», el barquero del Más Allá, tenía la cabeza del pájaro Anzu; cuatro manos y pies de un hombre.

—Etemu, «el Espectro», tenía la cabeza de un buey, cuatro manos y pies humanos.

—El malvado *Utukku*, el «Genio maléfico», tenía la cabeza de un león, manos y pies del pájaro Anzu.

—Shulak, parecido a un león normal, estaba de pie sobre sus patas traseras.

—Mamitu, «Juramento», tenía la cabeza de una cabra, manos y pies humanos.

—Petu, el portero del Mundo Inferior, tenía la cabeza de un león, manos humanas, pies de un pájaro.

—Mimma-lemnu, «Todo mal», tenía dos cabezas, una cabeza era la de un león, la otra la de una pantera.

—Muhra tenía tres patas: las dos delanteras eran las de un pájaro, la de atrás la de un buey. Estaba rodeado por un resplandor pavoroso.

—De dos dioses, de los cuales ignoro sus nombres, uno tenía la cabeza, las manos y los pies del pájaro Anzu; en su izquierda tenía garras. El otro estaba provisto de cabeza humana, su tocado era una tiara; en su mano derecha llevaba una maza; en su izquierda, ante él, sostenía una lanza.

—En total estaban presentes allí 15 dioses. Yo los vi, yo les supliqué.

—Un hombre se hallaba también allí. Su cuerpo estaba negro como la pez; su cara era como la del pájaro Anzu. Estaba vestido con un manto rojo, en su mano izquierda llevaba un arco, en su derecha sostenía una espada y con el pie izquierdo pisaba una serpiente en el suelo.

—Cuando moví mis ojos, vi que el esforzado Nergal estaba sentado sobre un trono regio. Su tocado era la corona de la realeza; en sus dos manos sujetaba dos furiosas mazas, cuyas dos cabezas finalizaban en leones. Un relámpago brilló entonces. Los Anunnaki, los grandes dioses, estaban inclinados a derecha e izquierda.

—El Mundo Inferior estaba lleno de terror. Ante el Hijo del Príncipe, esto es, ante Nergal, había un silencio total. Me cogió por las mechas de mis cabellos y me acercó hacia él.

—Al verle, mis piernas se pusieron a temblar. Su terrible resplandor me lanzó contra el suelo. Besé los pies de su gran divinidad cuando me incliné. Al levantarme, me miró sacudiendo su cabeza. Con un fiero grito me chilló fuertemente, a modo de una tormenta rabiosa. El cetro, insignia de su divinidad, que está lleno de terror, como una víbora, lo tiró contra mí, con intención de matarme. Pero Ishum, su consejero, el intercesor, el que perdona la vida, que ama la verdad, además de otros epítetos, dijo:

—«No mates a ese hombre, poderoso rey del Mundo Inferior, para que los súbditos de todo el país oigan alguna vez la alabanza de tu gloria.»

—El corazón del todopoderoso, del omnipotente, del que vence a los malvados, lo apaciguó como el agua clara de un pozo.

—Entonces Nergal profirió estas palabras:

—«¿Por qué menospreciaste a mi adorada esposa, la Reina del Mundo Inferior? Si ella consiente —y a su gloriosa orden, que no debe ser alterada—, que Biblu, el verdugo del Mundo Inferior, te haga llegar, entregándote a Lugalsula, el portero, para que éste pueda conducirte afuera, a través de la puerta de Ishtar y Aya. Si tú no me olvidas y no me abandonas, yo no impondré contra ti la sentencia de muerte. En caso contrario, y bajo la orden de Shamash, que los dioses te den a un mismo tiempo revueltas, desórdenes y revoluciones, y que el tumulto desencadenado de las naciones te impida para siempre gozar del sueño.»

—«Este espíritu de la muerte —prosiguió diciendo Nergal—, que has visto en el Mundo Inferior, es el del famoso pastor a quien mi padre Ashur, el rey de los dioses, le concedió todo lo que él hubo deseado. Es el espíritu de aquél que alimentó a todos los países del Este al Oeste como si fueran hijos de Nisaba y a todos los gobernó. De él, a quien Ashur, a la vista de su sacerdocio, le confió la celebración del sagrado festival del Templo del Año Nuevo de los campos, donde él creó un lujuriante jardín, imagen del Líbano. Y para quien ha sido decretado que los dioses Yabru y Humba-Napruhu —los dos de origen elamita— protegieran su persona, preservaran su semilla, salvasen su ejército y su campamento y que ningún enemigo sobre su carro no pudiera acercársele en el curso del combate. Pero este otro, tu protector, el eminente, el experto en todas las cuestiones, dotado de amplio entendimiento, grande y sabio en espíritu y que escrutó los planos de la cohesión de la tierra, ¿por qué cerró su mente a sus palabras, violó lo prohibido y pisoteó lo consagrado? Sin tardanza, el resplandor de su majestad os aterrorizará y os destinará a la nada. ¡Que esta palabra quede en vuestros corazones clavada como una espina! Ve de vuelta a las regiones superiores, hasta que yo me acuerde otra vez de ti.»

Así me habló y yo me desperté.

El corazón de Kumma latía por el cansancio, como un hombre que ha derramado sangre, que vaga solo por el pantano y a quien el alguacil ha dominado, o como un joven verraco, hace poco tiempo adulto, que ha montado a su compañera, cuyo ardor le surge por todas partes, expulsa porquería por boca y trasero.

Sollozando una lamentación él exclamó:

—¡Desdichado! ¡Ay de mí!

Y, después, volando hacia la calle como una flecha, él embuchó el polvo del camino y del mercado con su boca, mientras seguía haciendo sonar su pavoroso grito: «¡Desdichado! ¡Ay de mí! ¿Por qué has decretado esto para mí?» Gritando así alababa conmovedoramente, ante los súbditos de Ashur, el valor de Nergal y de Ereshkigal, que habían venido en ayuda de este príncipe.

Y como aquel escriba que había aceptado previamente sobornos, cuando ocupó el puesto de su padre, debido al claro entendimiento que Ea, dios de la sabiduría, le había concedido, él consideraba en su corazón las palabras de alabanza, hablando de este modo para sus adentros:

—«Para que los pactos con el mal no se acerquen a mí, no presionen sobre mí, llevaré a cabo los actos que Nergal ha ordenado.»

Él salió afuera y lo repitió al palacio diciendo: «Esto será mi protección frente al mal.»

Mitos de ascensión

ETANA

El mito de Etana ha llegado a través de diferentes ejemplares de tres importantes versiones. Una paleobabilonia (con tablillas localizadas en Susa y Tell Harmal), otra asiria (versión de Assur) y una última neoasiria (originaria de Nínive), todas incompletas a causa de sus grandes lagunas textuales. La historia de Etana, sin embargo, era mucho más antigua, atribuyéndose la misma al experto neosumerio Lu-Nanna, que vivió en tiempos del rey Shulgi de Ur (2094-2047 a.C.). Aunque el final del mito se desconoce, el mismo hubo de ser feliz, pues Etana pudo dejar el trono a un hijo. En cualquier caso, esta historia —que hubo de ocupar unas 420 líneas— alcanzó una amplia difusión en el ámbito mesopotámico, incorporándose también su argumento a la plástica de los cilindro-sellos, caso de uno fechado por los expertos hacia el 2300 a.C.

En aquel tiempo los grandes dioses diseñaron una ciudad, los Igigi pusieron sus cimientos. Los Anunnaki diseñaron la ciudad de Kish, los Anunnaki pusieron sus cimientos. Los Igigi hicieron firme su obra de ladrillo, los Anunnaki, igualmente.

—«Que la ciudad pueda ser el nido, el lugar de reposo de la humanidad. Que Etana sea su pastor. Que Etana sea su constructor, que sea el bastón que gobierne Kish.»

Un día, los grandes Anunnaki, compañeros del dios Anu en el cielo, dioses que decretan el destino, celebraron sesión y tomaron consejo acerca de la tierra. Estaban creando la totalidad del universo y estableciendo la forma de éste. Los Igigi, dioses celestes, decretaron nombre para todo lo creado para la humanidad. Pero no habían establecido un rey sobre los «cabezas negras». Hasta aquel momento ninguna tiara ni corona había sido usada y ningún cetro había sido aún blandido. En ninguna parte todavía no había sido hecho el estrado del trono. Los Sebitti, los siete Igigi, habían obstaculizado las puertas contra la gente, impidiéndola entrar. Los Igigi patrullaban la ciudad.

Cetro, corona, tiara y cayados de pastor yacían depositados ante Anu en los cielos. No existía gobierno para la gente hasta que la monarquía descendió del cielo.

La diosa Ishtar estaba buscando un pastor, buscaba por todas partes un rey. Ishtar, conocida también como Inanna, estaba buscando un pastor, buscaba por todas partes un rey para la ciudad. Enlil, por su parte, estaba buscando un estrado regio para Etana.

—«El joven hombre que Ishtar está buscando tan diligentemente, lo está buscando por todas partes. Al fin, un rey fue entronizado para la tierra por los dioses y establecido en Kish. Él trajo la monarquía.»

Sigue una laguna con más de 120 líneas totalmente perdidas.

Él le nombró rey, hizo rey a un hombre. Luego, aquel rey construyó una ciudad. Asimismo, levantó una capilla para Adad, su dios. A la sombra de aquella capilla creció un frondoso álamo. En su copa se agazapaba un águila y una serpiente vivía en su base. Cada día vigilaban su presa. El águila hizo oír su voz y le dijo a la serpiente:

—¡Venga! ¡Seamos amigas, seamos camaradas tú y yo!

La serpiente abrió la boca y le respondió al águila:

—No eres adecuada para la amistad a los ojos de Shamash. Eres malvada y has entristecido su corazón. Has hecho cosas imperdo-

nables. Una abominación a los dioses: has ingerido comida *asakku*. Pero, venga, alcémonos y hagamos un pacto. Hagamos un juramento en presencia de la red de Shamash, objeto divino que testimoniará nuestro acuerdo.

Ante Shamash, el héroe, prestaron entonces el siguiente juramento:

—Quien se pase del límite establecido por Shamash, que Shamash lo entregue en manos del Cazador, del Verdugo, para que le haga daño. Quien se pase del límite establecido por Shamash, que la Montaña le mantenga lejos de su paso. Que el arma lanzada al azar le alcance de pleno. Que la red sobre la cual hacemos el juramento a Shamash se vuelva contra él y lo atrape.

Cuando hubieron jurado por la red de Shamash, tras levantarse, subieron a la montaña. A un mismo tiempo concibieron, a un mismo tiempo dieron a luz. La serpiente parió a la sombra del álamo, mientras que por encima de ella, en la copa, paría el águila.

Cada día vigilaban su presa. Cuando el águila cogía un toro salvaje o un asno salvaje, la serpiente comía. Luego se iba para que sus crías comieran. Cuando la serpiente cogía cabras montesas o gacelas, el águila comía. Luego se iba para que sus crías comieran.

Cuando el águila cogía un jabalí y una oveja salvaje, la serpiente comía. Luego se iba para que sus crías comieran. Cuando la serpiente cogía ganado del campo y bestias salvajes de la estepa, el águila comía. Luego se iba para que sus crías comieran.

Las crías de la serpiente tenían abundancia de comida; las crías del águila crecieron en edad y talla.

Cuando sus crías habían crecido y sus alas habían adquirido pericia para volar, el águila concibió malos pensamientos en su corazón. Y, habiendo tramado la maldad en su corazón, decidió devorar las crías de su amiga, la serpiente.

El águila dijo, pues, a sus aguiluchos:

—Me voy a comer las crías de la serpiente y para escapar a su

cólera, ascenderé al cielo y habitaré allí y no descenderé más que a la copa de los árboles para comer sus frutos.

El más pequeño de los aguiluchos, rebosando sabiduría, dirigió estas palabras al águila, su madre:

—Madre mía, no las comas. La red de Shamash te capturará, la red sobre la que se efectuó el juramento de Shamash se volverá contra ti y te retendrá cautiva, porque, recuerda, aquél que haya transgredido el límite establecido por Shamash, dicho dios lo entregará al Cazador, al Verdugo, para que le haga daño.

Pero el águila no atendió aquellas palabras, no quiso escuchar las palabras de sus hijos. Descendió y devoró a las crías de la serpiente.

Al atardecer, al declinar el día, la serpiente vino. Traía su carga de carne, que soltó a la entrada de su nido. Cuando la serpiente miró a su alrededor su nido no estaba allí; cuando se agachó, ¡no vio a sus crías! Llegó la mañana, pero el águila no apareció. Con sus garras había arañado el suelo y la nube de polvo había oscurecido el cielo.

La serpiente, ante la ausencia de sus crías, lloró plena de amargura. Derramando lágrimas, imploró ante Shamash, el dios de la justicia:

—Confié en ti, valeroso Shamash. Yo presenté buena voluntad al águila, respeté y honré tu juramento, no sostuve ningún mal contra mi amiga. Ahora ella tiene su nido al completo, pero el mío está destrozado. El nido de la serpiente se ha convertido en un lugar de lamentaciones. Ella tiene a todos sus polluelos; en cambio mis crías no están en su nido, porque el águila —¡quién sino ella!— bajó y devoró mi prole. Que sepas, oh Shamash, que ella continúa practicando el mal.

Después de unos momentos de silencio, que aprovechó para enjugarse sus lágrimas, prosiguió diciéndole a Shamash:

—Shamash, tu red es tan amplia como la tierra, tu red es tan inmensa como el cielo, ¡ojalá que el águila no pueda escapar de tu red! ¡Que no escape el águila, tan criminal como el pájaro Anzu que dañó a su camarada, a Enlil!

Cuando Shamash oyó la súplica de la serpiente, el dios sol le dijo:

—Sigue tu camino, cruza la montaña, inmovilizaré para ti un buey salvaje. Abre sus entrañas, rasga su vientre. Hazte un lugar para sentarte en su vientre. Todas las especies de pájaros descenderán del cielo a devorar la carne; el águila también bajará con ellos a devorar la carne sin saber el mal que le aguarda. Buscará por todos los lados los mordiscos más tiernos, tanteará los escondrijos y penetrará en las entrañas. Cuando penetre en el interior, ¡cógela por las alas, arráncale sus plumas, sus piñones y sus rémiges, desplúmale las alas y tírala a un foso para que muera allí de una muerte de hambre y sed!

Tal como le había dicho el valeroso Shamash, la serpiente se fue y cruzó la montaña. Cuando alcanzó al buey salvaje, abrió sus entrañas y desgarró su vientre. Luego, hizo un lugar para sentarse en el vientre. Todas las especies de pájaros descendieron del cielo a devorar la carne; pero si el águila hubiese conocido el mal que la amenazaba, ¡no habría comido la carne con las otras aves!

Sin embargo, el águila, nada más ver el buey muerto, abrió la boca y dijo a sus aguiluchos:

—Venid, descendamos y devoremos también nosotros la carne de ese buey salvaje.

El más pequeño de ellos, rebosando sabiduría, le dirigió estas palabras:

—No bajes, madre. ¡Quizá dentro de ese buey salvaje está esperándote la serpiente!

El águila, sin reflexionar ante aquellas palabras llenas de cordura, insistió en sus deseos y le respondió:

—Bajaré y comeré la carne de ese buey salvaje. Si los pájaros tuvieran miedo, ¿cómo estarían comiendo la carne tan tranquilamente?

El águila, pues, no las sopesó, no observó las palabras de su hijo, sino que bajó y se posó sobre el buey salvaje.

Lo primero que hizo fue inspeccionar la carne, luego se mantuvo mirando delante y detrás de ella. De nuevo volvió a inspeccionar la carne, examinando lo que había delante y detrás de ella. Procediendo cautamente, avanzó paso a paso hasta lo más hondo

de las entrañas. Cuando penetró en el interior del buey, la serpiente la cogió por sus alas.

—Entraste y destruiste mi nido —chilló la serpiente—. Robaste y te comiste a mis crías.

El águila abrió su boca y dijo a la serpiente:

—¡Ten piedad de mí y te concederé un regalo de bodas *nudunnu*, como a una prometida!

Pero la serpiente le respondió:

—Si te suelto, ¿cómo le contestaré a Shamash que está allá en lo alto? Tu castigo se volvería contra mí, el castigo que yo precisamente te debo infligir.

Y sin más palabras le arrancó sus plumas, piñones y rémiges. Luego la desplumó y la tiró a un foso diciendo:

—¡Morirá de una muerte de hambre y sed!

Pero el águila suplicaba, en el foso, diariamente a Shamash:

—¿Voy a fenecer en este foso? ¿Quién podrá saber de qué modo me fue impuesto tu castigo? Salva mi vida, la del águila, que soy yo, y difundiré tu nombre y fama para la Eternidad.

Shamash le replicó al águila:

—Tú has sido mala y me has agraviado gravemente. Comiste lo detestado por los dioses y lo prohibido. Estás muriéndote y no me acercaré a ti; pero mira, quiero que venga en tu ayuda un hombre que yo te enviaré.

Diariamente Etana suplicaba a Shamash:

—¡Oh Shamash, has disfrutado de los mejores pedazos de mis ovejas y la tierra ha bebido para ti la sangre de mis corderos! He honrado a los dioses y reverenciado a los espíritus de los muertos. Los intérpretes de los sueños han gastado mi incienso y los dioses han usado mis corderos en el matadero. ¡Oh señor, que brote de tu boca una orden para mí! ¡Concédeme la planta del nacimiento! ¡Muéstrame la planta del nacimiento! ¡Quítame mi vergüenza y dame un hijo!

Shamash le dijo a Etana:

—Sigue el camino, cruza la montaña. Cuando veas un foso, exa-

mina su interior con cuidado. Dentro de él yace un águila. ¡Ella te mostrará la planta del nacimiento!

Siguiendo las órdenes del valeroso Shamash, Etana siguió su camino, cruzó la montaña. Cuando vio el foso, examinó su interior. Dentro yacía un águila abandonada allí. Era lo que Shamash había dispuesto para él.

El águila hizo oír su voz y habló a Shamash:

—Oh, señor, si este hombre me hace salir de este foso, si recibo de él pajarillos, si recupero mis fuerzas, yo le daré lo que desee, haré todo lo que él diga con tal de que haga también todo lo que yo le indique.

El águila hizo oír nuevamente su voz y habló ahora a Etana:

—Tú, dime: ¿por qué has venido a mí?

Etana, respondiendo al águila, le dijo:

—Oh, amiga mía, dame la planta del nacimiento. ¡Muéstrame la planta del nacimiento! ¡Quítame mi vergüenza y dame un hijo!

El águila le miró diciendo a Etana:

—¡Tú eres, sin duda, Etana, el rey de los animales, pues eres su pastor! ¡Eres Etana! ¡Sácame, por favor, del interior de este foso! Dame la libertad y te daré una prole humana. Y hasta la eternidad te cantaré alabanzas. Yo sola buscaré en las montañas. Déjame traerte la planta del nacimiento.

Cuando Etana oyó esto, llenó la parte delantera del foso con junípero, se fue a por alimento y lo lanzó al interior. Mantuvo así viva al águila en el foso.

Luego empezó a enseñarle a volar de nuevo. Durante un tercer mes, luego un cuarto mes mantuvo al águila viva en el foso. Y empezó a enseñarle a volar otra vez. Etana la ayudó durante siete meses. En el octavo mes la ayudó a salir de su foso. El águila ahora tan bien alimentada estaba fuerte igual que un fiero león.

El águila hizo oír su voz y habló así a Etana:

—Amigo mío, realmente somos amigos tú y yo. Dime lo que deseas de mí que yo te pueda dar.

Etana le respondió al águila:

—Cambia mi destino y revela lo que está escondido.

Sigue una pequeña laguna de unas seis líneas.

Etana fue y ayudó al águila a salir del foso.

El águila se marchó a buscar a las montañas, pero la planta de nacimiento no se encontraba allí.

—¡Ven, amigo mío —le dijo el águila—, déjame subirte al cielo! Vamos a encontrar a Ishtar, la Señora del nacimiento. Ante Ishtar, la Señora del nacimiento, nosotros le pediremos la planta que necesitas.

Tras argumentarle aquella solución, el águila continuó diciéndole:

—Amigo mío, brillantes son las regiones celestes. Vamos, te cargaré hasta el cielo de Anu. Coloca tu espalda sobre mi pecho, tus manos ponlas sobre las plumas de mis alas y sobre mis costados coloca tus brazos.

Etana colocó su espalda sobre el pecho del águila, puso sus manos sobre las plumas de sus alas, colocó sus brazos sobre sus costados y fuertemente apoyó su peso sobre ella.

Cuando lo había subido hacia lo alto, durante una hora doble el águila le dijo a Etana:

—Mira, amigo mío, ¿cómo se ve el campo? ¡Observa el mar a los lados del Ekur!

—¡Los asuntos del campo zumban como moscas! ¡El ancho mar no es más que un aprisco! —le respondió Etana.

Cuando lo había subido hacia lo alto, durante una segunda hora doble, el águila le volvió a decir:

—Mira, amigo mío, ¿cómo se ve el campo?

—¡El campo se ha convertido en un jardín y el ancho mar no es mayor que un cubo!

Tras haberlo subido hacia lo alto en una tercera hora doble, le volvió a decir:

—Mira, amigo mío, ¿cómo se ve el campo?

—Estoy buscando el campo, pero no lo puedo ver y mis ojos ni siquiera pueden distinguir el ancho mar. Amigo mío, no puedo

subir más arriba, da la vuelta y déjame volver a mi ciudad —le respondió Etana, totalmente mareado.

El águila le soltó durante una hora doble, luego bajó volando y recuperó a Etana sobre sus alas. El águila lo soltó durante una segunda hora doble, luego bajó y lo recuperó sobre sus alas. El águila lo soltó una tercera hora doble, luego bajó y lo recuperó sobre sus alas. A un metro del suelo el águila lo soltó, luego bajó y lo recuperó sobre sus alas.

Sigue un hueco de una longitud indeterminada. Etana tuvo tres sueños que lo animan a intentar ir otra vez al cielo a buscar la planta del nacimiento.

Etana dijo al águila:

—Amiga mía, he tenido un primer sueño, la ciudad de Kish estaba llorando, no tenía heredero. Dentro de ella el pueblo estaba de luto y yo entonaba un canto de lamentación:

—«Oh, Kish, dadora de vida, Etana no puede darte un heredero.»
—«Oh, Kish, dadora de vida, Etana no puede darte un heredero.»

Nueva laguna de longitud incierta.

Su mujer le dijo a Etana:

—El dios me ha mostrado un sueño. Al igual que tú, esposo mío, he tenido un sueño. Como a ti, el dios me ha mostrado un sueño. Etana era rey de Kish durante muchos años y su espíritu se hallaba atormentado.

Otra nueva laguna textual.

Etana abrió su boca y habló al águila:

—Amigo mío, ese dios me mostró otro sueño. Íbamos por la entrada de la puerta de Anu, Enlil y Ea, los grandes dioses. Nos agachamos tú y yo. Íbamos por la entrada de la puerta de Sin, Shamash,

Adad e Ishtar. Nos inclinamos juntos tú y yo. Pude abrir mis ojos y mirar a mi alrededor. Vi una casa con una ventana que no estaba sellada. La abrí y me metí. La diosa Ishtar estaba sentada en el centro de un resplandor divino. Ella estaba magnífica, adornada con una corona, hermosísima de rostro. Se hallaba sobre un fastuoso trono, vigilado por leones rugientes. Me acerqué, temblando, y los leones saltaron hacia mí. Entonces me desperté de mi sueño.

El águila le dijo a Etana:

—Amigo mío, el significado de los sueños está bastante claro. Vamos, déjame llevarte al cielo de Anu. Pon tu pecho sobre mi pecho, pon tus manos sobre las plumas de mis alas, pon tus brazos sobre mis costados.

Etana hizo lo que le fue indicado. Y, ya, una vez que el águila aseguró bien su carga, subió a Etana durante una hora doble. Mientras ascendían le dijo:

—Mira, amigo mío, ¡cómo aparece el país! ¡Inspecciona el mar, busca cuidadosamente sus rasgos!

—¡El país es sólo el borde de una montaña! ¿Y qué ha sido del mar?

El águila le subió durante una segunda hora doble y le volvió a decir:

—Mira, amigo mío, ¡cómo aparece el país! ¡El mar se ha convertido en la zanja de un jardinero!

Cuando ascendieron al cielo de Anu, pasaron por la puerta de Anu, Enlil y Ea. El águila y Etana, juntos, se prosternaron. Pasaron por la puerta de Sin, Shamash, Adad e Ishtar, y ambos, el águila y Etana, también se volvieron a prosternar. Él la abrió y entró.

....

El resto del texto está perdido. De acuerdo con la Lista real sumeria, se sabe que Etana fue sucedido en el trono de Kish por su hijo Balih.

ADAPA

El mito acadio de Adapa, el primero de los sabios antediluvianos, cuyo trasfondo refleja el deseo de inmortalidad por parte del hombre, ha lle-

gado de modo incompleto a partir de cuatro fragmentos (de otras tantas versiones), tres de ellos localizados en la biblioteca de Assurbanipal en Nínive, y otro, el más extenso y antiguo, en los archivos de la ciudad egipcia de Tell el-Amarna. Todavía no se ha descifrado el significado del mito, ignorándose si el hecho de no alcanzar la inmortalidad fue debido a las propias artimañas del dios Ea o al propio comportamiento de Adapa. El relato hubo de tener unas 120 líneas de extensión.

El dios Ea hizo la amplia inteligencia perfecta para Adapa, a fin de que comprendiera los asuntos de la tierra. Le dio sabiduría, pero no le dio la vida eterna.

En aquellos días, en aquellos años él era un sabio, hijo de la ciudad de Eridu. Ea lo creó como un espíritu protector entre los humanos. Un sabio: nadie rechazaba su palabra. Era listo: el más sabio de los Anunnaki era él. Sagrado, puro de manos, sacerdote *pashishu* que siempre atendía los ritos. Hacía el pan con los panaderos. Sí. Hacía el pan con los panaderos de Eridu. Hacía la comida y preparaba el agua de Eridu cada día. Disponía la mesa de ofrendas con sus puras manos; sin él ninguna mesa de ofrendas podía ser recogida. Pilotaba la barca y proveía la pesca para Eridu.

En aquellos días, Adapa, el hijo de Eridu, cuando hubo sacado al héroe Ea fuera de su lecho, atendió diariamente el «rayo de Eridu», un objeto ritual mágico, favorecedor de la pesca. En el sagrado muelle Kar-usakar embarcó en un velero. Al no tener timón su barca iba a la deriva, sin el mástil del timón logró, sin embargo, sacar su velero al ancho mar.

Aquí existe una laguna textual de longitud indeterminada. El texto que sigue, también incompleto, es el procedente de los archivos de Tell el-Amarna, del siglo XV *a.C.*

Pero el Viento del Sur se puso a soplar y le sumergió, haciendo que se hundiera en el dominio de los peces.

—¡Viento del Sur, malditos sean tus maleficios! ¡Aunque me envíes a tus hermanos contra mí, aunque sean muchos, yo romperé tu ala!

Nada más pronunciar estas palabras el ala del Viento del Sur se quebró. Durante siete días el Viento del Sur no sopló sobre la tierra. Anu llamó a Ilabrat, su visir, y le dijo:

—¿Por qué el Viento del Sur no ha soplado sobre la tierra desde hace siete días?

—¡Mi señor! Adapa, el hijo de Ea, ha quebrado el ala del Viento del Sur.

Cuando Anu oyó estas palabras, exclamó:

—¡Que el cielo le ayude!

Y levantándose de su trono ordenó:

—¡Idlo a buscar para traerlo aquí!

El dios Ea, consciente de los usos del cielo, contactó con Adapa y le dijo que, cuando fuera al cielo, llevara los cabellos revueltos y que vistiera un traje de luto. Tras ello le dio estas instrucciones:

—Adapa, tienes que ir en persona ante el rey Anu; subirás al cielo y cuando hayas subido y te acerques a la puerta de Anu, los dioses Dumuzi y Gizzida estarán en la puerta de ese gran dios. Al verte, te preguntarán: «Hombre, ¿por quién tienes ese aspecto? Adapa, ¿por quién vistes prendas de luto?» Debes responder: «Dos dioses han desaparecido del país. Por ellos me comporto así.» Ellos te preguntarán: «¿Quiénes son los dos dioses que han desaparecido del país?» Debes responder: «Son Dumuzi y Gizzida.» Ante tu respuesta se mirarán entre sí y se reirán mucho. Ellos, de buen humor, te presentarán ante Anu y hablarán en tu favor delante de él. Pero cuando estés ante Anu te ofrecerán el Pan de la Muerte, no deberás comerlo. Te ofrecerán el Agua de la Muerte, no deberás beberla. Te ofrecerán un vestido, póntelo. Te ofrecerán aceite, úngete con él. No debes olvidar las instrucciones que te he dado. Cíñete a las palabras que te he dicho.

Llegó el mensajero de Anu, diciendo:

—Envíame a Adapa, que quebró el ala del Viento del Sur.

Él le hizo coger el camino del cielo y al cielo subió. Cuando llegó al cielo y se acercó a la puerta de Anu, los dioses Dumuzi y Gizzida estaban en la puerta de Anu. Al verle, gritaron:

—¡Que el cielo le ayude!

Luego dirigiéndose a él, le dijeron:

—Hombre, ¿por quién tienes ese aspecto? Adapa, ¿por quién vistes prendas de luto?

Él respondió:

—Dos dioses han desaparecido del país. Por ellos me comporto así.

—¿Quiénes son los dos dioses que han desaparecido del país?

—Dumuzi y Gizzida —respondió Adapa.

Se miraron entre sí y se rieron mucho.

Cuando Adapa se acercó a presencia del rey Anu, Anu le vio y le dijo:

—Ven aquí, Adapa, ¿por qué quebraste el ala del Viento del Sur?

Adapa respondió a Anu:

—Mi señor, estaba pescando en medio del mar para la casa de mi señor Ea, pero el Viento del Sur sopló, infló el mar en una tormenta y me hundió en el dominio de los peces. En mi furia maldije al Viento del Sur.

Dumuzi y Gizzida, que estaban junto a él, dirigieron a Anu unas palabras en su favor. El corazón de Anu se apaciguó y se dejó convencer.

—¿Por qué Ea reveló las cosas del cielo y de la tierra a un triste humano y le preocupó? Fue él quien lo hizo. ¿Qué podemos hacer por Adapa? Traedle el Pan de la Vida eterna y dejadle que lo coma.

Cuando le trajeron el Pan de la Vida eterna no lo comió. Cuando le trajeron el Agua de la Vida eterna no la quiso beber. Cuando le trajeron un vestido, se lo puso. Cuando le trajeron aceite, se ungió con él.

Anu le miró y se rió de él:

—¡Vamos, Adapa! ¿Por qué no has comido ni bebido? ¿No querías ser inmortal? Lástima por la gente pisoteada.

—Fue Ea, mi señor, quien me dijo: «No comas, no bebas» —contestó Adapa.

—¡Cogedlo y enviadlo de vuelta a la tierra! —sentenció Anu.

Aquí finaliza el texto localizado en Tell el-Amarna. Un pequeño fragmento, que no conserva el comienzo, procedente de Nínive, justifica a Adapa, a quien le atribuye determinados poderes de tipo curativo.

Anu se rió con fuerza de lo que había dicho Ea, replicando:

—De cuantos dioses del cielo y de la tierra existen, ¿quién jamás dio esa orden? ¿Quién puede lograr que su orden exceda a la de Anu?

Pero Adapa contempló los cielos desde su base hasta su cenit y pudo ver el esplendor insostenible de Anu. Entonces Anu puso su mano, favorablemente, por encima de Adapa, al tiempo que decretaba la total franquicia para la ciudad de Ea y, como destino, ordenó glorificar en el futuro a su sacerdocio.

—Y puesto que Adapa, el retoño humano, por sus propios medios, victoriosamente, quebró el ala del Viento del Sur e impunemente subió al cielo, ¡que así sea! Todo lo que el Viento del Sur haga de mal a la humanidad, cualquier enfermedad que haya colocado sobre el cuerpo de los hombres, Ninkarrak, la diosa de la salud y de la curación, con Adapa los podrá aliviar ¡Que se vaya, pues, la dolencia! ¡Que se aparte la enfermedad! Pero sin él, ¡que sobrevenga la fiebre y que el enfermo no pueda descansar en dulce sueño!

Mitos de exaltación divina y humana

LA PROFECÍA DE MARDUK

Los asiriólogos, uniendo los muchos fragmentos hallados en la biblioteca de Assur que contenían esta composición, han dado a conocer esta notable profecía, justificativa de algunas de las derrotas sufridas por Babilonia (cada una de ellas comportaba la «desaparición» —entiéndase «robo»— de la estatua de Marduk, pero que aquí se justifica como «estancias del dios en países extranjeros» y no como «exilios» obligados). Además de estas singulares referencias históricas, el texto se explaya en vaticinar la llegada de un gran rey —probablemente se aludiría a Nabucodonosor I (1125-1103 a.C.)—, el gran vencedor de los elamitas y el autor de la recuperación de la estatua de Marduk y su devolución a su templo, rey que inauguraría una nueva edad de oro. El texto, redactado en Babilonia a finales del siglo XII *a.C., pero copiado en Assur en tiempo de Assurbanipal (668-631 a.C.) con destino a su biblioteca de Nínive, es, en realidad, un canto a la renovación teológica en favor de Marduk. En cualquier caso, puede deducirse del relato la justificación en el plano mítico del freno que Nabucodonosor I opuso al poder elamita, entonces controlado por Hutelutush-Inshushinak.*

—¡Oh, dioses Haharnum, Hayashum, Anum, Enlil, Nudimmud-Ea, Muati, Nabu! ¡Escuchad mis secretos! ¡Después de ceñir mi tiara, pronunciaré mis palabras!

Tras tocarse con sumo cuidado y lucir su esplendorosa tiara, confeccionada con las más exquisitas perlas y el oro más fino, el dios Marduk habló así:

—Yo soy Marduk, el Gran señor, el vigilante, el centinela, el que recorre incansablemente las montañas, el que acecha, el que está sobre aviso, el que pisotea el país, el que recorre todas las tierras de Este a Oeste, ¡ése soy yo!

A continuación, bajando algo el tono de su poderosa voz, continuó hablando a los siete dioses:

—Di órdenes y fui al país de Hatti. Puse a los hititas a prueba. Allí instalé el trono de mi omnipotencia. Permanecí en aquella tierra 24 años y tracé los caminos de las gentes de Babilonia. Hice que los bienes y las riquezas de los hititas se encaminaran a Sippar, Nippur y Babilonia, mi querida ciudad.

—Un rey de Babilonia —continuó diciendo— se apareció y me tomó de la mano con ocasión de las fiestas del Año Nuevo. Las calles anchas de Babilonia estaban seguras. La tiara de mi omnipotencia y mi estatua estaban correctamente vigiladas. El agua y la lluvia eran abundantes. La riqueza también. Mi cuerpo se albergaba en la estatua, coronada con mi sacrosanta tiara.

—Volví a Babilonia y dije: «¡Traedme vuestros tributos, oh país, a la misma Babilonia!»

Luego me dirigí a Baltil, el dios de los asirios. Baltil estaba bien. Me introduje en su templo. Hice que resplandecieran sus templos como piedras preciosas. Los presentes eran abundantes. Cada día, cada mes, cada año, yo bendecía al rey asirio. Ceñí el talle del pueblo de Enlil con él y le doté de alas como a los pájaros. Colmó a todos los países. Los presentes fueron abundantes y bendije a Asiria. Le ofrecí la Tablilla de los Destinos y le di mi firme aprobación.

—Volví a Babilonia y dije: «¡Traedme vuestros tributos, oh país, a la misma Babilonia!»

—Yo soy Marduk, el Gran señor. ¡El dueño de los destinos y de las decisiones soy yo! ¿Quién ha realizado un viaje como éste? He vuelto del país adonde había ido.

—Di órdenes y fui al país del Elam. Todos los dioses fueron allá. Yo mismo di las órdenes. Yo mismo repartí las ofrendas de los templos. Hice subir a los cielos a Shakkan, el dios del ganado, y a Nisaba, la diosa de los cereales. Por su parte, Siris, el dios de la cerveza, puso enfermo el corazón del país. Los cadáveres de las gentes bloqueaban las puertas. El hermano devoraba al hermano. El amigo con sus armas derribaba al amigo. Los ricos ponían la mano sobre los pobres. Las trabas paralizaban el país. Unos reyes incapaces arruinaban al país. Los leones prohibían todo viaje. Los perros estaban rabiosos y mordían a las gentes. Los que eran mordidos no se curaban, sino que morían.

—Los días y los años se multiplicaron. Mi espíritu se volvió a mi ciudad de Babilonia y al templo Esagil. Yo mismo llamé a todas las diosas. Ordené: «¡Traedme vuestros tributos, oh país, a la misma Babilonia!»

Hechas aquellas alusiones, Marduk cambió el contenido de su discurso y a los precitados dioses les comunicó proféticamente:

—Un rey se levantará en Babilonia, renovará los templos, además de mi Esagil. Dibujará en mi templo Esagil los planos del cielo y de la tierra. Doblará las riadas y fijará los privilegios de mi ciudad de Babilonia. Tomará mi mano y me hará entrar por toda la Eternidad en mi querida ciudad de Babilonia, en el templo Esagil. Renovará la barca procesional *mathusa* para realizar adecuadamente los ritos del Año Nuevo, cubrirá de metal sus remos y decorará de oro sus flancos. Los marinos embarcarán allí para dirigirla y se volverán, remando, a derecha e izquierda. El rey brillará como la estrella del templo Esagil. Asimismo, renovará la otra barca procesional *madahhedu*, cubrirá de metal sus remos y decorará de oro sus flancos. Los marinos embarcarán allí para dirigirla. Nabu, mi hijo, mirará a este príncipe con favor y los días de su reinado serán largos.

—Hará brillar el Egishnugal, el templo del dios luna Sin, que existe en Ur, como una piedra preciosa. El templo de Ningal, la esposa de Sin, también el otro templo de Sin, así como sus riquezas, sus bienes, sus posesiones se acrecentarán gracias a él. Además,

el país será unificado. Este príncipe será poderoso y no tendrá ningún rival.

—Restaurará la ciudad, reunirá a las gentes dispersas. Hará resplandecer el templo Egalmah y los demás templos como una piedra preciosa. Hará volver a las diosas Ningal, Gula y Kurnunitum de la ciudad de Hariddi, a sus moradas gozosas. Este príncipe alimentará a su país con pastos abundantes. Sus días serán largos.

—Hará resplandecer los templos como una piedra preciosa y hará volver a todos sus dioses. Reunirá al país disperso y asegurará sus fundamentos. Las puertas del cielo estarán continuamente abiertas.

—Ningirsu, el antiguo dios de la ciudad de Lagash, reinará y los ríos darán peces, los campos serán fértiles, los pastos de invierno durarán hasta la cosecha y la cosecha hasta el invierno. La cosecha del país será buena y el mercado floreciente. El mal será abolido; los agitadores serán purificados, los malvados iluminados. Las nubes se abrirán. El hermano amará a su hermano, los hijos venerarán a sus padres como a un dios, la madre no se enfadará con su hija, la esposa irá con velo y reverenciará a su esposo. El amor reinará entre las gentes, el joven tendrá una renta estable. ¡Este príncipe reinará sobre todos los países!

—Entonces yo mismo, así como todos los dioses, estaré en paz con él. Ese príncipe destruirá el Elam, cuyas ciudades serán aniquiladas, derribará sus fortalezas. Hará levantarse al Gran Rey elamita de la ciudad de Der, lugar en donde no tenía derecho a sentarse. Cambiará la situación devastada de su país y hará sagrada la situación totalmente impía. Tomaré la mano de ese príncipe y lo haré entrar por toda la Eternidad en la ciudad de Der y en el templo Dimgal-kalamma, «el Gran mástil del país», que se levanta en ella. ¡Cada día, cada mes y cada año lo bendeciré!

GIRRA Y ELAMATUM

Una tablilla, localizada en Sippar (¿o en Tell ed-Der?), fechable en tiempos del rey babilonio Ammisaduqa (1646-1626 a.C.), con una exten-

sión de 53 líneas, relata en lengua acadia y de modo muy sintético un mito centrado en el dios del fuego Girra y una desconocida divinidad, Elamatum, que ha sido identificada bien con una estrella separada de su constelación bien con una Ishtar del Elam. La tablilla, con evidentes reflejos históricos, constituía la séptima de un conjunto, hoy perdido, redactado por el escriba babilonio Ilshu-iqisha. Gran parte de su comienzo y de su final han llegado en muy mal estado de conservación. A fin de una mayor comprensión las lagunas textuales han sido reinterpretadas aquí de modo totalmente libre.

El dios Ea reinaba en su morada. Cielo y tierra tenían sus reglas. Los deseos de Ea, el dios de la sabiduría, era que todos los dioses fueran buenos. Sin embargo, la diosa Elamatum, la «Mujer del Elam», propagó una hambruna en la tierra hasta el extremo de enfadar al príncipe Ea.

Los demás dioses, los Igigi, le dijeron:

—Haz que los hombres rieguen, que hagan feraz la tierra y que la diosa se convierta en propicia Vaca. En verdad, príncipe Ea, tú ordenaste que la descendencia de ella fuera numerosa. Pero ¿qué ha ocurrido?

Dicho lo cual, cesaron de hablar.

Algún tiempo después de aquello, el dios Enlil entró en su morada y tomó residencia en su santuario. Los Igigi entraron después y besaron sus pies. ¡Sí! Enlil entró y se acomodó en su santuario y los Igigi, después de entrar, le besaron los pies. También Girra, el feroz guerrero, entró con ellos y besó los pies de su padre.

El heroico rey de los dioses, Enlil, al verle, le fijó su destino por encima de sus hermanos, los otros dioses;

—¡Ve! ¡Sé la luz de la humanidad! Por tu propio poder te hiciste visible. Que «Girra», sea tu nombre.

Luego, tras mirar al resto de los dioses, le dijo:

—Hasta que tú no comas, que tus hermanos, los dioses, no coman. Hasta que tú no bebas, que tus hermanos no beban. Hasta que tú les muestres la luz, que las vigilias de tus hermanos, los dioses, estén sin iluminar.

Dicho lo cual, se acercó a su hijo Girra y, tras tomarle de la mano, le indicó:

—Camina con Asalluhi, el dios de la magia, el exorcista de los dioses, y que tu nombre esté presente en la casa de los dioses y de los hombres. También, que la diosa Elamatum, a quien tú mataste, se alce. ¡Déjala estar en medio de los cielos! Y que en medio de los pueblos ella beneficie a su pueblo.

Hecha la alusión a la lucha que tiempo muy atrás habían sostenido Girra y Elamatum, Enlil se separó un poco de su hijo. Después el Señor de los destinos y rey del diluvio se dirigió a la totalidad de los dioses allí presentes y les dijo:

—Que Elamatum se alce en el cielo, que beneficie a su pueblo y que en las festividades, en medio de mi canción, se la nombre. Que entre los dioses, oh hijo mío —ahora se volvió hacia Girra—, tus hermanos, no tengas rival. Eres el preferido de tu padre entre todos ellos. ¡No tienes rival!

Séptima tablilla. De la mano del escriba Ilshu-iqisha.

EL NACIMIENTO DE SARGÓN

La leyenda sobre el origen de Sargón de Akkad (2334-2279 a.C.) ha llegado a través de dos copias incompletas neoasirias y un pequeño fragmento neobabilonio. A pesar de sus lagunas y de su brevedad —se ha perdido quizás la segunda parte— este texto es de significativa importancia para el estudio de la historia acadia, iniciada precisamente por Sargón.

—Yo soy Sargón, el poderoso rey, el rey de Akkad.

Mi madre fue una Gran sacerdotisa, una *entum*. No conocí, sin embargo, a mi padre. Sus hermanos campean por las montañas. Mi ciudad natal es Azupiranu, situada a orillas del río Éufrates.

Mi madre, Gran sacerdotisa, me concibió y me dio a luz en

secreto, pues determinadas sacerdotisas, por imperativos legales, no podían tener hijos.

Me puso en una canasta de juncos y selló la abertura con betún. Luego me lanzó al río, que no se levantó contra mí. El río me transportó hasta Akki, un escanciador de agua. Tal escanciador me sacó del río, cuando hundía su pozal en él. Me adoptó como hijo suyo y me crió. Akki, el escanciador de agua, me colocó en su oficio de jardinero.

Y mientras era jardinero, la diosa Ishtar se prendó de amor por mí. Es así como yo ejercí la realeza durante 56 años. Goberné y regí al pueblo de los «cabezas negras».

Conquisté poderosos montes con azuelas de bronce, escalé las sierras superiores, atravesé las sierras inferiores. Recorrí los países más allá del mar por tres veces. Mi mano conquistó Dilmun, subí hacia Der la Grande, y yo la sometí. También destruí Kazallu. Vencí a todo el que me fue hostil.

Cualquier monarca que me suceda, si quiere considerarse mi igual, que dirija sus pasos por donde yo dirigí los míos. Además que gobierne y regente al pueblo de los «cabezas negras», que conquiste poderosos montes con azuelas de bronce, que escale las sierras superiores, que atraviese las sierras inferiores, que recorra los países del más allá del mar por tres veces, que conquiste Dilmun con su mano, que suba hacia Der la Grande y que la someta.

El resto se halla totalmente perdido en las versiones que han llegado.

LA ESTELA DE NARAM-SIN

En una estela, redactada en acadio, y de la que se llegaron a hacer hasta cuatro copias en Nínive (localizadas fragmentariamente) y algunas más en Anatolia (Boghaz-köy, Sultantepe), se recogió la experiencia militar de Naram-Sin (2254-2218 a.C.) frente a las hordas bárbaras que recorrían la llanura mesopotámica destruyéndolo todo. Tal rey acadio —a quien en el relato se le hace «hijo» y no nieto de Sargón— se vanagloria de haberlos contenido y derrotado. A fin de que

sus sucesores no cometieran idénticos errores les da una serie de instrucciones de comportamiento. Lo narrado, mezcla de hechos históricos y míticos, adquiere ante todo una clara función didáctica y moralizante. El texto, conocido también como la Leyenda del rey de Cutha *y como la* Leyenda de Shu-ili, *pertenece al género literario mesopotámico denominado «naru». La composición hubo de ser redactada a principios del segundo milenio a.C.*

—Oh tú, que vendrás más tarde, abre la caja de fundación y lee para ti esta estela que yo, Naram-Sin, nieto de Sargón, el rey de Akkad, he escrito y dejado para la posteridad.

El anciano Enmerkar, rey de Uruk, a pesar de su fama y de haber vivido 420 años, ha desaparecido para siempre. Enmerkar, que era entonces el regente del país, ha desaparecido para siempre. Mi padre gobernaba la tierra, luego falleció. Y yo me convertí en el gobernante del país.

Cuando hubieron transcurrido 100 años, cuando fueron consumidos otros 100 años más, la diosa Ishtar cambió su opinión con respecto a su país: los umman-manda, belicosos nómadas de las fronteras del Este, penetrarían y recorrerían el país.

—Yo, Naram-Sin, interrogué a los grandes dioses: Ishtar, Ilbaba, Zababa, Anunitum, Hanish, Shullat y Shamash, el héroe. Convoqué y consulté a los adivinos. Consagré un cordero para cada uno de los siete dioses, preparé las santas mesas de ofrendas y los adivinos me hablaron así:

—No decidas nada, estáte tranquilo hasta que los grandes dioses te hayan comunicado su voluntad.

El rey Enmerkar sufrió un juicio penoso. Shamash, que le pronunció juicio y veredicto, ha castigado su espíritu y el espíritu de los suyos y los de su familia, el espíritu de su descendiente y el espíritu del descendiente de su descendiente. Shamash, el héroe, señor de lo de Arriba y de lo de Abajo, señor de los Anunnaki, Señor de los espíritus de los muertos que beben aguas sucias y no disfrutan agua pura, le dictó un juicio penoso, porque él, Enmer-

kar, cuyo saber y sus armas habían capturado, martirizado y destruido a esa hueste, no escribió ni dejó estela alguna, de manera que yo mismo no habiendo podido escapar al peligro, no lo he bendecido.

—Unos guerreros con cuerpos de pájaros de cueva, humanos con cabeza de cuervo, fueron creados por los grandes dioses. En la región, en la que los dioses fundaron la ciudad, fue Tiamat quien los amamantó, después de que Belet-ili hubiese dado forma a su embrión. Fue en el seno de las montañas en donde ellos fueron creciendo, en donde se convirtieron en adultos, alcanzaron su talla.

—Allí siete reyes son hermanos, resplandecientes y hermosos. Sus tropas se componen de 360.000 hombres. Su padre es el rey Anubanini; el nombre de su madre, la reina, es Melili. De sus hermanos, el primogénito, su jefe, tiene por nombre Menandah; el segundo de los hermanos se llama Midudu, el tercero tiene por nombre Kukupish, el cuarto Tartadada, el quinto se llama Baldahdah, el sexto Ahubandih y el séptimo Harzishakidu.

—Cuando iban cabalgando recortados sobre las relucientes montañas, uno de mis oficiales les alcanzó. Se golpearon sus muslos en señal de frustración. Al comienzo de su invasión, cuando alcanzaron la ciudad de Burushhandar, la región entera de Burushhandar fue destruida. La ciudad de Puhlu fue también saqueada. Puramu fue destruida. ¿Debería yo salir más allá de Nashhuhuhhu? ¿Debería acudir al territorio de los umman-manda cuyo campamento es Shubat-Enlil?

Después descendieron al corazón de Subartu. Habiendo saqueado las tierras marinas llegaron al país de los Qutu. Habiéndolo saqueado invadieron el Elam. Tras saquear el Elam llegaron a la vertiente del mar. Derrotaron y mataron al «pueblo del mar». Salieron victoriosos en Dilmun, Magan, Meluhha y en todas las tierras que estaban en medio del mar. 17 reyes, con los 90.000 hombres de sus tropas, vinieron a unirse a ellos para apoyarles.

—Yo llamé a mi oficial y le di estas órdenes:

—Te doy una lanza y un alfiler. Tócalos con la lanza, pínchalos con el alfiler. Si sale sangre son hombres como nosotros, si no sale, entonces son genios, ángeles de la muerte, demonios y diablos maléficos, creados por Enlil.

El oficial regresó para hacerme su informe:

—Los he tocado con la lanza, los he pinchado con el alfiler y ha salido sangre.

—Entonces yo llamé a los adivinos y les consulté. Consagré un cordero para cada uno de los siete dioses. Preparé las santas mesas de ofrendas, interrogué a los grandes dioses: Ishtar, Ilbaba, Zababa, Anunitum, Hanish, Shullat y Shamash, el héroe. El aliento y espíritu de los grandes dioses no me dejó ir. Hablando conmigo mismo me dije esto:

—«¿Qué león ha consultado jamás los oráculos? ¿Qué lobo ha interrogado alguna vez a los adivinos? Voy a ir, tal como quiero como un ladrón. Incluso cogeré la propia lanza de Ninurta.»

—Cuando llegó el primer año hice marchar contra ellos a 120.000 soldados: no regresó vivo ninguno de ellos. Cuando llegó el segundo año, envié 90.000 soldados contra ellos. Cuando llegó el tercer año, igualmente envié soldados: 60.700. Ninguno volvió vivo. Me quedé lleno de confusión, de desvarío, de tristeza. Sufría y sollozaba y me dije así, hablando conmigo mismo:

—«¿Qué he dejado como reinado? Soy un rey que no trae bienestar a su país y un pastor que no ha podido salvaguardar a su rebaño. ¿Cómo actuaré para que pueda proceder con efectividad?»

—Mi orgullo y mi desobediencia hacia los dioses motivaron que sobre mis súbditos sobreviniese el espanto, la muerte, la pestilencia, la disentería, el terror, el miedo, la ruina, la carestía, el hambre, el insomnio. Cayeron sobre ellos todo tipo de males. Por arriba, en la tierra, hubo un diluvio, por abajo, en el Mundo Inferior, un terremoto.

—El dios Ea, el señor de la ciudad de aquella hueste, abriendo su boca habló así a los otros dioses, sus hermanos:

—«Oh grandes dioses, me ordenasteis hacer esta hueste. Incluso escupisteis en la suciedad de mis uñas para que yo la creara.»

—Cuando llegó el Año Nuevo del cuarto año, de acuerdo con las sagradas instrucciones de Ea, el consejero de los grandes dioses, ofrecí los santos sacrificios propios del Año Nuevo. Llamé a los adivinos y les di órdenes. Consagré un cordero para cada uno de los siete dioses, preparé las santas mesas de ofrendas, interrogué a los grandes dioses: Ishtar, Ilbaba, Zababa, Anunitum, Hanish, Shullat y Shamash, el héroe. Los adivinos me hablaron así:

Pérdida de tres líneas. A esta laguna seguiría la breve evocación de un combate.

—Las hachas hicieron correr la sangre. De entre ellos, 12 guerreros huyeron para escapar de mí. Yo me lancé en su persecución a toda prisa. Logré capturarlos y los traje prisioneros. Entonces me dije así, hablándome a mí mismo:

—«Yo no los puedo matar sin consultar el oráculo.»

—Llevé a cabo la consagración de un cordero: la respuesta de los grandes dioses me ordenó su perdón, el tener clemencia con ellos. Desde lo más hondo de los cielos, me hablo así la santa Dilbat, esto es, Ishtar:

—¡Me dirijo a ti, Naram-Sin, nieto de Sargón! ¡Deténte! ¡No aniquiles esa casta maldita! En los tiempos futuros, Enlil la consagrará para la desgracia. Sus gentes están reservadas para el enfurecido corazón de Enlil. Todos, en su ciudad, serán muertos, se les incendiará y se les asediará en sus casas, se vertirá su sangre. La tierra disminuirá sus cosechas, la palmera datilera su producción. Todos morirán en la ciudad de esos guerreros. Ellos harán que la ciudad esté contra la ciudad, la casa contra la casa, el padre contra el padre, el hermano contra el hermano, el hombre contra el hombre, el amigo contra el compañero. Nadie dirá a su prójimo la verdad, las gentes sólo aprenderán falsedades, sólo emitirán insensateces. Su ciudad, enemiga de sí misma, perecerá, y una ciudad enemiga se

apoderará de ella. Al peso de una *mina* de plata sólo corresponderá una medida, una *sutu*, de cebada. No hubo, pues, en el país, rey tan poderoso que fuese su vencedor.

—Así me habló la santa Dilbat. Yo, por mi parte, llevé los cautivos a los grandes dioses como tributo. No puse mi mano sobre ellos para matarlos. Oh tú, quienquiera que seas, gobernador, príncipe o cualquiera a quien los dioses nombren para ejercer la realeza, para ti he hecho una caja de fundación y he guardado en ella esta estela escrita. La he dejado para ti en la capilla del dios Nergal, en Kutha, en el templo Emeshlam. Consulta, pues, esta estela y hazte leer lo que dice. Luego no tengas más ni confusión ni desconcierto, no temas más, ni tiembles. Si tú quieres que las bases sean estables y tú mismo hacer el amor en el seno de tu mujer, establece la confianza en el interior de tus murallas, llena de agua tus fosos. Haz entrar en tu ciudad fortificada tus cofres de riqueza, tu grano, tu plata, tus pertenencias. ¿Ceñir las armas? ¡No, déjalas en las esquinas! Reprime tu valentía, asegura tu propia salud. Si él invade tu país, no salgas contra él. Si se lleva tu ganado, no te acerques a él. Si come la carne de tu porvenir, incluso si renueva sus depredaciones, sé humilde, sé prudente y contéstale: —«¡Sí, mi señor!» A sus ofensas responde con la benevolencia. A la benevolencia con regalos y gratificaciones, pero no te aventures traspasando sus fronteras. Deja que unos escribas sabios redacten tu propia estela, tú que por haber visto mi estela te habrás podido salvar. ¡Tú, que me habrás bendecido, que otro más tarde te bendiga a ti!

Mitos con seres y elementos fantásticos

EL DRAGÓN LABBU

Un mito acadio, recogido en sendas tablillas de Assur y de Nínive, y ya de época tardía, narra la lucha de Tishpak, un dios de segunda importancia venerado en Eshnunna, contra un terrible dragón que aterrorizaba a la humanidad. La lucha entre fuerzas y poderes opuestos fue una temática mucho más desarrollada entre los semitas que entre los sumerios. La versión aquí recogida, lamentablemente fragmentada, es la procedente de la biblioteca de Assurbanipal en Nínive.

Los ciudadanos habían suspirado. Gemían de temor. La gente había estado lamentándose, la gente, incluso, había disminuido en número. Nadie hacía caso de sus lamentos, nadie se plegaba a sus gritos de dolor. Los dioses no oían sus súplicas a causa de la bulla y del desorden que causaba un enorme dragón, un gigantesco *mushgallu*.

—¿Quién ha dado a luz a lo que serpentea descomunalmente?

—¡Únicamente Tiamat ha podido producir lo que serpentea descomunalmente!

Enlil, al fin, escuchó las súplicas de los hombres y para resolverles el problema creó un diseño en el cielo, esperando que algún dios se atreviera a afrontarlo.

—¡Enlil ha dibujado la imagen del dragón en el cielo! Su longitud era enorme: 50 horas dobles. Su altura era de una doble hora;

sus fauces medían 6 codos, su lengua 12. También la longitud de sus lóbulos era de 12 codos. A 60 codos de distancia atrapaba a los pájaros con su lengua, atraía 9 codos de agua con sólo moverse, si levantaba su cola hasta una altura enorme, se producía una reacción de miedo.

Sea como fuere, todos los dioses del cielo quedaron también aterrorizados a la vista del monstruo. Por ello se arrodillaron en el cielo ante el dios Ea, señor del saber. Apresuradamente Sin, el dios luna, le agarró por el borde de su vestido, al tiempo que, rodeado, fue interpelado por los dioses:

—¿Quién irá a matar al Labbu? ¿Quién salvará la vasta tierra y asumirá la monarquía en ella?

El dios Ea, por toda respuesta, le dijo al dios Tishpak:

—¡Ve, Tishpak, mata al Labbu, salva la vasta tierra y asume la monarquía!

—Me envías a mí, señor, a matar la progenitura del Río. Pero, ¡desconozco las costumbres del Labbu! ¡No sé cómo se comporta en el agua!

El resto del anverso de la tablilla está perdido.

Ea se preparó para hablar y le dijo al dios Tishpak:

—Haz precipitar sobre él a las nubes de lluvia. Levanta sobre él la Tempestad, propiciada por el Viento del Sur, luego mantén el cilindro-sello de tu cuello, tu talismán, ante ti. Después, lánzaselo y mata así al Labbu.

Tal como le había indicado Sin, Tishpak precipitó sobre él a las nubes de lluvia y levantó la Tempestad, mantuvo el cilindro-sello de su cuello ante su rostro, luego se lo lanzó y mató al Labbu.

Durante tres años, tres meses, un día y una noche fluyó la sangre del Labbu.

El reverso de la tablilla también está perdido.

Un texto breve, lamentablemente incompleto, recoge la historia de una fantástica serpiente-dragón que, nacida en el océano, en las aguas de Tiamat, hubo de ser sometida, ante los excesos que cometía, por el dios Nergal.

El dios se preparó para hablar y dijo estas palabras:

—¡Traed aquí a Aruru, que Aruru venga aquí!

Una vez que hubo arribado la diosa de la creación, el dios le dijo:

—Escúchame Aruru, préstame atención. ¡Oh Aruru, eres la Señora de los dioses! Entre tus 66 hijos varones y hermanos, ¿a quién le concediste la fuerza? ¿A quién le diste el mayor poder?

La diosa Aruru respondió sin titubear:

—Se la concedí a Nergal. A Nergal le di el mayor poder.

Oída aquella respuesta, el dios ordenó:

—Traed aquí, de inmediato, a Nergal, para que actúe como Vanguardia. Yo le hablaré a Nergal acerca de la crítica situación que atraviesa la tierra.

En cuanto llegó Nergal, el dios le dijo:

—Escúchame, Nergal, vas a ser la Vanguardia para resolver una delicada situación. ¡Escucha con atención mis palabras! Fue creada una serpiente-dragón, un *Bashmu*, en el océano. Su espalda alcanza las 60 horas dobles de longitud, su cabeza tiene 30 horas dobles de altura, su parpadeo tiene media hora doble. Sus patas pueden dar una zancada de 20 horas dobles. Come pescado, producto del mar; come también pájaros, criaturas del cielo; come onagros, criaturas de la estepa. Pero también devora hombres. Está diezmando a los «cabezas negras». Ve a ayudar al pueblo.

Nergal, el valiente, el encantador de serpientes, aceptó el encargo. Antes de marchar, se preparó para hablar y le dijo estas palabras al dios:

El texto finaliza aquí por pérdida del material. Se ignora qué respuesta daría el dios Nergal y qué es lo que ocurriría durante su enfrenta-

miento con el monstruo, aunque es de suponer que lo derrotaría y que el dios sería ensalzado entre sus hermanos.

LOS SIETE *UTUKKU* MALIGNOS

Una tablilla bilingüe sumero-acadia de época babilonia, de unas 150 líneas, y que formaba parte de una «Serie mágica» de contenido ritualista, incorpora la leyenda de siete malvados demonios, responsables de los eclipses lunares y de determinadas enfermedades.

¡Ellos son violentas tormentas, *utukku*, dioses malignos! ¡Son espíritus sin piedad, que nacieron en la bóveda celeste! ¡Son agentes de desgracias! ¡Son agentes del mal, que diariamente, no piensan más que en el mal y avanzan para cometer muertes! De entre los siete, el primero es el desecador Viento del Sur, el segundo es un dragón con sus fauces ampliamente abiertas, el tercero es un leopardo, colérico como una fiera a la que se le ha raptado sus pequeños, el cuarto es una serpiente aterradora, descomunal en su tamaño, el quinto es un león pleno de rabia, a quien no se le puede hacer recular, el sexto es un morueco enhiesto que incluso acomete al dios y al rey, el séptimo es una tormenta, un viento malvado, que no perdona a nadie.

Todos los siete son los enviados del dios del cielo Anu, el rey. Son los que, ciudad tras ciudad, causan la oscuridad, son la tromba que, iracunda, avanza por los cielos, son las densas nubes que causan la oscuridad en el cielo, son el soplo de los vientos impetuosos que causan las tinieblas en días luminosos, son los que golpean de aquí para allá con el *Imhullu*, el viento maligno, son la inundación de Adad, el dios del tiempo, y sus fuertes turbulencias, son los que marchan a la diestra de Adad y que en la base del cielo, como el relámpago, fulguran por todas partes. Están siempre avanzando para cometer muertes. En los amplios cielos de Anu, el rey, están ellos. Allí están malignamente y no tienen iguales.

Un día, Enlil, el dios de la atmósfera, enterándose de los problemas que causaban, llevó ampliamente el asunto a su corazón, y con el dios Ea, el sublime, el sabio, el consejero de los dioses, tras intercambiar consejo, colocaron a Sin, a Shamash y a Ishtar —los tres, divinidades astrales— para asegurar el orden en la bóveda celeste. Y Enlil repartió con Anu la soberanía de todo el cielo a ellos tres, sus hijos, dándoles la misión de estar allí presentes, noche y día, sin cesar.

Entonces, los dioses malvados, al saberlo, se desenfrenaron en la bóveda celeste. Atacando a Sin, llamado también Nannar, le rodearon malignamente por todas partes y hacia su causa atrajeron al héroe Shamash y al valiente Adad. Ishtar, con Anu, el rey, habitaba una morada pura y meditaba en la realeza de los cielos.

Sigue una laguna de ocho líneas.

El dios Sin, que ama a la humanidad, aportó entonces turbaciones al país. Eclipsada está su luz y pasa a estar silencioso y postrado. Ellos son los dioses malignos, los mensajeros de Anu, ellos, los agentes del mal, patalean por todas partes en la noche, ellos, por todas partes y siempre, pretendían el mal. Desde el seno de los cielos, como un viento, se arrojaron contra el país.

Entonces, viendo Enlil en el cielo el eclipsamiento de Sin, el héroe, no dudó en llamar a Nusku, su mensajero.

—Nusku, mensajero mío, lleva mis palabras al Apsu, morada íntima del dios Ea. Comunícale allí a Ea la noticia de que mi hijo Sin ha sido dolorosamente eclipsado en el cielo.

Nusku, atendiendo con respeto las palabras de su señor, se dirigió rápidamente hacia Ea, que habitaba en el Apsu. Llegado allí, Nusku repitió palabra por palabra lo que le había dicho su señor al príncipe, al consejero sublime, al señor Nudimmud, nombre dado a Ea en cuanto procreador del hombre.

Cuando Ea oyó esta noticia se mordió el labio y llenó su boca de lamentaciones. Llamó a su hijo Marduk y le dio a conocer el asunto:

—Ve, Marduk, hijo mío, para que el eclipsamiento del hijo de Nannar-Sin, que ha ocurrido en el cielo, se convierta en estallido de luz. Ellos son los siete, los dioses malignos, portadores de la muerte, ignorantes del miedo. Ellos, los siete, son los dioses malignos que, como un diluvio, se lanzan y extienden sobre el país. Como una tormenta asaltan el país y atacando a Nannar-Sin le han rodeado malignamente por todas partes. Hacia su causa atrajeron al héroe Shamash y al valiente Adad.

El resto del mito está roto. Se puede suponer que Marduk liberaría al dios luna (Nannar-Sin) del eclipsamiento. Tras esta laguna sigue un texto ritual de conjuración.

Bibliografía fundamental

ESTUDIOS Y TRATADOS DE LITERATURA CON REFERENCIAS A MITOS MESOPOTÁMICOS

AFANASIEVA, V., «Das Mythologem des Lebens und das leben des Mythologems in der Literatur Mesopotamiens», *XVIIIe Rencontre Assyriologique Internationale,* Beiheft, 1982.

BOTTÉRO, J., *Mythes et rites de Babylone*, París, 1985.

BRONGERS, H. A., *De Literatur der Babyloniërs en Assyriërs*, La Haya, 1951.

CASTELLINO, G. R., «Letterature cuneiformi» (*Storia delle Letterature d'Oriente*, O. Botto), Milán, 1969.

DHORME, E., *La Littérature babylonienne et assyrienne*, París, 1937.

EBELING, E. *et al.*, *Literarische Keilschrifttexte aus Assur*, Berlín, 1953.

EVERS, J. D., *Myth and Narrative. Structure and Meaning in Some Ancient Near Eastern Texts (AOAT, 241)*, Neukirchen-Vluyn, 1995.

FOSTER, B. R., *From Distant Days. Myths, Tales, and Poetry of Ancient Mesopotamia*, Bethesda, 1995.

GARELLI, P., LEIBOVICI, M., «La Naissance du monde selon Akkad», *Sources Orientales*, vol. 1 (*La Naissance du monde*), París, 1959.

GREEN, A., «Mythologie. B. I», *Reallexikon der Assyriologie und vorderasiatischen Archäologie*, 8, 5/6, Berlín-Nueva York, 1995.

GURNEY, O. R., FINKELSTEIN, J. J., *The Sultantepe Tablets, I*, Londres, 1957.

HECKER, K., *Untersuchungen zur akkadischen Epic (AOATS, 8)*, Neukirchen-Vluyn, 1974.

HEIMPEL, W., «Mythologie. A. I», *Reallexikon der Assyriologie und Vorderasiatischen Archäologie*, 8, 5/6, Berlín-Nueva York, 1995.

HUTTER, M., *Altorientalische Vorstellungen von der Unterwelt. Literar-und religionsgeschichtliche Überlegungen zu «Nergal und Ereshkigal»*, Gottinga, 1985.

JEAN, Ch. F., *La Littérature des Babyloniens et des Assyriens*, París, 1924.

KRAMER, S. N., «Cuneiform Studies and the History of Literature: The Sumerian Sacred Marriage Texts», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 107, 6, Filadelfia, 1963.

LAESSOE, J., «Literary and oral tradition in ancient Mesopotamian», *Studia Orientalia I. Pedersen... dedicata*, Copenhague, 1953.

LAMBERT, M., «La Naissance du monde à Sumer», *Sources Orientales*, vol. 1 (*La Naissance du monde*), París, 1959.

LAMBERT, W. G., *Babylonian Wisdom Literature*, Oxford, 1960.

—, «Myth and Ritual as conceived by the Babylonians», *Journal of Semitic Studies*, 12, Manchester, 1968.

LEICK, G., *Sex and Eroticism in Mesopotamian Literature*, Londres-Nueva York, 1994.

LIVINGSTONE, A., *Court Poetry and Literary Miscellanea (State Archives of Assyria*, 3), Helsinki, 1989.

McCALL, H., *Mesopotamian Myths*, Londres, 1990.

MEISSNER, B., *Babylonisch-assyrische Literatur*, Postdam, 1928.

REINER, E., «Die Akkadische Literatur» (*Neues Handbuch der Literaturwissenschaft, Altorientalische Literaturen* W. Röllig, ed.), Wiesbaden, 1978.

REININK, G., *et al.* (eds.), *Dispute Poems and Dialogues in the Ancient and Medieval Near East*, Lovaina, 1991.

RINALDI, G., *Storia delle Letterature dell'antica Mesopotamia (sumerica e assiro-babilonese)*, Varese, 1957.

—, *Le Letterature antiche del Vicino Oriente*, Florencia, 1968.

STEIBLE, H., *Die altsumerischen Bau-und Weihinschriften* (Freiburger Altorientalische Studien, 5, 1-2) Wiesbaden, 1982.

TELONI, B., *Letteratura assira*, Milán, 1903.

VIROLLEAUD, Ch., «Littérature assyro-babylonienne», *Histoire des Littératures de la Pléiade*, vol. 1, París, 1955.

WEBER, O., *Die Literatur der Babylonier und Assyrer*, Leipzig, 1907.

WESTENHOLZ, A., *Legends of the Kings of Akkade. The Texts*, Winona Lake, 1997.

WHITING, R. M. (ed.), *Mythology and Mythologies: Methodological Approaches to Intercultural Influences*, Helsinki, 2001.

REPERTORIOS CON MITOS MESOPOTÁMICOS

ARNAUD, D., *Recherches au pays d'Ashtata. Émar VI/4, Textes de la bibliothèque: transcriptions et traductions*, París, 1987.

ASURMENDI, J., *et al.*, *Profecías y oráculos en el Próximo Oriente Antiguo, I*, Estella, 1997.

BERNHARDT, I., KRAMER, S. N., «Sumerische Literarische Texte aus Nippur, I, Mythen, Epen», *Weisheitsliteratur und andere Literaturgattungen*, 5, Berlín, 1961.

BOROLI, Ac., BOROLI, A., *Dal Nilo all'Eufrate. Letture dell'Egitto, dell'Asiria e di Babilonia*, Novara, 1974.

BRANDON, S. G. F., *Creation Legends of the Ancient Near East*, Londres, 1963.

BUDGE, E. A. W., *The Babylonian Story of the Deluge and the Epic of Gilgamish*, Londres, 1920.

—, *The Babylonian legends of the Creation and the fight between Bel and Dragon as told by Assyrian tablets from Niniveh*, Londres, 1931.

CASTELLINO, G. R., *Mitologia sumerico-acadia*, Turín, 1967.

—, *Testi sumerici e accadici*, Milán, 1977.

COHEN, M. E., *Sumerian Hymnology: The Ershemma*, Cincinnati, 1981.

—. *et al.*, (eds.), *The Tablet and the Scroll. Near Eastern Studies in Honor of W. W. Hallo*, Bethesda, 1993.

CONTENAU, G., *Le Déluge Babylonien. La Descente d'Ishtar aux Enfers. La Tour de Babel*, París, 1941.

CHIERA, E., *Sumerian Epics and Myths*, Chicago, 1934.

DALLEY, S., *Myths from Mesopotamia*, Oxford-Nueva York, 1989.

DHORME, E., *Choix de textes religieux babyloniens et assyriens*, París, 1907.

DUNDES, A., *The Flood Myth*, Berkeley-Los Ángeles, 1988.

FOSTER, B. J., *Before the Muses. An Anthology of Akkadian Literature*, Bethesda Md., 1993.

FURLANI, G., *Poemetti mitologici, babilonesi e assiri*, Florencia, 1954.
—, *Miti babilonesi e assiri*, Florencia, 1958.
GRAY, J., *Near Eastern Mythology*, Londres-Toronto, 1982.
GRESSMANN, H., *Altorientalische texte zum alten Testament*, Berlín-Leipzig, 1970.
HALLO, W.W. (ed.), *The Context of Scripture*, I, Leiden-Nueva York-Colonia, 1997.
HARPER, E., «Die babylonischen Legenden von Etana, Zu, Adapa und Dibbarra», *Beiträge zur Assyriologie*, II, Leipzig, 1894.
JACOBSEN, Th. *The Harps that once... Sumerian Poetry in Translation*, New Haven-Londres, 1987.
JENSEN, P., *Assyrisch-Babylonische Mythen und Epen*, Berlín, 1901.
JORDAN, I., *In den Tangen des Tammuz*, Munich, 1950.
KINNIER WILSON, J. V., *Ther Rebel Lands. An investigation into the origins of early Mesopotamian mythology*, Cambridge, 1979.
KNUDTZON, J. A., *Die El-Amarna-Tafeln*, Leipzig, 1915.
KRAMER, S. N. (ed.), *Mythologies of the ancient world*, Nueva York, 1961.
—, *Sumerian Mythology. A Study of spiritual and literary Achievement in the third Millennium B. C.*, Nueva York, 1962.
—, *La Historia empieza en Sumer*, Barcelona, 1974.
—, *Le Mariage sacré à Sumer et à Babylone*, París, 1983.
LABAT, R., *et al.*, *Les religions du Proche Orient asiatique. Textes babyloniens, ougaritiques, hittites*, París, 1970.
LARA PEINADO, F., *Himnos sumerios*, Madrid, 1988.
—, *Himnos babilónicos*, Madrid, 1990.
LÉVÊQUE, J., *Sagesses de Mésopotamie*, París, 1995.
MACKENZIE, D. A., *Myths of Babylonia and Assyria*, Londres, 1915.
OPPENHEIM, A. L., «Mesopotamian Mythology», *Orientalia*, 16, 17, 19, Roma, 1947, 1948, 1950.
PETTINATO, G., *Das altorientalische Menschenbild und die sumerischen und akkadischen Schöpfungsmythen*, Heidelberg, 1971.
POEBEL, A., *Historical and grammatical Textas*, Filadelfia, 1914.
PRITCHARD, J. B. (ed.), *La sabiduría del antiguo Oriente*, Barcelona, 1966.
SAPORETTI, C., *Il diluvio*, Palermo, 1982.
SCHROEDER, O., *Die Tontafeln von El-Amarna*, Leipzig, 1915.

SEFATI, Y., *Love Songs in Sumerian Literature. Critical Edition of the Dumuzi-Inanna Songs*, Ramat Gan, 1998.
SEUX, M. J., *Hymnes et prières aux dieux de Babylonie et d'Assyrie*, París, 1976.
SPEISER, E. A., «Akkadiann Myths and Epics», *Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament* (J. B. Pritchard, ed.), Princeton, 1974.
VIROLLEAUD, Ch., *Légendes de Babylone et de Canaan*, París, 1949.
VOGELZANG, M. E., VANSTIPHOUT, H. L. J. (eds.), *Mesopotamian Poetic Language. Sumerian and Akkadian*, Groningen, 1996.
WILCKE, C., *Kollationen zu den sumerischen literarischen Texten aus Nippur in der Hilprecht-Sammlung Jena*, Berlín, 1976.

MONOGRAFÍAS SOBRE MITOS MESOPOTÁMICOS

AL FOUADI, A-H. A., *Enki's Journey to Nippur*, Londres, 1969.
AL RAWI, F. N. G., «The Second Tablet of Ishum and Erra», *Iraq*, 41, Londres, 1989.
ALSTER, B., *Dumuzi's Dream, Aspects of Oral Poetry in a sumerian Myth*, Copenhague, 1972.
—, «Ninurta and the Turtle», *Journal of Cuneiform Studies*, 24, New Haven, 1971-1972.
—, «On the interpretation of the Sumerian Myth 'Inana and Enki», *Zeitschrift für Assyriologie und Vorderasiatische Archäologie*, 64, Berlín, 1974.
—, «Paradoxical Proverbs and Satire in Sumerian Literature», *Journal of Cuneiform Studies*, 27, New Haven, 1975.
—, «A new source for Dumuzi's Dream», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 69, París, 1975.
—, «Enki and Ninhursag. The Creation of the first Woman», *Ugarit-Forschungen*, 10, Neukirchen-Vluyn, 1978.
—, «Sumerian Love Songs», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 79, París, 1985.
—, «A duplicate to "Enlil and Namzitarra"», *NABU*, 4, París, 1990.
—, «Inanna Repenting. The Conclusion of Inanna's Descent», *Acta Sumerologica*, 18, Hiroshima, 1996.

—, VANSTIPHOUT, H. L. J., «Lahar and Ashnan. Presentation and Analysis of a Sumerian Disputation», *Acta Sumerologica*, 9, Hiroshima, 1987.

ANNUS, A., *The standard Babylonian Epic of Anzu*, Helsinki, 2001.

ATTINGER, P., «Enki et Ninhursaga», *Zeitschrift für Assyriologie und Vorderasiatische Archäologie*, 74, Berlín, 1984.

—, «Inanna et Ebih», *Zeitschrift für Assyriologie und Vorderasiatische Archäologie*, 88, Berlín-Nueva York, 1998.

BEHRENS, H., *Enlil und Ninlil. Ein sumerischer Mythos aus Nippur*, Roma, 1978.

BENITO, C., *Enki and Ninmah and Enki and the World Order* (Tesis inédita presentada en la Universidad de Pennsylvania), 1969.

BERLIN, A., *Enmerkar and Ensukhkeshdanna. A Sumerian Narrative Poem*, Filadelfia, 1979.

BERNHARDT, J., KRAMER, S. N., «Enki und die Weltordnung», *Wissenschsftliche Zeitschrift der Friedrich-Schiller- Universität Jena*, IX, 1959-1960.

BOISSIER, A., «Fragment de la légende de Atram-hasis», *Revue d'Assyriologie et de Archéologie Orientale*, 28, París, 1931.

BORGER, R., LAMBERT, W. G., «Ein neuer Era-text aus Ninive», *Orientalia*, 27, Roma, 1958.

BOTTÉRO, J., «Les noms de Marduk», *Essays in honor of J. J. Finkelstein*, Connecticut, 1977.

—, *L'Épopée de Gilgamesh. Le grand homme qui ne voulait pas mourir*, París, 1992.

—, KRAMER, S. N., *Lorsque les dieux faisaient l'homme. Mythologie mésopotamienne*, París, 1989.

BUCELLATI, G., «The Descent of Inanna as a ritual journey to Kutha», *Syro-Mesopotamian Studies*, 4, 3, Malibu, 1982.

BURKERT, W., «Literarische Texte und funktionaler Mythos: zu Ishtar und Atrahasis» *(Funktionen und Leistungen des Mythos, drei altorientalische Beispiele), Orbis Biblicus et Orientalis*, 48, Freiburg-Gottingen, 1982.

CAGNI, L., *L'Epopea di Erra*, Roma, 1969.

—, *The Poem of Erra*, Malibu, 1977.

CIVIL, M., «The Sumerian Flood Story», *Atra-hasis* (W. G. Lambert, A. R. Millard), Oxford, 1969.

—, «Enlil and Namzitarra», *Archiv für Orientforschung*, 25, Berlín, 1974.
—, «Enlil and Ninlil: The Marriage of Sud», *Journal of the American Oriental Society*, 103, Boston, 1983.
COHEN, S., *Enmerkar and Lord of Aratta*, Ann Arbor, 1973.
CONTENAU, G., *L'Epopée de Gilgamesh. Poème babylonien*, París, 1939.
COOPER, J. S., *The Return of Ninurta to Nippur*, Roma, 1978.
COOPER, J., «Enlil and Ninlil (the begeting of Nanna)», *Journal of Cuneiform Studies*, 32, New Haven, 1980.
—, HEIMPEL, W., «The sumerian Sargon legend», *Journal of the American Oriental Society*, 103, Boston, 1983.
DIJK, J. J. A. van, *Lugal ud me-lám-bi nir-gal. Le récit épique et didactique des Travaux de Ninurta, du Déluge et de la Nouvelle Création*, Leiden, 1983.
EBELING, E., *Keilscrifttexte aus Assur religiösen Inhalts*, Leipzig, 1915.
FALKENSTEIN, A., «Inannas Erhöhung», *Bibliotheca Orientalis*, 9, Leiden, 1952.
—, «Sumerische religiöse Texte. 5. "Enki und die Weltordnung"», *Zeitschrift für Assyriologie und Vorderasiatische Archäologie*, 56, Berlín, 1964.
—, «Zu "Gilgamesh und Agga"», *Archiv für Orientforschung*, 21, Berlín, 1966.
FERRARA, A. J., *Nanna-Suen's Journey to Nippur*, Roma, 1973.
FISH, T., «The Zu bird», *Bulletin of the Hohn Reylands Library*, 31, Manchester, 1948.
FURLANI, G., *Il Poema della Creazione*, Bolonia, 1934.
GARDNER, J., MAIER, J., *Gilgamesh, Translated from the Sin-leqi- uninni Version*, Nueva York, 1980.
GARELLI, P. (ed.), *Gilgamesh et sa légende*, París, 1960.
GEORGE, A., *The Epic of Gilgamesh. The Babylonian Epic Poem and Other Texts in Akkadian and Sumerian*, Harmondsworth, 1999.
GÖSSMAN, P. E., *Das Era-Epos*, Würzburgo, 1955.
GRAGG, G. B., «The Fable of the Heron and the Turtle», *Archiv für Orientforschung*, 24, Viena, 1973.
GURNEY, O. R., «The Sultantepe Tablets, VII: The Myth of Nergal and Ereshkigal», *Anatolian Studies*, 10, Londres, 1960.
HALLO, W., MORAN, W., «The first tablet of the SB recension of the Anzu myth», *Journal of Cuneiform Studies*, 31, New Haven, 1979.

HANSMAN, J., «Gilgamesh, Humbaba and the Land of Erin-Trees», *Iraq*, 38, Londres, 1976.

HEIDEL, A., *The Gilgamesh Epic and Old Testament Parallels*, Chicago, 1946.

—, *The Babylonian Genesis*, Chicago, 1954.

HILPRECHT, H. V., «The earliest Version of the Babylonian deluge story and the Temple Library of Nippur», *Babylonian Expedition of the University of Pennsylvania*, V, 1, Filadelfia, 1910.

IZRE´EL, S., «Mesopotamian Literature in Contemporary Setting. Translating Akkadian Myths», *Mesopotamian Poetic Language* (M. E., Vegelzang, H. L. J. Vanstiphout, eds.), 1996.

JACOBSEN, Th., KRAMER, S. N., «The Myth of Inanna and Bilulu», *Journal of Near Eastern Studies*, 12, Chicago, 1953.

—, «The Sister´s Message», *The Journal of the Ancient Near Eastern Society of Columbia University*, 5, Nueva York, 1973.

JEAN, Ch. F., «L´Origine des choses d´après une tradition sumérienne de Nippur», *Revue d´Assyriologie et d´Archéologie Orientale*, 26, París, 1920.

KATZ, D., *Gilgamesh and Akka*, Groningen, 1993.

KING, L. W., *The seven tablets of Creation*, Londres, 1902, 2 vols.

—, «The Legend of Sargon, King of Agade», *Chronicles concerning early Babylonian Kings*, II, Londres, 1907.

KINNIER WILSON, J. V., «Some Contributions to the Legend of Etana», *Iraq*, 31, Londres, 1969.

—, *The Legend of Etana. A New Edition*, Warminster, 1985.

KRAMER, S. N., «Gilgamesh and the Huluppu-Tree. A Reconstructed Sumerian Text», *Assyriological Studies*, 10, Chicago, 1938.

—, «The death of Gilgamesh», *The Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 94, New Haven, 1944.

—, «Enki and Ninhursag. A Sumerian Paradise myth», *The Bulletin of the American Schools Research. Suppl. Std*, 1. New Haven, 1945.

—, «Dilmun, the Land of living», *The Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 96, New Haven, 1946.

—, «Gilgamesh and the Land of the Living», *Journal of Cuneiform Studies*, 1, New Haven, 1947.

—, «Gilgamesh and Agga», *American Journal of Archeology*, 53, Nueva York, 1949.

—, «A blood-plague motif in sumerian mythology. Inanna and Shukalli-

tuda, the gardiner´s mortal sin.», *Archiv Orientàlni*, 17, 1, Praga, 1949.

—, «Inanna´s Descent to the Neter World. Continued and Revised», *Journal of Cuneiform Studies*, 5, New Haven, 1951.

—, *Enmerkar and the Lord of Aratta. A Sumerian epic Tale of Irak and Iran*, Filadelfia, 1952.

—, «Enmerkar and Ensukushiranna», *Orientalia*, 23, Roma, 1954.

—, «The Death of Dumuzi (T.). A newly restored sumerian poem», *Actes du... Congres Int. des Orientalistes*, VI, Moscú, 1962.

—, «The Death of Ur-Nammu and his Descent to the Netherworld», *Journal of Cuneiform Studies*, 21, New Haven, 1967.

—, «The Jolly Brother: a Sumerian Dumuzi Tale», *The Journal of the Ancient Near Eastern Society of Columbia University*, 5, Nueva York, 1973.

—, «The Third Tablet of the Version of "Inanna´s Descent to the Nether World"», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 124, Filadelfia, 1980.

—, «The Death of Dumuzi: a new Sumerian Version», *Anatolian Studies*, 30, Londres, 1980.

—, «The Sumerian Deluge Myth», *Anatolian Studies*, 33, Londres, 1983.

—, «The Marriage of Martu», *Bar-Ilani Studies in Assyriology. Dedicated to P. Artzi* (J. Klein, A. Skaist, eds.), Ramat-Gan, 1990.

—, «The Death of Ur-nammu», *Near Eastern Studies. Dedicated to H. I. H. Prince Takahito Mikasa*, Wiesbaden, 1991.

—, MAIER, J., *Myths of Enki, the Crafty God*, Nueva York-Oxford, 1989.

LABAT, R., *Le poème babylonien de la Création*, París, 1935.

—, *L'épopée akkadienne de Gilgamesh*, París, 1961.

LAMBERT, W. G., TOURNAY, R., «Enki et Ninhursag, à propos d´un ouvrage récent», *Revue d'Archéologie*, 43, París, 1949.

—, «The Fith Tablet of the Era Epic», *Iraq*, 24, Londres, 1962.

—, «The twenty on Poultices», *Anatolian Studies*, 30, Londres, 1983.

—, MILLARD, A. R., *Atra-Hasis. The Babylonian Story of the Flood*, Oxford, 1966.

—, PARKER, S. B., *Enuma elish. The Babylonian Epic of Creation. The Cuneiform Text*, Oxford, 1966.

LANGDON, S. H., *The Babylonian Epic of Creation*, Oxford, 1923.

—, «The legend of Etana and the eagle of epical poem: "The city they hated"», *Babyloniaca*, 12, París, 1931.

LARA PEINADO, F., *Mitos sumerios y acadios*, Madrid, 1984.
—, *Enuma elish. Poema babilónico de la Creación*, Madrid, 1994.
—, *Poema de Gilgamesh*, Madrid, 2001.
LEWIS, B., *The Sargon Legend*, Cambridge Mass., 1980.
LIAGRE BÖHL, F. M. Th., «Die Mythe vom weisen Adapa», *Die Welt des Orients*, 2, Stuttgart, 1959.
NOVOTNY, J. R., *The standard Babylonian Etana Epic*, Helsinki, 2001.
PARPOLA, S., «Assyrian Prophecies», *State Archives of Assyria*, 9, Helsinki, 1994.
PETTINATO, G., *La saga di Gilgamesh*, Milán, 1992.
PICCHIONI, S. A., *Il poemetto di Adapa*, Budapest, 1981.
REINER, E., «Le char de Ninurta et le prologue du Mythe de Zu», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 51, París, 1957.
—, «The Etiological Myth of the Seven Sages», *Orientalia*, 30, Roma, 1961.
REISMAN, D., «Ninurta's Journey to Eridu», *Journal of Cuneiform Studies*, 24, New Haven, 1971.
RÖMER, W. H. Ph., *Das Sumerische Kurzepos «Gilgamesh und Akka»*, Neukirchen-Vluyn, 1980.
ROUX, G., «Adapa, le vent et l'eau», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 55, París, 1961.
SANDARS, N. K., *The Epic of Gilgamesh*, Londres, 1972.
SAPORETTI, C., *Etana*, Palermo, 1990.
SCHARAMM, W., «Ein Adapa-Fragment aus Ninive», *Orientalia*, 43, Roma, 1974.
SCHEIL, V., «Le poème d'Agushaya», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 15, París, 1918.
—, «Mythe d'Etana (Première tablette d'une version susienne)», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 24, París, 1927.
SCHOTT, A., SODEN, W. von, *Das Gilgamesh-Epos*, Stuttgart, 1970.
SEFATI, Y., «An Oath of Chastity in a Sumerian Love Song (SRT 31)», *Bar-Ilan Studies in Assyriological Dedicated to P. Artzi* (K. Klein, A. Skaist, eds.), Ramat Gan, 1990.
—, «Love by the Light of the Moon», *The Context of Scripture*, I; (W. W. Hallo, ed.), Leiden-Nueva York-Colonia, 1997.
SHAFFER, A., *Sumerian Sources of Tablet XII of the Epic of Gilgamesh* (University Microfilms) Ann Arbor, 1963.

—, «Gilgamesh, the Cedar Forest and Mesopotamian History», *Journal of American Oriental Society*, 103, Boston, 1983.

SJÖBERG, A. W., «Nungal in the Ekur», *Archiv für Orientforschung*, 24, Berlín, 1973.

SLADEK, W., *Inanna's Descent to the Netherworld* (University Microfilms), Ann Arbor, 1974.

SLADEK, W. R., *Inanna's Descent to the Netherworld*, Ann Arbor, 1974.

SOLLBERGER, E., *The Babylonian Legend of the Flood*, Oxford, 1977.

THUREAU-DANGIN, F., «L'Exaltation d'Ishtar», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 11, París, 1914.

—, «La passion du Dieu Lillu», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 19, París, 1922.

TOURNAY, R., J., SHAFFER, A., *L'Épopée de Gilgamesh*, París, 1994.

VANSTIPHOUT, H. L. J., «The Disputation betwen Ewe and Wheat» (*The Context of Scripture*, I; W. W. Hallo, ed.), Leiden-Nueva York-Colonia, 1997.

—, «The Disputation betwen Summer and Winter» (*The Context of Scripture*, I; W. W. Hallo, ed.), Leiden-Nueva York-Colonia, 1997.

VOGELZANG, M., *Bin shar dadme. Edition and Analysis of the Akkadian Anzu Poem*, Groningen, 1988.

WALKER, C., «The Myth of Girra and Elamatum», *Anatolian Studies*, 33, Londres, 1983.

WILCKE, C., *Das Lugalbanda Epos*, Wiesbaden, 1969.

WITZEL, M., «Zur sumerischen Rezension der Höllenfahrt Ischtars», *Orientalia*, 14, Roma, 1945.

—, «Ninchursag und Enki. Ein Dilmun Mythus», *Orientalia*, 15, Roma, 1946.

ESTUDIOS RELACIONADOS CON LOS MITOS MESOPOTÁMICOS

ALBERTZ, R., «Das Motiv für die Sintflut im Atramhasis-Epos», *Mythos im Alten Testament und seiner Umwelt (Fs. für H.-P. Müller)*, Berlín-Nueva York, 1999.

ALSTER, B., «Paradoxical Proverbs and Satire in Sumerian Literature», *Journal of Cuneiform Studies*, 27, New Haven, 1975.

—, «Dilmun, Bahraïn and the alleged Paradise in Sumerian Myth and Literature», *New Studies in the Archaeology and Early History of Bahrain* (D. T. Potts, ed.), Berlín, 1983.

—, «The Sumerian Poem of Early Rulers and Related Poems», *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 21, Lovaina, 1990.

—, «Lugalbanda and the Early Epic tradition in Mesopotamia», *Lingering over words. Fs. Moran*, Atlanta, 1990.

—, «Inanna Repenting. The Conslusion of Inanna´s Descent», *Acta Sumerologica*, 18, Hiroshima, 1996.

BERNBECK, R., «Siegel, Mythen, Riten. Etana und die Ideologie der Akkad-Zeit», *Baghdader Mitteilungen*, 27, Berlín, 1996.

BEST, R. M., *Noah's Ark and the Ziusudra Epic. Sumerian Origins of the Flood Myth*, Fort Myers, 1999.

BIANCHI, U., «Il destino dell´uomo nella letteratura mesopotamica. Un esempio: Adapa», *Gli Assiri* (Mele, M., ed.), Roma, 1981.

BLANCH, Y., *Enquête sur la «Mort de Gilgamesh». Essai*, París, 1991.

BOTTÉRO, J., «La création de l´Homme et sa nature dans le Poème d´Atrahasis», *Societies and Languages of the Ancient Near East. Studies in honour I. M. Diakonoff*, Warminster, 1982.

—, «La mitologia della morte nell´antica Mesopotamia», *Archeologia dell'Inferno* (P. Xella, ed.), Verona, 1987.

BRUSCHWEILER, F., *Inanna. La déesse triomphante et vaincue dans la cosmologie sumérienne*, Lovaina, 1987.

BUCCELATI, G., «Adapa, Genesis and the notion on faith», *Ugarit-Forschungen*, 5, Neukirchen-Vluyn, 1973.

CASSIN, E., «La mort: valeur et représentation en Mésopotamie ancienne», *La Mort, les morts dans les Sociétés anciennes* (G. Gnoli, J. P. Vernant, eds.), Cambridge, 1982.

CASTELLINO, G., *Le lamentazioni individuali e gli inni in Babilonia e in Israele*, Turín, 1940.

CAVIGNEAUX, A., AL RAWI, N. H., «Gilgamesh et le taureau de ciel (Shul-mè-kam) (Textes de Tell Haddad IV)», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 87, París, 1993.

COMBE, E., *Histoire du culte de Sin en Babylone et en Assyrie*, París, 1908.

COOPER, J. S., «The incipit of Enmerkar and Ensuhkeshdana», *NABU*, París, 1997/118.

CHARPIN, D., DURAND, J. M., *Le Déluge* (*Les Dossiers d'Archéologie*, 204), París, 1995.

DALLEY, S., «Statues of Marduk and the date of *Enuma elish*», *Aufsätze zum 65. Geburtstag von H. Klengel*, 1-2 (*AoF*, 24), Berlín, 1997.

DAVILA, J. R., «The Flood Hero as King and Priest», *Journal of Near Eastern Studies*, 54, Chicago, 1995.

DICK, M. B., «The Relationship between the Cult Image and the Deity in Mesopotamia», *XLIIIe. Rencontre Assyriologique Internationale*, Praga, 1998.

DIJK, J. J. A. van, *La sagesse suméro-accadienne*, Leiden, 1953.

—, van, «Le motif cosmique dans la pensée sumérienne», *Acta Orientalia*, 18, Copenhague, 1966.

—, van, HALLO, W. W., *The Exaltation of Inanna*, New Haven, 1968.

EBELING, E., «Ein Heldenlied auf Tiglatpileser I und der Anfang einer neuer Version von "Ishtars Höllenfahrt" nach einer Schülertafel aus Assur», *Orientalia*, 18, Roma, 1949.

EDZARD, D. O., «Gilgamesh und Huwawa A. I. Teil», *Zeitschrift für Assyriologie und Vorderasiatische Archäologie*, 80, Berlín, 1990.

—, «Gilgamesh und Huwawa A. II. Teil», *Zeitscfrift für Assyriologie und Vorderasiatische Archäologie*, 81, Berlín, 1991.

—, *«Gilgamesh und Huwawa.» Zwei Versionen der sumerischen Zederwaldepisode nebst einer Edition von Version «B»*, Munich, 1993.

FALKENSTEIN, A., «Zu "Inannas Gang zur Unterwelt"», *Archiv für Orientforschung*, 14, Berlín, 1941-1944.

—, «Zur ersten Tafel des Erra-Mythos», *Zeitschrift für Assyriologie und Veroderasiatische Archäologie*, 19, Berlín, 1959.

—, «Die Anunna in der Sumerischen Überlieferung», *Assyriological Studies*, 16, Chicago, 1965.

FARBER, W., *Beschwörungsrituale an Ishtar und Dumuzi*, Wiesbaden, 1977.

FARBER-FLÜGGE, G., *Der Mythos «Inanna und Enki» unter besonderer Berücksichtigung der Liste der me*, Roma, 1973.

FORSYTH, N., «Huwawa and His Trees. A narrative and Cultural Analysis», *Acta Sumerologica*, 3, Hiroshima, 1981.

FRAME, G., «My Neighbour's God: Assur in Babylonia and Marduk in

Assyria», *Bulletin of the Canadian Society for Mesopotamian Studies*, 34, Quebec, 1999.

FRAYNE, D. R., «The Birth of Gilgamesh in Ancient Mesopotamian Art», *Bulletin of the Canadian Society for Mesopotamian Studies*, 34, Quebec, 1999.

FURLANI, G., «Ea nelle leggende e nei miti babilonesi e assiri», *Atti del R. Ist. Veneto di Scienze. Lett. e Arti*, 87, Venecia, 1928.

GELLER, M. J., «Notes on Lugale», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 48, Londres, 1985.

GEORGE, A., «Observations on a passage of "Inanna's Descent"», *Journal of Cuneiform Studies*, 37, New Haven, 1985.

GLASSNER, J. J., «Inanna et les *me*», *Nippur at the centennial* (De Jong Ellis, M, ed.), Filadelfia, 1992.

GRESSMANN, H., «Der Eingang ins Paradis», *Archiv für Orientforschung*, 3, Graz, 1926.

GRONEBERG, B., «Atramhasis, Tafel II, IV-V», *Marchands, diplomates et empereurs* (Études sur la Civilisation Mésopotamienne offerts à P. Garelli), París, 1991.

HEIMPEL, W., «The Natural History of the Tigris According to the Sumerian Literary Composition Lugal», *Journal of Near Eastern Studies*, 46, Chicago, 1987.

HENDEL, R. S., «The Shape of Utnapishtim's Ark», *Zeitschrift für Altorientalische und Biblische Rechtsgeschichte*, 107, Wiesbaden, 1995.

HOLLOWAY, S. W., «The Shape of Utnapishtim's Ark: A Rejoinder», *Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft*, 110, Berlín, 1998.

HROUDA, B., «Zur Darstellung des Etana-Epos in der Glyptik», *Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes*, 86, Viena, 1996.

HRUSKA, B., *Der Mythenadler Anzu in Literatur und Vorstellung*, Budapest, 1975.

—, «Inanna und Shukaletuda. Eine gutgeheissene Unzucht mit der Kriegsgötin», *Archiv Orientálni*, 66, Praga, 1998.

IZRE'EL, S., «New Readings in the Amarna Versions of Adapa and Nergal and Ereshkigal», *Kultovní zivot staňého sumerii* (B. Hruska, ed.) Praga, 1995.

—, «The Initiation of Adapa in Heaven», *XLIIIe. Rencontre Assyriologique Internationale*, Praga, 1998.

—, *Adapa and the South Wind: language has the Power of Life and Death*, Winona Lake, 2001.

JACOBSEN, Th., «The Eridu Genesis», *Journal of Biblical Literature* 100, Filadelfia, 1981.

JAMES, E. O., *Myths and ritual in the ancient Near East*, Londres, 1958.

JEAN, C., *La Bible et les récits Babyloniens*, París, 1933.

JIMÉNEZ ZAMUDIO, R., «Acusativo del todo y de la parte, una peculiaridad sintáctica en Atramhasis III 2: 50», *Aula Orientalis*, 14, Sabadell, 1996.

KATZ, D., «Gilgames and Akka: Was Uruk Ruled by Two Assembles?», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 81, París, 1987.

—, «How Dumuzi Became Inanna´s Victim. On the Formation of Inanna´s Descent», *Acta Sumerologica*, 18, Hiroshima, 1996.

KILMER, A. D., «How was Queen Ereshkigal tricked?», *Ugarit-Forschungen*, 3, Neukirchen-Vluyn, 1971.

—, «The symbolism of the flies in the Mesopotamian flood myth and some further implications», *Language, Literature and History*, (F. Rochberg-Halton, ed.), New Haven, 1987.

—, «Fugal Features of Atrahasis. The Birth Theme», *Mesopotamian Poetic Language* (M. E. Vogelzang, H. L. J. Vanstiphout, eds.), Groningen, 1996.

KING, L. W., *Legends of Babylon and Egypt in relation to Hebrew Tradition*, Londres, 1980.

KIRK, C. S., *El mito: Su significado y funciones en las distintas culturas*, Barcelona, 1973.

KLEIN, J., «The Capture of Akka by Gilgamesh (GA 81 and 99)», *Journal of the American Oriental Society*, 103, New Haven, 1983.

—, «Additional Notes to "The Marriage of Martu"», *Kinattutu sha darâti. Raphael Kutscher memorial Volume*, Tel Aviv, 1993.

—, «The Marriage of Martu. The Urbanization of "Barbaric" Nomads», *Mutual Influences of Peoples and Cultures* (M. Malul, ed.), Haifa, 1996.

—, «The God Martu in Sumerian Literature», *Sumerian Gods and Their Representations* (I. L. Finkel, M. G. Geller eds.), 1997.

KOEFOED, A., «Gilgamesh, Enkidu and the Nether World», *Acta Sumerologica*, 5, Hiroshima, 1983.

KRAMER, S. N., «The Epic of Gilgamesh and its Sumerian sources», *Journal of the American Oriental Society*, 64, Boston, 1944.

—, «Death and the Neter World According to the Sumerian Literary Texts», *Iraq*, 22, Londres, 1960.

—, «The Dumuzi-Inanna sacred marriage rite: origin, development, character», *Actes de la XVII Rencontre Assyriologique Internationale*, Ham-sur-Heure, 1970.

—, «Enki and his inferiority complex», *Orientalia*, 39, Roma, 1970.

LAMBERT, W. G., Millard, A. R., «New evidence for the first line of Atrahasis», *Orientalia*, 38, Roma, 1969.

—, «The Pair Lahma-Lahamu in the Cosmology», *Orientalia*, 54, Roma, 1985.

—, «Three New Pieces of Atramhasis», *Marchands, diplomates et empereurs* (Études sur la Civilisation Mésopotamienne offerts à P Garelli), París, 1991.

—, WALCOT, P., «A New Babylonian Theogony and Hesiod», *Kadmos*, 4, Berlín, 1965.

LANGDON, S. H., *Tammuz and Ishtar*, Oxford, 1914.

LARA PEINADO, F., «Nada sabe de comer el pan. El trasfondo no urbano en el Poema de Gilgamesh», *Actas del I Symposium Internacional. Homenaje al Prof. Dr. H. Klengel (Isimu, 1)*, Madrid, 1998.

LIMET, H., «Le poème épique "Inanna et Ebih". Une version des lignes 123 à 182», *Orientalia*, 40, Roma, 1971.

LIVINGSTONE, A., *Mystical and Mythological Explanatory Works of Assyrian and Babylonian Scholars*, Oxford, 1986.

MACHINIST, P., «Rest and violence in the poem of Erra», *Journal of the American Oriental Society*, 103, New Haven, 1983.

MARCHETTI, N., «L'aquila Anzu. Nota su alcuni amuleti mesopotamici», *Vicino Oriente*, 10, Roma, 1996.

MARIK, T., «Bemerkungen zur formalen und inhaltlichen Interpretation des "Gilgamesh und Akka"», *Archív Orientální*, 66, Praga, 1998.

MORAN, W. L., «The Creation of Man in Atrahasis 192-248», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 200, New Haven, 1970.

—, «Some considerations of form and interpretation in Atrahasis», *Language, Literature and History. Philological and historical studies presented to E. Reiner* (F. Rochberg-Halton, ed.), New Haven, 1987.

MÜLLER, G. G. W., *Ischum und Erra* (Texte aus der Unwelt des Alten Testaments, III, 2), Gütersloh, 1994.

NÖTSCHER, F., *Enlil in Sumer und Akkad*, Hannover, 1927.

PETTINATO, G., «Die Bestrafung des Menschengeschlechts durch die Sintflut. Die erste Tafel des Atramhasis-Epos eröffnet eine neue Einsicht in die Motivation dieser Strafe», *Orientalia*, 37, Roma, 1968.

—, «Gilgamesh e la "pianta della vita"», *Studi Orientali e Linguistici*, 5, Roma, 1994/1995.

RAIKES, R. L., «The Physical evidence for Noah's Flood», *Iraq*, 28, Londres, 1966.

SAGGS, H. W. F., «Additions to Anzu», *Archiv für Orientforschung*, 33, Berlín, 1986.

SCHEIL, V., «Fragments de la légende du dieu "Zu" (rédaction susienne)», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 35, París, 1938.

SELZ, G. J., «Die Etana-Erzählung. Ursprung und Tradition eines der ältesten epischen Texte in einer semitischen Sprache», *Acta Sumerologica*, 20, Hiroshima, 1998.

SEMINARA, S., *La versione accadica del Lugal-e: La tecnica babilonese della traduzione dal sumerico e le sue regole*, Roma, 2001.

SODEN, W. von, «Die Unterweltsvision eines assyrischen Kronprinzen», *Zeitschrift für Assyriologie und Vorderasiatische Archäologie*, 43, Berlín, 1936.

—, «Grundsätzliches zur Interpretation des babylonischen Atramhasis-Mythus», *Orientalia*, 39, Roma, 1970.

—, «Bemerkungen zum Adapa-Mythus», *Alter Orient und Altes Testament*, 25, Neukirchen-Vluyn, 1976.

—, «Konflikte und ihre Bewältigung in babylonischen Schöpfungs-und Fluterzählungen. Mit einer Teil-Übersetzung des Atram-hasis Mythos», *Mitteilungen der Deutsch-Orient Gesellschaft*, 111, Berlín, 1979.

SOLLBERGER, E., «The Rulers of Lagash», *Journal of Cuneiform Studies*, 21, New Haven, 1967.

SONNEK, F., «Die Einführung der direkten Rede in den epischen Texten», *Zeitschrift für Assyriologie und Vorderasiatische Archäologie*, 46, Berlín, 1940.

STEINER, G., «Huwawa und sein "Bergland" in der sumerischen Tradition», *Acta Sumerologica*, 18, Hiroshima, 1996.

TALON, Ph., «Le mythe de la descente d'Ishtar aux Enfers», *Akkadica*, 59, Bruselas, 1988.

TIGAY, J. H., *The Evolution of the Gilgamesh Epic*, Filadelfia, 1982.

TSEVAT, M., «Note brève, Erra IV, 7-10», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 81, París, 1987.

VANSTIPHOUT, H. L. J., «Problems in the "Matter of Aratta"», *Iraq*, 45, Londres, 1983.

—, «Towards a Reading of "Gilgamesh and Agga"», *Aula Orientalis*, 5, Sabadell, 1987.

—, «Towards a Reading of "Gilgamesh and Agga". Part II. Construction», *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 17, Lovaina, 1986.

—, «The Akkadian word for grain and Lahar and Ashnan», *NABU*, París, 1989/98.

—, «Repetition and Structure in the Aratta Cycle», *Mesopotamian Epic Literature: Oral or Aural?* (Vogelzang, M. E., Vanstiphout, H. L. J., eds.), Lewiston, 1992.

—, «The Matter of Aratta: An Overview», *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 26, Lovaina, 1995.

—, «Reflections on the Dream of Lugalbanda (A typological and interpretative analysis of LH 322-365)», *XLIIIe. Rencontre Assyriologique Internationale*, Praga, 1998.

VOLK, K., *Inanna und Shukalletuda. Zur historisch-politischen Literaturwerkes*, Wiesbaden, 1995.

WEIHER, E. von, «Der Babylonische Gott Nergal», *Alter Orient und Altes Testament*, 11, Neukirchen-Vluyn, 1971.

WILKE, C., «Eine Schicksalentscheidung für den toten Urnammu», *XVIIe. Rencontre Assyriologique Internationale*, Bruselas, 1970.

WITZEL, M., *Tammuz-Liturgien und Verwandtes*, Roma, 1935.

—, «Gilgamesh erobert Kish und bereitet dessen Dynastie (unter Agga) ein Ende», *Orientalia*, 5, Roma, 1936.

WOLKSTEIN, D., KRAMER, S. N., *Il mito sumero della vita e dell'inmortalità. I poemi della dea Inanna*, Milán, 1984.